



ÓSCAR

EIMIL

REINOS *de* SANGRE

La Forja de España

*La mejor novela histórica sobre
la épica gestación de los reinos de
León, Castilla, Navarra y Aragón*



ALMUZARA

ÓSCAR EIMIL

Reinos de Sangre

La forja de España

© ÓSCAR EIMIL TRASANCOS 2017

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica

Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17229-86-3

Para Rocío, mi Rocío

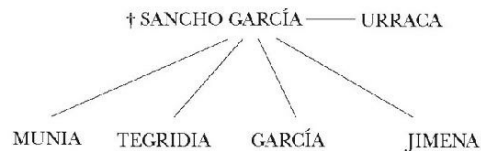
ESTIRPES DE LOS PERSONAJES

REINO DE PAMPLONA (1028)



- El rey Sancho III de Pamplona está casado con la reina Munia, hermana de García, conde de Castilla.
- Ramiro es el hijo bastardo del rey Sancho III.
- García, Fernando y Gonzalo son los hijos legítimos del rey Sancho III y de la reina Munia.
- Urraca es la hermana del rey Sancho III y está casada con Alfonso V, rey de León.

CONDADO DE CASTILLA (1028)



- Urraca es la regente del Condado de Castilla tras la muerte de su hermano el conde Sancho García.
- Munia, Tegridia, García y Jimena son hijos del conde fallecido.
- García, como su único heredero varón, se dispone a hacerse cargo del Condado de Castilla tras alcanzar la mayoría de edad.
- Munia es la esposa del rey Sancho III de Pamplona.

REINO DE LEÓN (1028)

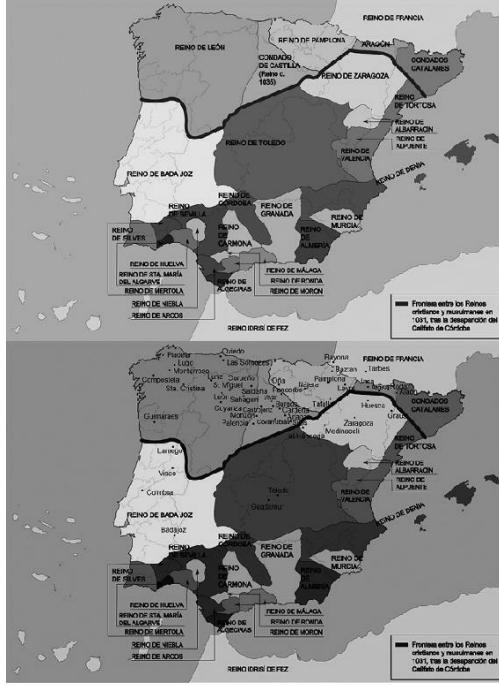


- El rey Alfonso V de León está casado con la reina Urraca, hermana del rey Sancho III de

Pamplona.

— Bermudo y Sancha son los hijos que el rey Alfonso V tuvo en su primer matrimonio con la reina Elvira.escenario

ESCENARIO



NOTA DEL AUTOR

El final del primer milenio de nuestra era, tiempo de gran tribulación para judíos, moros y cristianos, tuvo en la península ibérica nombre propio: el de Muhammad ibn Abi ‘Amir al-Mansur, al que llamaban Almanzor en los reinos cristianos.

Nacido hacia el año 940 en el seno de una familia árabe establecida en la zona de Algeciras desde los tiempos de la conquista, en su juventud se trasladó a Córdoba, donde fue escalando puestos en la corte califal hasta convertirse, primero, en administrador de los bienes de la favorita del harén, una vascona llamada Subh, y después, en *hayib* —una especie de valido— del que llegaría a ser el último califa cordobés: Hisham II.

Desde 976, con el califa menor de edad confinado entre los muros de Medina Azahara y con todo el poder en sus manos, Almanzor se empeñó en una labor de reforma y conquista que devastaría todo el norte cristiano, pero que, al fin y a la postre, no serviría para fortalecer los débiles pilares sobre los que se asentaba el poder del califato.

Desde la primera perspectiva, amplió la Mezquita de Córdoba para llevarla a las enormes dimensiones que hoy conocemos, respaldó a los ulemas y alfaquíes frente al dominio de eunucos y esclavos —que habían gobernado los destinos del califato durante los veinte años anteriores—, y patrocinó el abandono del lujo y la ostentación y la vuelta de los fieles a la austeridad y religiosidad que habían presidido la conquista, casi trescientos años atrás. Todo ello para frenar la espiral de decadencia en que se había instalado el califato.

Y lo más decisivo y determinante: reclutó al otro lado del Estrecho un gran número de tropas estipendiarias de origen norteafricano, jinetes bien adiestrados, disciplinados, habituados al combate y bien retribuidos, que utilizó como un mazo constante para golpear sin tregua a los incipientes reinos cristianos que se habían ido formando en la frontera norte de al-Ándalus: poco más que una franja estrecha de territorio paralela a la costa y a los Pirineos que recorría por aquel entonces todo el norte peninsular.

Con el correr de los años, consiguió romper la unidad de acción de los reyes del norte, muy ligados entre sí por lazos familiares, con campañas sangrientas lanzadas contra lugares muy concretos con el objetivo de causar el máximo daño. Durante casi veinte luchó sin tregua contra los cristianos, destruyó hasta sus cimientos, entre otras muchas ciudades, Barcelona y Santiago, y sembró de caos, muerte y destrucción todos los territorios por los que pasó, a veces con la complicidad de los nobles cristianos.

La pesadilla duró hasta el otoño del 1003, cuando, siendo ya un anciano y regresando, como no, de una aceifa más en el norte cristiano, encontró la muerte en Medinaceli, donde fue enterrado.

Tras su desaparición de la escena política, la devastación era, sin duda, la nota común a ambos lados de la frontera.

En el sur, su muerte dio inicio a un proceso de descomposición interna que terminó con el colapso del califato en el año 1031 y el surgimiento, en lo que antaño había sido al-Ándalus, de hasta veinticuatro reinos moros, las taifas, de los que algunos, los más importantes, subsistieron durante un siglo hasta la invasión de los almohades.

En el norte, por el contrario, su muerte señala el comienzo de un lento proceso de reconstrucción que, con los años, llevaría al fortalecimiento y expansión de los reinos cristianos.

En el primer cuarto de siglo del segundo milenio, cuando arranca la narración de los terribles acontecimientos históricos que por aquel entonces sucedieron, el territorio de la Hispania cristiana, además de los pequeños condados catalanes de la Marca Hispánica que giran en torno al Condado de Barcelona, se divide entre tres grandes señores de la guerra, de oeste a este: Alfonso V, el Noble, rey de León, sucesor de la línea dinástica que arranca en 722 con Pelayo y heredero de la tradición hispana del antiguo Reino Visigodo de Toledo; Sancho García, conde de Castilla, descendiente de Fernán González, que hacia 930 había fundado la dinastía condal castellana; y Sancho III el Mayor de Pamplona y Nájera, quinto rey de una dinastía de origen pirenaico fundada en el año 905 por Sancho Garcés. Los tres estaban unidos entre sí por vínculos familiares y, a pesar de ello o puede que precisamente por eso, se disputaban la supremacía en una lucha sin cuartel, cruel y continua, que era más de exterminio que de dominación.

Los hechos históricos que se narran en estas páginas acontecieron, tal y como se cuentan, entre los años 1028 y 1065, y comienzan precisamente a finales de este último, cuando Fernando, rey de Galicia, de León y de Castilla, moribundo, viejo y decrepito, viaja de regreso a casa con sus mesnadas tras su última batalla.

Si uno derrama la sangre de un hombre, otro hombre su sangre derramará.

Génesis, capítulo 9, versículo 6

PREFACIO

*Campamento militar, veinte leguas al sureste del monasterio de Arlanza, Reino de Castilla.
Otoño, 1065*

Un frío gélido nubla mi mente.

Siento que, sin remedio, la vida se me escapa, poco a poco, entre los dedos.

En el campo, fuera de la tienda donde apenas descanso de los muchos pesares del camino, el viento del norte mece los copos de nieve que, al caer, forman extrañas figuras sobre el suelo.

Hace ya siete días que salimos de Valencia, y este cuerpo viejo, enfermo y fatigado no admite más esfuerzo. Pero quiero llegar a Arlanza, escenario de mis aventuras juveniles, donde un día quise ser enterrado. Será la última vez, y solo le pido al Señor, después de tantos años de innmerecidos favores, que me conserve el aliento necesario para llegar al monasterio. Allí descansaré unas jornadas, pondré en orden mi alma y recuperaré fuerzas para seguir camino hasta León, donde Sancha me espera.

Al romper el alba, salieron del campamento mis heraldos para que mañana, al atardecer, cuando llegemos, todo esté preparado. También regresaron a casa mis mesnadas, con Alfonso al frente. Es preciso que en el alcázar estén avisados de que el final se acerca. Solo permanece a mi lado la Guardia y mis mejores caballeros, los únicos en quienes confío. No mis hijos, desde luego. Están deseando verme muerto.

Estaba ya muy avanzada la estación y, después de la razia de castigo sobre Zaragoza, tendríamos que haber regresado a León. Pero la codicia, de la que siempre he sido esclavo, y la mucha fama de las riquezas de la taifa, me llevaron al Sur, con mis ejércitos, por Daroca y Teruel, a fin de exigir tributo a Abd al-Malik al-Muzaffar, su débil reyezuelo. Allí gastamos inútilmente un mes de asedio y, esta vez sí, colmé la paciencia del Altísimo, que dispuso finalmente el castigo que merezco.

Un escalofrío permanente se apoderó entonces de mis huesos y, por eso, sintiendo próximo el fin de mi deambular por la Tierra, ordené levantar el campo. De retirada, en Paterna, nos vinieron a traición los infieles e hicimos en ellos mucha sangría. Tarde para retornar a Valencia a fin de reanudar el sitio, y con funestos presagios rondando mi cabeza, di la orden de regreso pese a la contrariedad de los desleales, de los que nunca me han servido bien; todos ellos ávidos de un oro que ya veían viajar hacia sus señoríos delante de sus ojos.

El camino de vuelta ha supuesto, en verdad, un gran sacrificio. La sombra de la muerte me persigue muy de cerca. He tenido que trocar el caballo por la carreta. Noto la desilusión y la desconfianza de la mayoría. Ven pronta la muerte en mi rostro y se preparan para el reparto de los restos.

Apenas puedo distinguir la vigilia del sueño. Oigo por las noches murmullos entre mis hombres. Comienzan a formarse banderías. El cáncer del reino. El mismo que encontré hace treinta años cuando llegué a León por primera vez.

Siento a mis hijos taciturnos. Los veo evitarse unos a otros. Se despedazarán entre ellos tan pronto como una losa de piedra cubra mis despojos. Conocen el reparto que he hecho de mis reinos, de mis vasallos y de los tributos de las taifas, y ninguno se da por satisfecho. No pararán

hasta que, al final, quede uno solo. Nada distinto de lo que yo hice cuando tuve ocasión de hacerlo.

Apenas duermo. Desconfío de todo el mundo. Temo que, al amparo de la noche, alguien burle la guardia que permanentemente vigila mi tienda y ponga fin a mi vida, porque los tres suspiran por verme muerto.

Tú, Sancho, el primogénito, desconfiado, brutal y despiadado. Llevas dentro el mismo germen destructor de mi padre: la semilla del homicida que no se detendrá ante nada para hacerse con todo el poder que yo tengo.

Tú, Alfonso, el segundogénito, afeminado y ladino porque te criaron a la vera de la reina, de la que aún hoy eres hijo predilecto. Eres astuto como una raposa y has sabido rodearte de hombres de Iglesia que te favorecen con su gran poder sobre las almas y sobre la tierra. No serás, desde luego, el primero en caer en la refriega.

Y tú, García, el terciogénito, al que apenas conozco porque tu madre te envió lejos cuando apenas levantabas tres palmos del suelo. Creciste rodeado de monjes, entre brumas y bosques, de Celanova a Compostela. Eres simple, taciturno y callado como los nobles del norte que te tienen en tanto aprecio, pero se adivina en ti el valor frío y ciego del que discurre por la vida sabiendo que nada habrá de perder en el empeño.

Sí, por Dios Nuestro Señor que llegaré a Arlanza. Solo un día más y escucharé el murmullo sordo del río al correr entre las peñas, y ese susurro, tan familiar para mí, de los chopos, ya sin hojas, mecidos por el viento. Recuperaré fuerzas, rezaré en la iglesia monacal de mis mocedades a los pies de la tumba de Fernán, mi antepasado, el primer conde de Castilla, y confesaré mis muchos pecados a Auriolo, el abad, mi querido compañero de juventud.

Después, cuando me reponga, seguiré, satisfecho, mi camino, preludio del último y definitivo viaje. Sancha y un sarcófago de piedra blanca sembrado de sal me esperan con ansia en San Juan Bautista, junto a Vicente, mártir, e Isidoro, bienaventurado.

Monasterio de Arlanza, Reino de Castilla, doce leguas al sureste de Burgos. Otoño, 1065

—El rey está a las puertas de la muerte. Tiene calentura y congestión pulmonar. Apenas puede hablar.

—Por eso, desde el amanecer, rondan los buitres el monasterio. Su hedor acre les atrae. Son tantos que se diría que las buitreras de los farallones, al borde del río, se han quedado vacías para acompañarlo en este trance final.

—Mejor escolta que la de los buitres —dice Gudesteo en voz baja— no merece, en verdad, el rey, nuestro señor.

Los dos monjes de San Benito hablan mientras caminan alrededor del claustro. Hace frío, pero la mañana es clara como suelen ser aquí los últimos días del otoño que anuncian la llegada del invierno. Los dos son altos, enjutos y huesudos. Se diría que los mejores días de sus vidas ya han pasado. Su aire es preocupado. Esperan temerosos el desenlace final. Nadie en el monasterio da un sueldo por la vida del rey.

Tras unos momentos de silencio, en los que solo se oye el siseo que producen sus sandalias al arrastrarse sobre el suelo, los dos monjes se detienen para sentarse bajo un arco, al sol, mirando a la huerta.

—He estado toda la noche en su celda, velando su agonía. Es puro remordimiento. Ve llegada su hora y comprende muy bien su condena.

—Pero... ¿es seguro que no queda esperanza alguna? —musita Servando, mientras mira fijamente al hermano boticario.

—He hecho cuanto he podido. Desde que llegó, toma regaliz en infusión. Durante la noche, ha hervido en su celda un buen cocimiento de melisa. Lleva también puesto en el pecho un emplasto de tomillo y salvia que, quizás, consiga bajarle algo la congestión. Lo demás está en manos de Dios.

«Nunca había visto antes al rey —piensa Gudesteo, apesadumbrado—. No había vuelto a visitar el monasterio desde que me trasladé desde Silos, hace ahora diez años. Sí que he escuchado las historias que cuentan los más viejos; los que estaban aquí cuando Fernando, aún conde, pasaba en Arlanza temporadas de oración. Pero no me lo representaba así. Lo imaginaba entero, alto y fuerte, con el rostro hermoso y noble que cantan los juglares que se detienen a veces en nuestro portón. Lejos de eso, lo que vi anoche, al entrar por la puerta de su celda, fue un despojo humano, un cadáver a punto de enterrar, una sombra que vaga en la noche arrepentida en busca de perdón».

El hermano boticario se vuelve con un gesto de compasión y le dice, pesaroso, al monje que lo escucha a su lado:

—En verdad, no parece que sea ya de este mundo. El abad le ha impuesto los santos óleos al alba y no espero que llegue con vida al anoecer. Antes del rezo de completas, las campanas del monasterio tocarán a muerto.

Se oyen a lo lejos unos pasos firmes que se acercan. Los monjes guardan silencio. Un lego joven, apresurado, trémulo por la urgencia del momento, se dirige al hermano boticario. Le dice que debe acudir de inmediato a la celda del rey, donde el abad le espera.

Mientras se aleja Gudesteo, Servando, disfrutando de los tenues rayos de ese sol casi de invierno que se filtra entre los arbustos del claustro, piensa en Fernando. A diferencia del hermano boticario, lo conoce bien. Lo ha visto muchas veces. Hace ahora dos años, atravesó Castilla entera para acompañar al abad a León, a la Curia Regia que habría de sancionar la división del reino. «Un mes estuvieron allí reunidos los magnates —piensa—. No fue fácil. Solo los que creían poder tomar ventaja de la partición, pocos, se aprestaron a apoyar los deseos del rey. Como su padre, Sancho, y siguiendo la tradición de la monarquía pirenaica, quiso el rey dividir el reino entre sus hijos varones y asegurar al mismo tiempo el bienestar de sus dos hijas, Urraca y Elvira. Y lo hizo aún contra los deseos de los condes, que defendieron la tradición de la monarquía hispana desde el tiempo de los godos, y de los obispos y abades mitrados, que anticiparon los desastres que sufriría el reino como consecuencia de la partición. No hizo caso el rey pese a sus ruegos y reconvenciones, y su testamento en vida fue sancionado el último día por la Curia Regia reunida en Santa María. Alfonso recibiría León; Sancho, Castilla, y García, Galicia. Para sus hijas quedó, como es tradición, el Infantazgo de los monasterios con sus heredades. Desde ese mismo día, no ha habido tranquilidad en las tierras de León y de Castilla. Todas las conquistas del rey se oscurecen con los nubarrones que, al amparo de las banderías que se forman en torno a cada uno de sus hijos, cubren el reino a la espera de su muerte».

El tañido de las campanas llamando al ángelus sobresalta al monje y lo aleja de sus pensamientos. Servando se levanta, se estira el hábito y echa a andar taciturno por el claustro, camino de la iglesia.



—Nuño, fiel amigo. —La voz del rey, apenas audible, suena hueca, vacía, como si saliera más de su alma que de su cuerpo.

La celda de Fernando, situada en el ala oeste, es la más soleada del monasterio. El rey yace en un catre cubierto de pieles y retrepado sobre la almohada. Junto a él, dom Auriolo, el abad, espera sus disposiciones. Nuño Álvarez, su compañero de fatigas y su más fiel servidor, se acerca lentamente al lecho desde la puerta y pregunta, rodilla en tierra:

—Mi señor, ¿cómo puedo servirlos?

El rey lo mira fijamente. A pesar de los años transcurridos, Nuño conserva su porte de gran caballero; esa dignidad y humanidad que solo caminan juntas de la mano de la nobleza de espíritu. Es alto, los ojos claros, glaucos, la nariz aguileña y la tez quemada de tantos años cabalgando al sol. Se conserva erguido, con el brazo fuerte y los sentidos alerta como el primer día. «Es el único que verdaderamente me ama —piensa el rey—. El único que me respeta y que comprende cuál es el precio del reino: la deshonra y el deshonor para conservarlo y engrandecerlo en beneficio de Dios Nuestro Señor».

—Abad —musita el rey—, creo que he recuperado algo las fuerzas. Servíos, pues, dejarnos solos un momento. Tenemos cosas de que hablar que interesan más al cuerpo que al espíritu. Tiempo habrá después para ocuparse de las cosas de Dios.

—Mi señor —contesta dom Auriolo—, se advierte la mano del Creador en vuestra mejoría. El Altísimo vela por vos y también por el bienestar del reino. Aun así, no abuséis, debéis conservar las fuerzas.

El abad abandona la celda cerrando despacio la puerta, donde la guardia del rey vela.

—Acercaos, Nuño. Sentaos a mi lado. No podré hablar mucho tiempo, y quiero que comprendáis bien cuál es el último servicio que debéis prestar a vuestro señor.

El rey, antes de hablar, calla durante unos instantes para tomar fuerzas, y su corazón se desplaza con el viento al alcázar de Pamplona, muchos años atrás. Pensar en aquellos días es sentir a Estefanía, su gran pasión. Siempre la ha querido y la ha llevado en su corazón, aunque ese amor, prohibido primero por su padre y después por Dios, no le ha traído más que infortunios. Con su imagen, viene también a su mente la de su hermano García, el primogénito, al que tanto admiraba de niño, con la lanza que segó su vida atravesándole la cota de malla por la espalda, a la altura del cuello. Y con ella regresa vívida a su memoria la mirada reprobadora de su viuda, velando el cadáver a punto de ser enterrado en Oña, aquel último día.

Lágrimas de amor, de amargura y de dolor asoman a los ojos del rey mientras Nuño espera. No sabe el lugarteniente del reino por cuál de sus muchas cuitas se vierten esta vez, aunque poco importa ahora saberlo. Son tantas las que han acontecido en estos treinta años que no habría paño en todo el reino suficiente para enjugarlas. Nuño mira a su rey, a su amigo. En su rostro ya solo se ven los ojos, negros como carbones, e insondables como un pozo sin fondo. El pelo, otrora cobrizo y brillante, descansa flácido, blanco y desteñido sobre la almohada. Ya no hay fuerza en sus miembros. Solo la mirada le recuerda la grandeza de Fernando.

—Nuño, habréis de partir sin demora. Iréis a Oña y veréis a Estefanía. Le diréis que el rey muere. Que pronto partiré para mi penúltimo destino y que no quiero postrarme ante el Altísimo sin verla de nuevo. Le diréis que ansío su perdón y que no puede permitir que su ser más querido muera sin consuelo. Pronto habré recuperado fuerzas para reanudar el camino. Antes de seguir hacia León, me detendré en Cardeña. Allí quisiera verla. No puedo partir en paz sin su bendición.

—Marcharé de inmediato, mi señor. Sabéis la devoción que siempre he tenido por la reina viuda. Nadie, quitando a Dios, podrá convencerla mejor que yo.

—Hay algo más —dice el rey, haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedan—. Tras Cardeña, partiréis hacia León. Al llegar hablaréis con la reina, mi señora. Tras la llegada de mis

hijos, estará ansiosa por tener noticias. Decidle lo que veis. Con eso bastará. Antes de la Natividad del Señor estaré allí de regreso, listo para emprender mi último viaje. A ella le incumbe ahora hacer lo necesario para que el reino permanezca en paz durante mi tránsito. No habléis con mis hijos. Las únicas noticias que esperan son las de mi muerte. Que esperen, pues. No tardarán en llegar. Pronto estará aquí su hora, la de la destrucción del reino.

Nuño Álvarez se levanta y se dispone a abandonar la celda. No hace frío. Una luz irreal llena la cámara. El rey permanece inmóvil, con los ojos cerrados. Las lágrimas vertidas se han secado en sus mejillas. Es posible que Nuño no lo vuelva a ver. Multitud de recuerdos se agolpan en sus pupilas. Toda una vida de pasión, de lealtad y de servicio, pero... no quiere pensar más en ello. Su vida, como la del rey, ha pasado. Todo tiene un final y parece que el del rey está pronto a llegar. Cumplirá una vez más, como siempre ha hecho, el encargo de Fernando, y después se retirará al refugio de su castillo de Amaya, en las montañas del norte, a morir allí con dignidad.

El ruido del cambio de la guardia devuelve a Nuño a la realidad. Despidiéndose de su amo, se da la vuelta de pronto, con prisa, como queriendo escapar. Abre la puerta y encamina el corredor que le llevará a su aposento, al otro lado del monasterio.



La noche cae sobre Arlanza. Una noche tenebrosa y oscura. Solo el murmullo del río, al golpear los guijarros de la orilla, rompe el silencio inquietante que envuelve el monasterio. Todos los monjes se han retirado a descansar tras los oficios de completas.

Gudesteo, sin embargo, tras llegar a su celda, espera paciente a que ningún ojo indiscreto pueda observar lo que, justo antes de rayar el alba, se dispone a realizar.

Cuando ha transcurrido una buena parte de la noche, cerca ya de maitines, sale al corredor y, sigilosamente, se dirige hacia la iglesia. Abre la puerta lateral que da al ábside y, amparado por las sombras, continúa raudo al cementerio que yace al otro lado. «Hace pocos días que enterramos al hermano Ecta —piensa, convencido—. Todavía quedará algo dentro para desenterrar». Ya en el camposanto, enciende una vela y busca el extremo donde se halla, todavía fresca, la tumba que le interesa. Comienza a remover con cuidado la tierra, procurando no hacer el más mínimo ruido que pueda delatarlo y conducirlo directamente a la hoguera. Cuando llega a la madera, abre la tapa, y un hedor insoportable a muerte sale de la caja. Se tapa la boca, saca el cuchillo que lleva preparado debajo del hábito y comienza a cortar, decidido. De entre todas las vísceras, elige precisamente el hígado, ya casi descompuesto, y rebana con decisión una buena tajada. La envuelve con cuidado en un paño y se apresta a dejar todo en el mismo estado. Cuando termina, sudoroso, apresura su paso de vuelta. En nada sonará la campana de la iglesia llamando a los monjes a la oración. Amparado en las sombras de los corredores, apenas iluminados por algún candil de aceite, atraviesa el refectorio y gana el amparo de su celda, esconde su botín en un cubículo escarbado en la pared de piedra y se prepara para acudir con normalidad a los oficios. Piensa que, gracias a él, el reino podría tener todavía una oportunidad. En unas horas preparará un brebaje para el rey con el hígado del monje difunto. Eso le permitirá prolongar su vida, siquiera unas jornadas más. «Después, Satanás, el verdadero aliado de Fernando, decidirá».



—No tengáis tanta prisa, Fernán. Muy pronto me pudriré con vos en el Infierno.

La voz del rey suena como un murmullo contra la bóveda de cañón de la iglesia del monasterio. Sorprendentemente para la estación, no hace frío dentro. Un desacostumbrado buen tiempo y los

buenos oficios del hermano boticario han colaborado en su inesperado restablecimiento. Continúa débil, pero al menos ha podido levantarse y bajar a la iglesia a rezar.

Su partida hacia León está preparada para mañana, a la hora tercia. El rey, sentado en el coro y mirando fijamente a la urna funeraria labrada en piedra en la que descansan los restos mortales del primer conde de Castilla, reflexiona ensimismado sobre todo lo que ha conseguido en su ya larga vida.

Un silencio sepulcral envuelve los gruesos muros de piedra.

«Cuarenta y cinco años tenía el rey Sancho, mi padre, cuando le tocó rendir cuentas —piensa Fernando—. Cuarenta y siete tengo yo, y mis ojos no llegarán a ver el nuevo año. Once tenía en el año del Señor de 1029, lo sabéis bien, cuando recibí el Condado de Castilla por obra de las intrigas homicidas de mi padre y gracias al linaje augusto de mi madre: ¡vuestra sangre, conde, la que corre también por mis venas! Pero... ¿qué me entregaron realmente aquel día?»

Fernando hace memoria, y con ella piensa con nostalgia en aquel tiempo pretérito. Ve de nuevo a sus viejos maestros que se esforzaron por inculcarle la grandeza de su doble stirpe, navarra y castellana.

«No era, desde luego, el condado que dejasteis a vuestros descendientes. Tras vuestra muerte, pocos años antes de acabar el milenio, gobernando en Córdoba Hisham, califa de los infieles, por medio de la mano de hierro de Muhammad ibn Abi'Amir, al que los sarracenos llamaban al-Mansur, todas las desgracias posibles se cernieron sobre Castilla, y el Señor, no obstante sus continuas preces, no ofreció a nuestro pueblo ningún consuelo. Las tropas sarracenas, en los años siguientes, año tras año, ya al borde del milenio, tomaron Gormaz, Osma, Clunia y San Esteban, causando muerte, desolación y desesperación allá por donde fueron. Nada pudieron hacer para impedirlo las tropas cristianas, y mucho menos tras la muerte del conde García, vuestro hijo, en Piedra Salada. Hinchidos de pecadora soberbia tras la profanación de Compostela, se atrevieron incluso los sarracenos con lo más sagrado: las reliquias de san Millán, nuestro santo patrón».

A Fernando se le acelera el pulso mientras piensa y comienza a sentirse febril de nuevo. Tan absorto está en sus pensamientos.

«En el bendito año del Señor de 1003, tras la destrucción del monasterio de la Cogolla, Nuestro Señor Jesucristo escuchó finalmente las plegarias de la Cristiandad entera y acabó con la vida del perro infiel en Medinaceli, cuando volvía a Córdoba con el botín de las reliquias del santo. *Mortus est Almanzor et sepultus est in Inferno*».

«De todo este quebranto y destrucción se tomó al poco tiempo buena revancha mi abuelo, vuestro nieto, el conde Sancho García, con el saqueo de Córdoba y la exterminación de la stirpe del profanador. Muerto el conde, a la devastación causada por el infiel se unieron las depredaciones del rey Alfonso, en el occidente del condado, las de mi padre, en el oriente y las de los infanzones castellanos que, por todas partes y con una ambición desmedida, se apropiaron sin derecho de las tierras de Castilla».

«Con el correr de los años, el señorío que me entregaron se convirtió en una idea, en una entelequia. Sin tierra, sin riqueza y sin vasallos, yo era el conde niño de un dominio que no existía, una bella tierra gobernada por sus usurpadores que solo esperaban el momento preciso para darme el golpe definitivo».

—Pero yo me sobrepuse —murmura Fernando— y luché contra la adversidad. Y ahora que se acerca el momento de mi muerte, tras todos estos años de sacrificios, ¿qué he conseguido, conde Fernán? —el tono de voz de Fernando se va elevando—. ¿Hacia dónde he llevado el condado que fundasteis? Miro sosegado la obra de mi vida y contemplo con asombro cómo he podido ser tan

ingenuo como para repartir el reino. Siempre soñé con restablecer la Hispania de mis antepasados; no para mí, sino para devolvérsela a Dios, su verdadero dueño. Pero me ha faltado tiempo para culminar mi proyecto.

»Después, la senilidad, la debilidad de espíritu que acompaña a la enfermedad, la lealtad que debo a mi esposa Sancha, el recuerdo de mi padre, y la tradición pirenaica de nuestros antepasados, que en su lecho de muerte juré honrar, me llevaron a la partición del reino.

Fernando, cada vez más agitado, ha ido, sin quererlo, levantando la voz hasta convertirla en un trueno.

—¡Maldita sea aquella jornada funesta! ¡Por los clavos de Cristo, maldita sea! Y ahora ya es demasiado tarde para ponerle remedio. La guerra civil, una guerra entre hermanos de final incierto, comenzará al día siguiente de mi muerte, y yo seré el único responsable de la destrucción de la obra de mi vida entera. Convertí a Castilla en reino, me hice con la corona de León, transformé los reinos de Pamplona y Aragón en feudos, y sometí al moro por doquier como nadie antes había hecho. Mi sueño, nuestro sueño, conde, de una Hispania imperial se me escapa ahora, sin embargo, como la vida, entre los dedos.

»Todo esto he hecho, Fernán, aunque para conseguirlo haya tenido que sacrificar mi alma. Pero, decidme, ¿ha habido, acaso, algún poderoso en la Tierra que haya renunciado a su reino para ganar el de los Cielos? Allí donde estéis, donde ahora os pudráis, tendréis para siempre la compañía de muchos de ellos: condes, príncipes, reyes y purpurados que vivieron antes que vos y de los que, como yo, continuarán vuestra estirpe hasta el final de los tiempos.

El rey calla mientras pasa la tarde, inerte, con un largo silencio. Finalmente, se oye un leve crujido a lo lejos. Es el ruido de la puerta que comunica el claustro con la iglesia. Suenan unos pasos contra el piso de piedra que despiertan al rey del letargo otoñal en que se había convertido su ensueño. Dom Auriolo, el abad, se acerca al coro.

—Aquí estoy, mi señor. Como ayer os decía, estas horas de meditación entre los muros de nuestra venerable iglesia os habrán servido de buen acto de contrición.

—Acercaos, Auriolo —dice Fernando, exhausto—. Como sabéis, mañana parto en lo que será mi viaje postrero. Veis el estado de quebranto en que me encuentro. Es, por ello, muy posible que no consiga llevarlo a buen término. Por eso, como os dije anoche, deseo que me escuchéis en confesión. Nadie mejor que vos, compañero. Han pasado muchos años desde nuestras mocedades, y nada ha discurrido como esperábamos. Aun así, y aunque ya no crea en mi salvación, os ruego que me sigáis con atención y que me deis el consuelo que espero.

El rey toma aliento. Le cuesta reconocerlo, pero el resultado de su vida es como una cesta vacía. «Muchos y muy graves son los pecados que he cometido —piensa, compungido—. No hay mandamiento de la Ley de Dios que con contumacia no haya comprometido: he sido adúltero, blasfemo y fornicador. He odiado a mi padre y a mi madre, y la avaricia me ha consumido en una lucha incesante por la acumulación. Pero lo más grave, sin duda, lo que más pesa y ensombrece mi alma, es que he sido un homicida, tanto como pocos de los que por la Tierra pasaron antes que yo; por lo mucho que maté y por la calidad de las personas, algunas de ellas muy queridas, a quienes arrebaté la vida».

El abad, sentado en el coro a su vera y preparado para recibir la confesión, percibe el profundo sufrimiento del rey mientras espera. Con los ojos cerrados, siente también el fuerte olor a incienso que no basta para tapar las emanaciones de su cuerpo enfermo.

Tras unos instantes más de recogimiento, invoca en susurros a Dios, mira a los ojos del rey y,

muy consciente de la enorme trascendencia sacramental del momento, hace la señal de la cruz y, en comunión con el Señor, musita una bendición:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

El rey, por respuesta, susurra con palabras ininteligibles un estertor. Desorientado, calla un momento y con un arrepentimiento profundo, recuerda en un instante su vida entera. Después, ya sereno, hace acopio de unas fuerzas que no le llegan y contesta, esta vez en voz baja, pero con determinación:

—Perdonadme, Padre de los Cielos, porque es mucho lo que he pecado.

LIBRO PRIMERO «SANCHO»

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

Alcázar de Pamplona. Primavera, 1028

—¿Por qué sucumbió el rey Roderico? ¿Por qué?

La voz gutural de dom Gómez, preceptor de los infantes de Pamplona, resuena alta contra los muros de piedra de la *escola palatina* del alcázar. Tonsurado y con el hábito de san Benito, el monje aprovecha las primeras horas de una mañana clara para que sus pupilos comprendan cuáles son las claves del ejercicio del poder del rey.

—Por su debilidad y, sobre todo, por su cobardía.

Los infantes y los hijos varones de los magnates más importantes escuchan con atención las palabras del monje. Entre ellos, destaca por su gallardía García, el hijo primogénito de Sancho, rey de Pamplona, que algún día heredará el reino. Es un adolescente alto, fuerte y espigado, con los ojos pequeños, claros y penetrantes característicos de la estirpe de Sancho Garcés. Es impulsivo. Sus contestaciones, como esta vez, salen siempre de repente, sin reflexión.

—¿Eso creéis? —contesta el monje, poco convencido—. No olvidéis que la cobardía no fue precisamente un atributo de los reyes godos. Y vos, Fernando, ¿qué opináis?, ¿creéis también como vuestro hermano que la derrota de Roderico en el río Guadalete, que abrió las puertas de la Hispania cristiana a los moros, se debió sobre todo a la cobardía del rey?

Fernando escucha ensimismado a su preceptor. Parece ausente, como si su mente se hubiera trasladado a aquella aciaga jornada que marcó el principio del fin del Reino Visigodo de Toledo. No es tan alto como su hermano. Se ve a las claras que su estirpe dominante no es pirenaica. Sus ojos negros, profundos e insondables, delatan su sangre castellana. Es reflexivo. Le gusta más escuchar que compartir. Ama a su madre, la reina Munia, sobre todas las cosas y aborrece profundamente a su padre, el rey, a quien tanto admira su hermano mayor.

—No estoy seguro, pero opino como vuestra paternidad que la sangre goda que corre por nuestras venas nunca pecó de cobardía.

El monje medita unos instantes. Los niños, atentos, esperan expectantes su explicación. Una luz tenue, ideal, ilumina la escena. Gonzalo, el pequeño de la estirpe, duerme desde hace rato apoyado en sus brazos, sobre la mesa.

—Roderico —dice el monje, circunspecto— fue un buen rey y, si sucumbió al empuje de los moros, hace ya trescientos años, no fue, desde luego, por su debilidad o cobardía, sino por la traición, esa vieja conocida. Todos, reyes y nobles, fueron desleales a la monarquía en los años anteriores a aquel 711 aciago. Ervigio traicionó a Wamba cuando le suministró el narcótico que lo hizo parecer moribundo a los ojos de su pueblo. Después, la tonsura, el cilicio y la cruz de ceniza, que como símbolo *mortis* de penitencia por sus pecados le impuso el obispo Julián, completaron el trabajo que aquel había iniciado al incapacitarlo para continuar con su reinado. También Egica traicionó más tarde a Ervigio, confiscando sus bienes y desterrando a sus descendientes. Pero, para verdadera felonía, la de Artobas y Alamundo, que al final provocó la destrucción del reino. Los dos habían sido apartados de la línea del trono por los nobles, que ofrecieron el cetro a Roderico y no a su padre, como hubiera correspondido por derecho de sangre. Por eso, por

resentimiento, los hijos de Witiza cruzaron el Estrecho para entregar con su traición las llaves de Hispania a al-Walid, el califa omeya de Damasco, a cambio de oro e influencia.

»Pocos días después, el gobernador árabe del norte de África, Músa ibn Nusayr, envió sus tropas a la Península. Con sus filas diezmadadas por la traición, poco pudo hacer el rey ante el empuje de los sarracenos, que en pocas horas hicieron de Táriq ibn Ziyád el dueño de la situación, con una victoria total a orillas del Guadalete.

»Tras la muerte de Roderico en combate, los traidores fueron abriendo a los invasores, una tras otra, las puertas de toda la Hispania cristiana. Al fin y a la postre, la conquista de la Península se completó en pocos meses. Por lo tanto, infante García..., ¿fue realmente cobardía o fue, quizás, traición?

No hay tiempo para la contestación. El sonido de una trompa en el patio anuncia la llegada de la partida de caza del rey. García se precipita hacia la puerta, la abre de golpe, y corre escaleras abajo para llegar cuanto antes al patio de armas. Fernando se levanta también, coge de la mano a su hermano Gonzalo, que acaba de despertar de un profundo sueño, hace una reverencia a su preceptor y sale de la cámara. Tras la salida de los infantes, sus cinco compañeros de estudio se levantan y les siguen apresurados.

Ya solo, don Gómez cierra la puerta y se dirige al aparador que separa la habitación de otra menor. Lo abre y acaricia suavemente, con deleite, el lomo de un códice encuadernado en becerro. Con cuidado, lo coge entre sus manos y lo lleva a la mesa. El códice miniado, una obra de arte, es su favorito. En él se recogen fragmentos de la *Historia de los Reyes Visigodos, Suevos y Vándalos*. El monje lo abre dejando a un lado las páginas que transcriben una parte de la obra del bienaventurado Isidoro, y lee atentamente las que describen, hasta el más mínimo detalle, la estirpe de la Casa Real de Pamplona: sus anales recopilados en la época de Sancho Abarca. Cuatro generaciones que han llevado a la monarquía navarra a una situación que le permite aspirar al control de toda la Hispania cristiana; a su reunificación bajo un mismo cetro. «En eso, precisamente —piensa el monje mientras cierra, pensativo, el manuscrito—, está ahora el rey Sancho, nuestro señor».



A Fernando, en verdad, le gustan los aposentos de su madre. Siempre que puede, a hurtadillas, se deja caer por allí. Esta vez, como muchas otras, encuentra la cámara vacía. Lo prefiere así. En soledad, disfruta especialmente de las cosas de la reina y de ese olor a almizcle que siempre va con ella. Se observa en el espejo, revisa esos afeites y ungüentos que le son tan familiares, toca plácidamente sus ropajes y se deja caer, abstraído, en un sillón de tijera que le permite contemplar la cámara de la reina en toda su extensión. Pasa así un buen rato, disfrutando ensimismado.

Al cabo, oye un ruido brusco. Alguien, que desde luego no es la reina, se dispone a franquear la puerta. Fernando se levanta, raudó. Asustado, corre en silencio hacia el lecho y, antes de que puedan verlo, se desliza rápidamente debajo hasta quedar totalmente oculto por los pliegues del cobertor de brocado. Escucha con atención y oye unas pisadas recias. Solo acierta a ver desde su escondite unas calzas blancas y unos borceguís de cuero que ocultan unos pies de caballero. Escucha con atención una respiración agitada.

Al rato, vuelve a oír la puerta. Esta vez sí. Es su madre, que precipitadamente se acerca a la persona que la aguarda junto al lecho. Apenas oye un susurro. La reina musita un «os amo» y, de inmediato, percibe un crepitar desordenado de ropas que se deslizan hacia el suelo. Fernando escucha, asombrado. Su corazón late con fuerza. No comprende lo que pasa, aunque intuye que no

es nada bueno. Cree que corre un grave peligro y, por eso, de ninguna manera se atreve a salir de su escondrijo. La reina jadea. Oye el frotar de los cuerpos, el ruido de las manos estrujando la carne y acariciando la piel, y unos susurros que no significan gran cosa para él. Después de unos instantes que se le hacen eternos, los pies de su madre se vuelven hacia el lecho que, cargado con parte de su peso, comienza a moverse rítmicamente, con sacudidas, primero lentamente y después, poco a poco, más rápido, con frenesí. Fernando se tapa los oídos. No quiere escuchar los gemidos que está oyendo. Al poco, percibe en el aire un olor pegajoso. Un último suspiro, como de vacío, da paso al silencio.

La reina y el caballero recogen precipitadamente sus ropas desparramadas por el suelo para desaparecer de inmediato, primero ella y después, silencioso, él. Fernando no puede pensar, no da crédito. Solo espera angustiado hasta que, con el declinar de la tarde, busca la salida amparado en las sombras. Sigilosamente, abandona su escondite y, con mucha precaución, sale de la cámara, turbado y con un hondo pesar.



La ciudad de Pamplona —escribe con esmero dom Gómez sobre la superficie áspera de un pergamino que descansa sobre su escritorio— fue una fundación romana de la época de Augusto, convertida en obispado por los reyes Godos. Conquistada por los sarracenos en el año del Señor de 712, no fue hasta comienzos del siglo IX cuando apareció allí una familia, los Arista, lo suficientemente poderosa como para que sus miembros comenzaran a autodenominarse, con el consentimiento de los califas cordobeses, reyes de Pamplona. Todo cambió, sin embargo, al comienzo de la siguiente centuria. A partir del año 900, los Arista fueron aniquilados por otra familia vascona muy enraizada en la región, los Jimeno: gentes montaraces que, a partir de entonces y hasta nuestros días, se sucedieron de padres a hijos a título de reyes en el trono real de Pamplona, gracias a la política, en parte agresiva y en parte acomodaticia, que desarrollaron con los moros que dominaban su frontera sur. El primer rey de la dinastía fue Sancho Garcés, que rigió los destinos navarros desde el año del Señor de 905. Por razón de su matrimonio con Toda Aznárez, emparentada a su vez con el emir de los infieles, el califa de Córdoba, Abd al-Rahmán, consiguió para la dinastía el control del Condado de Aragón. El segundo rey de la serie, su hijo García Sánchez, derrotó al califa cordobés en la Batalla de Simancas, causando además gran quebranto a la causa de la moraima. Le sucedió su hijo Sancho Abarca, que tuvo que enfrentarse al terror y a la destrucción causada por las aceifas del cruel lugarteniente del Califa, al que ya por entonces llamaban Almanzor. Derrotado por este, y como prueba de paz, acudió a Córdoba con embajada para entregar a su propia hija Abda al sarraceno, lo que causó gran escándalo en toda la Cristiandad. Le sucedió su hijo García, el Temblón, padre que fue del rey Sancho el Mayor, nuestro señor.

Terminado el escrito que al día siguiente presentará al estudio de sus pupilos, piensa el monje en la cómoda posición estratégica que, por medio de sus alianzas familiares, ha conseguido el rey Sancho. Casado con Munia, hermana mayor de García, conde de Castilla, y cuñado de Alfonso, rey de León, por haberse casado este en segundas nupcias con Urraca, su hermana, domina, además de Navarra, al oeste, Álava, Vizcaya, Nájera y una buena parte del oriente castellano hasta La Bureba, y al este, Aragón, Sobrarbe y el condado de Ribagorza. «Esta posición del rey — piensa el monje, entre satisfecho y convencido, mientras comprueba si ya se ha secado la tinta sobre el pergamino—, unida a su ambición, traerá sin duda en el futuro muchos días de gloria a Pamplona».



Fortún Enecóniz, ayo del infante, observa en silencio las evoluciones de su pupilo mientras da vueltas, montado a la jineta, al patio de armas del alcázar. Ha amanecido un día claro y luminoso, aunque algo fresco para la estación. La sesión diaria de monta comenzó a la hora tercia y el sol se está acercando ya a su punto más alto. Fernando, sudoroso y cansado tras casi dos horas de esfuerzo, se aplica por seguir las indicaciones de su instructor.

—¡El cuerpo derecho y gallardo, Fernando! ¡Haced fuerza con los pies en los estribos! Así está mejor. ¡Las punteras levantadas mirando a los codillos del animal y los talones derribados hacia fuera!

Fernando piensa que la mañana ha sido desastrosa, como lo han sido todos los días con sus noches desde aquella tarde aciaga en la cámara de la reina. Ha guardado silencio mientras ha podido, pero siente que ya no lo soporta. No logra quitarse la imagen de la cabeza, y esa obsesión le impide aplicarse bien en sus tareas.

—¡Las espinillas cerradas contra el costado, Fernando, y las rodillas abrigadas a la silla!

Está deseando terminar la sesión para refugiarse en la soledad del torreón en el que pasa la mayor parte de su tiempo. Comienza a aborrecer lo que siempre le ha gustado. Otra vuelta más.

—¡Cambiad ya de mano, Fernando! ¡La cabeza del caballo puesta, remetida!

Enecóniz piensa que algo no va bien. Su pupilo no parece el mismo. Se le nota ausente. Desde que el rey le encargara la formación de su hijo tras abandonar este, hace ya cinco años, el ala de las dueñas, se ha esforzado a conciencia para sacar lo mejor del muchacho. «Fernando es noble y voluntarioso —piensa—, y acepta bien la disciplina. No tiene, sin embargo, la fortaleza física de García, aunque no le faltan arrestos. Sus primeros escarceos con las armas han sido buenos, y ya domina al bruto con soltura. Pero nunca llegará a ser ni un gran soldado ni un jinete arrojado. No obstante, tiene muchas cualidades, y no le faltará el aplomo necesario para llevar adelante cualquier oficio que le encomiende rey».

—La siguiente vuelta mandad con los pies, Fernando, haced una arremetida de sobresalto, y, finalmente, parad a raya.

El niño intenta concentrarse. Pronto habrá terminado. Piensa por un instante que este sinvivir tiene que acabar. Se afirma, pues, en su montura, suelta las riendas y clava a fondo las espuelas en el flanco del bruto que, de un brinco, inicia el galope, sorprendido. Con el caballo lanzado, el niño se agarra, temeroso, al fuste de la silla y echa todo el peso del cuerpo hacia atrás, intentando detener al animal. Algo, sin embargo, no funciona como debería. El caballo se encabrita y, dando un respingo, cae al suelo y arroja a Fernando a los pies de su ayo.

Aturdido y magullado, el niño se levanta de inmediato y, con decisión, se dirige hacia la bestia con la intención de subirse de nuevo. La voz ronca de su instructor lo detiene en seco:

—Ya ha estado bien por hoy. Recordad —dice Enecóniz, con templanza— que la monta no es fuerza ni aspereza, sino disciplina. Debéis ganáros la complicidad de vuestra montura juntando el artificio y la buena maña con su ser natural. El caballo no debe tener, infante, ni más brío ni más voluntad que la que quisiere el que estuviere montado sobre él. Recordadlo. Y ahora llevadlo al establo y, mientras lo hacéis, acercaos a él, sed su cómplice. Os sacará en el futuro de muchos entuertos.

Fernando coge las riendas y se dirige, dolorido y con la cabeza gacha, hacia el cobertizo que cierra por poniente el patio. «En verdad no puedo seguir así, pero ¿en quién voy a confiar? —

piensa, disgustado—. No en mis hermanos, desde luego. Correrían a contárselo al rey. Y mucho menos en mi madre. ¡Cómo voy a decirle lo que siento mirándole a la cara al mismo tiempo!».

—Antes de que os vayáis, desearía hablaros —le dice su ayo, desde lejos—. Dejad el caballo al mozo de cuadras y regresad.

Fernando obedece y, tras desensillar, se acerca a la mesa que ocupa Enecóniz en una esquina del patio. Sobre ella, una jarra de agua fresca. El niño escucha expectante la voz de su ayo.

—Bebed, si lo deseáis. Estaréis sediento. Hace días que os veo ausente. No os aplicáis en vuestras tareas como debierais, lo que, como bien sabéis, es muy inusual. Desearía que me contarais, no si está pasando algo, sino lo que realmente pasa por vuestra cabeza. No temáis. Sabéis que podéis confiar en mí. Vuestro padre puso vuestra vida en mis manos poco después de que nacierais, y nada hay para mí máspreciado.

Fernando duda. Sabe de la fidelidad de Enecóniz al rey, pero, en su ingenuidad, está seguro de que, si tiene que elegir entre ambos, se inclinará por él. Por eso, tras un buen rato en silencio, durante el que piensa con detalle en las palabras que va a pronunciar, se arranca a hablar como un torrente y no para hasta que termina de contar.

Los ojos de su ayo lo miran entonces fijamente, muy abiertos, como incrédulos. También advierte Fernando el miedo en sus pupilas. Nunca hasta entonces había visto nada igual.

—Debéis guardar silencio sobre lo que me acabáis de revelar y, mucho más importante, debéis olvidarlo como si nunca hubiese pasado. No es que no os crea. Es que corréis un grave peligro si lo volvéis a contar.

Incómodo y preocupado por la pesada carga que su pupilo le ha echado encima, Fortún Enecóniz se levanta de la silla, pensativo, y, sin despedirse, enfila la escalera que conduce a lo alto del alcázar.

Fernando, por su parte, tras vaciar la jarra de agua y permanecer ensimismado un buen rato, se levanta también y, compungido, se dirige al resguardo del torreón sin advertir, en su inocencia, que alguien más ha estado escuchando su confesión y se dispone a hacer buen uso de ella a continuación.



La reina Munia permanece encerrada en su alcoba desde hace días. Es una mujer espléndida y hermosa. De una belleza otoñal, madura y rotunda. Todavía no ha hablado con el rey, pero sus dueñas le han contado lo que, entre susurros, se dice en el alcázar, desde las cocinas hasta la cámara. Llueve copiosamente en el exterior y, mientras contempla por la ventana la tristeza del día piensa que, por el frío reinante, se diría que el viento norte se ha equivocado una vez más de estación.

El rey no permite desde anoche que nadie la visite. Ni sus hijos ni sus dueñas. Permanece en la más absoluta soledad, esperando lo que venga. Las lágrimas quieren asomarse a sus pupilas mientras piensa en lo que le espera: «Nunca lo he querido. Es brutal, ruin y mezquino. Lo fue desde el primer día. Solo piensa en sus instintos. Nada diferente de lo que es habitual entre las gentes agrestes y salvajes de estas tierras. ¡Maldito sea el día en que mi padre me obligó a abandonar Castilla!».

La reina se levanta y camina lentamente arriba y abajo de la pieza. Piensa en cómo ha podido suceder y en cómo lo va a remediar. No se hace falsas ilusiones, pero se pregunta hasta dónde sabe el rey. «Si llega a conocer toda la verdad, me hará despedazar. Cuentan las dueñas que ha sido García, mi propio hijo. Nunca podré perdonarlo. Pero ¿cómo lo ha sabido y por qué lo ha

contado? Siempre intentando atraer la atención de su padre sin caer en la cuenta de que Sancho solo vive para su ambición».

Se oyen pasos en el corredor que se acercan. La guardia que la vigila noche y día presenta armas. El chirrido del cerrojo anuncia al rey, gigantesco como es, que aparece por la puerta acompañado por el prior del palacio y por el notario mayor.

—Señora, habéis de saber que se han presentado graves acusaciones contra vos, por las que seréis juzgada ante la Curia Regia y condenada, llegado el caso, a muerte o al encierro de por vida en el monasterio que decida la misericordia del rey, nuestro señor. —La voz del notario resuena dura y nasal en la habitación. Usa ropa talar y, aunque es eclesiástico, no luce tonsura.

Un silencio que se puede palpar, levemente perturbado por los incipientes sollozos de la reina, llena la estancia. El rey, tras dudar un instante en el que parece que va a hablar, se da la vuelta y se dispone a marchar. Es entonces cuando oye la voz angustiada de su esposa detrás:

—¡No sé de qué me acusáis, mi señor, pero, sea lo que sea, es justo que yo lo sepa! ¿Cómo voy a poder defenderme si no?

—¡Adulterio! —le escupe a la cara el notario mayor, tras pedir con la mirada licencia de su señor—. De eso se os acusa. De depravada fornicación con alguien de la corte a quien todavía no hemos descubierto. Pero no abriguéis falsas expectativas. Pronto se sabrá quién es el traidor, y entonces no pasará una jornada sin que la espada del verdugo dé buena cuenta de él.

—Os juro, mi señor —dice la reina, dirigiéndose al rey con impostada firmeza—, que no he cometido delito alguno, y que es falso el adulterio del que me acusáis. Nunca he tenido, ni antes ni después, conocimiento carnal con nadie que no seáis vos. ¡Dios Nuestro Señor es testigo de que siempre os he sido fiel!

La reina sostiene a duras penas la mirada inquisitiva del rey. Aun quebrada, en su interior se siente aliviada porque Sancho no conoce toda la verdad. En lo que siente una eternidad, piensa en su confesor y en la misericordia de Dios que, como en otras ocasiones, sabrá perdonarla por haber tomado su santo nombre en vano una vez más.

Tras unos momentos de indecisión, se abre la puerta de la alcoba y el rey y su comitiva se disponen a salir en silencio. La guardia se cuadra. De forma inesperada, sin embargo, la reina, con voz desgarrada, se interpone en su camino y, de rodillas, detiene su marcha:

—¡Juicio de Dios, mi señor! ¡Es mi derecho! ¡Si no me dejáis otra salida, os reclamo el juicio de Dios!

La exclamación de Munia desconcierta a la comitiva. Su invocación imprevista a la ordalía complica las cosas más todavía, porque hará de dominio público el adulterio, no ya en Pamplona, sino en toda la Cristiandad.

—No habrá caballero en la corte que ose defenderos —dice el prior del palacio, despectivo—. ¿Cómo haréis valer entonces la voluntad de Dios?

La reina se siente desfallecer y, como no se ve capaz de aguantar durante más tiempo la mirada furibunda del rey, se dirige a una esquina de la habitación para recogerse allí, vencida.

El rey se da media vuelta y sale finalmente de la alcoba con rabia contenida. Sin mediar palabra, se dirige furioso escaleras arriba hacia la torre del homenaje que da acceso al corredor de servicio de las almenas de la muralla. Necesita reflexionar, y ningún sitio mejor que ese para calmar su ira, mirando al norte de donde proviene, cara al viento, y con las gotas de lluvia cayendo copiosas sobre sus mejillas.

CAPÍTULO II

Valle de Baztán, al sur de los Pirineos, catorce leguas al norte de Pamplona. Primavera, 1028

—Mi señor, intentad rematar la presa. No andará lejos. El rastro de sangre continúa hacia aquellos matorros —la voz baja de Fabio, el escudero, anima a Ramiro a no cejar en su empeño.

El día ha amanecido cubierto y amenaza lluvia gruesa. El viento del norte, que no ha dejado de soplar en los últimos días, se calmó por fin ayer, al anochecer, y no parece que vaya a arrancar hoy de nuevo.

La mañana ha sido pródiga en acontecimientos. Han seguido durante horas el rastro de un verraco y, por fin, pasado el ángelus, han podido alancearlo. La herida, sin embargo, no ha sido definitiva, y el animal gasta a esta hora las fuerzas que le quedan en escapar.

—Tenemos que cerrarle la salida —dice Ramiro en voz baja—. Seguid esa vereda hasta rodearlo y asustadlo con vuestros pasos para que vuelva atrás.

Mientras susurra estas palabras, se oye un ruido ronco en la espesura. ¡Es el bicho que, de repente y sin aviso, vuelve sobre sus pasos como una mole y se dirige, gruñendo, hacia Ramiro! En un suspiro, el infante levanta la jabalina, espera al último instante y la clava, decidido, en el flanco del jabalí que, con un leve estertor, cae moribundo a sus pies. Fabio, sudoroso, se apresta a rematarlo, y le asesta una cuchillada en el morrillo que le permita despedazarlo después a gusto y tranquilo. Muerto el animal, hace una profunda incisión en la piel y, desde ella, de un tajo profundo, abre su vientre en canal. Saca las entrañas y, cuando deja de sangrar, busca entre los árboles que los rodean una rama lo suficientemente gruesa para transportarlo. Corta la rama, fabrica la vara, y con mucho trabajo, ensarta en ella al verraco. Cogiéndola con fuerza, ambos se disponen a llevarlo de vuelta.

De camino, y sin otra intención aparente que la de enredar, dice el escudero a su amo:

—¿Habéis oído, mi señor, que la reina está retenida en sus aposentos?

—¿Cómo es eso...? —pregunta Ramiro, interrumpiéndolo—. ¡Qué cosa es esa que decís, majadero! ¡Voto a bríos, hablad presto!

—Ayer noche un mercader trajo consigo la mala nueva. Parece que acusan a la reina de algún grave delito que ha indispuerto al rey contra ella.

Ramiro se detiene, trémulo, y, mientras piensa, su rostro torna al blanco por momentos. Negros presagios se ciernen sobre su cabeza. Hace pocos días que, en su alcoba, se despidió de la reina. «Solo una cosa ha podido ocurrir para que el rey haya tomado esa decisión y, si eso ha sucedido, nada puede ser peor». Hace años que la ama en secreto, y siempre ha sabido que ese amor prohibido sería la causa de su perdición. Piensa, alarmado, en ella, y en lo que ha podido acontecer, y le extraña que todavía no hayan ido a prenderlo, porque el rey conoce perfectamente su paradero.

Ramiro es el primer hijo del rey Sancho. Hijo bastardo nacido antes de su matrimonio con Munia y fruto de su unión carnal con Juana Aybart, de la Casa de Albret. Aunque goza de un tratamiento semejante al de los infantes, en el fondo ni es ni puede ser igual que los otros tres. Es alto, fuerte y bien parecido, y tiene el pelo negro propio de su familia bearnesa recogido en una

mata gruesa. Es apasionado e impulsivo y, para su desgracia, sus ojos no ven más que por los ojos de la reina.

—Apuremos el paso, pues —dice Ramiro, dejando al animal a un lado—. Es preciso que lleguemos cuanto antes al refugio. Debemos regresar a Pamplona sin demora.

La tarde comienza a caer cuando llegan. Ramiro, que ya ha dado órdenes para que ensillen su caballo, corre escaleras arriba y, sin cambiarse de ropa, se coloca la daga y la espada. Antes de salir, se detiene un instante mirando por la ventana y piensa en lo que puede hacer. No le importa mucho. Solo le preocupa la reina. Corriendo, baja las escaleras, salta a lomos de su caballo y, galopando, se dirige presto hacia el sur.

Palenque de Justas, Pamplona. Primavera, 1028

Adulfo Egilón es enorme. Como un oso de las montañas del gran norte que le vio nacer. Cubierto de pelo y con una mandíbula rotunda y prominente, su sola presencia inspira terror. Es el *spathario* del rey Sancho, el jefe de su Guardia personal.

Hace años, cuando era un simple escudero, salvó a su amo de una muerte segura durante una escaramuza con el moro cordobés en la frontera sur del reino. Desde entonces, es el más fiel de sus servidores y, a pesar de no ser de origen noble, ocupa un puesto de relevancia en el alcázar. Es hombre cruel, de los que abundan en las fronteras, despiadado y determinado a cumplir a conciencia los designios de su señor. Hoy defiende su honor en la justa que se celebra en Pamplona para decidir la suerte de la reina en juicio de Dios.

Hace ya una hora larga que todos esperan a que algún paladín se presente para defender la honra que García, el primogénito del rey, ha puesto en almoneda. Es, a pesar de todo, un día alegre y cálido, en el que los sonidos de la primavera inundan los sentidos de los muchos habitantes de la ciudad que llenan el palenque a rebosar.

Las conversaciones que ocupan a los vasallos del rey van cesando, sin embargo, cuando su heraldo se dispone a anunciar la ordalía por tercera y última vez.

Adulfo Egilón, ensimismado, no espera batirse hoy. «Nadie se atreverá a contradecir la voluntad de Sancho —piensa—, y afortunada es la reina si el rey le permite conservar la cabeza». Viste una loriga de cota de malla hasta la rodilla, un yelmo redondo cubre su cabeza, y una pesada espada de dos filos cuelga de su cintura. Porta, además, una lanza en la mano derecha y la adarga en la izquierda. Se mantiene firme en pie desde la hora tercia al lado de su montura que sostiene un escudero, y comienza a estar harto de tanta espera.

Cuando el tiempo estipulado se agota, se oye un murmullo en la grada. Un caballero se aproxima lentamente al rectángulo que es la arena. Monta un espléndido alazán y, como Egilón, viste loriga y porta espada, lanza y adarga. Enfila directamente hacia el sitial desde donde la reina, acompañada de sus dueñas, contempla, trémula, la escena.

Sancho lo observa acercarse, entre curioso y perplejo. «¿Quién osa oponerse a la voluntad del rey?», piensa.

Cuando el caballero llega y está a punto de dirigirse a la reina, la perplejidad de Sancho se convierte en incredulidad. «¿Cómo es posible...? —se pregunta en silencio—. ¡Es Ramiro el que se dispone a defender en la arena el honor de la reina!».

Al momento, desde su ofrecimiento, todo sucede a una velocidad de vértigo. Con permiso del rey, Ramiro se dirige a su puesto en el callejón y se dispone a embestir con fuerza. Adulfo, al otro lado, espolea sin piedad a su caballo y, al galope, inicia decidido el ataque frontal.

El choque que se produce en medio del palenque es brutal, tanto que ambos contendientes salen despedidos de sus monturas para quedar, inmóviles, tendidos en la arena.

Egilón, al poco, se levanta, aturdido. Renqueante, desenvaina su espada y, en medio de un silencio espeso, se dispone a acuchillar a su rival, que continúa tendido en el suelo. Antes de hacerlo, mira un instante al rey para pedir licencia, y percibe un gesto rudo que lo detiene en seco.

Entretanto, Ramiro va recuperando la consciencia y, rodilla en tierra, se dispone a defenderse a duras penas. Con dificultad, se incorpora tambaleante, se quita el yelmo y echa mano del acero.

Las espadas desnudas, chocando entre sí, comienzan a soltar chispas bajo un sol de justicia cuando los dos paladines se disponen a vender caras sus vidas.

Todos han caído ya en la cuenta. También el rey comprende, en silencio, cuál es la razón por la que su hijo mayor está poniendo su vida en juego.

Tras las feroces acometidas de Egilón, que taja con la espada y golpea sin cesar con la adarga, la suerte de Ramiro comienza a cambiar. Repuesto de la caída y sin parar de moverse, hace prevalecer poco a poco su excelente esgrima y, con decisión, acorrala contra las tablas al gigante, agotado ya de tanto golpear. El palenque es un rugido cuando el infante, en un instante fugaz, ve un hueco abierto en la guardia de su rival. Con un movimiento ágil y ligero, clava a fondo sin pensarlo un buen palmo de acero en el costado desprotegido. Su enemigo, con un brutal quejido y sangrando profusamente, cae entonces a sus pies, malherido.

Todo ha terminado y el paladín, agotado, se dirige cansino al sitial que ocupa la reina.

—Mi señora —le dice, jadeante y sudoroso—, vuestro honor está a salvo. Así lo ha dicho Dios, y de su divina voluntad puede dar fe el rey y todos sus vasallos.

Las lágrimas quieren, pero no pueden resbalar por las mejillas de la reina, cuando Ramiro, conecedor de la suerte que le espera, camina con la cabeza baja de retirada en dirección a su tienda.

Los escuderos se llevan de la arena, muy maltrecho, al *spathario* del rey Sancho que, sorprendentemente, todavía no ha muerto.

Una alegría contenida se palpa en el entorno del palenque, porque la reina es tan querida como el rey temido, aunque nadie ose manifestar su júbilo mientras que Sancho no dicte sentencia.

Alcázar de Pamplona. Primavera, 1028

El salón del trono es rectangular, sólido y ejemplar, como el espíritu de la monarquía. Han pasado unos días desde el torneo, suficientes para que el rey, vista la voluntad de Dios, haga pública su sentencia. Sentada junto a él, la reina Munia espera. Frente a la Curia Regia, reunida para la ocasión, aguardan expectantes sus cuatro hijos varones.

—Muy desgraciado suceso ha sido este —dice el rey, contrariado, con su vozarrón—, y mucho el quebranto que ha ocasionado a mi reino y a mi honor. Por eso, en este día, tras mi sentencia, se pondrá fin al asunto y nunca más deberá ser mencionado en mi presencia, ni tampoco escrito en la *Crónica de la Dinastía*.

El rey, tras los días pasados, no duda sobre su decisión. El daño a su reputación, a la Corona y a su familia ya está hecho. «Pronto estará en juglaría», piensa.

Con gesto grave y adusto, se levanta del trono y mira de soslayo y con desprecio a su esposa y a cada uno de sus hijos. Después, tras invocar con solemnidad el *Fuero Juzgo*, sentencia, dirigiéndose a la Curia cargado de razón:

—Ramiro, abandonaréis Pamplona antes de que caiga la noche. Saldréis de mi reino de

inmediato y jamás regresaréis. Viviréis confinado en los límites del Bearn, con la familia de vuestra madre. Y os advierto, ¡ay de vos si no respetáis la voluntad del rey! Habéis salvado la vida en esta ocasión. ¡No oséis ponerme a prueba otra vez!

Tras unos instantes de silencio, continúa diciendo:

—García, habéis acusado en falso a la reina. Por ello, deberéis expiar vuestro pecado ante Dios. Acudiréis a Roma en peregrinación, descalzo y humillado. No como príncipe, sino cubierto de ceniza como penitente vasallo. Allí os postraréis ante el Santo Padre, mostrareis vuestro arrepentimiento y suplicaréis su perdón. Después, permaneceréis en la Ciudad Santa hasta que recibáis mi licencia para volver.

Por último, y mirando a su tercer hijo, dice:

—Fernando, viviréis en adelante alejado de la reina, y no se os permitirá en el futuro contacto alguno con ella. Por eso, mañana, al romper el alba, partiréis hacia Arlanza y allí permaneceréis en oración hasta que decida qué hacer con vos.

Sancho, tras dictar sentencia, pone fin a la reunión y se dispone, solemne, a salir de la cámara. Sin embargo, duda un instante y se detiene. Lamenta no haber podido ir en esta ocasión, como en tantas otras, contra la voluntad de Dios. Siente su sangre hervir porque la reina es la única culpable de todo este destrozo y son sus hijos los que deberán pagar hoy el precio de su traición.

Tras meditarlo una vez más, se decide por fin y, lentamente, reiniciando la marcha, se dirige al corredor.

Allí, el prior del palacio, que le sigue a corta distancia, cree oírle murmurar, furioso, mirando al cielo:

—¡Por la sangre de Cristo, juro que la reina tendrá bien pronto su merecido!

CAPÍTULO III

Infantazgo de Covarrubias, Condado de Castilla, diez leguas al sureste de Burgos. Primavera, 1028

—Mi sobrino, el conde, salió hacia Cardeña al amanecer acompañado solo por un criado. Desea pasar unos días de oración con los monjes antes de la proclamación. Se fue tranquilo y sereno, tras recibir mi bendición.

Urraca, señora de Covarrubias, está sentada —encorvada, más bien— cerca de la ventana que mira al río, frente a su confesor. Enjuta, con el rostro surcado de arrugas y el pelo completamente blanco, sufre de tantos achaques que parece cosa milagrosa que continúe con vida a sus años. Con cincuenta y tres, los diez de regencia del Condado de Castilla han minado tanto su salud y su humor que cuenta las horas que faltan para la mayoría de edad de su sobrino, el conde, que muy pronto asumirá el mando.

—Gracias a Dios, toca a su fin la regencia, mi señora. Muchas son las dificultades a las que habéis tenido que enfrentaros.

—Han pasado diez largos años desde la muerte de mi hermano, el conde Sancho, y la tarea de gobernar el condado durante la menor edad de García ha sido realmente una pesadilla, tanto, que el quebranto que llevo encima por todos los trabajos pasados no tardará en dar con mis huesos en la tumba que tenéis preparada abajo.

—En verdad —contesta el cura—, ha sido trabajoso e ingrato gobernar durante estos años sobreponiéndose a las continuas intrigas de los infanzones castellanos.

Aunque su confesor es algo más joven que Urraca, no le luce ya ni medio pelo en la cabeza, antaño tonsurada. Párroco de San Cosme y San Damián, la iglesia del cenobio, Gundulfo pasea una oronda figura, que se corresponde muy bien con el beneficio que disfruta en la parroquia que regenta.

—Mucho peor que esas intrigas —dice Urraca— han sido las continuas intromisiones en mi gobierno de Alfonso y, sobre todo, de Sancho, el protector del condado. Es cierto que Alfonso ha llevado con malas artes la frontera de León hasta el Pisuerga, en territorio castellano, pero es que Sancho ha incorporado Álava y Vizcaya a su reino. ¡Hasta Barbadillo de Herreros, aquí al lado, en la linde con mi señorío, llegan ya los soldados del muy bellaco!

Urraca mira lánguidamente por la ventana la extensión del Infantazgo: el del monasterio y la parroquia en la que Gundulfo, su confesor, ejerce su ministerio; y cuenta mentalmente las cuarenta y ocho villas, con sus almas, que lo componen.

Comprende muy bien la comprometida situación que heredará su sobrino cuando, dentro de unas semanas, sea proclamado, y no se siente responsable por no haber podido hacer algo más para evitarlo. Son muchos y graves los peligros que acechan a Castilla. Conoce bien la ambición de Sancho, sabe de lo que es capaz, y teme que no pierda la menor oportunidad para controlar todo el condado y anexionarlo a Pamplona, sin importarle mucho la suerte que pueda correr su cuñado.

El confesor, tras unos instantes en silencio, nota como otras muchas veces la ausencia de su señora, por lo que, conocedor de sus bruscos cambios de humor, decide levantarse para atender sus muchos quehaceres diarios.

—Si me dais vuestro permiso, mi señora, debo dejaros. Son muchas las necesidades que me esperan abajo, en la parroquia, y nada desearía menos que postergarlas.

—Marchad con Dios, Gundulfo. Recordad que esta tarde rezaréis los oficios en la capilla, a solas conmigo. Deseo estar bien recogida. Solo la compañía de Nuestro Señor me permite sobrellevar con resignación esta tristeza que siempre me domina.

Sale el párroco del torreón donde, en parte como defensa ante posibles intrusiones, y en parte porque le gusta la quietud del silencio, vive Urraca en soledad, alejada de las monjas que conviven en el monasterio.

A solas ya con sus pensamientos y antes de que caiga la noche, como es habitual en el declinar de la vida, los recuerdos de Urraca regresan en el tiempo a su infancia: el castillo de Burgos; sus hermanos Sancho, Gonzalo, Onnega, Elvira, Mayor y Toda; y sus padres, los condes García Fernández y Ava de Ribagorza. Piensa en el sentido de su vida. Una vida de sufrimientos y traiciones, a pesar de haberla pasado casi entera en su torreón, en el Infantazgo que sus padres fundaron para ponerla a salvo de la traición.

«Mi abuelo, Fernán González, infante de Lara —piensa ahora, ensimismada—, fue el primer conde de Castilla, porque logró reunir bajo su dominio los condados de Burgos, Lara, Lantarón, Cerezo y Álava, y porque obtuvo de Ramiro, el rey de León, su investidura condal, precisamente por su bravura en el campo de batalla. Allí derrotó, no una vez, sino tres, a Abderramán, el califa cordobés: en Osma, en Simancas y en San Esteban. Por eso, para la fecha de su muerte, en el año del Señor de 970, aunque sometido al Reino de León, el Condado de Castilla era un nuevo poder en la Cristiandad, que se extendía desde el Cantábrico hasta Sepúlveda, al sur del Duero».

«Mi padre, el conde García Fernández, el de las manos blancas, tuvo una vida desdichada, porque le tocó vivir al mismo tiempo que Almanzor, el caudillo amirí, a quien Dios tenga ardiendo por los siglos de los siglos en el Infierno. Después de dos décadas de lucha sin cuartel, que trajeron muerte y destrucción a Castilla, y de haber hecho decapitar al hijo del caudillo sarraceno, al que había capturado en una escaramuza previa, fue malherido en la batalla de Piedra Salada y hecho preso por el siervo del Diablo. Trasladado a Córdoba, allí expiró al quinto día. Sus restos mortales descansan hoy en Cardeña, a donde los trasladó mi hermano Sancho, el tercer conde de la dinastía. Tuvo que sufrir además en vida el peor de los escarnios que cualquier mente imagina. No solo por la traición de su hijo, mi hermano Sancho, sino también por la de su esposa, mi madre, todavía más lacerante. Ambos se aliaron —¿cómo pudieron hacerlo?— con el sarraceno: "¿Preferís ser esposa de un conde o amante de un rey?", le preguntaba a mi madre el muy perro, para tomar ventaja sobre mi padre y, con la mitad de los caballeros castellanos, arrastrar al condado a la guerra civil.»

«Mi hermano Sancho García recuperó, tras la muerte de mi padre, el esplendor del condado, aunque no lo merecía por la traición que cometió contra su propia familia. Intervino a favor de Suleyman, el pretendiente berberisco, en la guerra civil que se libró durante esos años en el califato y, por medio de una nueva traición que le llevó a luchar al lado del califa al-Mahdi, consiguió saquear Córdoba, llevar grandes riquezas de vuelta a Castilla y recuperar el dominio de todas las plazas fuertes que habían sido conquistadas años antes por las huestes de Almanzor».

«A su muerte, con el condado en plenitud, me impuso una regencia que no merecía y a cuya altura no he podido estar. A pesar de mi esfuerzo y dedicación, las traiciones y las camarillas lo han dejado reducido en muy poco tiempo a la mínima expresión. Todos han querido tomar ventaja de la situación. Al menos —termina sus pensamientos, compungida—, en pocos días, se hará cargo de Castilla mi sobrino, el conde García».

—Ahora deseo vivir tranquila —murmura, volviendo a la realidad—. Una vida de oración que me lleve, en poco tiempo, a rendir cuentas de lo que hecho, y de lo que no he podido o sabido hacer ante el Señor, nuestro Juez Supremo.

La llegada de la noche despierta a Urraca de sus ensueños. Hace fresco. La humedad del río sube por los muros del torreón y se le mete hasta el tuétano de los huesos. La cámara está ya a oscuras. Llama a su dueña y le ordena que encienda un candil. Su visión no es clara y, por las noches, le cuesta distinguir las formas. Con dificultad, se levanta de la silla, al borde de la ventana, y apoyada en ella, se acerca a la escalera que la llevará a la capilla, donde pronto comenzarán los oficios de vísperas.

Camino de Cardeña, Condado de Castilla. Primavera, 1028

—Se aproxima la hora nona, mi señor, y convendría dar descanso a las cabalgaduras si queremos llegar a San Pedro antes del anochecer.

La jornada ha sido muy calurosa, algo poco habitual cuando está tan reciente el inicio de la estación. Aun así, el día veraniego ha hecho muy placentero el viaje del conde y su criado.

Lidón Gutierre, natural de Riocavado, es más bajo que alto, más grueso que delgado y más lerdo que despierto. Sirve a su amo desde que sus padres, siervos de Lara, lo vendieron por unos sueldos para el servicio del castillo. Desde entonces, hace ya unos cuantos años, es la sombra de García durante el día y duerme a los pies de su cama, sobre una estera, cuando llega la noche. Lleva ahora por la brida una burra parda serrana de buenas hechuras y mira a su amo, que viaja a lomos de un caballo albino, mientras aguarda su contestación.

—Esperemos un rato aún, Lidón. A poco más de una milla toparemos con la fuente de la Alberquilla, donde podremos refrescarnos y dar a vuestra rucia algo de asueto. Desde allí a San Pedro iremos con paso ligero para llegar antes de vísperas al monasterio.

García es joven, galante y buen mozo. Dios ha reunido en él la belleza de su abuela Ava y la fortaleza de Fernán, el fundador de la dinastía. Es alto, moreno, delgado, con el pelo negro zaíno, ojos oscuros, dulces facciones y una gran fuerza interior.

—¡Allí está la fuente, mi señor! y parece que hay alguien cerca dispuesto a hacernos compañía.

Mientras se aproximan al claro del bosque donde brota un agua fresca y cristalina, García advierte que, sentada en una peña, descansa una anciana que, cosa extraña, mira fijamente al sol. Viste una túnica desharrapada que deja al aire gran parte de su cuerpo, arrugado y decrepito. En sus pies desnudos, en los que apenas se distinguen los dedos, cuelgan unas campanillas que, cuando suenan, anuncian que Gertrudis, la ciega, la adivina del Páramo de Masa anda cerca.

—¿Quiénes sois, por ventura, viajeros, y hacia dónde os dirigís? —pregunta la vieja bruja con voz trémula, mientras se mesa con fruición sus desgreñados cabellos.

—Mi señor García, conde de Castilla y yo, Lidón Gutierre, su fiel servidor.

La ciega guarda silencio un instante y, como transformada por la contestación, dice, impertinente, con voz potente y extraña:

—¿No tenéis lengua vos, señor, que tiene que hablar en vuestro nombre un criado?

García ama profundamente la belleza y por eso detesta la visión de la vieja. Lamenta haberla encontrado en la linde del bosque y empieza a pensar que detenerse no ha sido buena idea. Se pregunta si debe o no contestar al requerimiento desabrido de la adivina. Al cabo, se decide, y responde con voz tranquila:

—Anciana, nada temáis. Somos viajeros camino de Cardeña en busca de agua fresca.

—Sé bien quién sois, señor —le increpa la vieja de malas maneras—. Conocí a vuestro padre y, antes que a él, a vuestro abuelo. Así de vieja soy. Hace ya varias jornadas que os espero, porque hay algo muy importante que debéis saber antes de vuestra proclamación.

García sonríe mientras escucha y, sin tomarse en serio a la vieja bruja, le pregunta:

—¿Y qué es eso tan importante, anciana, que vos sabéis y yo no?

—Algo terrible que me ha sido revelado.

—Adelante pues —contesta García—, decidme de una vez lo que sepáis, porque el tiempo apremia y no desearíamos pasar aquí lo que resta del día con su noche en vuestra compañía.

La ciega balbucea y, tras un instante, detiene abruptamente su diatriba. Mientras espera, siente una exaltación interior que, como muchas otras veces, le da una fuerza que no domina.

—Hay en vuestra vida una línea muy corta, conde —le dice con voz ronca—. Esa línea se interrumpe de forma abrupta y se inunda con un torrente de sangre. Veo una gran desgracia y mucha infelicidad. Veo además una hermosa dama inundada en lágrimas. Veo, por fin y sobre todo, traición y deslealtad. Por eso, conde, ¡guardaos de vuestros enemigos!, pero, más aun, ¡guardaos de los que dicen querer serviros! La terrible desgracia que os acecha llegará, no importa lo que hagáis. Haríais bien por ello, desde este mismo momento, en tener vuestra alma en paz con Dios, pronta para el Juicio Final.

Los ojos opacos de la ciega tienen un color azulado y, con la excitación, tienden ahora al morado, como si fuesen a explotar. Cuando termina, se va apagando, poco a poco, como una llama, y, encorvada, se guarda sobre sí misma, aletargada.

El joven conde, aturdido mientras reflexiona, duda si replicar o callar. Duda también si dar crédito a la anciana o si despreciarla como a una chiflada. Al poco, decide que es mejor marchar. Por eso, mete prisa a su criado.

—A buen seguro que nuestras monturas podrán aguantar un buen trecho más sin descansar. En poco tiempo, además, se nos echará encima la oscuridad.

Sin esperar a oír una palabra más, Lidón, también consternado, monta en su jumenta y la azuca con saña. El conde, afectado sin haberlo pensado, siente en su interior un profundo desasosiego y, con él, un intenso deseo de allegarse a sagrado para rezar. Quizás así pueda borrar de su mente los funestos presagios que acaba de escuchar.



Más tranquilo, al cabo de una hora de cabalgar a buen ritmo, y muy cerca de su destino, el conde García rompe el silencio que mantenía desde el desgraciado encuentro.

—En dos semanas, Lidón, estaremos en Burgos para la proclamación. Pero antes, tenemos importantes negocios que resolver. Mañana mismo, al despuntar el alba, partiréis para Santillana en busca de Falcón Amátiz. Le diréis que deseo verlo con premura. De Santillana volveréis a Burgos, y allí esperaréis hasta que llegue el gran día.

Gutierre remolonea. No le gustan los caminos, y mucho menos para recorrerlos en tiempos revueltos como estos.

—¿Y si Amátiz quiere saber más, en vista de tan imprevista visita? —La indiscreción del criado es proverbial—. Tendrá a estas alturas su viaje a Burgos organizado y no le gustará cambiar los planes de su Casa para venir aquí, de improviso, a visitaros. Sin duda, me preguntará alguna cosa más, porque vuestra llamada le obligará a dejar todos sus quehaceres tal y como están.

—Nada os preguntará, y si lo hiciera, le diréis que son pocas las personas en quienes puedo confiar. Debe hacer un largo viaje por mi cuenta y el tiempo verdaderamente apremia.

El criado piensa en el penoso camino que le espera y frunce el ceño al recordar la última vez que tuvo que subir las empinadas rampas del Escudo con su rucia a cuestras.

—Al menos, mi señor —termina diciendo, resignado—, espero que esta vez me dejéis un buen caballo.

Por fin, y con sus monturas fatigadas, tras coronar una loma, aparece, al fondo del valle y rodeado por el río, el monasterio de San Pedro:

—Mirad, mi señor, ¡Cardeña!

Monasterio de Cardeña, Condado de Castilla, tres leguas y media al este de Burgos. Primavera, 1028

El conde pasea solo, entre las viñas todavía ralas, por los alrededores del monasterio. Acaba de rezar el ángelus e intenta ordenar sus pensamientos, pues se acerca el gran día y muy pronto llegará Falcón en busca de instrucciones precisas. Hace un mañana ventosa y las nubes cubren una parte del cielo azul turquesa. El conde está inquieto, pues hace horas que espera la llegada de los jinetes. «Ya he tomado una decisión —piensa— y, ahora que tengo el alma en paz con Dios, voy a actuar en consecuencia».

Los pensamientos del conde tornan a recordar los días de recogimiento y oración que ha pasado desde que llegó al monasterio. Días de paz y también de meditación buscando esa tranquilidad de espíritu que necesita para hacer frente a la formidable tarea que le espera en los años venideros: la de devolver el condado a la grandeza de antaño, la de los años de gobierno de su padre, el conde Sancho. Ha orado interminables horas a los pies de las tumbas de sus antepasados y ahora ve con claridad cuál es su destino. «Mis consejeros, la mayoría de ellos traidores a mi casa, no se han puesto de acuerdo durante estos años sobre la mejor manera de sacar a Castilla de la postración en que se encuentra, y mi tía Urraca, bienintencionada pero senil, apoyándose en todos y no decantándose por ninguno, se ha mantenido en una indefinición calculada. La clave de esa división, no obstante, no ha estado en la conveniencia o inconveniencia de Castilla, sino en la procedencia del oro que han estado recibiendo unos y otros, sin pudor, a manos llenas. Por un lado, Gustios, Gomar, el obispo Julián y todos los que forman el partido navarro. Sé bien quienes son. Han influido secretamente dando esperanzas a los infanzones a los que Sancho ha prometido una nueva dignidad condal feudataria de Pamplona. Por otro, Osorio, Munio, el abad Ferreol y todos los que forman el partido de Alfonso. Pretenden mantener a Castilla bajo el yugo de León y han favorecido la pérdida del occidente del condado, entre el Cea y el Pisuerga. Y, por último, los sarracenos, que pretenden utilizar a Castilla como antaño para sembrar la discordia y la desunión entre los reinos cristianos. Por cualquiera de los tres caminos el resultado sería el mismo: la disolución del poder de mi casa, que quedaría reducida de nuevo a las tierras de Lara».

El conde frunce el ceño, otea el horizonte y comprueba por una nube de polvo que, en la lejanía, se acerca un grupo de jinetes al galope.

«Es Amátiz —piensa—. El momento ha llegado. No puedo hacer como mi padre que buscó sus aliados en tierra infiel. No soy un traidor como él. Tampoco puedo permitir que Castilla se quede sola. No sobreviviría. Por eso, ha llegado la hora de unir nuestro destino al de alguno de nuestros dos poderosos vecinos: Pamplona, que se extiende desde el Cantábrico hasta los condados de la Marca Hispánica, o León, heredera del cetro visigodo, que domina un vasto territorio ganado a los moros que va desde la fachada atlántica hasta mis tierras, a orillas del Pisuerga. En verdad, no me gusta Alfonso. Es desleal y engreído, y ha conspirado contra mí aprovechando la debilidad de mi

tía Urraca. Pero mucho menos me gusta Sancho, el marido de mi hermana, al que mi padre nombró mi protector. Ha abusado de su posición durante estos diez años para medrar a costa de Castilla. Por eso, miraré a León. Es el mal menor. Buscaré su alianza y, sobre ella, reconstruiré la grandeza del Castilla».

Los caballos, agotados, se detienen a la puerta y cinco jinetes desmontan con diligencia. Uno de ellos, el que llega primero, deja las riendas a sus compañeros y se dirige hacia García que, sonriente, a pocas varas de distancia, celebra su llegada.

—Mi señor, aquí estoy, nadie hubiera podido llegar antes que yo. Hace tan solo dos días que nos pusimos en marcha. Ya veis que nuestras cabalgaduras llegan bien cansadas.

Falcón Amátiz, conde de Santillana, es feudatario de los condes de Castilla. Dobla en años a García y, a pesar de ello, siente por él la misma devoción que sintió por su padre, el conde Sancho, con el que saqueó Córdoba en los tiempos de al-Madhi. De aquellos años, conserva una buena parte de las riquezas que se trajo de vuelta de sus correrías contra el moro, y el respeto, fidelidad y sumisión a la Casa de Lara. Amátiz es alto, fuerte y con la tez curtida por las muchas horas que ha pasado en campaña. Luce un mostacho espeso. Una profunda cicatriz en forma de media luna, recuerdo de una mala cimitarra, surca su rostro desde el pómulo hasta el cuello.

—¡Falcón, amigo, sabía que llegaríais antes de la proclamación! —El conde coge afectuosamente a su vasallo por los brazos—. Ahora que estáis aquí es preciso que hablemos sin demora. Pero... ¿qué hago? Estaréis cansados. Hace rato que los monjes os esperan. Acomodaos, pues, y descansad un rato, os aguarda un largo viaje mañana. Esta tarde, entre vísperas y completas, podremos hablar largo.



La campana grande de la iglesia llama a los monjes a vísperas. Son seis golpes lentos que despiertan a Amátiz. Debe prepararse para el encuentro.

El conde, al otro lado del monasterio y vestido con el hábito de san Benito, que no ha abandonado desde su llegada, se dirige desde su celda al claustro. Desde allí, pasa a la iglesia, en la que entra por la puerta principal. Todos los monjes le esperan.

—*Deus, in adiutorium meum intende. Domine, ad adiuvandum me festina. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amen. Alleluia.* —La voz de dom Ferreol, abad del monasterio, suena profunda y solemne contra las paredes de sillería de la iglesia.

Tras el saludo inicial, los monjes invocan con un salmo a Dios:

—Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante.

El conde abre entonces el salterio y dice con cristiana devoción:

—Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.

—Dichoso quien teme al Señor.

Al otro lado de la iglesia un monje viejo, con voz monocorde, comienza a leer un capítulo del *Deuteronomio*. García escucha, pero no oye, tan concentrado está en la próxima reunión.

Finaliza la lectura y los monjes cantan en polifonía el *Magnificat*, que resuena grandioso contra la bóveda del templo. Por último, tras las preces y el *Pater Noster*, el abad musita la despedida:

—*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen. Alleluia.*

Terminado el oficio, el conde sale apresurado y se dirige atravesando el claustro al calefactorio, donde Amátiz le espera. Al llegar, su fiel vasallo, que antes se ha dejado caer por la cocina

monacal para asentar su cuerpo maltrecho con un trago de vino claro, le espera expectante. Huellas de cansancio surcan todavía el rostro del castellano, que, al llegar, lo recibe con un gesto de alegría.

—Aquí estamos, mi señor, listos para volver a empezar.

García, tras relatarle los preparativos de la proclamación, le explica con detalle sus planes y la única alternativa que, en su opinión, le queda a Castilla. Al término de la larga exposición le intima:

—Por eso, Falcón, deseo que viajéis a León. Lo haréis solo, sin otra compañía que la de vuestra montura. Nadie más debe saber de vuestro viaje hasta que hayáis regresado. Viajaréis lo más rápido que podáis y sin ninguno de los símbolos propios de vuestra condición. Cuando lleguéis, iréis a ver a Oneco Rapínaz, un buen amigo de Castilla. Le entregaréis esto —el conde saca dos pergaminos lacrados de debajo del hábito y le ofrece uno de ellos— y le diréis que venís con una grave encomienda. Le advertiréis de la premura y le rogaréis que, en tanto no podáis hablar con el rey, os dé cobijo en su casa. Allí esperaréis a resguardo. Son muchos mis enemigos en la corte. Guardaos de ellos, sobre todo de Urraca, la segunda esposa del rey.

—Así lo haré, mi señor. Y... ¿qué debo pedir a Alfonso?

—Debéis, ante todo, advertir a Rapínaz de lo secreto de vuestra misión. Le rogará al rey que os reciba con discreción, sin la presencia de sus consejeros.

—¿Y si el rey no acepta recibirme como ordenáis? En León saben bien de mis correrías con vuestro padre, y no olvidan los muchos escudos leoneses que quebramos en pedazos aquellos días.

—El rey os recibirá, no lo dudéis, y cuando lo haga, le entregaréis este otro pergamino. Le diréis que deseo tener cuanto antes su embajada en Burgos para negociar los términos de la unión de nuestras Casas. El rey verá con buenos ojos vuestra encomienda, que hará más fuerte a León y también a Castilla.

Falcón Amátiz asiente satisfecho, y una profunda sonrisa asoma de nuevo a su rostro. «Tiene razón el muchacho —piensa—. No es pendencia sino inteligencia lo que necesita el condado. Conoceré al rey y le llevaré buenas nuevas. Así recordará en el futuro, cuando lo precise, quién es el conde de Santillana».

—Inmediatamente después de hablar con el rey, regresaréis a Burgos al galope. Allí os estaré esperando.

Mientras hablan, se oye en el calefactorio el ruido que, al otro lado del muro, hacen los monjes al mover las viandas que se almacenan en la cilla. Por eso, el conde, pensando en que no han comido, interrumpe su parlamento y le dice a su consejero:

—Pero dejemos ahora este asunto y disfrutemos de nuestra amistad hasta que la campana toque a completas. Pocas oportunidades hemos tenido como esta en los últimos años. Son muchas las cosas que debéis contarme y poco el tiempo de que disponemos.

García y Amátiz abandonan el calefactorio y se dirigen con parsimonia, atravesando el claustro, al refectorio. Allí, en privado y tras la salida de los monjes, se disponen a dar cuenta de una reponedora colación regada con ese buen vino de Cardeña que, a buen seguro, ayudará a Falcón a recuperar fuerzas.

CAPÍTULO IV

Babia de Yuso, Reino de León, veintiuna leguas al noroeste de la capital. Primavera, 1028

Luz de Luna vuela alto, en círculos, oteando el suelo en busca de una nueva presa. De sus garras cuelga la pihuela de cuero que revela que el azor que surca el cielo es propiedad de Alfonso, el rey. Es grande, fuerte y pesada. Tiene los ojos brillantes, de un amarillo vivaz. Contra la luz del sol, que luce ya en todo lo alto, su blanco plumaje, barrado en gris en el vientre, revela su procedencia astur, del criadero real.

El azor domina el aire, sube a gran altura con el viento y se prepara para comenzar un picado que, en esta ocasión, a buen seguro se llevará por delante a la paloma torcaz que, grande y hermosa, acaba de asomar, imprudente, al claro del bosque. En un instante, como con un resorte, el animal comienza el descenso. La velocidad de bajada es tremenda y el solo impacto provoca la muerte instantánea de la pieza.

Ya en el suelo, manchada de sangre, la cazadora espera con paciencia la llegada del azorero, que viene corriendo con tres o cuatro liebres colgadas de su cinturón de cuero. Tras retirar la paloma de sus garras, al animal, tal es su codicia, le falta tiempo para reemprender el vuelo y comenzar a hacer tornos de nuevo.

El rey, sin embargo, hace esta vez un gesto, y el azorero llama presto al puño a la hembra. Dócilmente, la cazadora aborta la subida y se dirige resignada a la lú, donde se posa tranquila.

Hace un día espléndido en Babia. Claro, límpido y con ese aire transparente en el que se apoyan los azores y que asciende ligero desde el estrecho valle hasta las crestas blancas y grises de las montañas que lo flanquean. Al fondo, el contorno de un bosque de robles y castaños, que discurre a la vera de un riachuelo, señala el camino por donde habrán de regresar los cazadores.

La partida abandonó el castillo de Luna, donde el rey está alojado con su séquito, temprano, antes de la salida del sol. Ahora, cuando comienza a caer la tarde, el grupo de jinetes, seguidos a distancia por sus servidores, que portan los azores en sus brazos, inicia con parsimonia el corto viaje de regreso, mientras charla amistosamente y disfruta de la cálida brisa de la tarde.

Castillo de Luna, Reino de León. Primavera, de 1028

—¡Siempre llegan tarde los de la partida de caza!

—Y nosotras a desplumar, despellejar, macerar y cocinar para que todo esté listo a tiempo.

La cocina del castillo está en el sótano, al lado de la bodega. Es amplia, oscura y con las paredes renegridas por el paso del tiempo y las muchas horas de atizar el fuego. Un humo denso y acre impregna los sillares de piedra y provoca que las cocineras y todos los servidores de la cocina se afanen en su tarea con los ojos llorosos.

—¿Cuántos son esta noche? —A la mujer que habla se le salen algunos mechones húmedos del lienzo con el que se cubre el pelo.

—El rey, el infante, el conde y diez caballeros.

—A fe mía que son legión, no tanto por los que en verdad son, sino por lo mucho que comen.

Varias liebres, producto de la jornada de caza, están ya casi doradas en los espetos que los

pinches de cocina se afanan en mover ante la atenta mirada de las cocineras. En las cacerolas burbujeantes se cuecen, además, las castañas y las coles que servirán de guarnición.

—No ha venido con mucha frecuencia el rey al castillo en el último año. Y eso que siente pasión por la caza. Será porque no ha mucho se ha casado y la reina Urraca le tiene muy ocupado al abrigo de las murallas. —Una sonrisa pícaro asoma a los labios de la muchacha que habla.

—Más que por Urraca, diría yo que es por el conde, nuestro señor. Hace meses que no goza del favor del rey. Al menos eso dicen los caballeros, que lo saben bien.

—Entonces, si el rey ya no tiene al conde en tanto aprecio, ¿a qué viene a Luna ahora?

—Nadie lo sabe bien, aunque algunos murmuran que se prepara para la guerra otra vez. Ahí sí que quiere ver el rey al conde a su lado.

La muchacha, en jarras, pregunta extrañada.

—A ver si, en verdad, lo entiendo, ¿decís que el rey vuelve a pelear con los señores del norte, como antaño? —La voz de la muchacha suena incrédula.

—Muy mal asunto sería ese —contesta la otra—. Sangre entre cristianos de nuevo. Pero dicen los criados que han venido con la partida que esta vez el rey se dispone a salir con sus mesnadas hacia el sur, para luchar con el sarraceno. Por eso, le acompaña Bermudo esta vez. Ya tiene edad para la lucha, y supongo que interés en los negocios que ha venido a tratar el rey.

El maestra sala entra, precipitado, en la cocina, y comprueba que todos huelgan escuchando con atención lo que quiera que estén contando las cocineras. Monta en cólera por ello y, agitando en alto el bastón de mando, los amenaza a todos con una buena somanta de palos, y les advierte de que la mesa está dispuesta y los invitados del señor sentándose en ella.

—¡Sacad de inmediato la carne de los espetos o, vive Dios, que lo habréis de pagar muy caro una vez que el rey se haya marchado!

Con las imprecaciones del anciano, un enorme bullicio de aprendices, cocineras, espetos, fuentes y cacerolas se apodera de la cocina. En un santiamén, todo estará preparado.



Una luz tenue ilumina el gran salón del castillo. Los rescoldos del fuego que se preparó en el hogar para la cena están ya apagados. Solo algunas velas, pocas, iluminan la escena. El rey está sentado frente a la gran chimenea, y a su lado descansa, después de la larga sobremesa, Esteban Osórez, conde de Luna.

Alfonso observa a su vasallo con una mirada enigmática, y con los ojos muy vivos e inquisitivos, a pesar de todo el vino que ha corrido en la cena.

Hereditario de la línea de sangre de la monarquía astur-leonesa que arranca en el año del Señor de 722 con Pelayo, vive su reinado en plena madurez, a sus treinta y tres años. Y no son pocas las peripecias que ha tenido que pasar para llegar hasta donde ahora se encuentra. Recibió el trono prematuramente siendo niño, tras la muerte de su padre Bermudo que, a su vez, lo había logrado tras una cruenta guerra civil que le sirvió para desalojar del poder a su primo, el rey Ramiro.

Esa misma pugna, larvada durante el breve reinado de su padre, comenzó de nuevo al inicio del suyo, justo antes del milenio, cuando todos los nobles tomaron partido desde el primer momento por uno de los dos bandos que se formaron en el entorno del rey niño.

Alrededor de Elvira, su madre, hermana del conde de Castilla, que tras la muerte de Bermudo asumió la regencia con arreglo a las leyes del reino, se agruparon los nobles leoneses y castellanos liderados por su hermano, Sancho García, tío y protector de Alfonso.

En torno a Menendo González, duque de Galicia, conde de Portugal y *armiger* del rey, que

asumió la tutela de Alfonso por encargo que el mismo Bermudo le hizo en su lecho de muerte, se unieron los condes gallegos y portugueses, todos ellos emparentados entre sí para formar una tupida red de intereses.

De esos primeros años de reinado, que pasó con la corte itinerante de su ayo y nutricio Menendo entre Guimarães, Lugo y Compostela, en medio de sangrientos combates entre sus detractores y partidarios, le quedó siempre a Alfonso una especial querencia hacia la gente del norte, inclinación que se manifestó desde su niñez en el amor que siempre sintió por Elvira, la hija de Menendo, que después fue su esposa y madre de sus dos hijos.

De esa duplicidad de intereses enfrentados, regencia y tutela, que coexistió en sus primeros años de vida, se sirvieron los dos bandos en lucha, los mismos que en el anterior reinado, para sembrar el terror y la destrucción por todo el reino: gallegos y portugueses contra astures, leoneses y castellanos; todos ellos a su vez vasallos del poder dominante de Córdoba representado por al-Muzaffar, que supo aprovechar bien la debilidad del reino cristiano para imponer su hegemonía más al norte de la raya del Duero.

Tras la muerte de Menendo, su ayo, la disolución del califato con la extinción de la estirpe de Almanzor, y su mayoría de edad, forzada antes de tiempo por las graves circunstancias del caso, Alfonso tuvo que hacer frente también a los matarifes normandos, gente del norte muy bellaca, cruel y despiadada, que con sus bajeles penetró en manada por la desembocadura del Duero en el año del Señor de 1015 para traer el miedo, la muerte y la destrucción al reino.

Además, tras recuperar de los moros Toro y Simancas, acometió Alfonso la difícil tarea de reconstruir y repoblar Zamora, que había sido destruida hasta sus cimientos por Almanzor en la aceifa que lo llevó hasta Compostela.

Es ahora pues, tras una vida plagada de dificultades y una vez pacificado el reino y domeñados los nobles, cuando Alfonso ha llamado al fonsado a sus vasallos para tomarse buena revancha y castigo sobre los sarracenos. Por eso está en Luna, como antes estuvo en Monzón, Saldaña y Carrión, porque se está preparando para la lucha.

—Recuerdo bien, Osórez, el año en que al-Muzzafar, tras poner sitio infructuosamente a Zamora, subió con sus estandartes Órbigo arriba hasta Luna para hacerse con la fortaleza de vuestro padre. —La voz del rey suena apagada.

—Así fue, mi señor. Habían transcurrido cinco años desde el milenio y yo era apenas un muchacho. Tiempos recios aquellos en los que el hijo del mismísimo Diablo campaba a sus anchas por nuestras tierras sin que nadie se atreviese siquiera a enfrentarlo.

Esteban Osórez es un bruto, igual que lo fue su padre. Criado en las agrestes tierras de Luna, de cara a las montañas, su aspecto se compadece más con el de un pechero que con el de un caballero. Aun así, sus ojos, a medias tapados por una densa cabellera roja, revelan una gran fuerza interior que el rey conoce bien.

—Y tiempos humillantes que no se deben repetir aquellos en los que León y Castilla servían como vasallos al infiel y se hincaban de hinojos a su paso —añade el rey.

—Recordad, sin embargo, mi señor, que mi padre, el viejo conde, cuando la traición de Sancho García, a cuya llamada acudieron prestos Monzón, Carrión y Saldaña, jamás os abandonó y unió sus fuerzas a las de vuestro ayo, Menendo, para hacer frente al mismo tiempo a moros y castellanos.

Alfonso ha visto tantas traiciones y componendas a lo largo de su vida que lo mira todo con una cierta perspectiva. No guarda rencor a nadie y no le importa tanto lo que fue como lo que va a ser. Por eso, ya en la edad adulta, y pensando en la otra vida, se dispone a hacer méritos ante Dios,

derramando sangre infiel bajo el filo de su espada para poder así presentarse ante el Altísimo con las alforjas llenas.

—Está bien, conde, que recordéis lo que sucedió hace años —dice el rey—, pero es ahora cuando necesito levantar en armas un ejército para dirigirme al sur. Todos los magnates del reino deberán cabalgar a mi lado con sus mesnadas, para dar un golpe implacable al infiel, ahora que ha perdido la fortaleza de antaño. Y deberá hacerse antes de que termine la estación. Con tiempo para el asedio y para el regreso a nuestros cuarteles antes de que lleguen los fríos del invierno. ¡No os pido vuestra opinión, conde, sino que os demando como vasallo vuestra colaboración!

A Luna no le cogen por sorpresa los requerimientos del rey. No en vano es pariente de los magnates que señorean las disputadas tierras situadas entre el Cea y el Pisuerga a los que el rey ha visitado el otoño pasado. Ha tenido tiempo, pues, para meditar su contestación y, por eso, no necesita más tiempo para pensarlo.

—El punto de encuentro será en Astorga —continúa diciendo Alfonso—, y allí debemos estar dispuestos para la marcha al alba de los idus de junio. Bajaremos por la calzada que va a Mérida hasta topar con el Duero. Allí, hacia el oeste, continuaremos bordeando su margen derecha hasta Lamego y, evitando su fortaleza, nos dirigiremos directamente a poner sitio a Viseo. Con este golpe certero caerá toda la Beira, con gran provecho para Dios Nuestro Señor y para nuestros reinos.

—Mi señor —dice el conde, con impostada solemnidad—, los caballeros y los peones de Luna, en número adecuado, acudirán gozosos a vuestra llamada, y solo pido a Dios que nos bendiga tal día en Astorga para que la campaña sea propicia a nuestras armas.

Un silencio sacramental sume al castillo en el sueño cuando las dos figuras cansadas se levantan de sus asientos para dirigirse al piso de arriba, a sus aposentos. El rey, satisfecho, aunque desconfiado. El conde, pensativo y reservado.

Fuera, en el entorno del peñasco sobre el que se asienta la mole del castillo, los lobos, en manada, rasgan el frío de la noche con sus lúgubres aullidos. Aullidos que se dirían lamentos que anticipan el destino que espera a la malhadada expedición de castigo.

El Páramo, Reino de León, al sur de la capital. Primavera, 1028

Canedo, o *Troveiro*, como así le llaman en la Tierra de Lemos de donde es natural, llegó a la aldea de atardecida. No más de diez o doce chozas de adobe colocadas en una hilera y cubiertas con paja de la siega. Por su simpatía, encontró pronto cobijo y gachas para la cena en una de ellas, en la que, para agradecer a los pobres campesinos de behetría su hospitalidad, acaba de tocar. Todo el poblacho, misérrimo por lo demás, se reunió en la puerta de la choza para escuchar mejor su laúd y disfrutar con ganas de sus juglarías. Para la mayoría, será la única vez en la vida.

De noche cerrada, y apenas iluminada la choza por un pequeño cabo de vela de sebo de oveja, que se enciende excepcionalmente por ser vos quien sois, Canedo contempla sonriendo los cinco pares de ojos oscuros que, desde un mismo jergón de paja, famélicos y desdentados, le observan sin parar.

Sus padres, pobres miserables, todavía no se atreven a hacer al juglar la proposición que a todos hacen.

—Hablad si queréis, señor —le dicen—, o mejor, tañed vuestro laúd otra vez.

—Por hoy, ha estado bien —responde él—. Cansado voy de tanto andar y mañana debo

madrugar si quiero llegar a tiempo a Sahagún. El próximo viernes, como bien sabéis, es día de mercado.

—Sí que lo es, y de los buenos, en verdad. Apuesto a que allí encontraréis a mucha gente a la que placera oíros cantar.

—Gente habrá, seguro, pero con muy pocos sueldos que dar.

El campesino calla y espera pensando si será ese momento el bueno. Al poco se arranca de nuevo.

—Conoce bien vuesa merced lo miserable que es nuestra vida. Apenas nos deja el señor de estas tierras más que lo suficiente para vivir en ellas, hasta el punto de que, desde hace años, no vemos ni un sueldo en la aldea. Ved en qué situación penosa viven nuestros hijos. Es posible que alguno de ellos no sobreviva al invierno.

—Todo es miseria y privación en los campos del Señor —añade Canedo, viendo venir al campesino—. Lo sé bien, pues nadie los pasea más que yo. Siempre de aquí para allá para apenas ganarme el sustento.

—Mi esposa y yo —continúa el campesino, intentando llevar de nuevo el agua a su molino—, queremos pedirlos, con vuestro permiso, un gran favor.

—Adelante, pues, decid lo que deseáis.

—¿Podrías llevaros a alguno de nuestros hijos con vos? Son todos buenos chicos y os dejaríamos escoger. Aunque sería una boca más que alimentar, seguro que pronto le encontraríais alguna utilidad.

El juglar piensa en su bolsa estrecha y en el gran apetito que manifiestan los ojos que apenas revela la escasa claridad. Aun así, no le desagrada la idea. En realidad, se gana bien la vida, y no le vendría mal algo de compañía por esos caminos de Dios.

—¡Sea, pues! —contesta, tras reflexionar—. Me llevaré a uno de ellos, pero deberá ser el mayor. Otro cualquiera no tendría fuerzas.

A indicación de su padre, un niño de diez años se levanta del jergón. Es agraciado y largo, aunque solo se aprecien huesos bajo su piel. Un sucio mechón de pelo rojo, revuelto y enmarañado, cubre su cabeza hasta las mismas orejas.

—Decidme —pregunta el juglar, dirigiéndose con amabilidad al muchacho—, ¿cómo os llamáis?

—Ero, mi señor —contesta el niño, rascándose la pelambreira.

—Bien, Ero, mañana saldremos juntos al campo. Será al amanecer, por lo que es mucha hora de descansar. Pero antes de que llegue ese momento, deberá vuestra madre dar buena cuenta de eso que lleváis en la cabeza: un buen nido de piojos y liendres con los que, para empezar bien, tendremos que acabar.

Camino de León. Primavera, 1028

—¿Habéis disfrutado, infante, de nuestras aventuras en Babia? —La voz del rey, medio en serio, medio en broma, se confunde con el ruido de los cascos de los caballos.

—En verdad, mi señor, me ha parecido emocionante el vuelo del azor. También me ha inspirado el entorno de las montañas. Pero lo mejor, sin duda, ha sido cabalgar a vuestro lado, sin soldados ni sirvientes a nuestro alrededor.

—Yo también he disfrutado mucho de vos —dice el rey, esbozando una sonrisa antes de entrar

en conversación—. Hay algo importante, sin embargo, de lo que debemos hablar hoy, y quisiera hacerlo antes de que lleguemos al alcázar. Disponemos aún de un buen rato.

El rey se pone serio, con la transcendencia que hace al caso.

—En pocos días, partiré con mis nobles a la guerra. Cabalgaremos hacia Viseo, en el sur, y no regresaremos hasta que, entrando el invierno, se acerque la Natividad del Señor. Es necesario que marchemos para la seguridad de nuestros dominios y la mayor gloria de Dios.

—¿Podré acompañaros en esta ocasión al combate, mi señor? —pregunta el niño, ilusionado.

Bermudo, el único hijo varón del rey y heredero del trono, cabalga lentamente en su caballo pío a la vera de su padre. Tiene once años, y es alto y fuerte para su edad. En su rostro aparecen con claridad muchos de los rasgos de Alfonso y su porte delata el aire marcial y desafiante de su belicoso abuelo, Menendo González.

—Sois aún joven, infante, y aunque ya os veáis diestro con la espada, vuestra obligación es permanecer en el alcázar para preservar nuestra línea de sangre. Recordad que sois el único resorte que podrá mantener en orden el reino frente a la anarquía si yo falto algún día.

La sola idea de perder a su padre nubla el rostro del muchacho. Muerta inesperadamente su madre hace dos años, el rey es el único vínculo que le une con sus antepasados.

—Urraca, mi esposa, cuidará de todo, también de vos, hasta mi regreso.

Bermudo piensa en el poco consuelo que va a encontrar en ausencia del rey. Con su hermana Sancha retirada en el monasterio y solo con su madrastra, a la que odia por haber ocupado el lugar de su madre en el corazón del rey, tendrá que concentrarse más que nunca en sus largas jornadas de formación, para que su padre, a la vuelta de la guerra, se sienta orgulloso de él.

—Muy bien, mi señor —contesta, resignado—, todo se hará como deseáis.

El rey guarda silencio y, al poco, comienza a hablar de nuevo.

—Es preciso también que conozcáis de mi boca la situación del reino para que, si fuera preciso, sepáis tomar decisiones certeras.

El rey busca la inspiración por un momento.

—Sabréis por vuestros estudios lo mucho que he tenido que batallar en estos veintinueve años para mantener el dominio del reino a salvo. Primero con los nobles, con la ayuda de Menendo, y después, a muerte, pero defensivamente, contra los sarracenos. Ahora, la situación es buena, aunque puede empeorar rápidamente. Hay paz entre los reinos cristianos y, tras la caída del califato, todo el sur de las Hispanias se ha desmembrado en pequeños reinos moros que rigen débiles reyezuelos.

»Por eso —continúa diciendo, tras detener su montura—, el peligro no vendrá del sur en los años venideros. Más bien al contrario, es ahora el momento de aprovechar la debilidad de la morería para hacernos con las grandes riquezas que allí acumulan, producto de tantos años de rapiña. Nos pertenecen por derecho divino, pues el suelo que ocupan desde hace siglos era bien nuestro antes que de ellos.

»De entre los reinos cristianos habréis de guardaros sobre todo de Sancho, mi cuñado, el rey de Pamplona. Me casé con su hermana, muy a pesar nuestro, para conjurar el gran peligro que para nos representa su hermano, ¡y a fe mía que, a pesar de todo, no lo hemos conseguido! Ha crecido hacia el este por Sobrarbe y Ribagorza, hasta el Pallars y el condado de Urgel que ambiciona. Al norte, intriga para hacerse con Gascuña y la Bigorra. Al oeste, ha ido recortando el territorio de Castilla, aprovechando la menor edad del conde, tras la muerte de Sancho García. Su ambición, por tanto, y lo digo porque lo conozco bien, no tiene límites, por lo que, si yo faltara, habréis de guardaros bien de él.

»Falta Castilla y su condado. Desde la muerte de Sancho García, hace ya diez años, hemos ido creciendo a su costa hasta llegar al Pisuerga. Deberéis sin embargo estar alerta. Los condes del territorio son volubles y desleales, y en cualquier momento, cuando menos lo esperéis, os clavarán por la espalda un cuchillo. Sin embargo, el joven conde García podría ser un buen aliado, llegado que sea el caso. Fortaleciendo a Castilla, pondréis una cuña entre nosotros y Pamplona que impedirá que Sancho se aproveche de la situación si yo faltara.

Bermudo se siente abrumado por la responsabilidad, aunque, en el fondo, piensa que su padre exagera las cosas. «El *hayib* de Badajoz no es enemigo para el rey que, a buen seguro, regresará sano, salvo y victorioso de la campaña».

—Me portaré bien, mi señor. Estaréis orgulloso de mí a vuestro regreso.

A lo lejos se oyen los añafiles, que desde León anuncian el retorno del rey. La ciudad, viniendo del norte, se divisa a lo lejos, en una hondonada, al borde de los dos ríos y rodeada por su muralla romana. Se acerca el anochecer. Han sido unos días agotadores y la comitiva se recoge de inmediato camino de sus casas después de atravesar la puerta de la ciudad. La vida continúa en León en espera de la expedición de castigo del rey.

Castro Iudaeorum, León. Primavera, 1028

La aljama hebraica está situada a las afueras de la ciudad, a algo menos de una milla de la puerta de Sahagún. Descansa en la margen derecha del Torío, resguardada del viento a cierta altura en la falda del cerro de la Mota. En ella viven, en un aislamiento relativo, unas quinientas almas, que procuran inmiscuirse lo menos posible en la vida de sus vecinos gentiles.

Allí, en la judería, en un estrecho callejón que conduce a la sinagoga, se alza una casa de madera de una planta, discreta y humilde por fuera pero confortable por dentro, lo que revela la riqueza y también la inteligencia de su dueño. En ella vive la familia de Xab Xaia, comerciante establecido desde hace años en sedas, linos y lanas. En la edad proveyta, el mercader judío tiene dos hijas y un hijo, Schlomo, todavía joven para el comercio, en quien tiene depositadas grandes esperanzas. Por razón de su oficio, Xab viaja con frecuencia aquí y allá, también a tierras sarracenas, en busca de seda, tan apreciada en los reinos cristianos. Gasta luenga barba, blanca ya como la nieve, viste el ketonet tradicional de su pueblo y cubre su cabeza con un kipá que, precipitadamente, se acaba de poner hace un momento. Se dispone a abrir la puerta del zaguán, ya que, sorpresivamente a estas horas de la noche, alguien está llamando con insistencia.

—¡Que la paz sea contigo, Xab!

Pedro Laínez, señor del Esla y fidelísimo del rey, es el mayordomo del alcázar. Algunos años más joven que Alfonso, sobre sus hombros descansa por delegación regia la gobernanza del reino.

—Buenas noches, mi señor —contesta el mercader.

Sin cruzar más palabra e iluminados con la tenue luz de un candil que el hebreo porta en la mano, penetran en la casa y se sientan en un pequeño gabinete contiguo a la cocina, en el que todavía se siente el calor del hogar que hasta hace pocas horas estuvo allí encendido. Laínez ha venido solo, sin escolta armada.

—El rey y sus mesnadas partirán por los idus de junio desde Astorga y estarán ante las murallas de Viseo no más tarde de la luna llena de julio. Es preciso que, para entonces, esté preparado nuestro plan. El rey necesita una gran victoria y no puede permitirse un largo asedio. Antes del nuevo año deberá estar de regreso en León, porque tiene urgentes negocios familiares entre manos que debe atender.

Pedro Laínez habla bajo, como si las paredes pudieran escucharles. Solo confía en el rey, pero sabe que Xaia es hombre inteligente y que las vidas de quinientos hebreos son un argumento convincente.

—Todas las gestiones están hechas, mi señor. La quinta noche después de que los estandartes del rey hayan sido plantados frente a Viseo habrá alguien en la fortaleza esperando. Estará en la parte baja de la ciudad, en la zona que da al meandro del río. Allí, a la vera del Pravia, entre la maleza, encontrará el rey paso franco.

Tras la confirmación de lo que venía a escuchar, el visitante hace amago de levantarse para volver sobre sus pasos. Sin embargo, duda un instante y pregunta al anciano con un deje de amenaza:

—¿Cómo está vuestro hijo, Xaia? El rey y yo tenemos mucha fe puesta en él.

—Schlomo, mi señor, será tan leal como yo, y todo lo útil que sea menester para beneficio del rey.

Antes de que el judío finalice sus palabras, el noble leonés ya se ha levantado y se dirige decidido a la puerta de la casa para desaparecer como llegó, al abrigo de las sombras.

Cuando llega a su montura, que descansa entre unas ramas en un recodo del río, espera expectante para comprobar que nadie le ha seguido los pasos. A continuación, con sigilo, pone en marcha su caballo, al paso y sin prisa, para que las primeras luces del día lo encuentren a las puertas de la ciudad. «A nadie le gusta verse enredado públicamente con los judíos», piensa, convencido.

Recuerda ahora los acontecimientos de las últimas jornadas. «Todo está preparado para la inminente campaña. El rey me ha pedido con prudencia que me quede en León, al cuidado de la ciudad. También me ha dado instrucciones para los infantes por si no regresa, ¡que Dios no lo quiera! Ni siquiera puedo imaginarme las desgracias que sobrevendrían después de todo lo que hemos sufrido para pacificar el reino».

El silencio del río al discurrir a su lado impresiona a Laínez. Una ligera neblina matinal mete la humedad de la ribera en los huesos del jinete. «Me ha pedido también, tras la visita del legado de García, que prepare la embajada que ha de ir a Burgos este otoño. Le ofrecerá al conde la mano de su hija, Sancha, para unir los destinos de sus Casas. También pondrá a su disposición como dote las disputadas tierras entre el Cea y el Pisuerga, no importa lo que digan sus condes. En lo que no transigirá de ninguna manera es en el vasallaje de García. Castilla es un condado y, en el futuro, deberá seguirlo siendo».

Cuando ya se va acercando a la muralla y la luz del alba comienza a despuntar a su espalda, concluye, por fin, la noche de Laínez con un solo pensamiento: «Veremos qué hace Sancho, ese perro, cuando todo el juego se haya descubierto».

Viseo, la Beira, Taifa de Badajoz. Nonas de agosto, 1028

—¡¡Rápido, haced sitio!! ¡Una saeta ha alcanzado al rey!

Desde la puerta de la tienda se divisan a lo lejos tres o cuatro jinetes que se acercan a galope tendido. Se distingue entre ellos el caballo negro del rey, sobre el que, a duras penas, aguanta Alfonso a horcajadas.

Cuando llegan, los hombres de la Guardia le ayudan precipitadamente a desmontar. Apenas conserva la consciencia. Sin dilación, lo introducen en la tienda y lo depositan sobre una mesa de campaña en la que el cirujano espera. Con dificultad, lo liberan de la loriga, poniendo mucho

cuidado en no romper la flecha. Está clavada en el cuello, en la parte baja, entre el yelmo y la cota de malla. Sangra en abundancia y los soldados, con sus manos, intentan inútilmente taponar la herida. La flecha ha debido seccionar alguna arteria. La suerte del rey está echada.

Todo parecía indicar que la campaña sería corta y culminaría con el éxito que Alfonso buscaba. El traslado hasta Zamora por la calzada principal fue tranquilo. Tampoco avistaron tropas enemigas durante las jornadas en las que siguieron la línea del Duero, hacia su desembocadura. Dejaron Lamego a varias millas de distancia, y lo rodearon por la noche para evitar la voz de alarma. ¡Verdaderamente sorprendido parecía el sarraceno sobre las murallas cuando las mesnadas del rey acamparon frente a Viseo!

Tras algunos escarceos, y antes de comenzar a construir el material de asedio, los mejores hombres del rey prepararon durante el día sus impedimentas para la celada. Todo discurría con arreglo a lo planeado.

El rey, a media tarde, manifestó imprudentemente su deseo de entrar en la fortaleza con los primeros. Subieron, pues, al anochecer, agazapados por la vera del río hasta el punto señalado. Amparados en las sombras, la vanguardia de León, los gallegos, acometió al furto la fortaleza tan pronto como se divisó dentro la señal pactada.

Inesperadamente, sin embargo, cuando comenzaban a penetrar por el paso franco, algún renegado dio la voz de alarma, y una lluvia de flechas cayó inmisericorde sobre ellos. El rey, confiando en la traición alentada, no llevaba protección alguna, tampoco adarga.

Ahora agoniza exangüe entre sus leales. No puede hablar de tan hondo que tiene metido el astil, pero aún le quedan fuerzas para transmitir con la mirada su preocupación por la suerte del reino.

Los soldados se van retirando con pesar, mientras que la mala nueva paraliza el campo. Lo que queda del cuerpo y del alma del rey Alfonso permanece en la tienda inerte en manos de sus capellanes, que esperan desconsolados a que expire susurrando sus fúnebres oraciones.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO V

Lugo, Reino de León. Otoño, 1028

—La Historia se repite, querido primo. Estamos como estaban nuestros abuelos en tiempos del rey Ramiro.

El conde de Lugo, Oveco Rudesíndiz, pasea excitado por el adarve de la muralla romana acompañado de dos caballeros. Tirando a bajo y a grueso, tiene una barba rala y desaliñada que apenas le cubre la cara, y unos ojos acuosos y enrojecidos que delatan su gran afición por los caldos que, desde tiempo inmemorial, se cultivan algo más al sur, en la margen derecha del Sil.

Está pronto a anochecer, y la tarde ha sido fresca por culpa del viento del norte que, marcando el inicio de la estación, ha soplado con insistencia durante todo el día. Las hojas de los abedules, muy abundantes en los tupidos bosques que rodean la ciudad, han comenzado a caer, y tapizan con un color pajizo, que contrasta con el verde intenso de los campos, el espacio diáfano que los separa del foso que protege la muralla.

El conde Oveco intenta convencer a sus dos parientes, los condes de Iria y de Mondoñedo, de la conveniencia de alzarse en armas contra León tras la muerte de Alfonso. Argumenta que el vacío de poder que se ha creado tras la vacancia del trono, unido a la menor edad de Bermudo, el heredero, les ofrece una oportunidad de oro, no para romper sus vínculos de vasallaje con la dinastía astur-leonesa, pero sí al menos para negociar desde una posición de fuerza, a fin de conseguir mejores cotas de poder y, con ello, mayores riquezas.

—Recordad, Oveco, lo que aconteció durante la menor edad del rey Alfonso. Es una experiencia de la que deberíamos haber aprendido severas lecciones. Al final, tras la muerte de el Gotoso, el partido que se mantuvo al lado del rey niño, el de Menendo, nuestro tío, acabó imponiéndose tras muchos años de lucha al de los condes leoneses.

Suario Gundemáriz es la voz de la experiencia. En su mocedad sufrió los estragos de la guerra civil que sumió al reino en sombras. Combatió en la contienda desde sus primeras escaramuzas a las órdenes del duque de Galicia, su formidable tío Menendo, y, de los desastres de aquellos tiempos, su condado, el de Iria, todavía no se ha recuperado, a pesar de los veinte años que han pasado.

—Hay una gran diferencia entre aquellos tiempos y estos, primo. Es cierto que ellos tienen a Bermudo, pero nosotros tenemos a Sancha, que todavía no ha querido obedecer la orden de Urraca. Parece que la idea de regresar a León, ahora que su padre ha muerto, le causa gran desazón, de la que debemos tomar ventaja.

Suario, habituado a la terquedad de su primo, al que conoce bien en sus cortas luces, le replica con gesto preocupado:

—Si habéis pensado en retener a la hermana del rey contra su voluntad como prenda de fuerza, mejor apartadlo de vuestra cabeza. No tenemos recursos para oponernos a León y, aunque los tuviésemos, no tardaríamos en sucumbir al poder de su cetro.

Roderico Romániz, conde de Mondoñedo, escucha la conversación en silencio. No tiene todavía un criterio formado, aunque se fía mucho más de la experiencia de Suario que de la inconsistencia

de Oveco. Aun así, como siempre ha hecho, no tomará ninguna decisión hasta que la romana se incline claramente hacia uno de los dos lados.

—Es mucha hora de que vayamos a cenar —dice, cansado—. El paseo y el frío me han abierto el apetito. Unos cuantos tragos de buen vino en el cuerpo, ese que guardáis, celoso, en vuestra bodega, primo, servirán para aclararnos las ideas. Más tarde, bien comidos y mejor bebidos, tendremos tiempo toda la noche para tomar una decisión, si es que, por ventura, hemos de tomar alguna.

Los tres caballeros finalizan el paseo y enfilan las escaleras que, desde uno de los baluartes de la torre Miñá, descienden hasta el *intervalum* que separa, en todo su perímetro, el interior de la muralla de las primeras casas de la ciudad. El viento se ha parado y la noche es fresca y clara.

Un soldado, que vigila el acceso al recinto amurallado, acerca solícito a la escalera de piedra por la que bajan los condes el suplemento de madera necesario para llegar al suelo, y observa atentamente cómo se alejan en silencio.

Monasterio de Piadela, riberas del Eume, Reino de León, veintidós leguas al noroeste de Lugo. Otoño, 1028

Sancha se siente sola y abandonada. Y lo cierto es que nada ha cambiado realmente en su vida tras la muerte de su padre. «Recuerdo que, hasta hace unos días, me sentía llena de vida. Me gustaba escuchar por las noches las historias de Fronilde, al calor del fuego; historias sobre mi abuelo, Menendo, el *Dux Magnus*, y sobre mi madre, Elvira, la reina, a la que siempre tengo en mis pensamientos. Sin embargo, ahora que mi padre se ha ido, esas mismas historias me llenan de amargura y de tristeza».

La infanta, sentada frente al fuego en la pequeña estancia de piedra en la que pasa la mayor parte de su tiempo, rememora ensimismada su vida desgraciada.

«Cuando murió mi madre, el rey me envió a estas tierras para que creciera, lo mismo que él hizo, en la paz del monasterio y al amparo de mi familia gallega. Así ha sido hasta el mes pasado, cuando llegó desde León el jinete que nos trajo la mala nueva. Desde entonces, paso las horas en la iglesia con la cabeza cubierta. Siento, cuando rezo, una pena muy honda, porque no puedo dejar de pensar ni un instante que el rey Alfonso, mi señor, al que apenas recuerdo, murió allí solo, en tierra infiel, sin oración ni consuelo».

Sancha es tenue y pálida, liviana y hermosa como una flor del bosque que allí, en Piadela, todo lo rodea. Con apenas diez años, su vida ha transcurrido entre el vacío causado por la prematura muerte de su madre y el destierro a tierras del Eume que, por imposición de su madrastra, dispuso el rey días antes de su casamiento. Desde entonces, su existencia ha discurrido plácida, tranquila y sin sobresaltos, como las aguas del río que bañan los muros del monasterio de piedra consagrado a san Esteban que ella considera su casa.

—Dispensad, infanta —una voz grave de mujer la sobresalta y la aleja repentinamente de sus fúnebres pensamientos.

Fronilde Gundemáriz, que acaba de entrar por la puerta entreabierta, es su aya. De su misma estirpe y también sobrina del duque Menendo, su familia fundó, casi cien años atrás, el monasterio que hace mucho tiempo gobierna. Desde la muerte de la reina Elvira, su prima, asumió por disposición del rey el cuidado de la niña, y hoy la ama tanto como a una hija. Fronilde es soltera y no es bella, pero sí rotunda: una matrona gallega en su edad mediana que, con una personalidad arrolladora, ha sabido ganarse el afecto sincero de su pupila.

—Acaba de llegar otro jinete desde León —dice, contrariada—. La reina insiste en que debéis ponerlos en marcha. Os necesitan dispuesta en la corte. Esta vez sin excusas.

Tras pensar unos momentos en Urraca y poner mala cara, Sancha contesta:

—No sé para qué me necesita ahora con tanta prisa. Hace unos años, cuando se casó, hizo cuanto pudo para alejarme. Ni siquiera me permitió asistir a los esponsales.

—Como siempre os digo, mi señora, lo pasado, pasado está. Vuestro padre ha muerto y Bermudo os necesita a su lado. Os alegrará mucho verlo de nuevo, aunque ahora ni siquiera podáis recordarlo. Lo he dispuesto todo para que partamos mañana antes del amanecer. Debéis aceptarlo de buen grado. Pensad que, si nos retrasamos más en la partida, es probable que las consecuencias de la tardanza recaigan al final sobre nuestra familia. Pensarán que os tenemos secuestrada, porque lo natural, aun siendo vos niña, es que estuviéseis hace tiempo en León, rezando por el alma del rey con vuestra familia.

—¿Y si tenemos algún percance en el camino? León está muy lejos.

—Descuidad, mi señora, que nos acompañará una buena escolta armada, porque los tiempos andan revueltos y hay gente sublevada no importa por dónde vayáis. Haremos, por eso, la primera noche en Santa María, al abrigo del monasterio, y la siguiente en Lugo, donde mi primo, el conde Oveco, nos aumentará la guardia.

Sancha quiere y respeta a Fronilde. Siempre la ha obedecido, y supongo que esta vez lo hará de nuevo, a pesar de la tristeza que le embarga cuando piensa que, después de seis años sin salir del monasterio, tiene que partir de allí presto. Le gusta el bosque frondoso donde vive, y también el río, con sus aguas claras. «Es el único sitio que conozco: los árboles, los animales, las plantas, y hasta los hitos de piedra que lo jalonan desde la puerta hasta la playa, en el estuario del río, donde las olas rompen suavemente contra la arena mojada. Nunca olvidaré Piadela, por muchos años que viva. Ni tampoco a mi familia, la de aquí, la verdadera, la que tanto se ha preocupado por mí en este tiempo de tristeza».

Alcázar de León, al abrigo de sus murallas. Otoño, 1028

La muerte de Alfonso en Viseo sembró de inquietud los pasillos del alcázar, y también los caminos del reino, desde Galicia hasta las Marcas. Un jinete de avanzada trajo de noche la noticia, junto con la del retorno inmediato de las mesnadas, que levantaron el campo precipitadamente por miedo a sufrir una gran celada.

La pena y la desolación se extendieron pronto como una plaga, y la zozobra ante lo por venir heló de miedo la sangre de los habitantes del reino, desde el más humilde pechero al más noble de los caballeros.

También la turbación se apoderó de las juderías y las aljamas, donde moros y hebreos se preparan para sufrir las consecuencias, siempre malas, de las tribulaciones de sus vecinos cristianos y de los altercados que suelen acompañarlas.

Los dos partidos de la corte, el de Castilla y el de Pamplona, se disponen prontos a jugar bien sus cartas, que son, más que de predominio, de exterminio y de venganza.

Bermudo, el rey niño, pasa los días desconcertado en Santa María. Nada quiere saber de la gobernanza y, hasta ahora, se niega a hablar de cualquier cosa con su tutora y madrastra. Mientras tanto, Urraca, la reina viuda, con instrucciones precisas de Sancho, se apresta a dar los pasos necesarios para asegurar su predominio.

En una cámara recoleta y semioculta, que separa los que fueron aposentos del rey de los de

Urraca, la reina borda sentada al lado de una ventana. La acompañan dos dueñas, María y Anaya. Urraca no es bella. Es, más bien, desgarbada. Y alta en exceso. Aparece en la escena tocada, con el pelo y el cuello totalmente cubiertos y con una túnica talar negra y ajustada.

—Nada se sabe aún de Sancha —dice, malhumorada—. Ya va para tres veces que la he hecho llamar. No sé a qué espera para ponerse en marcha.

—No os disgustéis, mi señora, seguro que estará pronta a llegar. Las noticias que vienen de Galicia hablan de desórdenes y atropellos. Es posible que haya considerado más prudente no salir a los caminos sin llevar mejor escolta que la que pueda ofrecerle su aya.

—No habléis por hablar, Anaya —le corta en seco la reina con su mal humor proverbial—. Con el último jinete iba la escolta adecuada para que regresara sin demora al alcázar. Aun siendo Sancha una niña, no son más que diez o doce jornadas de marcha. Si no viene, es porque algo trama.

La reina, desconfiada, está profundamente irritada. La llegada de la infanta es clave para el éxito del entramado que ha diseñado con su hermano. Desea hacerse con todo el poder en el reino y, por eso, porque el tiempo apremia, es tan importante que llegue sin tardanza.

—A mí, más que Sancha, me preocupa Bermudo —dice María que, como siempre, no se entera de casi nada—. Parece que se ha quedado sin habla. Se le ve deambulando por los corredores, tan triste que se diría que con su padre se le ha ido también el alma.

—Estaba muy unido a Alfonso —dice Urraca, aparentemente sentida—, y pasara meses ausente. Pero se recuperará y, cuando vuelva, todo estará en marcha. Mientras tanto, dejemos que rece. Nada le hubiera gustado más al rey que ver a su hijo tan disgustado por su falta.

Se oye un ruido en el corredor que conduce a la torre. Alguien llama. Tras un momento, asoma por la puerta el conde de León y de Palacio. Fernán Laínez hace una leve reverencia y, alterado, exclama:

—¡Sancha está presa de su primo Rudesíndiz en Lugo, tras las murallas!

Comunicada la mala nueva, Laínez espera paciente la reacción de la reina. Viendo que, perpleja, no dice nada, continúa explicando en detalle:

—Al parecer, camino de León se detuvo a hacer noche en el *pallatia* del conde ignorando que se había levantado no hacía mucho en armas. Dice que no reconoce a León y que su verdadera reina es la infanta. Además, es posible que no esté solo y que tenga buenos apoyos que sirvan para extender la revuelta por todo el territorio.

Urraca, contrariada, piensa en los pasos que debe dar para aplastar la rebelión. Sabe que de ella depende y que, si no lo hace pronto, se extenderá como antaño y ya no podrá sofocarla. Tras reflexionar en lo que, en su lugar, haría su hermano, le dice a Laínez que espere, que la situación es lo bastante comprometida como para pensar mucho antes de hacer nada.

El conde se retira y, no viendo mejor solución, se dirige al patio de armas. Allí estará Rodrigo Vela, el *armiger* del rey. Hablará con él para que, cuanto antes, disponga lo que se debe hacer. «Cuando la reina por fin se decida, las tropas estarán preparadas para la marcha. También será preciso enviar un jinete a Oviedo. Las fuerzas de Elútiz, el gobernador, deberán salir de inmediato al campo para converger con las nuestras a los pies de la muralla».

Mientras tanto, sola con sus dueñas y ya en mayor confianza, Urraca le dice en voz baja a Anaya:

—Disponed lo preciso para que un jinete salga de inmediato hacia Pamplona. Mi hermano debe conocer cuanto antes la detención de Sancha. Pronto se sabrá en Burgos, y no queremos que se inquiete García y que todo nuestro plan se quede en nada.

Anaya se levanta, deja su costura a un lado y abandona la cámara. Fuera del alcázar, en la puerta

del Obispo, le espera un jinete que, en pocos días, regresará con respuesta de Pamplona.

—Y vos, María, iréis al castro, extramuros, a buscar a Xaia. Tras la desastrosa campaña del rey, no hay oro en el alcázar, y a fe mía que en los próximos tiempos lo vamos a necesitar en cuantía. Le diréis que venga a verme esta noche, discretamente, tras el cambio de guardia. Tomad esta nota. Con ella tendrá el paso franco hasta mi cámara.

Ya sola, Urraca piensa en Jimena, su madre que, como anunciaba el último jinete de Pamplona, estará a punto de llegar al alcázar.

—Tiempos recios son estos —murmura, ensimismada—. Sancho tenía razón. Tiempos para el todo o para el nada.

Entretanto, fuera, más allá de los límites de la ciudad, hace un frío que pela. Aunque el otoño no está avanzado, el día es lúgubre y apagado. Se acerca la noche y se diría que, como los nobles gallegos, los genios del tiempo han conspirado para hacer todavía más gravosa para el reino la contienda civil a la que se encamina como antaño.

A orillas del Miño, mirando a las murallas de Lugo. Otoño, 1028

Munio Eléutiz está a punto de entrar en la tienda de mando. Al fondo, en lo alto, la silueta negra de la muralla, construida hace casi mil años en sillería con lascas de pizarra, pone un siniestro contrapunto a un espléndido atardecer otoñal. Los últimos días han sido duros para el gobernador de Oviedo, que ha conducido a sus peones a marchas forzadas hasta atravesar las montañas cantábricas por el paso de Suarna. Las huellas de cansancio se muestran nítidas en su rostro y en la suciedad de su cuerpo, que todavía no ha podido sumergir en las aguas claras. «La tarea que nos espera no es poca —piensa, malhumorado—. Lugo no es inexpugnable, pero sus defensas imponen respeto y no son muchas las fuerzas que, con la premura, ha conseguido reunir el rey para tomarla. Sin embargo, aun con esas, parece que Bermudo se apresta para apoderarse de la ciudad al furto. Será porque su enorme perímetro hace improbable que Rudesíndiz pueda defenderla. Dicen que será mañana al amanecer. Solo me han dado una noche, el tiempo justo para que descansen algo mis peones. Ni siquiera vamos a poder construir torres. Veamos —piensa, entrando en la tienda—, cuál es el plan del rey».



Las sombras de la noche se entremezclan con las de las tiendas en el improvisado campamento donde descansan las tropas del rey. Hace fresco, y en breve se llamará a los hombres a la batalla. Se oye, sobre el silencio de la noche estrellada, el murmullo sordo del agua que corre vibrante por el cauce vecino. Solo el canto esporádico de algún búho rompe en estas horas de descanso el frío de la noche previa al chocar de las armas.

Sin esperararlo, un sonido hondo y grave sale de las murallas: es el cuerno de aviso que alerta a los sitiadores de que, en lo alto de la torre de San Pedro, se ha izado un estandarte de parlamento.

—¡Mi señor, se ha abierto una puerta en la muralla y un heraldo del conde se aproxima al campamento!

Con el sonido del cuerno, los hombres se han levantado precipitados y se aprestan a esta hora para el combate buscando a tientas sus impedimentas. Se oye el ruido estridente de las armas y el trasiego desordenado de los soldados al atravesar el campo de lado a lado.

El *armiger* del rey, Rodrigo Vela, que con el aviso también se ha despertado, se levanta del catre, donde apenas ha descansado, y contesta a su escudero:

—Id a la tienda del rey. Que esperen. Debo estar presente en el parlamento.

Rodrigo es alto, fuerte, orgulloso y despiadado. Se ha hecho con el mando de las tropas del rey porque así lo ha dispuesto Urraca por orden de su hermano. Alavés de origen, y con muchos enemigos en la corte, su familia fue extrañada de Castilla tras rebelarse en los tiempos del conde Fernán. Derrotada en la posterior refriega, sus bienes fueron confiscados y todos sus miembros desterrados. Sobrevivieron durante años, mal que bien, como soldados de fortuna, vendiendo su espada al mejor postor que, en aquel tiempo, no fue otro que al-Hakam, el califa de los sarracenos. Pasados esos años turbulentos, pudieron regresar a Castilla con el perdón condal en tiempos de Sancho García, que les restituyó, además de una parte sustancial de sus bienes, su dignidad principal. Al poco, sin embargo, su naturaleza indómita y levantisca les llevó otra vez a la revuelta y, con ella, a la derrota definitiva en Lantarón. Esta vez, tras ser de nuevo desterrados, encontraron refugio en la corte de León, donde el rey Alfonso les proporcionó tierra abundante y un nuevo señorío en las Somozas de Oviedo. Desde allí, el viejo conde Vela Íñiguez y sus dos hijos, Íñigo y Rodrigo, concentran hoy su odio en Castilla y rumian, desde hace tiempo, su ansiada venganza.

Ahora, con la regencia, y gracias a la influencia de Sancho, parece que su gran momento ha llegado.

Rodrigo Vela, ya en pie, se pone con premura el brial encima de la loriga y, sin yelmo pero con espada, se dirige presuroso a la tienda del rey, donde el heraldo de Rudesíndiz espera su llegada. Tras saludar con una breve inclinación de cabeza a su joven señor, que lo mira inquieto desde la puerta, Rodrigo Vela se dirige al mensajero:

—Aguardamos, señor, lo que tengáis que decir al rey.

El heraldo pone su rodilla en tierra.

—Mi señor me envía para comunicaros que la plaza es vuestra. El conde de Lugo nunca ha tenido intención de defenderla, pues es y siempre ha sido vuestro humilde vasallo y seguro servidor, como antes lo fue de vuestro padre, el rey Alfonso, nuestro señor. Os ruega además que respetéis la vida de las personas que en ella moran y también sus haciendas, puesto que ninguna de ellas ha osado levantar su brazo contra vos.

—Alzaos —ordena Rodrigo Vela— y, puesto que traéis un mensaje de paz, también sabréis decirnos dónde se oculta el conde Oveco.

—Partió esta mañana con su guardia rumbo al norte, a sus territorios de caza. Allí permanecerá con vuestra licencia hasta que tengáis a bien transmitirle lo que con él deseáis hacer.

—¿Y nuestra hermana? ¿Dónde está? —pregunta Bermudo, sin poder contener su curiosidad.

—Dentro de la ciudad, mi señor, esperando ansiosa vuestra entrada.

El rey está contento con lo que acaba de escuchar. Aun así, prudente, calla, y mostrándose todavía taciturno, se levanta y regresa a la tienda, al puesto de mando, a dónde le siguen Rodrigo, Munio y los demás.



La comitiva regia entra en la ciudad desde el sur, por la puerta de Santiago. Encuentra las calles desiertas y percibe un miedo aterrador detrás de las puertas. El rey se dirige ansioso al *pallatia* del conde, donde Sancha espera. Está emocionado por ver a su hermana y dispuesto, por eso, a ser magnánimo en esta su primera experiencia militar.

Antes, en la tienda, sus principales han convenido que Rudesíndiz habría de ser perseguido, apresado y conducido a León cargado de cadenas, para que rinda cuenta de su felonía ante el rey y la reina. Por eso, para escarmiento de los rebeldes, han despachado una partida numerosa de

caballeros. Se dirigen ahora bien pertrechados hacia Mondoñedo donde, a buen seguro, habrá buscado refugio el traidor en casa de su primo Romániz.

Sancha, nerviosa, espera en la puerta la llegada de su hermano. Bermudo, a pocos pasos, se adelanta a sus caballeros, desciende de su montura y, emocionado, se acerca. Sin importarle las apariencias, se dirige, ligero, hacia su hermana, para fundirse con ella en un abrazo sentido. Las lágrimas asoman a las mejillas de los dos huérfanos que, después de tantos años separados, pueden llorar ahora juntos por todas sus pérdidas y desgracias.

Tras ese fugaz instante de licencia, el rey recupera la compostura, coge a su hermana de la mano, enfila la puerta, atraviesa el zaguán y se dirige a las escaleras.

Mientras se guardan, los habitantes de la ciudad se liberan, poco a poco, del miedo que los paralizaba, se confían y, tras comprobar que no se va a producir el saco que tanto temían, se acercan con curiosidad a la plaza del Punto para ver a su soberano. Los más viejos recuerdan todavía el asedio que sufrió la ciudad hace treinta años. No se olvidan tan fácilmente el hambre y los sufrimientos. Por eso, y porque se esperaban lo peor, están ahora bien agradecidos a Bermudo, reniegan del conde Oveco, dan gracias a Dios y se disponen en multitud a vitorear al rey y a Sancha en la plaza, justo frente a la puerta del *pallatia*.

CAPÍTULO VI

Monasterio de Arlanza, Condado de Castilla. Otoño, 1028

Ha amanecido un mañana luminosa y espléndida. Tras el oficio de laudes, que rezan en común con los monjes, Fernando y Auriolo, muy alegres por el buen día que les espera, se ponen en marcha.

—Tres buenas leguas tenemos hasta Silos. Si no nos entretenemos, llegaremos antes de vísperas.

—Justo para la cena.

Entre risas y requiebros, los dos amigos inician la senda que les llevará, con un encargo de don Nuño, el abad, y a través del desfiladero de la Estacada, hasta el monasterio de Silos, al otro lado del cañón. La mañana es fresca, perfecta para caminar, y los dos jóvenes se afanan en la ascensión a la ermita de San Pelayo, primer hito del camino donde vive en soledad el hermano Vistrario: un eremita que, aunque forma parte de la comunidad, rara vez desciende el sendero escarpado que conduce desde la cima del monte hasta el río.

—El año pasado le vi en Pascua —le dice Auriolo a su amigo—, cuando bajó a celebrar al monasterio la Pasión de Cristo. Si nos lo encontramos, veréis que no parece un monje porque viste harapos, que habla muy poco y que, entre los pelos y las barbas, apenas se le ve la cara.

Hace casi seis meses que Fernando vive retirado en el monasterio, a donde lo envió su padre como penitencia, en busca de contrición y arrepentimiento. De todo ese tiempo, lo mejor de Arlanza ha sido Auriolo, su amigo, un muchacho algo mayor que él, natural de Barbadiño de Herreros e hijo de un hombre libre, que asiste a la escuela del monasterio, vive entre los monjes y aspira a convertirse en uno de ellos.

La senda, que serpentea cañón arriba, a la sombra de las sabinas, se hace cada vez más empinada. Sobre sus cabezas, grandes bandadas de buitres que viven en los farallones cercanos esperan en vano, dando grandes vueltas en tornos, a que los jóvenes se conviertan en carnaza que poder llevar a sus crías, arriba, en lo alto de la montaña.

Al rato de ascender, y cuando ya se vislumbra el final de la subida, aparece entre los arbustos la ermita. Es una construcción pequeña, rústica y sencilla levantada a la sombra de un enebro. Parece desierta, por lo que los muchachos, sudorosos, deciden continuar camino pensando en llegar pronto a su destino.

El sendero, muy pedregoso, continúa ahora en descenso siguiendo el cauce del arroyo, por medio de un sinuoso desfiladero que ralentiza su marcha. Tras un largo rato caminando entre las piedras, casi a punto de llegar al valle, el arroyo se empoza y los muchachos, medio en serio, medio en broma, aprovechan el remanso para descansar, refrescarse y chapotear. Frescos ya, y con el sol en todo lo alto, continúan camino, después de dar buena cuenta del contenido del morral que el hermano cillerero les ha preparado. Una vez en el valle, por Contreras, todo es más fácil, y tras recuperar el resuello, comienzan a charlar de nuevo.

—Aún nos queda una legua larga —dice Auriolo—, pero lo haremos a buen paso porque el terreno es más llano.

Fernando mira a su amigo, como queriendo decir algo. Lleva un buen rato dándole vueltas y, finalmente, se suelta:

—¿Estáis seguro, compañero, de que, después de todo, querréis vivir vuestra vida entera con los

monjes en el monasterio? Yo no sé bien lo que quiero. Soy el segundón de la casa y, por eso, mi destino no será el cetro, que está reservado a mi hermano, sino la mitra y el báculo en algún obispado.

Auriolo reflexiona y, jadeando por la velocidad que imprime a sus pasos, contesta:

—Yo me siento dichoso en el monasterio. Me gusta la vida que llevo. Es cierto que no paro de trabajar, pero bastante peor lo pasaría en Barbadillo, despellejándome las manos de sol a sol con mi padre y mis hermanos. He tenido suerte porque son muy pocos los que pueden acogerse a la escuela. Disfruto además de la liturgia de la comunidad y de la serenidad que transmiten el murmullo del río y los gruesos muros de piedra. Después de dos años, no lo cambiaría por nada. Me siento como si hubiera vivido siempre aquí y todos los días le pido a Dios con fervor que nunca me deje salir de este meandro del Arlanza al que, en su infinita bondad, me trajo.

—Os prometo —dice Fernando, solemne— que cuando me vaya a vivir lejos, no importa dónde sea ni lo que haga, volveré a veros de vez en cuando y que, al final, cuando llegue el día, querré que me entierren aquí, en Arlanza, a vuestro lado.

Las palabras del infante consiguen emocionar a su amigo y dan paso a un largo silencio que continúa hasta la entrada del pequeño desfiladero que da acceso al monasterio.

—¡Veréis, Fernando, qué bonito es Silos! En poco tiempo, tras dejar atrás estos riscos, lo veremos.

El valle del Ura se extiende ahora, finalmente, ante los ojos de los dos muchachos y, en su cabecera, al borde del río, destaca la mole de piedra del edificio del monasterio. Una tenue neblina comienza a descender sobre el valle y anuncia que, tras la retirada del viento, pronto se desvanecerá la luz del día. Los muchachos, contentos pero cansados, apuran el paso pensando en las viandas que les esperan tras la paliza de intemperie que se han pegado.

No obstante, cuando se aproximan a la puerta, observan inquietos que varios jinetes armados, al pie de sus cabalgaduras, esperan, siniestros, su llegada. A falta de unos pasos, uno de ellos, el más alto, se dirige imperativo a Fernando, señalándole una montura:

—Infante, vuestro padre os manda regresar de inmediato.

En el zaguán, mientras Auriolo se despide al vuelo de su amigo, Domingo, abad de Silos, observa la escena, perplejo. Con apenas tiempo para saludar, contempla como Fernando sube a la grupa de un caballo y da comienzo, con la puesta de sol, al largo viaje que lo devolverá a Pamplona, entre los muros del alcázar.

Castillo de Tarbes, Condado de la Bigorra, al norte de los Pirineos. Otoño, 1028

—Anoche, sin quererlo, los he escuchado hablar entre ellos.

Estefanía pasea junto a su hermana Gisberga en el entorno boscoso del castillo donde viven con sus padres, Bernardo Roger, señor de Foix y Cominges, y Garsenda, condesa de Bigorra. Es una niña dulce y soñadora. De mediana estatura, lleva su pelo rubio enroscado y recogido primorosamente en una trenza. Sus ojos, de un verde intenso, miran en este momento, desolados, a los de su hermana mayor.

—Hablaban de que pronto, cuando la nieve deje libre los pasos, viajaremos a Pamplona. Nuestro padre ha concertado una alianza con el rey Sancho para librarse del dominio de Gascuña y nosotros somos la prenda que va a garantizar el cumplimiento del acuerdo que sellará esta primavera.

Gisberga, que no es tan bella como su hermana pequeña, aunque sí más dispuesta, le responde:

—No os inquietéis, hermana, ¡qué más da que al final sea Pamplona, Armagnac o Barcelona! Hemos nacido para servir a nuestra Casa y, nos guste o no, ese es el futuro que nos espera.

—¡Es que nunca hemos salido de la comarca y ahora, sin decirnos nada, nos quieren llevar lejos, a un lugar remoto, más allá de las montañas!

—No penséis más en ello, pequeña. Disfrutemos del día, porque no tendremos muchos más como este antes de que lleguen las primeras nieves. Hemos salido a recoger hojas y fijaos cómo está el campo lleno. Recolectemos las que podamos y después, esta noche, cuando volvamos a casa, las pondremos a secar al fuego y las guardaremos. Más adelante, cuando pase el invierno, ¡quién sino Dios sabe lo que veremos!

Mientras las muchachas pasean, su padre las observa a distancia desde la ventana de la torre donde tiene su cámara. Bernardo Roger es ambicioso. Gobierna ya toda la cara norte de los Pirineos desde el Armagnac hasta el Languedoc. Es feudatario del duque de Gascuña y se siente maltratado y poco reconocido en su condición. Lleva años queriendo librarse de ese vasallaje y, ahora que sus dos hijas han llegado a la edad de merecer, ha encontrado la forma de romper con esa sumisión. Sabe de la ambición de Sancho y conoce sus maniobras para forjar un gran reino peninsular. Está seguro además de que, esta vez, no lo van a engañar, porque tiene a su favor las cumbres de las montañas y sus nieves perpetuas, que son su mejor garantía de integridad. «El trato con Sancho está hecho —piensa, convencido—. Uniremos nuestra Casa con la de Pamplona con un doble enlace. Después, solo quedará entre nosotros el Bearn, que será la próxima pieza a cobrar».

Alcázar de Pamplona. Otoño, 1028

Un jinete acaba de llegar. Sancho, el rey, camina pensativo por el aula regia y aguarda satisfecho a que le traigan el mensaje que desde hace tiempo le impacienta. Conoce al detalle las negociaciones que, desde la muerte de Alfonso, ha habido entre García y Bermudo, y solo espera la definitiva confirmación del acuerdo que, a buen seguro, porta el mensajero. Sabe que en Burgos y en León temen que no lo acepte y que desencadene por ello un gran conflicto. Ni siquiera sospechan que, en verdad, está dispuesto a ir mucho más lejos. «A partir de ahora cada paso que dé será crucial —piensa—. Es de gran importancia guardar el secreto de todo lo que se disponga pues, caso contrario, el fracaso será total. Sobre todo, es imprescindible que nada sospeche la reina. Si llega a saber lo que le espera, le faltaría tiempo para avisar a su hermano y, con ello, se desbarataría nuestro plan. Además, si una vez consumado sospecha que yo he participado, hará lo imposible para que no pueda hacer valer los derechos que por su sangre me corresponden en el condado».

Sancho mira por la ventana. Está impaciente por leer el mensaje. «Munia piensa que me engaña, que no sé que continúa siéndome desleal y que, desde la partida de Ramiro, no ha parado de comunicarse con él. Me dice el mayordomo que son muchos los billetes que le ha enviado. Imposible no saberlo. Pero el momento de mi venganza todavía no ha llegado. Atado estoy ahora de pies y manos. Pero aguardaré agazapado a que todo se haya consumado y, entonces, llegará el día en que los veré sufrir de verdad: la reina morirá y también lo hará Ramiro, mi hijo, allá en el Bearn».

Entretanto, suenan en el corredor unos pasos precipitados y el ruido metálico de una espada al chocar con una cota de malla. Al cabo, Adulfo Egilón, el *spathario* del rey, increíblemente

repuesto de la grave herida que sufrió la pasada primavera, aunque todavía algo renqueante, entra en la estancia, imponente, con su figura salvaje.

—Mi señor, he aquí el mensaje que traía el jinete—. La expresión del gigante es de satisfacción. Es el único que conoce los planes de su amo y, por eso, sabe que su venganza particular por el espadazo que recibió en la arena está pronta a llegar.

Sancho rompe el lacre con cuidado y lee detenidamente el mensaje, mientras Egilón lo mira expectante.

—Como estaba esperando—dice—, García nos comunica sus esponsales con Sancha. Intenta explicarme que nada debo temer de esa nueva alianza. La novia llevará como dote al matrimonio los condados fronterizos entre el Cea y el Pisuerga, y la boda supondrá el final de la subordinación de Castilla. Terminado que sea el vasallaje, desde ese mismo día, el conde García gobernará su extenso territorio a título de rey. Tres reinos cristianos se disputarán desde ese momento la supremacía.

Tras relatar el contenido del mensaje a su esbirro, Sancho guarda silencio. Concentra su mirada en la ventana y sus ojos brillan a la luz vespertina del día que anuncia el atardecer. Al final, tras un buen rato cavilando, una sonrisa tímida y astuta despega levemente sus labios y, a medida que se va ampliando, con voz firme, le dice al *spathario*:

—Está bien, Egilón. Yo no lo podría haber dispuesto mejor. Enviad de inmediato un jinete a Oviedo. Que sea de confianza y que nadie conozca su existencia. A su vuelta, acabaréis con él para que sus labios queden bien sellados. Concertará una reunión con los Vela, a la que solo vos asistiréis. Habrá de ser a mitad de camino, en un lugar discreto, al que nadie pueda acceder. Les haréis saber que deberán ir los dos solos para que, más adelante, nadie se pueda ir de la lengua. Una vez allí, haréis lo que tengáis que hacer. Nada más que eso deseo saber. A partir de este momento, cada uno representará su papel, y vos sabéis bien cuál es.

Oído su patrón, y tras una leve inclinación de cabeza, el *spathario* se da la vuelta y se dirige al patio del alcázar para organizar el viaje abajo, en la ciudad. Conoce a alguien allí que, por un puñado de monedas, hará la tarea que le han encomendado con la mayor discreción. «A su regreso, yo mismo me encargaré de él».

Sancho, a continuación, abandona también la cámara y se dirige a su escritorio para dictar la misiva que dé contestación a la de García, cuyo contenido va pensando por el camino. «Le diré que acepto ese matrimonio, y que me satisface en gran medida que mi sobrino haya jugado tan bien sus cartas. Que no aspiro a otro gobierno que el que tengo. Que no solo doy mi consentimiento, sino que, cuando vaya entrando la primavera y se acerque el día señalado, me será grato hacer el viaje con él y con una buena escolta armada. Con eso será suficiente. La trampa estará preparada. Solo faltará entonces que el pájaro, inocente, entre confiado en la jaula».

Monasterio de San Salvador de Oña, la Bureba, Reino de Pamplona, doce leguas al norte de Burgos. Otoño, 1028

La estación está muy avanzada y se acercan los grandes fríos del invierno. La nieve todavía no ha empezado a caer, pero es de esperar, por lo que anuncian todas las señales, que pronto cubra los campos. Los días son ya muy cortos y desapacibles, pues se acerca el solsticio, y en el monasterio monjes y religiosas han comenzado ya con los rituales del Adviento.

San Salvador es un monasterio dúplice, fundado hace solo doce años por el padre de Munia, el conde Sancho García, para su hija Tegridia. Tiene una sólida fábrica de mampostería y un alto

muro separa sus dos grupos de edificaciones. Para la reina Munia, Oña es su segunda casa, el lugar donde está enterrado su padre, y a donde se retira con frecuencia a rezar al lado de su hermana. Hace pocos días que ha llegado, y ahora espera ansiosa dos visitas: una lícita, pública y permitida, la de su hermano, el conde García. Otra, prohibida y secreta, la de su amante Ramiro. Para ambos tiene importantes mensajes. Por eso pasea ahora impaciente, preocupada y aterida de frío con su hermana, la abadesa, por el claustro del monasterio, porque teme que en cualquier momento comiencen a caer las nieves y se cierren los pasos del norte por donde Ramiro ha de venir desde el Bearn.

Las dos, reina y abadesa, visten el mismo hábito monacal de color pardo que, de todo el cuerpo, solo deja el rostro descubierto.

Mientras conversan sobre la próxima boda del conde, se aproxima con paso acelerado una novicia que viene desde la puerta hacia el claustro.

—Mi señora, acaba de llegar un heraldo anunciando la próxima llegada del conde, vuestro hermano.

La reina, mirando ansiosa a la abadesa, la apremia a moverse con presteza:

—Daos prisa, pues, hermana, vayamos a la puerta a esperarlo.



—Debéis guardaros de Sancho, querido hermano. No sé lo que está tramando, pero algo muy serio maquina en secreto contra vos y contra Castilla.

Los tres hijos de Sancho García cenan sentados frente al fuego en el pequeño refectorio de la abadesa. Fuera, los primeros copos de nieve, que anuncian la inmediata llegada de un crudo invierno, transforman poco a poco en blanco el color pardo del suelo. El fuerte viento del norte penetra en la cámara por las rendijas de la ventana y provoca un leve y rítmico traqueteo de los postigos contra el dintel y las jambas.

—Aunque lo he intentado, no he podido averiguar de lo que se trata —continúa diciendo Munia—, pero debe ser de mucha gravedad cuando lo lleva de forma tan reservada. Nadie en el alcázar parece saber nada.

—No dudo de vuestras razones, mi señora, pero días atrás llegó a Burgos un mensajero con nuevas del rey. No solo no se ofende por mi acuerdo con Bermudo, sino que le parece muy bien. Hasta se ha ofrecido a acompañarme con una buena escolta de navarros para cumplir con mi compromiso nupcial.

—Por eso debéis desconfiar en mayor medida. —La reina se va exaltando—. Sancho es taimado. Lo conozco bien. No tiene otra religión que su ambición y es más falso de lo que Judas fue con Nuestro Señor. Desea con toda su alma tener todo el poder en Castilla. ¿Qué otra cosa si no ha estado haciendo durante estos años? Desde la muerte de nuestro padre, lo sabéis bien, no ha hecho más que conspirar para usurpar lo que legítimamente pertenece a nuestra familia.

—Calmaos, señora, por ventura. Sé cómo es vuestro esposo y conozco cuál es la situación que vivís en Pamplona. Aun así, permitidme que os diga que en esta ocasión os equivocáis. Todo saldrá bien y, además, para vuestra tranquilidad, os aseguro que me cuidaré mucho de llevar conmigo no solo a los navarros, sino también una buena escolta de caballeros castellanos.

La conversación entre los dos hermanos se introduce así en un bucle del que ninguno de los dos parece dispuesto a salir. Por eso interviene Tegridia, que hasta ese momento se ha mantenido en silencio:

—Nada perdéis, mi señor, por ser precavido. Intentemos buscar, durante estos meses que faltan,

las pruebas de la traición que se prepara. Tomad, además, todas las medidas de precaución que estiméis necesarias. Aun con eso, difícilmente nos quedaremos tranquilas. Sois nuestro único hermano varón y la cabeza de nuestra stirpe, la Casa de Lara.

Tras unos instantes de duda en los que el crepitar de los leños en el fuego inunda la estancia, el conde dice:

—¡Sea, pues! Se hará como decís, pero a condición de que no hablemos más de ello. Pocas son las oportunidades que tenemos para vernos y muchas son las cosas de las que me gustaría hablar.

La reina, haciendo caso a su hermano, le pregunta por Jimena, su hermana pequeña, a la que pronto tocará dejar a sus dueñas en Burgos para venirse a vivir al monasterio.

—Veréis que está muy crecida, Munia. Muy pronto lo veréis —dice el conde, sonriendo.



Cae la noche sobre la Bureba. Una noche en la que ni el ulular desgarrado del viento contra la torre de la iglesia consigue tapar el aullido lúgubre de los lobos que, en manadas, recorren la comarca tras la puesta del sol. En su celda, Munia reflexiona sobre su vida y, mientras piensa en soledad, sufre por su desgracia. «El Bearn está lejos y, si no los ha atravesado ya, con la gran nevada que está cayendo, será imposible que mañana pueda cruzar los pasos para llegar a tiempo. No me permiten salir de Pamplona sin escolta y Ramiro difícilmente podrá traspasar sus murallas, clandestino. Por eso, esta era nuestra única oportunidad».

Munia sabe que le toca resignarse, aunque se resiste a claudicar.

«Aquí en el monasterio, con la complicidad de mi hermana y aun siendo un lugar sagrado, podríamos haber estado juntos, en la intimidad, una vez más. Ya sé que he pecado gravemente contra Dios, pero no me importaría volver hacerlo, y cien veces más que lo haría, pese a ahondar con ello en mi condena. Lo que me pesa realmente en el alma no es el pecado que cometo, sino el tiempo, cuyo paso inexorable me aleja de él cada día un poco más. No soy joven y, por sus cartas, sé que pronto buscará el amor en otros cazaderos».

Mientras que Munia, insomne, piensa en su amado, muy lejos, en las montañas del norte, un jinete, luchando en soledad contra los elementos, se afana en forzar los pasos contra la persistente ventisca que azota, inmisericorde, su cara. La nieve acumulada convierte en imposible su propósito, por lo que, ya muy avanzada la noche, cede exhausto y contrariado en el esfuerzo y, volviendo grupas, regresa al refugio de donde salió a primera hora, para esperar allí el final de la nevada. Mañana, al igual que ha hecho hoy, volverá a intentarlo de nuevo.

Desfiladero de Pancorbo, Condado de Castilla, catorce leguas al noreste de Burgos. Otoño, 1028

La nieve caída ha complicado mucho el ya de por sí difícil acceso. El frío es atroz y el viento del norte hace que la humedad de la nieve se le meta al jinete hasta el tuétano de los huesos. Aun así, Adolfo Egilón, con su imponente figura, avanza lentamente cubierto por un manto grueso. Lleva a su caballo por la mano. Ha pasado la noche de mala manera en un refugio para que nadie pudiera verlo, y por eso se siente cansado, porque todavía no está del todo repuesto.

Ahora se dirige al encuentro, que ha quedado fijado a la hora sexta, en la cueva que se esconde bajo el cerro, donde se juntan las tierras de Burgos con las de Álava. El día es claro y transparente, y los rayos del sol, que apenas calientan a estas alturas del año, se reflejan en el cauce del Oroncillo que, desde hace días, baja congelado.

Nadie, más allá de sus dos interlocutores, conoce su paradero, y nadie más que el rey sabe lo

que se trae entre manos.

Cuando se acerca a la cueva, ve que alguien le espera. Dos caballos descansan atados a la rama desnuda de un sauce, unos pasos más abajo de la hendidura que esconde su entrada.

Adulfo, sigiloso, se dirige hacia ella y, cuando se dispone a entrar, observa que los dos caballeros le esperan desde hace rato, porque un buen fuego arde ya en una esquina, aunque el calor que desprende no sea suficiente para compensar el aire gélido que penetra por la galería.

—Os saludo, caballeros. —La voz de Adulfo suena firme y atronadora dentro de la cueva—. Me complace mucho veros.

Rodrigo Vela, el *armiger* de Bermudo, contempla con detalle la fisonomía del gigante, al que nunca había visto antes. Desconfía de una celada, pero es tan grande el odio que siente por Castilla que ha asumido el riesgo de venir al punto de encuentro sin otra compañía que la de su hermano, que permanece en cuclillas, calentándose frente al fuego.

—También a nosotros nos complace mucho veros. Pero el camino de vuelta es largo, y hace mucho rato que os esperamos. Por eso, mejor será que vayamos, sin más preámbulo, al asunto, y conversemos sobre lo que hoy nos trae aquí, a sitio tan inhóspito y desangelado.

Rodrigo Vela y Adulfo Egilón parlamentan frente a frente, a pocas pulgadas de distancia. El aliento de cada uno, que sale rozando sus labios, se entremezcla en el aire por unos instantes antes de que la fuerte corriente lo arrastre.

—La boda será un día después de los idus de mayo —dice Adulfo—. Dos días antes llegará a León el conde con su séquito. De arribada, prepararemos dos campamentos en Trobajo: uno para nosotros y otro para los castellanos. El ataque deberá hacerse al día siguiente, la víspera de los esponsales, aprovechando las primeras horas de la tarde, cuando todos estén en los juegos. Nosotros procuraremos entretener a los castellanos. Os corresponde a vos planificar la emboscada.

—Y el oro de Sancho, ¿dónde y cuándo nos será entregado? Mucho habremos de gastar para ponernos a buen recaudo de las represalias del rey y de los castellanos. A buen seguro que nos perseguirán largo, y que será difícil encontrar refugio seguro que no sea por ahí abajo, donde vive el moro, que verdaderamente no cree en más religión que la del oro.

—Terminada que sea la cuestión —añade Adulfo con ganas de finalizar la conversación—, huiréis prestos a Monzón y allí aguardaréis escondidos unas horas en el castillo, donde el conde Gutiérrez os estará esperando. Llegará al día siguiente un jinete de León con la bolsa comprometida. Hasta ahí alcanza nuestro trato.

—Descuidad, que nosotros haremos nuestro trabajo; que no es por la bolsa sino para que sufran esos perros castellanos.

En ese instante se levanta Íñigo Vela, se aleja del fuego y se dirige lentamente al *spathario*, mal encarado:

—Por nuestra boca nada se ha de saber, a menos que nos traicione el rey Sancho.

Adulfo observa la mirada retadora del hijo menor del conde Vela y, con una mueca, que a Íñigo le conviene mucho no confundir en la espera, le replica:

—Todo resultará conforme se ha planeado. Una sola cosa más: si algo de este plan llega a saberse, ¡voto a Cristo que no habrá sitio ni en la tierra ni en el cielo donde podáis esconderos de la cólera del rey!

Sin despedirse de los mercenarios, Egilón se da la vuelta y, aun con mucho frío en el cuerpo, se dirige a la entrada de la cueva, donde su montura espera. Muchas leguas de camino les quedan hasta Pamplona donde el rey estará impaciente por tener noticia del encuentro.

Una vez que el gigante coge su caballo por la mano, los dos hermanos lo observan alejarse desde su atalaya. Ellos no tienen prisa. Son los Vela, y nadie en este mundo puede decir que es su dueño.

CAPÍTULO VII

León. Mayo, 1029

La tienda del rey Sancho está plantada en el centro del campamento navarro que se ha instalado al oeste de la ciudad, en la margen izquierda del Bernesga, a una buena milla de distancia del campamento castellano. Hasta ese extremo han llegado las rencillas que durante el viaje se han producido entre los dos contingentes armados. La tienda, amplia y confortable, está dividida en dos piezas. En una de ellas, el rey se dispone a recibir a su primo Laínez.

Al mismo tiempo, aguas abajo, el conde García mata en su tienda con Lidón las horas muertas que le quedan hasta que llegue el gran momento. Aunque eso no ocurrirá hasta mañana, víspera de la boda, cuando tenga ocasión de conocer a su futura esposa y departir con ella tras los muros del monasterio de San Juan y San Pelayo, donde vive desde su regreso de Piadela. García es joven e impaciente y, por eso, mientras esto sucede, cuenta las horas que faltan para el deseado encuentro.

Sancho camina lentamente de un lado al otro de la tienda mientras espera, paciente, la llegada de su invitado. Haciendo oídos sordos al ajeteo del campamento, piensa ensimismado mientras camina: «Fernán es de los nuestros, pero no quisiera verme demasiado expuesto. Después de todo, si algo sale mal, aunque estoy muy seguro de su lealtad, no hay confesión que un potro bien aplicado no pueda sacar».

El ruido de las armas de la guardia, que vigila la entrada de la tienda, aleja al rey de sus pensamientos. Alguien se acerca.

—¡Fernán, primo, sí que me alegro de veros! —El rey extiende sus brazos con la intención de coger por los suyos al caballero que entra, y deja así a medio camino la reverencia que este había iniciado al penetrar por la puerta.

Fernán Laínez es el conde de León y, por tanto también, el conde palatino. De mediana estatura y tirando a grueso, tiene algunos años menos que Sancho y, a diferencia de su amo, que posee una magnífica cabellera negra, luce una gran calva canónica rematada con una llamativa nariz gruesa.

Fernán es hijo de Justa, hermana de Jimena, la madre de Sancho, que, desde hace algún tiempo, tras la muerte de Alfonso, vive en el alcázar con su hija, la reina Urraca. Es, además, uno de los personajes principales del partido de Pamplona en la corte de Bermudo, no porque el rey lo haya comprado, sino porque confía en las muchas posibilidades de futuro que tiene Sancho. No se lleva, por eso, con su hermano Pedro, señor del Esla, siempre fiel y leal caballero a la Casa Real Astur-leonesa.

—Mi señor, os esperábamos inquietos. ¿Ha sido, por ventura, vuestro viaje bueno?

—Yo diría que no todo lo bueno que debería haber sido, primo. Partimos hace cinco días de Muñó de Arlanzón, donde nos unimos al contingente castellano. Desde entonces, todo han sido recelos y no ha habido más que rencillas con sus caballeros. Hasta el conde García, mi sobrino, siempre afable y cordial conmigo, se ha mantenido frío en todo momento. Hicimos la primera noche en Monzón, en el castillo del conde Gutiérrez. Tras cruzar el Carrión, seguimos camino hasta atravesar el Valderaduey a fin de hacer noche en Sahagún, al abrigo del monasterio. Pues bien, ni siquiera allí, a la sombra de sus muros y tras los rezos, pude entablar conversación con el conde, que deliberadamente me rehuyó en todo momento. Al día siguiente, tras pasar el Cea y

después de una larga marcha, llegamos a León de anohecida. Por eso, porque no es normal su comportamiento, temo que pueda sospechar algo, lo que llevaría todo lo planeado a un gran fracaso.

—Nada debéis temer, mi señor. Todo se ha hecho con la mayor reserva. Recordad que las rencillas y los recelos con los caballeros castellanos vienen de lejos, de los años de la regencia.

Sancho, dubitativo, le señala a Laínez las dos sillas que están preparadas junto a una mesa en la esquina de la tienda. A ellas se dirigen para continuar con su parlamento.

—Bien, primo, ahora, como siempre, espero lo mejor de vos. Es imprescindible sobre todo que, tras lo de mañana, quedéis libre de toda sospecha, porque vuestra presencia aquí nos será en adelante de gran provecho.

—Descuidad, mi señor, que todo se hará con la mayor discreción.

—Como bien sabéis, mañana, a la hora sexta, la comitiva del conde entrará en la ciudad para dirigirse a la plaza de Santa María, donde esperará Bermudo. Allí estaremos también nosotros y los castellanos. Tras la santa misa en la catedral, nos dirigiremos al Mercado Mayor de la Vega, a la orilla del Torío, para los juegos de bienvenida que ha organizado Bermudo. García, sin embargo, con algunos de sus caballeros, acudirá al monasterio de San Juan y San Pelayo antes que a los juegos. Allí se consumará todo. Vos esperaréis conmigo en los bohordos hasta que suene la voz de alarma. Entonces, daréis orden de cerrar todas las puertas para impedir la huida de los agresores, pero empezareis por la del Arco del Rey, lo que nos bloqueará a todos extramuros en la zona sur de la ciudad, e impedirá que lleguen al conde pronto auxilios de los suyos. Después, mandaréis cerrar, por este orden, la puerta del Obispo y la Cauriense y, solo al final, tras haberse retirado Rodrigo Vela, la puerta del Alcázar. Luego os pondréis al frente de la partida que parta en su busca, pero haréis lo necesario con cualquier excusa para que no salga de la ciudad hasta que amanezca el nuevo día. Es preciso que los fugitivos tengan tiempo suficiente para llegar a Monzón, donde Fernando Gutiérrez, el conde, los espera con instrucciones precisas.

—Nada hay que temer, pues, si los astures hacen bien su trabajo. Y no dudo que lo harán, puesto que de ordinario son gente bragada y poco temerosa de Dios. Por otra parte, a esta hora nadie parece haber advertido la ausencia de Rodrigo Vela, que falta de la ciudad desde hace días. Veremos mañana si el rey echa o no en falta a su *armiger* en la catedral.

—¿Y los juegos? —pregunta el rey, inquisitivo.

—Todo está preparado. Habrá un buen bohordo en presencia de Bermudo, en el que se enfrentarán los caballeros castellanos, leoneses y navarros. Ya están levantados los muros que, a lanzadas, habrán de derribar los mejores. Será un gran entretenimiento, digno de boda tan singular. Allí estarán los castellanos muy entretenidos y a otra cosa cuando llegue la hora de reaccionar.

Turbado un instante por una imagen sombría, Sancho decide que ya es hora de finalizar.

—Muy bien, conde, dejemos ahora estas pláticas y dispongámonos a dar buena cuenta del asado. Nos servirá para reponer fuerzas. Mañana será un gran día para nuestra familia, para Pamplona y para nuestro proyecto de una sola Hispania cristiana.



El día se ha levantado cubierto. Desde la madrugada, corre un viento persistente del oeste que, cargado de humedad, amenaza con pasar por agua las celebraciones. Aun así, a la hora señalada, el cortejo encabezado por el conde de Castilla entra en la ciudad por la puerta Cauriense y, dirigiéndose hacia el sureste, enfila la plaza de la Catedral. Allí, a la puerta de Santa María le esperan, con el obispo Servando, que porta báculo y mitra, Bermudo, Urraca, Jimena y todos los

magnates y dignidades del reino. Sancho y sus caballeros ocupan desde primeras horas de la mañana el lado derecho de la plaza, y los caballeros castellanos que no integran la comitiva, el lado contrario.

Servando baja los dos o tres escalones que lo separan de la plaza para recibir al conde al pie de su montura y, juntos, al lado de Urraca y Bermudo, penetran en el templo donde, arrodillada en un reclinatorio a la derecha del altar mayor, espera recogida Sancha. La infanta, turbada, contiene el aliento cuando llega el instante de ver por primera vez a su prometido.

Tras la santa misa y la ceremonia de acción de gracias, en la que los monjes, entre susurros, cantan en polifonía una antiquísima liturgia mozárabe, los vasallos del rey, ansiosos, salen en estampida para dirigirse a la Vega, a coger buen sitio para los juegos. Lo mismo hacen, aunque más despacio, Bermudo, Sancho, y demás dignidades. Todos menos García que, con siete caballeros de su Guardia, se dirige calle arriba en pos de Sancha.

En la misma puerta de San Juan y San Pelayo, junto con el abad y la abadesa, les espera al lado de la novia Fronilde Gundemáriz que, por disposición expresa de Urraca, deberá acompañar a los jóvenes en todo momento durante la corta visita que el conde realizará al monasterio antes de asistir a los juegos.

Después de los saludos de cortesía, la comitiva se dirige al claustro, donde los futuros esposos se sientan en un banco de piedra mirando al jardín.

Los dos permanecen callados un buen rato. Son muchas las cosas que desearían decirse, pero Sancha es niña y, por tanto, incapaz de hablar de otra manera que con las fórmulas habituales de cortesía.

—Bienvenido seáis a León, conde, y también a esta casa que es de Dios y también vuestra. Espero que la ceremonia en Santa María os haya complacido.

García se siente cautivado por la belleza infantil de su prometida y, aunque mucho más dispuesto que ella, solo acierta a decir, también turbado:

—Gracias, mi señora. Lo que realmente me complace es estar hoy aquí, con vos a mi lado.

Pasan unos instantes en los que los jóvenes conscientemente se ignoran, con sus miradas perdidas puestas en el jardín. Al cabo, se arranca de nuevo el conde:

—Permitidme, Sancha, que os pregunte si estáis contenta con el arreglo al que hemos llegado con el rey, vuestro hermano.

—Claro que estoy satisfecha, mi señor —contesta Sancha, con su mirada clara—, y también emocionada por veros aquí hoy, aunque, como bien sabéis, debamos esperar todavía un tiempo para formar una familia. Mucho os agradezco vuestra gentileza y que hayáis tenido esa consideración conmigo.

García, amoroso, se dispone a coger la mano de su prometida cuando, de pronto, se oye un fuerte estruendo en la plaza, a la puerta del monasterio, que los sobresalta.



Hace unos momentos, un nutrido grupo de caballeros ha penetrado en tropel en la ciudad, desde el norte, por la puerta del Alcázar, y se ha plantado delante del monasterio en nada. El estruendo de los cascos de los caballos al galope contra el piso de cantos es lo que ha puesto en guardia al conde García. Cuando llegan a la plaza, Rodrigo Vela y su hermano Íñigo, mostrando a todos el acero, se abalanzan a un tiempo con sus esbirros contra los caballeros castellanos que custodian la puerta. En pocos instantes de desigual contienda, pues es mucha la desproporción de fuerzas, todo

ha terminado, y siete cadáveres acribillados a cuchilladas yacen en el suelo, sangrantes y desordenados.

Es en ese momento cuando García, muy alterado, sale precipitado para toparse con la terrible escena. Todo se ha consumado a sus espaldas.

—¡Sois vos, Rodrigo, perro traidor! —exclama el conde, aun en la desigualdad combativo—. ¡Por Cristo, que ya va siendo hora de que alguien os dé vuestro merecido!

Y con estas, sus últimas palabras, y una daga apenas desenfundada, se abalanza García, valiente, contra los Vela, con una furia gallarda pero irracional que lo conduce a una muerte segura. En unos instantes, sin tiempo siquiera para pensar, varias espadas atraviesan al mismo tiempo el hermoso cuerpo del conde que, sin aliento, cae en la plaza, muerto.

Desde la puerta, Sancha, abrazada a Fronilde, contempla la escena, aterrada. En un solo instante, y sin que haya llegado a saber cómo, sus sueños de niña se han roto.

Los caballeros astures montan ágiles delante de ella y, a toda prisa, por el mismo camino de entrada, vuelven grupas para abandonar la capital al galope.

Cuando la voz de alarma suena en el monasterio, donde todas las campanas tocan a rebato, la ciudad entera permanece desierta. Solo Sancha, arrodillada junto al cadáver de su prometido, reza, entre lágrimas y en voz muy baja, una oración por su alma. Mientras, los cuerpos de los bravos caballeros castellanos que han dado su vida por defenderlo yacen sin orden ni concierto a su lado, donde sus almas atormentadas contemplan con pena y sin consuelo su enorme desgracia.

Ribera del Torío, León. Mayo, 1029

El bosquecillo de álamos, muy tupido ya de hojas en esta época del año, llega hasta la misma ribera del río. Hacia ella se dirigen por la mañana, no muy temprano, Canedo, o *Troveiro*, y Ero, su joven criado. El trovador, como siempre hace, lleva su laúd en bandolera, y el muchacho un hatillo al hombro donde guardan todas sus pertenencias. Los dos van callados, pues mucha falta les hace el resuello para mantener vivo el paso.

Hará una buena hora que salieron de León por la puerta del Arco, aunque pronto cambiaron de dirección, como escapando, para dirigirse hacia el Torío, a fin de cruzarlo y seguir su cauce, aguas arriba.

Habían llegado a la ciudad hace pocos días para ganarse unos buenos sueldos en los grandes festejos. Todo salió al revés, sin embargo, desde la misma mañana del asesinato. Los leoneses se encerraron prestos en sus casas y los forasteros apretaron el paso para quitarse de en medio antes de que comenzaran a llover cuchilladas por todos lados. Lo mismo han hecho el de Lemos y el del Páramo, poner pies en polvorosa para guardarse cuanto antes a salvo. Ahora, caminan apresurados por entre los árboles, a la vista del río, cuando escuchan a lo lejos un fuerte ruido de cascots.

Un grupo de jinetes bien armados se aproxima desde la ciudad y, por la prisa y la dirección que traen, parecen venir en pos de ellos. La congolja inunda entonces el corazón del juglar, que mira al muchacho con ojos de pánico. Tanto que, cuando ya los tienen encima, no puede aguantar más y comienza a correr precipitado dejando solo al criado.

Es en ese momento, antes de que Ero pueda reaccionar, cuando una lanza recia cruza el aire, vertiginosa, a solo unos palmos del suelo, para clavarse a fondo en la espalda de Canedo. El pobre *Troveiro*, a media carrera, cae al suelo como un muñeco. Ha sentido un dolor tremendo, un golpe seco, al mismo tiempo que ha visto la punta afilada salirle por el pecho.

El muchacho, casi sin aliento, se acerca entonces al cuerpo y se arrodilla aterrado a su vera.

Agoniza el *Troveiro* Canedo, exangüe, sin poder articular palabra. Mientras lo hace, piensa Ero en la noche pasada. En todo el vino que trasegó su amo y en las muchas majaderías con las que, entre laúdes y juglarías, disfrutaron los que abarrotaban la hostería. Cantigas de escarnio en las que muy imprudentemente al rey Sancho señalaba. Cantigas en las que no faltaba la invocación al beneficio que obtenían el rey y Pamplona con el magnicidio.

Ahora yace muerto a sus rodillas, con los ojos vidriosos y extraviados, en un gran charco de sangre caliente y viscosa que mancha sus manos y embadurna con su pringue los altos hierbajos.

Ero, todavía perplejo, advierte al cabo de un rato que se ha levantado viento, y que de las copas de los álamos se desprende como un lamento. «Poco más puedo hacer aquí —piensa, mientras valora las virtudes de poner punto en boca a tiempo—. Recoge entonces el laúd y el hatillo, y reanuda su camino hacia el río.



Cuando, por fin, levanta la vista, ve a poca distancia un puente de piedra y le parece que hay alguien debajo. Aunque todavía de forma imprecisa, apostaría a que son dos niñas. Diligente y sin mirar atrás, arranca a andar decidido para llegar pronto al lugar donde, quizás, se encuentre su destino.

Las Somozas de Oviedo, Asturias de Transmiera, Reino de León Mayo, 1029

El señorío que el difunto rey Alfonso entregó al viejo conde Vela Íñiguez en Oviedo ocupa, no se sabe si por casualidad o a propósito, una posición de imposible defensa. Situado en un llano y rodeado de árboles frondosos, su principal edificación no es más que una casa rústica grande, construida en piedra hace más de un siglo para brindar algo de protección a sus ocupantes frente a los malhechores y rufianes que habitualmente rondan estos lugares. Pero no es un baluarte para defenderse del muy nutrido grupo de caballeros armados que a esta hora avanza desde el sur al mando del rey Sancho.

Tras salir de León en estampida, la partida de los Vela, con caballos de refresco, puso rumbo al castillo de Monzón a un ritmo frenético, para, desde allí, y con la bolsa bien llena, dirigirse hacia el sur, a fin de vender su espada al mejor postor en tierra sarracena, y conseguir buen resguardo hasta que los deseos de venganza fueran amainando.

Viajando por la noche a uña de caballo, al romper el alba su avanzadilla arribó a las puertas del castillo, que encontraron cerradas a cal y canto. Tales habían sido las instrucciones que el rey Sancho había dado a su vasallo, el conde Gutiérrez: «De ninguna manera permitiréis que entren en vuestro castillo, ni les prestaréis ninguna ayuda ni auxilio. Desde que se vayan, me mantendréis bien informado del rumbo que toman en su huida».

Ante esta tesitura, conscientes ya de la traición de Sancho y tras un breve concíabulo, decidieron Ricardo e Íñigo, renunciando al oro y para despistar a sus perseguidores, cambiar radicalmente sus planes de marcha, poniendo rumbo al norte en lugar de hacia el sur como esperaban los navarros. Por eso, en vez de dirigirse al moro, acudieron en busca de auxilio al hogar familiar, donde les recibió sorprendido el viejo conde. Necesitan oro y monturas de refresco, y se disponen a dispersarse para dificultar la caza.

Entretanto, organizada la partida en León, a la que se sumaron caballeros castellanos, leoneses y navarros, al frente de la misma se puso el mismo rey Sancho, que, tras perseguir a los fugitivos durante días por tierras de León y de Castilla, se aproxima ahora a Asturias dispuesto a perpetrar

una buena sarracina en la persona y bienes de los magnicidas, sin permitir que nadie haga muchas preguntas.

En el *pallatia* de las Somozas, todo es precipitación y pesadumbre.

—Padre, nuestro honor ha sido restaurado. Muerto el perro, se acabó la rabia. —Íñigo Vela, a pesar del cansancio acumulado, vive todavía metido en el frenesí de la venganza.

Vela Íñiguez es un viejo caballero castellano que, decrepito y retirado, vive los últimos años de una vida sinuosa en el refugio astur que el rey Alfonso le donó hace años. Lleno de achaques, y conocedor de que el fin se acerca, afronta con valor este último desafío que la vida por sorpresa le presenta.

—Debéis dispersaros de inmediato. Yo resistiré en la casa con nuestra gente mientras pueda. Entretanto, vosotros huiréis por diferentes caminos. Les será imposible seguir todos los rastros.

El viejo conde, excitado, se dirige a un arcón y, tras abrirlo, continúa diciendo a sus hijos:

—Llevaos todo lo que haya de valor y que no dificulte vuestra marcha. Tan pronto como estéis a resguardo, mandadme recado.

—Ese perro de Sancho, el muy hideputa, nos la ha jugado —dice Rodrigo, con una mueca de asco—. Ahora, además, querrá cerrarnos bien la boca. Pero veremos, al final, quién se la cierra a quién.

Ensillados los caballos de refresco y dispersados por el entorno sus esbirros, Íñigo y Rodrigo, tras despedirse del anciano a la puerta de la casa, parten raudos, el primero hacia el oeste y el segundo en sentido contrario. Pronto, tras evitar a sus perseguidores, cambiarán de rumbo hacia el sur, para reunirse de nuevo cerca de Zamora, en la frontera, más abajo de la línea del Duero, ya en territorio sarraceno.



La noche es fresca y, por haber arrasado la propiedad de los Vela hasta sus mismos cimientos, el rey con sus caballeros la pasa al raso, descansando al lado de una buena hoguera. No han encontrado a los traidores que, al parecer por muy poco, se han abierto camino a salvo de sus tropas. Pero se han dado un buen gusto con el viejo, y con todos los que, mujeres y niños también, lucharon en la casa con él. No queda ninguno, ni tampoco más rastro del señorío de antaño que algunas piedras que han sobrevivido al fuego que casi todo acabó devorando.

Sancho piensa ahora sentado, mientras mira a la hoguera, en lo que puede hacer tras haber fracasado el lazo que con tanto sigilo había preparado. Al no existir ya la partida, sino jinetes aislados, deberá dividir sus fuerzas. Adivina la intención de los fugitivos y piensa que no será fácil dar con ellos si finalmente llegan a Badajoz, o a Toledo. Mientras digiere estos pensamientos, Laínez, el conde, le dice, alejándose un poco del fuego:

—Mi señor, ya no los cogemos con la partida. Son tantos los caminos que conducen al sur que será imposible capturarlos con un grupo tan numeroso de caballos. Más sensato sería ponerlos en recompensa para que os lleven a Pamplona sus cabezas frescas.

—En eso pensaba, conde. Haced correr la voz de que el rey ofrece una buena bolsa llena de dinares de oro para quien se las traiga metidas en una cesta. Que se sepa que no los queremos vivos de regreso, sino muertos allí, en tierra sarracena.

Sancho respira agitado. Está inquieto y malhumorado. Sus planes de dominio dependen de que las sospechas que penden sobre su cabeza no se conviertan en certezas. Caso contrario, no podrá hacer valer los derechos hereditarios de Munia sobre el condado, ni apretar el nudo corredizo que ya está preparando alrededor del cuello de Bermudo.

—Mañana partiremos al alba, conde. Yo de regreso a Pamplona y vos con vuestros caballeros de vuelta a León. En cuanto a los castellanos, les tocará velar el cuerpo del conde, que espera desde hace días en Santa María para ser trasladado.

Monasterio de San Salvador de Oña, la Bureba, Reino de Pamplona Junio, 1029

La larga marcha fúnebre que porta los despojos del conde de Castilla ya se vislumbra en la lejanía. Doce días hace que partió el cortejo escoltado por los caballeros castellanos que sobrevivieron a la sangría. En el centro de la fila, el féretro de García y, a su lado, los de los siete valerosos caballeros que por él dieron su vida en aquel malhadado día.

En Oña, sus tres hermanas, Munia, Jimena y Tegridia, lo esperan para darle cristiana sepultura. Malos días vienen para Castilla, donde todos se preguntan, inquietos, qué va a suceder ahora. Ya se han formado camarillas y las espadas se afilan por todos lados para la cruenta lucha que se avecina.

En la iglesia del monasterio, al lado del sarcófago donde yace su padre difunto, hay ya preparado un sepulcro blanco, labrado en piedra, que espera los restos del conde García. En él tendrán descanso eterno sus huesos, para los que ya se ha grabado, al pie de la urna funeraria, el siguiente epitafio que pone fin a sus días:

Hic aetate puer Garsias, Absalon alter

fit cinis: illud erit qui gaudia mundi qua erit

Mars alter durus bellis erat ipse futurus

sed fati serie tunc prius occubit.



—¡Munia, hermana! —Dos golpes suaves en la puerta de la celda anuncian que Tegridia está fuera.

El día ha sido agotador en el monasterio. Tras recibir los restos mortales de su hermano, cadáver desde hace más de un mes, las tres hermanas han acompañado el féretro en todo momento durante los oficios fúnebres que presidió el obispo Julián. Antes de la exhumación, la reina ha tenido buenas palabras para todo aquel que se le ha acercado. Y han sido muchos, casi todos, los caballeros castellanos que lo han hecho, porque ella es ahora, como hija mayor de Sancho García y a falta de otro heredero varón, la cabeza de la Casa Condal de Castilla. Ha sabido mantener la compostura a sabiendas de que muchos cuchichean que el responsable ha sido el rey. Ella también lo cree, pero poco más puede hacer.

Sancho, camino de Pamplona, apenas ha parado en el monasterio. Solo le ha dicho que, según el *Liber*, ella es la depositaria de los derechos históricos de su línea de sangre, aunque, por ser mujer, no podrá ejercerlos, sino que tendrá que transmitirlos a un varón de su linaje.

La reina, aun agotada, se levanta, se acerca a la puerta y la abre despacio. La tarde languidece y las primeras sombras de la noche comienzan a hacerse presentes en los corredores del monasterio. Tegridia entra en la celda y, apresuradamente pero en voz muy baja, le dice a su hermana:

—Acaba de llegar un escudero con recado para vos. Dice llamarse Fabio, y me ha entregado

algo para que lo leáis de inmediato. No quería molestaros, pero no ha parado de insistir. Dice que es cuestión grave.

Al oír el nombre del escudero, la reina se agita y, adelantándose, coge el pergamino. Lo lee rápido y, con un leve suspiro, se dirige a su hermana:

—Esta noche vendrá alguien a verme —le dice, intentando mantener la calma—. Más tarde, tras los oficios de completas, cuando todos en el monasterio se hayan retirado. Es preciso que le dejéis el paso franco hasta mi celda sin que nadie más lo sepa. Al cabo de una hora, deberá salir de nuestros muros de la misma manera. Y es de vida o muerte, no lo olvidéis, que nadie, nunca, llegue a tener conocimiento de lo que esta noche pueda acontecer aquí dentro.

—Pensad, Munia, en el escándalo que provocaréis si se conoce la visita. Recordad que esta misma tarde hemos dado tierra al cuerpo de nuestro hermano.

—Si no fuese imperativo, no os lo pediría. Disponedlo todo y volved pronta donde el escudero para hacerle saber los arreglos. Decidle que es de necesidad que el visitante entre encapuchado y que ni una sola palabra salga de sus labios mientras no llegue a mi celda.



La noche extiende su negro manto sobre los muros del monasterio. Es una noche oscura, sin luna, que facilita el camino del encapuchado. Sabe que, una vez más, arriesga su vida, porque tanto el entorno de Oña como el resto de Castilla están cuajados de hombres en armas. Desconoce además si Sancho, como en otras ocasiones, ha dejado a la reina una escolta armada. Aun así, siguiendo las instrucciones que Fabio le ha dado, asume el riesgo con agrado. Tras saltar el muro que protege su cara norte, se dirige a una pequeña puerta lateral que yace escondida tras un olmo centenario. Después de entreabrirla y sin mediar palabra, oculto entre las sombras y a una cierta distancia de su guía, se adentra en el monasterio. Entre sus muros, se dirige rauda a través de los corredores a la celda de la reina. Al llegar, Tegridia golpea dos veces la puerta y se aleja.

La celda es pequeña y austera. Apenas un rectángulo desnudo con un catre, una mesa y una silla de enea. La luz tenue de un candil de aceite ilumina, entre sombras, el encuentro.

Al abrirse la puerta, Ramiro hincó su rodilla en tierra y besó apasionadamente la mano de la reina.

—Mi señora, lo he intentado en vano durante meses y pensé, tras tantos fracasos, que hoy sería el mejor día.

La reina recibe a su hijastro emocionada, pero también determinada a poner fin a esa locura que para siempre la condena.

—Ramiro, escuchad bien antes de decir nada: hemos pecado gravemente los dos, contra el rey, vuestro padre y, sobre todo, contra Dios. Por eso, y porque vuestra vida corre grave peligro, debemos poner para siempre fin a esta situación.

—Mi señora, durante este tiempo de soledad y de destierro no he dejado de pensar en vos y en la manera de propiciar este encuentro. Démonos, pues, al menos, esta última ocasión.

—No podemos, Ramiro, aunque, creedme, yo lo desee más que vos. Por eso, os pido ahora vuestra ayuda. Tened, por Cristo, compasión.

Tras unos momentos de silencio, Ramiro que, en pie delante de la reina, no se atreve a soltar su mano, continúa diciendo, afligido:

—Transigiría en que debamos ponerle fin, y también en las razones que me dais para ello, pero..., decidme, ¿cómo se puede hacer eso sin morir?

—Escuchad, por favor, Ramiro, antes de seguir.

La reina intenta esconder la emoción y el deseo y, por eso, aun cuando el monasterio hiede a muerte, no le habla a Ramiro, como quisiera, del amor que siente, sino de la vida.

—Tras el vil asesinato de mi hermano, Castilla, como bien sabéis, soy yo. En mi mano está, porque así lo dice la ley, el destino final de los derechos condales, y con ello la suerte de mis vasallos. No puedo retenerlos, pero sí transmitirlos a cualquier varón de mi linaje, o abdicar de ellos. Si esto hiciera, Jimena, mi hermana pequeña, sería la beneficiaria.

Ramiro escucha a la reina con atención, aunque no alcanza a comprender cuál es la razón de lo que ahora le cuenta.

—Sancho desea que el condado sea para García, vuestro medio hermano, el falsario. Pero por mi vida que no será así. Le pondré al rey dos condiciones si quiere engrandecer su Casa a costa de los castellanos: que de ninguna manera sea García y que os conceda su perdón. Además, deberá disponer que, a su muerte, el Condado de Aragón, que yo llevé en arras a Pamplona para nuestra unión, sea también en el futuro para vos.

La hora se acerca y Ramiro, desarmado ante alma tan bella, escucha muy tenues al fondo del corredor los pasos de la abadesa. La visita toca a su fin y todavía le queda todo por decir.

—Mi señora —termina diciendo, emocionado—, nunca podré olvidaros. Siempre os llevaré a mi lado.

—Cubríos, Ramiro, que mi hermana no os vea, e id ahora con Dios. No os demoréis en vuestra partida ni tampoco miréis atrás. Pronto tendréis noticias del rey, pero lo nuestro debe acabar hoy.

Con la puerta medio abierta y mientras la abadesa espera, Ramiro se acerca al rostro de la reina y, furtivamente, quizás por última vez, deposita en sus labios un breve beso de amor. Embozado, tras pasa la puerta, vuelve sobre sus pasos y, después de saltar el muro y montar en su caballo, se aleja con su escudero del monasterio, a pesar de todo apenado.

CAPITULO VIII

La Cueva del Agua, Pamplona. Estío, 1029

Los tres infantes y las dos niñas disfrutaban del paseo a caballo por los bosques de hayas que rodean la ciudad. Hace muchos días que no llueve y el sol cae a plomo sobre los muchachos. Ni una brizna de viento alivia el calor que, tras la siega del cereal, se eleva desde los campos llenos de hierbajos.

García, de vuelta de Roma de su peregrinación, ha querido llevar al grupo al pie de la montaña, a una gruta en cuyo interior brota un manantial, y los demás, aunque entre protestas porque está lejos, han sucumbido a la tentación de pasar una buena tarde de verano al fresco.

Hace ya semanas que los condes de Bigorra iniciaron su visita al alcázar, aunque, con el duelo por los acontecimientos de León, el negocio que los trajo a Pamplona apenas haya avanzado. Su llegada no pudo ser, en realidad, más inoportuna, pues coincidió con la arribada del jinete que trajo la noticia de la muerte del conde García. Por eso, y por la perspectiva de una inminente guerra en Castilla, el conde hace planes, desde hace días, para su viaje de retorno allende los Pirineos.

Sentados dentro de la cueva en la que, a través de una hendidura, penetra una tenue claridad, los cinco jóvenes pasan el tiempo esperando la hora del regreso. Fernando siente con melancolía que, desde su vuelta del monasterio, no hace otra cosa que pensar en Estefanía. Nunca ha conocido a nadie igual y le entristece pensar que este verano tan bueno esté a punto de terminar. Por eso, aprovecha cualquier oportunidad que tiene para verla y, si es posible, para conversar.

Mientras Gonzalo arroja cantos rodados al estanque que ocupa casi toda la cueva y García se lleva a Gisberga fuera, Fernando y Estefanía, sentados sobre una peña, miran distraídos a las ondas concéntricas que se forman por efecto de las piedras.

—He oído decir a mi padre que muy pronto partiremos, porque es probable que estalle en poco tiempo una guerra.

—Bien que lo siento, mi señora. Después de todas estas semanas, me he habituado a veros cada día. Nunca podré olvidar nuestros largos paseos.

—Para mí también han sido días buenos. Imaginaba antes de llegar que esto no me iba a gustar y, ahora que lo conozco, pienso con nostalgia en el regreso.

—Yo también he de marcharme en unos días. Pronto partiremos con la Guardia. En Burgos se reúnen en nada los infanzones para decidir sobre el futuro de Castilla.

—Es posible, entonces —dice Estefanía, esbozando una ligera sonrisa—, que hagamos juntos una parte del camino. Mi padre querrá buscar la protección del vuestro durante el viaje de regreso.

El tiempo discurre plácido en la cueva, entre el silencio de la pareja y el murmullo del agua fresca. García entra de nuevo y les advierte que ha llegado la hora de regresar. Todos deben aprestarse para la marcha, pues la noche se acerca. Fernando y Estefanía se levantan y, al acercarse a la salida, sin que nadie les vea, entrelazan sus manos con fuerza. Después, sobre sus monturas, sus miradas se entrecruzan furtivamente mientras atraviesan el valle que conduce a la ciudad.

Algo bello ha surgido entre los dos en estos días de estío, y Estefanía se dispone a guardarlo con celo en su corazón tierno durante el crudo invierno que se avecina.

Alcázar de Pamplona. Estío, 1029

El jinete se postra, sucio y sudoroso, en presencia del rey. Por su forma de hablar y por el color de su tez, se distingue a todas luces que es sarraceno, a pesar de que viste una túnica cristiana para disimular su identidad. Hace días que salió de Badajoz cargado con una bolsa apestosa llena de gusanos que, ahora, llegado que es a su destino, está deseando soltar. Trae además para Sancho un mensaje de fraternidad de su soberano, Abu Muhammad Abdallah ibn Maslama ibn al-Aftas, que en este momento se dispone a entregar.

El mensajero, rodilla en tierra, espera la venia para alzarse y entregar la misiva. Mientras, a la derecha del trono, Aicta Fosátiz, el mayordomo del alcázar, aguarda una señal del rey para recoger el pergamino.

—Me llamo Jaffá ibn Aben, mi señor —dice el mensajero sin levantar la mirada—, de la Guardia personal del *hayib*. He atravesado muchas leguas al galope para traeros este presente de mi amo. Me pide también que os transmita sus mejores deseos de paz y prosperidad.

—Os damos la bienvenida a Pamplona, *naqib*, ya que venís de tan lejos —contesta el rey, con curiosidad—. Pero continuad, entonces, no os detengáis. Decidme, si os place, lo que habéis venido a buscar.

—Vengo de tan lejos para informaros de que dos traidores cristianos atravesaron la frontera de la taifa juntos, poco después del solsticio. Juntos también se dirigieron a Badajoz para ofrecer sus servicios al *hayib*, y allí fueron de inmediato apresados. Al día siguiente, sin más demora, sus cabezas se secaban al sol, clavadas en una pica, en las murallas del alcázar. Esas mismas cabezas que aquí os traigo guardadas en esta bolsa de buen paño.

—¡Abridla, pues! —ordena Sancho—, para que así podamos todos en verdad disfrutar.

Dos cabezas sucias y agrietadas ruedan por el salón del trono hasta los pies del rey. Al hilo de los murmullos, Sancho comprueba que, en ellas, a pesar de su mal estado, se adivinan todavía, entre restos de sangre seca, los rasgos de Rodrigo e Íñigo Vela. Satisfecho, ordena:

—¡Recogedlas, Fosátiz, y clavadlas en un gancho en la cumbre del baluarte! Así todos conocerán de primera mano el destino que espera a los que traicionan al rey.

Mientras la guardia recoge las cabezas, Sancho se dirige de nuevo a su mayordomo, esta vez con reserva:

—Disponed enseguida un jinete que parta de inmediato hacia León. Es preciso que Bermudo sepa cuanto antes la buena nueva, que pronto llevaremos nos a Castilla. Placerá mucho la venganza a los infanzones y también, como no, a la reina, mi señora.

El moro se retira despacio sin dar la espalda al rey. Aunque oscuro, es alto, fuerte y bien parecido. Antes de salir de la pieza, sin duda satisfecho por el trabajo bien hecho, se detiene unos instantes en la puerta para mirar una vez más a Sancho, cuyas facciones deberá describir con precisión a su amo, el *hayib*, tras su regreso a Badajoz.



El rey, tras la salida de todos, se queda solo en la cámara, rompe el lacre y abre el pergamino que ha recorrido a caballo toda la Hispania. El reyezuelo mahometano le ofrece, con ocasión del presente que le envía *motu proprio*, una alianza contra León en beneficio mutuo, para evitar que la frontera del Duero se desplace más al sur sobre la taifa como, hace ahora un año, pretendió el rey

Alfonso. Le pide, además, que tan luego como haya tomado una decisión se la comunique por medio de un jinete de confianza. Tiempo habrá después para convenir los detalles de la entente. Por último, da seguridades al rey de que los labios de todos los que en Badajoz oyeron las últimas palabras de los Vela, durante su suplicio y ejecución, han quedado bien sellados.

Satisfecho, pues, por cómo ha terminado el negocio, y con una media sonrisa dibujada en los labios, Sancho se dispone a salir. Mientras camina, piensa en cómo podrá utilizar contra Bermudo esa amistad que el moro le ofrece. «No será difícil conjuntar todas las piezas —cavila, mientras se dispone a guardar a buen recaudo el pergamino que lleva».



El rey, contento, ha entrado sin ser visto en la alcoba de la reina. La pieza está vacía y Sancho, recordando, se deleita en contemplar lo que, en otro tiempo, fue su campo de juegos. «¡Voto a Cristo, que siempre me ha gustado gozar de ella! —piensa, mientras espera que Munia, en cualquier momento, atraviere la puerta—. Es cierto que nunca la quise. Demasiado altiva y orgullosa de su Casa, y también demasiado independiente para ser reina. Pero es muy hermosa, lozana y bien hecha. Y ahora, ¡vive Dios!, aún más que antes, cuando era moza. Por eso y por lo demás, he de ver de complacerla».

Tras un buen rato de espera y con ruido de sedas, Munia entra sola en la pieza y se sorprende, en mala hora, de encontrar allí al rey.

—¿Vos aquí?—«Es la primera vez que me visita en el último año», piensa a la defensiva—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Mi señora, no os inquietéis —dice el rey, en buen tono—. Respeto mucho vuestro duelo, pero mañana partimos para Burgos y es preciso que antes hablemos.

—Os confieso que pensé que al menos tendríais la gallardía de no traspasar mi puerta. El cuerpo de mi hermano yace aún caliente en Oña, y vos, responsable de su muerte, os atrevéis a venir a mis aposentos para rematar la faena.

El rey comprende al momento que, llevado por la alegría, ha errado con su visita. Nada conseguirá ahora de la reina, por lo que, sin darle más vueltas, se dirige a la puerta. Pero replica mal encarado, justo antes de salir:

—Sé que me aborrecéis, pero no menos de lo que yo os detesto a vos. Aun así, y aunque eso os disguste, nuestra unión es eterna por la Gracia de Dios, y también lo son nuestros hijos, por la misma Gracia continuadores de nuestro linaje.

—No me habléis de los infantes. No pensasteis en ellos el año pasado cuando tanto escándalo causasteis.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho, señora, con mi honor, puesto en entredicho por vuestra vergonzosa indecencia?

—¿Indecencia decís? Os lo dije entonces y os lo repito ahora: nunca he faltado a vuestro honor. Lo que no se comprende es cómo pudisteis dar crédito a tales infamias.

Al rey no le beneficia la discusión. Necesita a la reina, y tantea en silencio alguna forma de atraerla. Por eso, intenta calmarse de nuevo:

—De nada sirve ahora recordar lo que pasó hace un año. En unos días se reúnen los infanzones y, en honor a vuestra sangre, debemos hacer valer en Burgos nuestros derechos.

—¿A qué derechos os referís, señor? —pregunta la reina, airada—. ¿A los que me transmitió mi padre, el conde Sancho? Pues de esos derechos, si os interesan, dispondré yo a mi conveniencia.

—¿Y qué deseáis hacer con ellos? No hay para Castilla mejor destino que el de nuestro

primogénito.

—Si estáis seguro de que es eso lo que queréis, renunciaré en favor de Jimena para que disponga de ellos como quiera. De ninguna manera permitiré que un falsario sea el nuevo conde de Castilla.

Munia, sudorosa, pues el calor aprieta, se mantiene desafiante y erguida.

El rey, iracundo, intenta replicar a su esposa, pero la furia que siente por dentro no le permite decir otra cosa. Por eso, duda de nuevo un instante, y con una última tentativa, busca una oferta alternativa:

—Os propongo que sea Fernando, nuestro hijo, el que ciña el título de Castilla.

—¿Fernando? —dice Munia, tras un largo silencio.

Sin prestar todavía su consentimiento, la reina continúa diciendo:

—Hay todavía otra cuestión que debemos resolver. Se trata del destino de Aragón, el condado que traje como arras al matrimonio y que, por tanto, es de mi sola incumbencia. Solo así consentiré en la sucesión.

—Aragón será para Gonzalo, que es el que queda —dice el rey.

—Entonces no hay trato, y el condado será para Jimena.

—¿Qué queréis, pues? —pregunta el rey, cansado ya de la testarudez de la reina.

—Escuchad y lo veréis.

—Adelante, entonces, hablad presto, pues ya me voy hartando de todo esto.

—Es preciso, por el bien de nuestra Casa —dice Munia, determinada—, que cesen de una vez por todas las habladurías. Por ello, os propongo que reconozcáis a Ramiro. Yo lo tomaré después en adopción para que, como hijo legítimo de los dos, pueda heredar en el futuro Aragón.

El rey piensa en el trato. No es el mejor de los posibles, pero le ofrece alguna buena alternativa para tomar el control de Castilla. Seguro entonces de sí mismo y colmada de esta manera su ambición, se dirige a la puerta, satisfecho. Pero cuando se dispone a salir, se da la vuelta y dice con inaudita osadía, esbozando una ligera sonrisa:

—Una cosa más, mi señora. Resuelto el contencioso que nos afligía, es ya mucha hora de que vuelva a visitaros en vuestro lecho como solía.

Munia duda, pero pronto añade, inteligente y seria, también con inesperada cortesía:

—Dejemos pasar el duelo, mi señor y, más adelante, veremos cómo va yendo.

Monasterio de San Agustín, Burgos. Nonas de septiembre, 1029

El fuerte viento del suroeste anuncia ya el final de la estación. El día es desapacible y las primeras hojas de los chopos comienzan a arremolinarse, intramuros, en las calles estrechas. Apenas ha caído agua desde la primavera y este cambio en la dirección del viento parece anunciar la llegada de las primeras lluvias de un otoño que ya entra.

Burgos, que es una población pequeña crecida a orillas del Arlanzón y en torno al castillo que construyó en el cerro el conde Porcelos, vive hoy un gran ajeteo. Han ido llegando en los últimos días el rey Sancho y sus caballeros, que vienen a la ciudad para hacer valer sus derechos.

Con esta encomienda, y para poner fin a la situación de vacancia que sufre el condado desde la pasada primavera, se han reunido en San Agustín, extramuros, los magnates, los infanzones, los abades y los ordinarios de Castilla.

Además de toda esa gente muy principal, que acude ya presurosa a la asamblea, apenas se ve a nadie por las calles desiertas. No en vano un fuerte contingente armado ha venido para acompañar

los argumentos de Sancho, y es muy de temer que los saqueos, violaciones y asesinatos, que suelen acompañar a las tropas, estén prontos a comenzar.

La situación en Castilla, con el luto por la muerte del joven García, es comprometida. Los magnates detestan en su mayoría a Sancho, pero saben que no tienen fuerza para hacer frente a sus pretensiones. Aun así, trabajan con ahínco para volver a la situación anterior a la fundación, cien años atrás, cuando sus antepasados eran condes sometidos exclusivamente a un rey de León muy lejano, que se inmiscuía muy poco en sus vidas. Ahora, con la Casa de Lara extinguida en su línea directa masculina, ven llegada la hora de recobrar sus derechos de antaño, aunque dudan, no por los argumentos de Sancho, sino por sus aguerridas tropas que acampan en el Arrabal de la Vega.

La sala capitular del monasterio esta abarrotada. La reunión es muy ruidosa porque todos pretenden hablar al tiempo. Solo algunos, los más notables, se retraen, guardan silencio y esperan con astucia la llegada de Sancho, que ya se anuncia.

Al cabo de un buen rato de espera, en el que los murmullos se van acallando, entra en la sala el rey, acompañado por su esposa castellana y por su segundo hijo, el infante Fernando, apenas un niño de once años. Junto a ellos los más importantes magnates de Pamplona y una nutrida guardia bien armada.

Las conversaciones van cesando cuando Sancho se coloca en un sitio preparado en el lado contrario a la puerta por donde ha entrado.

Mientras alguien se dirige a los reunidos desde el centro de la sala, Sancho cavila sobre los pasos que va a ir dando. «Las tropas están preparadas extramuros, pero dentro de la ciudad hay un buen contingente para dejarles el paso franco. Si la asamblea no consiente en la sucesión, pondré la ciudad a saco y haré valer por la fuerza mis derechos sobre Castilla. A esta hora, todos estarán ya bien enterados». Sancho se impacienta cuando otro orador comienza a hablar. No está habituado a que le hagan esperar. «Son unos cobardes. Querrán, sobre todo, salvar sus pellejos, por lo que ya lo creo que consentirán. La única oportunidad que tienen es la unidad, y de nada están ahora más lejos».

Mientras estos pensamientos ocupan su mente, Julián, obispo de Oca y primado del condado, se dirige al centro de la sala e invita a todos a guardar silencio, puesto que el rey de Pamplona va a hablar.

Sancho, con su imponente estatura y su larga cabellera, viste, encima de la loriga, un brial dorado bordado en seda, ajustado con un ancho cinturón de cuero negro. Porta daga a un lado y una larga espada de dos filos al otro y, aunque sin yelmo, la imagen con la que se presenta ante los magnates que le escuchan no es la de un gobernante, sino la de un guerrero.

Desde el centro de la sala, mira a los concurrentes, se detiene brevemente en los ojos de cada uno y les dice, seguro de sus argumentos:

—Hace ahora veinte años, antes de partir con la expedición que lo llevaría a saquear la capital del califato para volver cargado de riquezas, el conde Sancho García convocó aquí mismo a vuestros padres para que prestaran solemne juramento. Todos ellos, uno a uno, juraron ante Dios delante de aquel crucifijo de piedra que, a la muerte del conde, a falta de un hijo varón, reconocerían como sucesor en la titularidad del condado a su pariente más próximo de cualquier sexo que fuera. Es cierto que no tuvieron que cumplir esa promesa puesto que Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, tuvo a bien bendecir al conde ese mismo año con el nacimiento de un hijo varón, nuestro sobrino, el desventurado conde García.

Sancho calla y mira desafiante a la concurrencia.

—Pues bien —comienza de nuevo—, tras la muerte del conde, y con la inquietud que recorre a

esta hora las tierras de Castilla, yo vengo aquí hoy no a pedirlos sino a exigirlos el cumplimiento del juramento que, en este mismo sitio, hicieron vuestros padres antaño. La línea masculina directa de la casa de Lara se ha extinguido, por lo que sus derechos deben pasar ahora a la hija mayor del conde, mi amada esposa Munia, la reina de Pamplona.

El rey se dirige hacia ella, la coge de la mano y la lleva al centro de la sala capitular.

—¡Infanzones de Castilla! —su voz truen—. Solo os lo preguntaré una vez porque el juramento ya fue hecho. ¿Consentís en hacer honor a la palabra dada por vuestros padres y reconocéis los derechos sucesorios de la reina de Pamplona al Condado de Castilla? ¿Consentís, además, en que tales derechos sean transmitidos en este mismo momento a nuestro segundo hijo, el infante Fernando, por cuyas venas corre la misma sangre del fundador, el conde Fernán González?

Un silencio amenazante se extiende por la sala y la guardia del rey, preparada, se apresta para echar mano a sus espadas.

Cuando muchos esperan lo peor, y algunos incluso se han guardado a lugar seguro, Nuño Gustios, señor de Lara y primo de la reina, que hace años recibe el oro de Sancho a manos llenas, se adelanta dirigiéndose a la esquina, donde permanece esperando el infante, hinca su rodilla en tierra y dice, con voz recia:

—A vuestros pies, Fernando, el señorío de Lara os reconoce como directo sucesor del conde García y, por tanto, como titular del Condado de Castilla.

A continuación, Nuño Álvarez, señor de Amaya y fidelísimo servidor que fue del conde Sancho García y de su hijo asesinado, se aproxima también a Fernando y, arrodillándose a su vez, dice:

—Conde, vuestro más humilde servidor y vasallo.

Y así, uno tras otro, en un goteo continuo, todos los infanzones y cada uno de ellos rinde vasallaje y solemne homenaje a Fernando que, abrumado por las muestras de pleitesía y sin saber muy bien qué decir, cierra los ojos y, como el niño que es, deja volar su mente hacia los dulces momentos que ha pasado durante el largo e inolvidable verano. Piensa en Auriolo, su amigo, y sobre todo en Estefanía, a la que quiere muy pronto a su lado. Nunca había imaginado que su vida entera estaría dedicada a Castilla, pero ahora que ha llegado la hora no lo duda y lo acepta de buen grado.

PARTE TERCERA

CAPÍTULO IX

Castro Iudaeorum, León. Otoño, 1029

—¡*Shanáh Továh!* —La voz de Iacob Trebalio, el miembro más pudiente de la comunidad hebrea de León, se escucha en la puerta de la caldeada estancia donde la familia de Xab Xaia celebra el *Rosh Hashanah*.

Desde que a primera hora de la mañana sonara el cuerno de carnero que anuncia el Año Nuevo, el día ha sido muy ajetreado para los Xaia. La mañana se ha ido, entre rezos y plegarias, con la lectura de la *Torah* en la pequeña sinagoga de madera construida en el centro del castro; y la tarde, tras el encendido ritual de las velas, con la larga cena en la que la familia ha celebrado la jornada más santa y solemne del calendario hebreo: el primer día de su séptimo mes, el *Tishrei*. La reunión familiar ha transcurrido este año con tranquilidad y sin los incidentes que, habitualmente y para incordiar, provocan los cristianos leoneses en las calles del enclave durante los diez días del *Yamim Noraim*: los que van desde el Año Nuevo de los judíos al *Yom Kippur*.

Tras la llegada de su tercer invitado, y con una última bendición que el cabeza de familia acaba de realizar a los suyos cuando han entrado en la estancia las manzanas y la miel que ponen fin a la cena, toda la familia se dispone a abandonar la pieza para que los ancianos, como habitualmente hacen, puedan intercambiar opiniones con tranquilidad.

—¡*Shanáh Továh Tikatevu!* —le contesta Xaia, al tiempo que su amigo Iacob se aproxima a la mesa para sentarse a su lado frente a otros dos personajes, los más sabios e influyentes de la comunidad.

Tras unos momentos de silencio, en los que los cuatro ancianos comparten miradas con gesto grave, mientras esperan a que se apaguen los últimos ruidos que todavía se escuchan en la casa, Iuceph Maragod da comienzo a la conversación.

—Iniciamos un nuevo año y cada vez son más las ofensas que tendremos que perdonar a los gentiles cuando llegue el *Yom Kippur*. Tras la desaparición del rey Alfonso, las cosas no han hecho más que ir a peor, sobre todo desde la conspiración que terminó, la pasada primavera, con la muerte del conde de Castilla.

Iuceph Maragod, el rabino del castro, es el más viejo de los cuatro ancianos, y por eso el que más dificultades ha tenido que sortear en su ya larga vida. Mientras habla, los demás piensan resignados en el proverbial pesimismo del rabino sobre la suerte que podría correr en el futuro su pequeña comunidad.

—Llegan además cada día —tercia Iacob Trebalio— malas nuevas de otras ciudades del reino, en Galicia y en Asturias, sobre la suerte que están corriendo allí nuestros hermanos. Todos sabemos que en tiempos como estos somos los primeros en pagar con nuestra sangre las consecuencias de sus desencuentros.

—Y no solo con nuestra sangre —añade Xaia—. Nos ha exprimido tanto la reina, son tantos los hombres que pretende el rey mantener en armas, y tan grandes los gastos de la corte, que nuestro crédito se agotará pronto. Temo que cuando dejemos de serles útiles tengamos que abandonar lo poco que nos quede y partir de León hacia el destierro.

—No parece, además —dice Iacob, mientras que con sus manos unidas dirige una mirada

suplicante al techo—, que tengan ninguna intención de devolver lo mucho que han tomado a préstamo.

La conversación continúa por estos derroteros durante un buen rato, mientras que el cuarto personaje observa la escena en silencio, se diría que esperando a que sus compañeros terminen con sus argumentos. Yshaq Aben Qotd no es mercader como Xab, ni tampoco prestamista como Iacob. Ni mucho menos rabino como Iuceph. En realidad, no ha hecho en su vida otra cosa que pensar, cualidad muy apreciada por sus hermanos de fe que acuden a él con frecuencia en busca de consejo. Es el menor de los reunidos en torno a la mesa y, aun así, su rostro aparece ya marcado por surcos profundos y su pelo enmarañado, al igual que su luenga barba, es de color blanco.

—Xab, Iacob, Iuceph, hermanos —dice, sereno—, dejaos ya de lamentos. Sería bueno que, en lugar de quejarnos, reflexionáramos un momento sobre los cambios que se están produciendo a nuestro alrededor para, después, ponernos a ello. No solo aquí, en León, sino por todas partes, una vez que los moros han dejado de ser un problema acuciante para la supervivencia de los reinos cristianos.

Los tres interpelados se preparan para escuchar con atención lo que seguro va a ser, como todas las de Yshaq, una larga disertación. Entre tanto, una gran luna llena brilla en el firmamento de esta plácida noche de comienzos de otoño que pone fin a los festejos del Año Nuevo, mientras que los reflejos de su cálida luz penetran por la pequeña ventana que comunica con un callejón lateral la estancia donde se celebra la reunión.

—Aunque los tres la conocéis bien, no está de más que repasemos la situación en que quedan las Hispanias tras el clamoroso derrumbe del califato que se produjo años atrás, con la extinción de la estirpe de Almanzor.

»El poder real se ha ido trasladando desde entonces, poco a poco, del sur al norte, de manera que la fuerza ya no está del lado de los sarracenos como antaño, sino de los cristianos. Por eso, es cuestión de tiempo que León, Castilla y Pamplona comiencen a tomar ventaja sobre los reyezuelos mahometanos que, a duras penas, sobreviven entre continuas intrigas y peleas intestinas. El califato se ha dividido, tras años de incertidumbre, en multitud de reinos independientes, gobernados por familias que se profesan un odio levítico. Ninguno es hoy más fuerte que el otro ni tampoco conseguirá serlo en el futuro. Es cierto que, quizás, en el este, Zaragoza sea superior a Valencia, a Denia, a Murcia, a Almería y a Granada, y que en el oeste, sin duda, Toledo predomine sobre Córdoba, Sevilla y Badajoz. Sin embargo, también lo es que esa superioridad no es ni va a ser suficiente para que en el futuro alguno de ellos prevalezca sobre los demás. Por eso, auguro que en los próximos años todas las taifas moras entrarán en progresiva decadencia, en medio de conspiraciones palaciegas en las que unas familias intentarían tomar ventaja sobre las otras hasta llegar a su ruina total. Y de esa debilidad, no lo dudéis, se aprovecharán los reinos cristianos.

Los tres ancianos asienten rítmicamente con sus cabezas a la luz de las velas, mientras que Yshaq continúa con su explicación.

—En el norte la situación no es mejor, y amenaza con convertirse en mucho más peligrosa. Desde la proclamación del nuevo conde de Castilla, Sancho no ha parado de provocar a Bermudo. Ha ocupado los Campos Góticos con la complicidad de los magnates que controlan las tierras entre el Cea y el Pisuerga, y no creo que, una vez tomado Sahagún, vaya a detenerse ahora. Su intención declarada es hacerse con todo el poder en la Hispania cristiana, y creo que está en buenas condiciones para lograrlo. En el este, el conde de Barcelona, del que dependen todos los condados de la Marca Hispánica, es su pariente y vasallo. Hasta el condado más occidental, el del Pallars, se extiende el territorio sobre el que Sancho tiene el control total: Sobrarbe, Ribagorza,

Aragón, Navarra, Álava, Vizcaya y Castilla. Han llegado también noticias de que se apresta a reunir un ejército numeroso y aguerrido al que difícilmente podrá oponerse Bermudo.

Tras tomarse unos instantes de respiro, en los que observa inquisitivo a sus hermanos en la fe, Yshaq añade:

—En León, por el contrario, reina el caos. Todo son intrigas contra el rey. La reina trabaja desde el primer día para Sancho, y algunos de los magnates más destacados amenazan desde hace tiempo con abandonar a Bermudo. Además, en el occidente del reino, algunos de los condes gallegos más poderosos han tomado partido por el navarro. Frente a esto, la única reacción del rey, mal aleccionado por sus consejeros, ha sido la violencia, en lugar de la inteligencia. Por todo ello, creo que el futuro de Bermudo se presenta incierto, y que Sancho no cejará hasta que esté bajo su control toda la Hispania cristiana.

—Pero..., entonces, ¿qué debemos hacer? —pregunta Iuceph, el rabino, mientras interroga con la mirada a sus compañeros de mesa.

—Nadie podría saberlo —continúa diciendo Yshaq—, pero será difícil que el futuro, el nuestro también, no se tiña en los próximos meses con el rojo de la sangre y el negro de la destrucción. A nosotros nos corresponde en estas circunstancias tomar las disposiciones necesarias para asegurar la supervivencia de nuestro pueblo que, como sabéis, es siempre el primero en pagar el precio de sus disputas.

Un silencio denso llena la estancia, mientras que nadie se decide a intervenir. La gravedad de la situación exige reflexión y, por eso, ninguno de ellos se atreve a ir un paso más allá.

—Bien —dice Xaia—, quizás debamos retirarnos para pensar. En unos días volveremos a reunirnos de nuevo. Mientras tanto, debemos orar. El que no tiene nombre sabrá mostrarnos, como siempre, el camino correcto.

—Decís bien, amigo Xab —asiente Iacob—, pero quizás sería necesario hacer algo más que orar. Si el ganador de la partida va a ser Sancho, no sé bien qué hacemos apoyando a Bermudo. Hasta ahora nuestros auxilios se han quedado siempre en León. No digo que nos enemistemos con él, sin embargo. Digo que ofrezcamos también nuestra colaboración al rey de Pamplona. A medida que avancen las hostilidades veremos con cuál de los dos bandos debemos quedarnos.

—Peligrosa estrategia es esa, Iacob —dice Yshaq, dando por concluida la reunión, mientras dirige su mirada a Xaia—, apostar por dos caballos. Necesitaríamos para estar más seguros que alguien viajara a Burgos al encuentro del rey. Quizás Schlomo, vuestro hijo. Es posible que su momento, el de prestar un gran servicio a nuestra comunidad, haya llegado.

—Pensemos, pues, estos días en lo que más convenga a nuestra causa —termina diciendo Xab.

—¡*Shanáh Továh*, hermanos! —se despide Yshaq Aben Qotd, mientras se dirige a la puerta.

—¡Que tú también tengas un buen año, Yshaq! —repiten los otros dos visitantes cuando enfilan el corredor que conduce a la calle, rumbo a sus respectivas moradas.

Monasterio de Santa Cristina, a orillas del Sil, Reino de León, veintisiete leguas al sur de Lugo. Otoño, 1029

El crepitar de las hojas caídas al paso de los cascos de las caballerías es el único ruido que se escucha en el bosque tupido cuando los caballeros se acercan. La jornada ha sido fresca y ventosa. Tras un continuo cabalgar entre robles y castaños centenarios, los caballos y sus jinetes, ya de anocheada y con una luz crepuscular, divisan a lo lejos la torre de la iglesia.

—¡Ah de la casa! —La voz recia del soldado rasga el silencio que envuelve la entrada del

monasterio, mientras el pomo de su daga golpea con fuerza el portón que le sirve de acceso.

Tras unos instantes sin dejar de llamar, se oyen pasos en el interior, el ruido del cerrojo y, finalmente, el chirrido de la puerta.

—Ave María Purísima —dice en voz baja un monje rubicundo que asoma asustado por el quicio.

—¡Abrid paso, monje! ¡No estamos para monsergas! —La voz recia del soldado, que aparta al monje asustado, abre paso a una tropa de unos treinta o cuarenta caballeros vestidos con bastimentos de guerra.

—Necesitamos cobijo y alimento para nuestras caballerías, y calor y sustento para estos caballeros. Seguro que ahí dentro tendréis mucho de todo eso.

Al ruido que provoca el destacamento, otros monjes acuden presurosos desde la celda colectiva donde se habían recogido tras el oficio de completas. Entre ellos, aparece el abad, que se adelanta al resto.

—¡Que la paz de Dios sea con vosotros, hermanos! —saluda dom Hildebrando—. Os doy la bienvenida a Santa Cristina. Aquí encontraréis tranquilidad y todo lo que podáis necesitar antes de seguir vuestro camino.

—¡A la paz de Dios, abad! —Vellido Tructesíndiz es el alférez del destacamento. Un tipo fuerte, duro y mal encarado, sucio del camino y con no muy buenas maneras. Él y su grupo llevan muchos días cabalgando desde Vizcaya, evitando ser vistos y durmiendo al raso. Por eso, no está esta noche para muchas cantinelas—. Pararemos poco tiempo aquí, el necesario para recuperar fuerzas y dar descanso a nuestros caballos. No somos más que un grupo de caballeros vascones en peregrinación a Compostela.

Dom Hildebrando, el abad, observa con una mezcla de inquietud y temor a los recién llegados que, más que peregrinos, parecen gente montaraz habituada a cometer desmanes. No es la primera vez, desde luego, que el monasterio ha sido asaltado en los últimos tiempos, aunque, la presencia de tan abundante tropa, por inhabitual en esos parajes, provoca en el monje una profunda desazón.

—Adelante, pues —dice, pasándose nervioso la mano por su tonsurada cabeza—. El hermano cillerero os buscará acomodo y el hermano portero os dirá dónde pueden descansar vuestras caballerías. Es esta una casa pobre, pero Dios nos ha enseñado a compartir lo poco que tenemos.

Sin esperar la reacción del alférez, continúa diciendo dom Hildebrando:

—El río baja con poca agua tras el estío, por lo que mañana no encontraréis dificultad para cruzarlo. Yo mismo os indicaré el camino, si así os place.

—¡Parad el carro, monje! —lo corta en seco el alférez, marcando con rudeza su territorio—. Nadie os ha dicho cuándo marcharemos. Cuidadnos bien y, tras unos días, recuperaremos en paz el Camino de Compostela.



Los caballeros han encontrado acomodo en el refectorio, aunque el abad ha cedido su celda a Tructesíndiz para irse a dormir con los monjes, al dormitorio colectivo. Allí, en la celda, sentados en el catre de Hildebrando y tras llenar bien sus estómagos, charlan en voz baja el alférez y su lugarteniente.

—Nos quedaremos aquí hasta la reunión. Pueden ser bastantes días. Entretanto, enviad un jinete a Mondoñedo. El conde Romániz nos espera. Es preciso que venga cuanto antes a la cita, porque el rey quiere que las hostilidades se desencadenen de inmediato. Para eso hemos viajado a marchas forzadas desde Vizcaya. El golpe en la retaguardia de Bermudo debe ser contundente. Veremos qué tropas nos puede ofrecer el conde para unir a las nuestras.

—Mañana mismo sabrá Romániz de nuestra presencia —dice el soldado.

—Dos cosas más: poned la caja a buen recaudo y con vigilancia. El oro de Sancho es la llave para abrir el corazón de estas gentes. Cuidaos también de los monjes. Nadie debe entrar ni salir del monasterio hasta que todo esté hecho. Que recen, si quieren. Pero ningún trato con los campesinos. Nada sabemos de sus lealtades y este Hildebrando parece villano y ladino.

—Descuidad. Haré también lo necesario para que los monjes no se vayan de la lengua.

—Bien —dice Tructesíndiz—. Veremos pronto cómo se manejan estos gallegos. Tienen fama de testarudos y fieros.

—No será fácil la lucha —contesta el lugarteniente vascón.

—Fácil o difícil, recordad cuáles fueron las órdenes de Sancho: matar mucho a diestro y siniestro y sin mucha contemplación.

—Y callar —añade el lugarteniente—. Cuando Bermudo caiga en la cuenta, será ya mucho el destrozo que habremos hecho, lo que le obligará a dividir sus fuerzas.

Con ello, el caballero abandona la celda y Tructesíndiz se dispone a conciliar el sueño. Por primera vez en muchos días, a cubierto. Mientras se desprende de su oxidada cota de malla y del sucio brial que cubre su cuerpo, piensa en la perra vida que le ha tocado vivir, siempre ambulante de un lado para otro, vendiendo su espada al mejor postor. «Quizás —piensa ya en duermevela— si mato mucho y bien en esta encomienda, el rey Sancho se sirva disponer pronto para mí algo mejor».

Campamento de peregrinos a orillas del Carrión, Campos Góticos, entre León y Burgos. Otoño, 1029

Schlomo Xaia está agotado tras varios días de marcha. Aunque ya ha cubierto la mitad del camino que le separa de Burgos, continúa inquieto. No está seguro de si podrá estar a la altura del encargo que los ancianos le han hecho. Está también preocupado por la salud de su padre. Aunque nunca se queja, hubo algo en la despedida, algo distinto que le ha dado que pensar.

El campamento donde se ha detenido para pasar la noche es, como el de los días anteriores, de todo menos tranquilizador. Aunque son muchos los peregrinos a Compostela que en él descansan de las penalidades del Camino, también abundan los mercachifles, ganapanes, trapisondistas y demás patulea, que no pretenden otra cosa que sacar ventaja de la fe de los caminantes de Dios.

Sentado a prudente distancia de un fuego ajeno y con el estómago apenas reconfortado con un mendrugo de pan ácimo, piensa Schlomo en su encargo, mientras observa con atención cómo, a poca distancia, unas sombras se acercan a un fuego contiguo, donde un grupo de peregrinos francos prepara sus mantos para, una noche más, dormir al raso.

«Cuando llegue a Burgos —piensa, concentrado—, deberé buscar el auxilio de Berino Blanco, mercader en lanas, para tener acceso al conde. Me han dicho que es converso, pero que, en secreto, abraza la fe de nuestros padres. Allí, con su ayuda, deberé comenzar una nueva vida. Solo, porque todavía no hay judería. Espero que el que no tiene nombre sepa guiar mis pasos cerca del conde. De ello depende la suerte de mis hermanos».

Schlomo es unos años mayor que Fernando, el conde de Castilla. Es moreno de piel y con una buena mata de pelo negro rizado que le cae, generosa, sobre los hombros. Espigado y con buena figura, permanece ahora, como siempre, en tensión, muy atento a lo que sucede a su alrededor.

Está acostumbrado al maltrato de palabra y de obra que los de su raza reciben habitualmente de los cristianos, y viaja sin disfraces, como hijo de Abraham y de Jacob. No en balde, está

prohibido en el reino bajo las más severas admoniciones que los circuncidados oculten su pagana condición.

«Una vez me instale y conozca la ciudad —continúa cavilando—, veré cómo acceder al conde. No será fácil, aunque el oro que llevo encima y el que me irán mandando servirá para abrir muchas puertas. Deberé ganarme su confianza, porque el encargo que llevo no es para ahora, sino para largo. Los ancianos, tras mucho reflexionar, apuestan por Fernando. Creen que será a poco el árbol al que deberemos arrimarnos para poder vivir a su sombra con tranquilidad los próximos años».

El grupo de maleantes, cansado de martirizar a los francos, se aproxima ahora a su hoguera, también con intenciones aviesas. Cuando llegan a la línea que ilumina el resplandor del fuego, advierten en un segundo plano su presencia discreta y, sin miramientos, se dirigen directamente a su encuentro.

Schlomo retrocede presto, pero no tiene escapatoria. No es cobarde, pero no está preparado para hacerles frente. Por eso, toca resistir y sufrir los rigores que se avecinan con los menores quebrantos posibles. Mientras se prepara para recibir los golpes, le reconforta pensar que, al menos, tal y como le encareció su padre, ha tenido la precaución de esconder la bolsa que porta, de anohecida, entre unas peñas, al borde del río. «Poco podrán sacar de mí estos mastuerzos», masculla, mientras aguarda a lo que venga con los músculos tensos.

—¿Dónde escondes la bolsa, perro judío? —pregunta, gritando, alguien del grupo, captando así la atención de todos los que descansan alrededor del fuego.

—No hay bolsa alguna —replica Schlomo, en voz baja, con rabia contenida.

Sin mayor admonición y en un momento, una brutal manta de palos cae, inmisericorde, sobre el hebreo que, tras devolver a duras penas los primeros, poco más puede hacer que aguantar el chaparrón que se le viene encima.

Al cabo de unos instantes, mientras que los demás jalean, Schlomo cae al suelo donde, en un momento, deja de sentir miedo. Acurrucado en un ovillo y protegiéndose las partes nobles, se siente transportado a otra dimensión, en la que apenas oye lo que sucede. Poco a poco, como en un sueño, va perdiendo la consciencia. Lo último que oye es una maldición:

—¡Por los clavos de Cristo, dejad en paz al hebreo! ¡No veis que no lleva nada encima de valor!

Bosque de la Mámoa, a orillas del Sil, Reino de León. Otoño, 1029

A escasas millas de Santa Cristina, en un claro del bosque de robles que se extiende, interminable, hasta la ribera del río, se esconde una antiquísima construcción. Allí, a la sombra de una pesada mole de piedra, aguarda el conde Romániz y su guardia la llegada de los caballeros vascones.

Hace un buen rato que el sol alcanzó su punto más alto, por lo que la arribada de los forasteros no debería hacerse esperar. El bosque huele a humedad, perenne bajo los árboles, y a las hojas recién caídas que, año tras año, tejen en el suelo una alfombra mullida que convierte el paraje donde se yergue el crómlech en un entorno sobrenatural.

Un escalofrío atraviesa la espalda del conde mientras piensa en los próximos pasos que va a dar. «Alzarse en armas contra el rey —reflexiona— lleva aparejada la muerte inmediata. Sin embargo, con Sancho en Sahagún y con un niño en el trono rodeado de espías y traidores, el riesgo es limitado. Pronto, con la ayuda de los vascones, nos haremos con el control de Galicia, a la espera de que Sancho y sus mesnadas se apoderen de la capital. Tengo, además, el apoyo de mi

primo Rudesíndiz, que no olvida la afrenta de Bermudo y la persecución de que fue objeto. También cuento con la complicidad de Sisnando Galiáriz, señor del Deza, que ocupa una buena posición estratégica a tiro de piedra de Compostela. Habrá que ver de qué lado se pone el obispo Vistrario, puesto que la Sede Apostólica debería ser piedra angular de la revuelta».

El piafar de unos caballos revela a Roderico que los vascones se acercan. El conde, listo para intervenir si fuera preciso, ocupa una buena posición defensiva, con sus espaldas protegidas por el crómlech y por sus caballeros, que esperan agazapados rodeando el claro.

Tras la llegada del destacamento, el vascón, acompañado por tres o cuatro jinetes, desmonta de su caballo zaíno.

—Conde Romániz, os saluda Vellido Tructesíndiz, vizcaíno e infanzón, que trae para vos una importante encomienda del rey Sancho, mi señor.

—Bienvenido seáis a esta nuestra tierra gallega, que lo es de gracias y dones para todos los que saben buscar bien en ella.

—Os agradezco, señor, vuestra bienvenida y también que hayáis acudido a mi llamada presto. Lleváis, además, mucha razón en lo que decís, pues es muy bella ésta vuestra tierra. Pero vayamos cuanto antes al caso que nos traemos entre manos, pues se trata de un asunto de bastante urgencia.

—Decidme, entonces, de qué trata ese asunto tan grave que traéis.

—Mis órdenes son terminantes —continúa diciendo—: entregaros un buen cajón de monedas y empezar cuanto antes a sembrar el terror, para lo que debo ponerme a vuestra entera disposición. Solo pone mi señor como condición que comencemos de inmediato. No hay tiempo que perder, puesto que el rey Sancho desea apoderarse de León esta misma primavera.

—Y... ¿de cuántos caballeros disponéis, señor?

—De los suficientes para hacer un buen destrozo.

—Y... ¿por dónde debemos comenzar, pues es grande esta tierra?

—Por donde os plazca, dijo el rey.

—Así se hará, no lo dudéis, con la ayuda de Dios. Pero... veo que, como buen vizcaíno, no sois muy *falador*. Montemos, pues, en nuestros caballos, pues este lugar es frío y desangelado. Guardémonos juntos antes de la cena en Santa Cristina, donde a buen seguro sacaremos a los monjes una suculenta pitanza regada del buen vino que se produce en estas tierras. Quizás allí podáis contarnos algo más de lo que espera de nosotros el rey. Mañana, al amanecer, partiremos juntos hacia el norte. Bien pronto, a lo largo del día, comenzaremos a desempeñarnos a fondo con esa encomienda que traéis.

CAPÍTULO X

Castillo de Saldaña, Campos Góticos. Primavera, 1032

—Dejadme, hijo, que os cuente algo grande sobre el valor de la lealtad.

La condesa Toda, viuda del conde de Saldaña, acompaña durante la noche a su joven hijo, Gómez Díaz, en la vigilia del día de su partida hacia el castillo de Monzón.

Tras dos largos años de lucha, de continuas escaramuzas y de mucha muerte y destrucción, el rey no ha sido capaz de llevar la línea de Castilla más allá del Cea, en Sahagún. Bermudo, no obstante lo que todos pensaban, ha resistido al oro y al poder de Pamplona, y ahora se apresta para dar un gran golpe de efecto que le permita pasar por primera vez a la ofensiva. La clave ha estado en la determinación del rey niño. Por mucho que lo ha intentado Sancho, y a pesar de las maquinaciones de la reina Urraca, Bermudo no ha aceptado en ningún momento una batalla campal, que le habría llevado a sucumbir ante el empuje navarro.

—Contadme, madre, ¿se trata por ventura de una historia de mi difunto padre, a quien Dios Nuestro Señor guarde?

Gómez Díaz, el nuevo conde de Saldaña, aliado del rey Sancho, vela sus armas en las almenas del castillo. Es una noche estrellada y no tan fresca como para impedir que su madre le acompañe en el comienzo de la vigilia. Es la primera vez que se dirige al combate, lo que significa que sus años de aprendizaje han terminado. Gómez es apuesto, de una fortaleza inhabitual, hábil con el bruto y diestro con la espada.

—No es una historia de vuestro padre, pero sí de nuestro linaje. Se trata, hijo —dice la condesa, en voz baja—, de una historia de amor, pero sobre todo de honor y de devoción. Escuchad, pues, con atención.

»Hace muchos años, tantos, que son pocas las cosas que aún se recuerdan de esas épocas pretéritas, cuando los moros campaban todavía a sus anchas por lo que antaño había sido el solar de nuestros antepasados, reinó en Oviedo Alfonso, el segundo de su nombre, al que luego llamarían el Casto.

»El rey tenía una hermana muy bella, la infanta Jimena, a la que, por razón de su celibato, pensaba utilizar como instrumento para asegurar que la permanencia de su linaje. El primer caballero de la corte era Sancho Díaz, mayordomo real y antepasado de nuestra muy noble familia, los Banu-Gómez.

»Sucedió por aquel entonces que, en una noche de luna llena, Sancho y Jimena, perdidos de amor, se unieron en secreto en una cueva solitaria que aún hoy existe en Onís, rodeada de agrestes montañas. De esa unión clandestina nació un niño, Bernardo, al que al poco tiempo descubrió el rey en el monasterio al que sus padres lo habían confiado.

»Afrentado por el engaño y ciego de ira, Alfonso apresó de inmediato a Sancho Díaz y, tras arrancarle los ojos para que no volviese a ver la luz del día, lo encerró en una lóbrega mazmorra del castillo de Luna. Mejor suerte corrió su hermana, a la que recluyó en el monasterio de Santa María de Valdediós, cerca de las montañas. Juró además el rey sobre los Santos Evangelios que ninguno de los dos saldría de su encierro hasta el mismo día de su entierro.

La condesa guarda silencio antes de proseguir con su relato. Los ojos de su hijo la interrogan,

inquietos.

—Pasó el tiempo y Bernardo creció bello y gallardo a la vera del rey, ignorante de su verdadero linaje. Armado caballero años más tarde, derrotó en Roncesvalles, en la batalla del Desfiladero, no solo al ejército de Carlomagno y a lo más granado de la nobleza franca, los Doce Pares, sino también, y en combate singular, a su paladín Roldán, al que además arrebató su legendaria espada, Durendal.

»Tras su gran victoria, y viendo la posición de Bernardo muy cercana al corazón del rey, dos nobles de nuestra familia, apenados por el sufrimiento de Sancho Díaz, lograron que una dama de la corte revelase a Bernardo el gran secreto. Corrió entonces el joven a postrarse a los pies del rey para pedir clemencia por sus padres. Alfonso, sin embargo, tras una grave disputa, se negó a revocar lo que había jurado respetar. Partió así deshecho el paladín al destierro, donde transcurrió su vida entera en una permanente lucha para conseguir la liberación de sus padres verdaderos y el reconocimiento de la licitud de su unión carnal. Combatió para ello contra Alfonso sin descanso, y contra los tres reyes que le sucedieron: Ordoño, Ramiro y un nuevo Alfonso que, finalmente, temeroso por la dimensión que había alcanzado la figura de nuestro antepasado, accedió a la liberación tan largamente solicitada a cambio de la renuncia de Bernardo a continuar con la lucha.

»El mensajero del rey que portaba la orden de libertad llegó al castillo de Luna, empero, con Sancho Díaz ya muerto. Aun así, de cuerpo presente, exigió Bernardo que hicieran traer a su madre del monasterio para que, juntando sus manos, se viera reconocida finalmente la legalidad de su unión.

»Bernardo de Carpio abandonó días después el reino para no regresar jamás. Anduvo, desde entonces, todos los caminos de la Cristiandad y, como paladín de las causas justas, buscó cada día una muerte en combate que, sin embargo, nunca logró encontrar. Sus restos mortales yacen hoy sepultados, con su legendaria espada Durendal, nunca en sus fuertes brazos derrotada, en Aguilar, en la cueva de la Peña Longa, cerca del monasterio de Santa María la Real, donde todavía hoy es objeto de veneración y recuerdo.

El silencio de la noche estrellada, apenas interrumpido por la emoción, pone un merecido colofón a las palabras de la condesa. Antes de retirarse a orar, el conde mira de nuevo a su madre con toda la determinación de que es capaz y, sin poder articular palabra, se encamina pausadamente hacia el corredor que conduce a la torre barbacana, donde pasará rezando en soledad el resto de la noche antes de partir al combate al despuntar el alba.

Alcázar de León. Primavera, 1032

—¡Cerrad todas las puertas de la ciudad y que nadie salga! Ya no hay marcha atrás. Es preciso prender a los traidores. Ha llegado la hora de que rindan cuentas. —La voz de Pedro Laínez, señor del Esla, trueno en la cámara regia.

Han sido dos años terribles en León, con las fuerzas de Sancho golpeando simultáneamente al este y al oeste del reino. En el este, con los condes de Saldaña, Monzón y Carrión revelándose en los Campos Góticos, y en el oeste, con los condes Romániz, Rudesíndiz y Galiáriz sembrando el caos y la destrucción. Aunque lo peor ha sido aquí, en León, donde la traición se ha enquistado en el mismísimo corazón del reino. Por eso, en el día en que Bermudo cumple quince años, los nobles conjurados van a declarar su mayoría de edad y el final de la regencia.

—Yo mismo, en persona, acudiré a poner a la reina Urraca bajo custodia después de encerrar a buen recaudo a mi hermano, ese perro traidor vendido desde hace años al oro navarro.

—Cada uno tiene la lista de los que le corresponden y los destacamentos están preparados.

Junto al señor del Esla, participan en la conjura Esteban Osórez, conde de Luna; Munio Eleutiz, gobernador de Oviedo y Nuño Muñoz, conde de Cea, el único de entre los magnates de los Campos Góticos que ha permanecido fiel a Bermudo.

Este último, que acaba de tomar la palabra, continúa diciendo:

—Si hay resistencia, no dudéis en emplear la fuerza. Mañana, el verdugo se hartará de cortar cabezas.

Los años transcurridos y el acoso que ha sufrido el reino ha servido, además de para matar, destruir, arruinar cosechas y extender el hambre por doquier, para forjar el carácter de Bermudo, que ha crecido en fortaleza interior durante estos dos años como si hubiera vivido diez. También han contribuido a crear un círculo de lealtad inquebrantable en su entorno, engastado en el odio a Urraca, a Jimena y a todo su séquito navarro.

—¡A ello, pues! —termina diciendo Pedro Laínez antes de salir de la sala. Con el apoyo de Nuestro Señor, la victoria será cierta.

—¡Por Bermudo! —grita Osórez.

—¡Por nuestro rey!

Castillo de Bayona, Condado de Gasuña, veinticinco leguas al norte de Pamplona. Primavera, 1032

El conde Sancho Guillermo de Gasuña yace postrado en su lecho mientras que el físico sarraceno que acaba de llegar de Pamplona termina el reconocimiento. La enfermedad que padece desde hace años, el *morbus gallicus* parece ser, se ha recrudecido en los últimos meses, hasta el punto de que ya nadie en el entorno del castillo da un sueldo por su vida. La situación es además caótica, pues todos piensan en el día después e intentan colocarse adecuadamente para lo que pueda suceder.

El conde, feudatario del rey de Pamplona, es muy consciente de que su vida termina y, entre fuertes dolores, quiere dejar preparada la sucesión. No ha tenido hijos, por lo que solo hay dos herederos posibles: el rey Sancho, su gran amigo con el que se formó en Nájera, en sus tiempos mozos, y Eudes, su sobrino, hijo de su hermana Briscia y de Guillermo el Grande, duque de Aquitania. Su corazón se inclina por Sancho, su querido primo, pero su hermana, que no se separa de su lecho, persevera y hace todo lo posible para influir en su decisión.

—Mi señor —dice el físico, compungido—, la enfermedad ha avanzado tanto que el desenlace no tardará en llegar. Nada hay en mi ciencia que pueda procuraros remedio, pero intentaré por todos los medios hacéroslo más llevadero.

—Haced cuanto podáis —dice el conde, lastimero, mientras intenta retrepase en el almohadón — porque es atroz mi sufrimiento.

—Bajaré a la cocina a preparar algunos remedios y enseguida regresaré con ellos.

Mientras que el sarraceno abandona la cámara, donde el olor a incienso mitiga a duras penas el hedor del enfermo, el conde dirige la mirada a su hermana que, sentada en una silla, contempla la escena, apenada.

—Mandad llamar al notario mayor —le dice, casi en silencio—. He de dictar testamento mientras me queden fuerzas para hacerlo.

Brisca calla y sale de la estancia. Mientras, Sancho, con los pocos aires de lucidez que la enfermedad le va dejando, reflexiona sobre el futuro del condado. Duda entre el norte y el sur. No

está seguro. Aprecia mucho a su primo Sancho y valora todo lo que ha hecho en sus largos años de reinado. «Es un soberano poderoso —piensa— y pronto tendrá bajo control toda la Hispania cristiana. Tiene un ejército aguerrido, probado ya en mil batallas y abundante descendencia. Es también mi señor natural, al que debo respeto y obediencia y, desde luego, la mejor opción».

La hermana del conde regresa a la habitación y se sienta frente al lecho. Mientras la mira, piensa: «Por otra parte, no me gustaría defraudarla. Eudes es joven y de mi misma sangre, y algún día heredará el ducado de Aquitania».

Un golpe liviano en la puerta interrumpe las reflexiones del conde. Alguien pide permiso para entrar. Es un hombre de mediana edad, con barba escasa y cara circunspecta, que porta recado de escribir. Se dispone a recoger la última voluntad del conde para transmitírsela después al rey Sancho, cuyo oro recibe periódicamente desde hace años. El jinete que llevará la noticia del testamento a Pamplona es el mismo con el que, en este preciso instante, está hablando en un rincón reservado el galeno sarraceno que, como favor de Sancho, ha atendido al conde hace un rato, y que ha abandonado sin que se sepa sus potingues para mejor atender a los intereses de su amo.

Alrededores del castillo de Monzón, Campos Góticos. Primavera, 1032

Los dos jinetes cabalgan pacientemente, al paso, entre robles, encinas y quejigos, a primera hora de la mañana. La noche ha sido clara y transparente, y el amanecer, no obstante la estación, ha venido cargado con un manto blanco que envuelve la espléndida naturaleza que rodea al Carrión cuando, moribundo, se acerca al Pisuerga. El silencio es absoluto. Solo el crujido de la escarcha al quebrarse contra el suelo y el sonido metálico del bagaje de la guardia montada que escolta a los jinetes a cierta distancia rompen la quietud del momento.

—Pronto llegaremos al lugar que dicen los soldados, mi señor. Según cuentan, son las ruinas de una ciudad grande, aunque no es fácil saberlo, puesto que la vegetación oculta totalmente, aun a poca distancia, las pocas piedras que quedan.

El rey Sancho y Fernán Gutiérrez han salido del castillo de Monzón temprano, al despuntar el alba, en busca de la ciudad que una partida guerrera dice haber descubierto, hace unas semanas, en las inmediaciones del Carrión. A media milla de distancia les preceden los exploradores que van señalando la ruta.

—Estamos en una buena encrucijada, conde. Después de todo lo que hemos batallado, apenas hemos podido progresar nada durante estos años y los recursos del reino están casi agotados.

—Nos ha faltado esa batalla decisiva que con tanto ahínco hemos buscado, mi señor, y que Bermudo, el muy cobarde, al final ha evitado.

—Cierto, Fernán, pero, para ser justos, es preciso reconocer que Bermudo, no obstante tener todo en contra, ha sabido reunir a su alrededor todas las energías del reino. Las noticias que llegan de León, con las dos reinas confinadas en sus aposentos y la sangre corriendo en abundancia por la plaza del Santo Sepulcro, al pie del patíbulo, me convencen de que no será suficiente con reagrupar nuestras fuerzas para someter a mi sobrino. Es posible que haya llegado la hora de cambiar de estrategia.

—Pero, mi señor..., lo que ha ocurrido estos días en León no es más que una muestra de su debilidad. Si apretamos un poco más, caerá, y toda la Hispania cristiana será vuestra.

Sancho duda entre razón y ambición, pero hay algo dentro que le dice que tiene que cambiar de tercio.

—Puede que tengáis razón, conde. Si fuera solo por eso, continuaríamos con la lucha hasta

agotar nuestras fuerzas, pero he tenido nuevas de Bayona. Mi primo, Sancho Guillermo, muere por momentos y me ha designado en su testamento como heredero. No obstante, no me fio. He de estar vigilante y con tropas dispuestas a intervenir cuando se produzca el óbito que esperamos en cualquier momento. El duque de Aquitania es un rival poderoso, se mantiene al acecho y no abandonará la presa si no le convencemos.

—Buenas nuevas son esas, mi señor.

—Lo son, Fernán. Sin embargo, no tengo fuerzas suficientes para atender como quisiera a los dos frentes, de modo que tendré que enredar la madeja para ganar tiempo.

El conde mira a Sancho y prefiere no replicar. La alta política trasciende mucho a sus entendederas. Él es un guerrero, como atestiguan las muchas cicatrices que recorren su cuerpo maltrecho. «Líbreme Dios de contradecir al rey», piensa.

Uno de los soldados que cabalga de avanzadilla vuelve de pronto grupas y se dirige al galope hacia el rey.

—Hemos llegado, mi señor. Allí, donde el cauce se divide en brazos —dice, señalando una zona en la que el sotobosque solo permite ver la impenetrable maleza.

—Veamos, pues, cuáles son esas ruinas —dice el conde de Monzón.



Mientras el rey y su acompañante esperan de pie junto a sus monturas, un grupo de auxiliares intenta abrir un paso estrecho entre la espesura. Con dificultad, al cabo de un buen rato de esforzado trabajo, aparecen las ruinas que buscan. Las señales de abandono se advierten por todos lados, como si, hace siglos, el tiempo allí se hubiera parado. Los restos calcinados, la vegetación invasora, las edificaciones arruinadas y los esqueletos blanqueados al sol que todavía asoman en algunos lugares por entre las enredaderas convencen a Sancho y al conde de que el hallazgo, efectivamente, se corresponde como sospechaban con *Pallantia*, la vieja capital de los vacceos, que luego fue romana, visigoda y, finalmente, arrasada por los moros durante los primeros años de la conquista.



De regreso al castillo y tras una cena copiosa a la vera del fuego, Sancho le dice al conde:

—Está decidido. Refundaremos la ciudad, le daremos fuero, mientras no se valga por sí misma la pondremos bajo vuestro patrocinio y restauraremos el Obispado. Mañana escribiré a Poncio para que se haga cargo.

—El Obispado será un baluarte de vuestra autoridad en estas tierras, mi señor, y el obispo de Oviedo, perseguido como está por Bermudo, hará un buen trabajo aquí cerca. Enviaré mañana un jinete a Burgos. En pocas jornadas estará en el castillo con todo su séquito.

El rey reflexiona unos instantes, como si no estuviera muy seguro. El crepitar de los leños apenas deja oír su voz.

—Creo que ha llegado la hora de hablar con Bermudo —musita, por fin, convencido—. Ya que no hemos sido capaces de derrotarlo en la guerra, intentemos socavar su autoridad en la paz. Dispondré de inmediato un mensajero que prepare el encuentro. Aunque sea en León, en el alcázar. Mi madre y mi hermana se alegrarán. Tengo en mente una propuesta que Bermudo difícilmente va a rechazar.

Monasterio de San Juan y San Pelayo, León. Verano, 1032

—¿Cuántas veces habremos paseado por este claustro, hermana, en los últimos tres años?

Bermudo ya no es el niño que era cuando accedió al trono hace cuatro años. Se ha convertido en

un joven decidido y curtido por las muchas dificultades que ha tenido que superar. Ya es rey en pleno ejercicio, y eso lo nota Sancha, entre otras cosas, en la forma que tiene de hablar.

—Muchas veces, mi señor, las suficientes para que hayamos podido recuperar una parte del tiempo que perdimos siendo niños.

Sancha tampoco es la pequeña que vivía con Fronilde, retirada del mundo, en Piadela. Ha crecido en el monasterio, alejada de la corte, y se ha convertido en una adolescente hermosa que vive todavía impresionada por el brutal asesinato de su prometido.

—Sé muy bien Sancha que deseáis hacer votos, y continuar viviendo aquí, en San Juan Bautista, al frente del Infantazgo. Sin embargo, vengo hoy a disuadiros. Ni vos ni yo tenemos la capacidad de decidir lo que hacer con nuestras vidas. Nuestro destino está predeterminado por la sangre, y poco podemos hacer para cambiarlo.

—Decís bien, mi señor, pero... ¿qué mejor destino podría haber para mí que el de servir a Cristo Redentor?

—Servir a vuestro rey, Sancha, y a vuestra patria, León. Para eso he venido a veros hoy. Escuchad, pues, con atención. Como sabéis, el rey Sancho está en la ciudad desde hace días para firmar un tratado que ponga fin para siempre a las viejas rencillas. Sabéis también lo poderoso que es. Hasta yo me sorprendo de que hayamos podido resistir durante tanto tiempo sus acometidas. Pues bien, en las cláusulas del tratado que hemos negociado entráis vos. El rey pretende que viajéis con él a Burgos como prometida de su hijo Fernando. Los esponsales se celebrarán de inmediato, el próximo otoño a más tardar.

Tras un buen rato en silencio en el que hace un vano esfuerzo por contener su ira, la infanta, con lágrimas asomando a sus pupilas, le responde a su hermano con un hilo de voz:

—¿Tengo otra elección, acaso?

—Me temo que no, mi señora —contesta el rey.

—¿Ese destino del que me habláis me obliga, por ventura, a yacer con el hijo del asesino de mi prometido, el conde García? —le recrimina, levantando, poco a poco, el tono de voz—. ¿Me obliga, también, a tomar como padre, al más sucio y vil de los reyes cristianos? Hasta preferiría desposarme con el más abyecto de los perros mahometanos.

Bermudo mira fijamente a su hermana. Sabe que tiene razón, pero no se esperaba esa brutal reacción. No se compadece con ella ni con esos votos que dice querer profesar. Confiaba, además, en el bálsamo del paso del tiempo. Ahora es consciente de su error. «Aun así, no hay marcha atrás. Es la única forma de conseguir la paz en el reino y la vida de Sancha no me parece un alto precio».

—Se hará como os digo, señora, y no hay más que hablar. No tengo elección. Y ahora, disculpadme, los tratados están preparados esperando nuestra rúbrica. No quería sancionarlos sin hablar antes con vos. Debéis prepararos para la marcha. En pocos días parte la comitiva del rey y vos, lo queráis o no, partiréis con él.

Sancha observa cómo Bermudo se aleja. Hace un esfuerzo para contener las lágrimas, que no son ya de pena como las de antaño, sino de rabia por la humillación a la que, sin razón, la somete su hermano. Pero pronto recobra el control. No va a derramar ni una más. «Haré lo que tenga que hacer —piensa, con los puños apretados mientras se dirige al gabinete donde Fronilde la espera—. Lo desposaré y me someteré a sus requerimientos, pero... ¡juro por Dios que mi corazón nunca le pertenecerá, porque ya tiene dueño!».

La ciudad está a rebosar para los esponsales del conde. De magnates, obispos y abades del condado y de los dos reinos, pero también de mangantes, tragavirotos, ganapanes, mercachifles, sanadores y milagrosos que se apelotonan en una ciudad como Burgos, que apenas puede albergar intramuros más que a su población habitual. Por ello, las calles están atestadas, los monasterios llenos de dignidades, la margen izquierda del Arlanzón moteada de campamentos de vistosas tiendas, y las colinas circundantes abarrotadas de gentes que duermen al raso. Todo está preparado para que mañana, a la hora sexta, tenga lugar la solemne ceremonia en Santa María.

Mientras esto sucede, un caballero embozado se abre paso con dificultad entre las callejas, para dirigirse a un pequeño grupo de casas de madera que se ha construido recientemente en el extremo suroeste de la ciudad, en un lugar discreto, justo en la falda del cerro. Tras llegar a su destino y llamar levemente a la puerta, penetra con decisión por un estrecho corredor que lo conduce a una pequeña pieza bien caldeada por una chimenea. Una vez dentro, el sirviente que le ha abierto se retira, y Fernando se quita el embozo y se frota las manos cerca del fuego. «¡Vaya un viento frío que se ha metido!», piensa, mientras escucha un leve ruido provocado por alguien que se acerca.

—Sed bienvenido, mi señor, a esta mi humilde morada que es la vuestra. No es gran cosa, pero espero pueda servirlos.

—En efecto, Schlomo, es lo bastante buena para lo que la necesito.

—Lamento mucho, además, haberos hecho esperar. En verdad, no quería hacerlo.

—No habéis sido vos el que se ha retrasado, sino yo el que me he anticipado a la hora que os había señalado.

Hace ya unos años que Schlomo Xaia se estableció en la ciudad y sus relaciones con el castillo no han hecho más que mejorar.

—La persona a quien esperáis no tardará mucho en llegar —dice—. Yo partiré de inmediato. Solo quedará aquí el sirviente que os ha guiado. Se marchará tan pronto como entre vuestro invitado. La casa quedará entonces vacía, tal y como me habíais ordenado. Regresaré justo antes del cierre de las puertas de la ciudad, para dar tiempo a que vuestra visita deje esto atrás.

Cuando el hebreo se retira, Fernando observa con atención la casa. Es sencilla, pero confortable, y está bien caldeada. Apenas una mesa, unas sillas y un viejo arcón de madera. En el suelo, una estera de esparto cubre la tierra apelmazada. Un pequeño ventanuco permite que una luz tenue y difusa penetre en la estancia. «Bien —piensa Fernando—, no es un palacio, pero ningún lugar hay hoy en Burgos mejor para mantener un encuentro discreto».

Schlomo Xaia no solo ha mejorado su posición durante estos años, sino que también ha madurado. Lejos está aquella aciaga jornada en la que a punto estuvo de acabar en el Carrión, apaleado. No esconde su condición. Nunca lo ha hecho, y ahora que goza de la protección del conde, mucho menos. Por eso, viste siempre el tradicional ketonet y cubre su cabeza con el kipá propio de su pueblo. Es magro, huesudo, tiene el pelo negro muy rizado, la cara marcada de viruelas y barba rala.

A pocos pasos de su casa se cruza con Nuño Álvarez, hijo del señor de Amaya, inseparable del conde y de su misma edad, que le hace una imperceptible seña al pasar. Le acompaña una figura embozada que, ante la sorpresa del hebreo y para su mirada avispada, parece ser de mujer.

La pareja continúa su camino hasta la puerta. Nuño, sin mediar palabra, permanece de guardia en la entrada. La figura embozada entra en la casa.

—Sed bienvenida a Burgos, mi señora. —La voz del conde es cálida y cercana, como si solo hubieran pasado unos días desde su último encuentro.

—Fernando... —musita ella, inquieta.

—Comprendo que estéis desconcertada —la tranquiliza el conde, mientras intenta inútilmente acercarse a su invitada.

—Algo muy grave ha debido ocurrir, mi señor, para que me citéis de manera tan precipitada y en lugar tan siniestro.

Estefanía acaba de llegar a Burgos tras el largo viaje desde Tarbes. Las huellas de cansancio se muestran todavía perceptibles en su rostro. A pesar de ello, la belleza de la joven deslumbra a Fernando. «Es todavía más hermosa de lo que recordaba».

Un largo silencio, como los de antaño, transcurre eterno entre ellos, hasta que Fernando comienza a hablar de nuevo:

—No sé por dónde empezar, mi señora, pero debo intentarlo esta vez. Si no lo hago, me arrepentiré luego y no dejaré nunca de hacerlo.

Estefanía sigue trémula las palabras del conde. Es algo más que temor lo que siente. No es que no confíe en Fernando. Eso ni se lo plantea. Es que duda de sí misma, porque su corazón le palpita en el pecho con una fuerza que no recuerda.

—Quiero que sepáis —continúa Fernando, entregado— que nunca he dejado de pensar en vos. Ni un solo día desde que os miré por última vez, camino de Burgos, antes de nuestra despedida. Siempre he vivido con la esperanza de nuestra unión futura, que pensé deseada por vuestras familias. Sin embargo, ahora que tengo la certeza de que todo ha sido en vano, de que los días y las noches de espera han sido un tiempo perdido, siento que no puedo seguir adelante con mi vida sin haceros una confesión. —El conde toma la mano de la que pudo ser su prometida—: os amo desde el primer día, y creo que no podré dejar de amaros mientras viva.

Una lágrima furtiva asoma a los ojos verdes de Estefanía. Un nudo intenso en la garganta le impide usar su voz como querría.

—Nada he tenido que ver con esta infausta boda —continúa diciendo Fernando—. Aborrezco a Sancha y ella me detesta a mí. Todo es política. La ambición de mi padre y su obra maldita.

—Comprendo bien cómo os sentís —dice ella, presa de gran agitación—. De la misma forma me sentí yo cuando llegaron a Tarbes las malas nuevas. Pero ahora es tarde. Nada lícito puede haber ya entre nosotros, porque nuestro destino, del que nunca hemos sido dueños, nos separa para siempre desde hoy.

Fernando intenta acercarse de nuevo. Aunque sabe que no es lo correcto, una fuerza irresistible lo empuja a hacerlo.

Tras rechazarlo un momento, agota Estefanía toda su energía, al tiempo que Fernando la envuelve fuerte entre sus brazos, como si fuera la última vez en la vida. Sus labios se unen entonces con los de ella en un beso apasionado y compartido que desborda el irrefrenable deseo acumulado durante los años perdidos.

Nada sabe Estefanía sobre lo que está sucediendo, y nada le importa menos en este momento que saberlo. Abandonada como está en sus brazos, siente una pasión creciente que le obliga de alguna manera a poseerlo, más intensa a medida que Fernando recorre con sus manos inexpertas las partes más secretas de su cuerpo. «¿Cómo puede estar pasando esto? —se pregunta, incrédula, cuando Fernando, después de quitarle precipitadamente el brial de seda, la deposita bruscamente en el suelo y le levanta la camisa hasta que sus pechos tersos quedan al descubierto, para entrar en ella sin demora con su miembro recio, de repente, con la urgencia primaria que le reclama insistentemente su joven cuerpo.

Con una explosión de deseo, mientras que siente duro a Fernando muy dentro, Estefanía,

gimiendo, lo mira una vez más a los ojos, cierra a continuación los suyos y, en lo que le parece una eternidad, se deja llevar y le permite hacer con su cuerpo a voluntad, ya sin miedo.



De noche cerrada, Schlomo regresa a la casa. No hay nadie dentro. Todo está en silencio. Enciende una candela de sebo y comprueba que la pieza principal está en orden, tal y como la dejó hace unas horas. Se dispone entonces a abandonarla para guardarse en el lecho. Mañana es día grande en Burgos y debe estar dispuesto. Cuando se dirige a la puerta, sin embargo, algo llama su atención en el suelo. Acercando la vela comprueba que una pequeña mancha de sangre tiñe de rojo la estera. Pensativo, abandona la estancia cavilando. Cree que sabe lo que ha sucedido. Ahora deberá averiguar quién es ella. Es muy consciente de que, en el futuro, la información será prenda de su supervivencia en el castillo y, por ello, se apresta ávido a tenerla.

Castillo de Burgos. Otoño, 1032

El rey Sancho pasea temprano por el corredor que da servicio a las almenas. El viento del norte le golpea el rostro con violencia mientras piensa, todavía algo embotado, en los detalles de la celebración de la noche anterior. «Lo que en verdad importa es el tratado —piensa con una sonrisa aviesa—, porque Bermudo duerme ahora tranquilo. He conseguido afianzar mi dominio sobre las tierras conquistadas y librarme del vasallaje que pesaba sobre el condado desde los tiempos del conde Fernán. Castilla es ahora un reino y, en poco tiempo, tan pronto como se resuelva lo de Gascuña, llegará el asalto final y León caerá.»

El pincerna del castillo se acerca apresurado al rey con un pequeño pergamino lacrado en la mano. Le dice que ha llegado un jinete desde Bayona con un mensaje urgente que espera respuesta. Sancho, tras rasgarlo, lo lee con premura y esboza una mueca de satisfacción.

—Llamad de inmediato a Egilón —ordena—. El conde Sancho Guillermo ha muerto.

CAPÍTULO XI

Bayona, Condado de Gascuña. Otoño, 1032

—¡Más vino, pardiez!

El Moro sin Cabeza es el prostíbulo con mejor reputación de la ciudad, y en él encontramos, ya de anohecida, como todos los días de las últimas semanas, a Adulfo Egilón, *spathario* del rey Sancho. Hoy ha acudido, además, mejor acompañado que de ordinario: con Berengario de Brouillon, *sphatario* del duque de Aquitania, otro bruto de parecidas proporciones que se dispone a celebrar con él que, después de interminables negociaciones, la larga y tediosa espera ha terminado. Sus señores han llegado por fin a un acuerdo para repartirse Gascuña que, Dios mediante, se llevará mañana a becerro.

—¡Más vino, por los clavos de Cristo! ¿Es que nadie nos va a hacer caso hoy? —pregunta Egilón a voz en grito, mientras que con su enorme puño golpea repetidamente la mesa. ¡Vos —grita a una moza señalándose lúbricamente la entrepierna—, acercaos y sentaos aquí cerca!

Una de las barraganas que trabajan en el establecimiento se dirige con gesto procaz a la mesa y, cuando llega, riendo, le espeta a bocajarro:

—¡Tendréis hoy más empuje que ayer, navarro! ¡Toda la fuerza se os va por la boca en lugar de por el falo!

Las risotadas de los soldados que atestan el establecimiento chocan contra el techo bajo de madera cuando otras tres busconas, ya entradas en años y que conocen bien la prodigalidad de la bolsa del navarro, se acercan.

—Hoy es nuestro último día —dice Egilón, entre risas, agarrándose ostentosamente sus genitales con ambas manos— y, por eso, habrá mucho de esto para repartir entre todas.

—¡Pues a ver si, por una vez —responde la buscona, riendo—, la virilidad en verdad se os nota!

Un mozo bajo y rechoncho llega a la mesa con seis jarras de un cuartillo, en el momento en que las manazas de Berengario intentan aferrarse con fuerza a los pechos de una de las mancebas que, sin dudarle, le estampa una sonora bofetada y le dice muy seria:

—¿Qué hacéis, por ventura, con mis enormes tetas, señor *sphatario*?

—¡Solo una parte de lo que se propone hacer luego con ellas! —replica la otra, con descaro, mientras que las demás, con mucho jaleo, se estrujan con fruición las suyas delante de las narices de los dos soldados, que las miran cada vez más enhiestos y exaltados.

—Sea, pues, como decís —concluye Egilón, ya muy ebrio—. Llevemos, Berengario, a estas cuatro damas al trabajo, que hoy tendrán celebración muy seria como hace al caso.

Toman las jarras de madera y, bien agarrados, se dirigen hacia la escalera angosta cuyos peldaños retorcidos y renegridos conducen al piso alto, donde se halla la estancia sucia y destartada en la que Egilón ha pasado estas semanas más tiempo que en su campamento. En él, a las afueras de la ciudad, los soldados del rey han servido de buena guardia y advertencia durante las negociaciones que, sobre la sucesión del difunto conde Sancho Guillermo de Gascuña, han concluido satisfactoriamente con un tratado.



Ya de madrugada, con un frío intenso que anuncia la inminente llegada del invierno, por las calles de tierra de la ciudad, y en dirección a sus respectivos campamentos, los dos guerreros, agotados por el esfuerzo, todavía algo borrachos, y muy hartos de putas, conversan tranquilamente sobre el acuerdo.

—Pronto nos veremos en el campo de batalla, compañero, pero, al parecer, esta vez en el mismo lado. Me dicen que el duque, mi señor, ha convenido con el rey la puesta a disposición de un buen contingente de guerreros para batir por fin a León.

—Eso dicen, amigo mío. También he escuchado que de una buena bolsa de oro se ha tenido que desprender vuestro señor para convencer al mío de la bondad de su intención.

—Así es, oro en abundancia y guerreros bragados son el precio que entre ambos han puesto al condado.

—No estaremos esta vez solos en la lucha como ocurrió hace un año —dice Egilón—. Que se sepa, además de Gascuña y de Aquitania, también la Bigorra, Cominges y Foix se han comprometido con el rey.

—Habrá que esperar aún unos meses para la campaña —añade Berengario, impaciente—. Nada se puede hacer por ahora, cuando están a punto de caer las primeras nieves.

—Tiempo tendremos, pues, para pensar en la lucha, amigo mío —termina diciendo Egilón, tras un instante en silencio—. Vayamos ahora derechos al campo. Las primeras luces del día despuntan y mañana, como parte del ritual del acuerdo, tendremos que presentar armas bien despejados ante Eudes de Poitiers, el nuevo conde. ¡Alguna recompensa deberíamos sacar de Gascuña por todo esto!

—¿Qué mejor recompensa queréis, Egilón, que todo lo que habéis fornicado? ¡Tan cansado voy de hembras que no me siento el rabo!

Castillo de Tarbes, Condado de Bigorra. Adviento, 1032

Estefanía y Gisberga acuden presurosas a la inhabitual cita con su padre. Recorriendo los corredores del castillo en dirección al estudio de Bernardo Roger, Estefanía se pregunta cuál será el motivo de su intempestiva llamada, aunque, por lo que le ha dicho su hermana, nada bueno espera del encuentro.

Llegadas que son a la puerta, su hermana golpea suavemente la madera basta y pide licencia. En la estancia, bien caldeada por un fuego, su padre, sentado en una gran escribanía, las mira fijamente y, con gesto seco, les pide que se acerquen al lugar donde su madre, Garsenda, se sienta. Bernardo Roger nunca ha sabido tratar a sus hijas. Por eso, duda ahora antes de empezar. Pronto decide, sin embargo, que lo mejor, como siempre, es ser directo.

—Vuestra madre y yo, Gisberga, hemos convenido en Bayona vuestros esponsales con el hijo mayor del rey Sancho, Ramiro, que tendrán lugar, Dios mediante, en Pamplona, al final de la próxima primavera. Aunque Ramiro no parezca ahora un buen partido, no os quepa ninguna duda de que lo será algún día. Es además gentil y buen mozo, por lo que os proporcionará una buena vida.

—Gracias, mi señor —contesta su hija mayor sin manifestar emoción alguna—. Será para mí un orgullo servir a nuestra Casa.

—En cuanto a vos, Estefanía —el rostro turbado de su segunda hija le convence pronto de que, con ella, no va a ser tan fácil como con la primera—, no os oculto que mi intención era la de concertar vuestra unión con el tercer hijo del rey; sin embargo, como ha devenido imposible

aquella nuestra primera tentativa, hemos convenido en que os caséis con García, su primogénito legítimo. Sancho afirma que, llegado que sea el momento, reinaréis en Pamplona. Espero, por tanto, que estéis bien contenta con un arreglo que traerá honor a nuestra familia y grandeza para vos.

Estefanía, mientras hace un gran esfuerzo, calla mirando al suelo. Tarda todavía un buen rato en despertar de su ensueño.

—Padre, agradezco mucho vuestros desvelos. He de deciros, sin embargo, que en mi fuero interno albergo desde hace meses la intención de consagrar mi vida a Dios. Ya he transmitido mis deseos a la abadesa de Nuestra Señora, de la que espero pronta contestación.

—¿Cómo decís? ¡Me parece que no os he entendido bien! —brama Bernardo Roger, estupefacto, mientras su cara adquiere la tonalidad sanguínea de los peores momentos—. ¿Os habéis atrevido a dar ese paso sin mi consentimiento? ¿Cómo habéis podido hacerlo?

—Pero, mi señor —musita Estefanía, sin poder contener las lágrimas.

—¿Sabéis, señora, la sangre que habrá de correr en el campo de batalla como precio por vuestra unión? ¿Sabéis acaso que el rey ha exigido que una parte de vuestra dote se pague en caballeros, que habrán de dar su vida en los próximos meses como prueba de fidelidad a nuestra familia?

—Estefanía, reflexionad, hija mía —tercia la condesa—. Vuestro padre solo mira por vuestro interés y el de nuestra familia, que debe ser el motivo principal de nuestras vidas. García será un rey poderoso. Pronto lo comprobaréis. Estaréis siempre a su lado en lo más alto y engendraréis al hijo que en el futuro ceñirá la corona de Pamplona. ¿Qué mejor destino queréis?

Estefanía, mirando al suelo todavía, calla de nuevo. Siente que no tiene ni voluntad ni fuerzas. Por eso no dice nada, ni tampoco se atreve a levantar la mirada.

—Haréis lo que se ha dispuesto —concluye su padre muy serio—. Cuando pase el invierno viajaremos a Pamplona para los esponsales. Hasta entonces, debéis preparaos. Son muchas las cosas que todavía tenéis que aprender. Pronto, en cuanto se abran los pasos, recibiréis noticias de vuestros prometidos, a las que deberéis contestar como se os diga, de la mejor manera. Es mucha la inversión que hacemos en esa doble unión y muy buenos los réditos que de ella esperamos obtener.

Bernardo Roger se levanta de la escribanía, da la espalda a sus hijas y se dirige a la ventana que asoma al patio de armas de la fortaleza.

Tras solicitar permiso y con una leve reverencia, las dos hermanas caminan hacia la puerta, que con un talante muy distinto atraviesa cada una de ellas: Gisberga, encantada, porque le gusta Ramiro a rabiarse, y Estefanía, desolada, porque sabe del impedimento canónico que convierte la boda planeada en una quimera. Cuando llegue el tiempo de las amonestaciones, no le quedará más remedio que ponerlo de manifiesto y, entonces, su vergüenza será eterna. «No se me ocurre qué otra cosa podría hacer para evitar lo que me espera —piensa, afligida—, aunque quizás, después de todo, es posible que el cruel destino me lleve finalmente al monasterio».

Campamento navarro, a pocas millas de los muros de Badajoz Primavera, 1033

Fortún Encóniz, el otrora ayo de Fernando, espera, paciente, la llegada del nuncio del *hayib*. Hace ya semanas que partió de Pamplona con un destacamento armado que custodia el mucho oro que lleva. Trae también consigo un mensaje del rey Sancho, aunque no el permiso real para atravesar los muros de la ciudadela. Es por eso por lo que permanece acampado cerca, impaciente

por trasladar al moro lo que le han ordenado y partir raudo de vuelta hacia el Duero, donde, por primera vez en muchos días, podrán dormir tranquilos de nuevo.

Fortún es hombre de acción, acostumbrado a la lucha y poco habituado a las intrigas palaciegas. Por eso no se ha separado del humor de perros que le acompaña desde el día en que el rey lo hizo llamar. «Iréis a Badajoz con un mensaje para el *hayib*. Aún no hemos podido corresponderle por la merced que nos hizo con las cabezas de los Vela. Le llevaréis una buena bolsa repleta y mi propuesta de alianza, que deberéis transmitirle en persona. El próximo otoño deberán comenzar las escaramuzas de los sarracenos más arriba del Duero, hacia Braga y Guimarães, para tener a Bermudo bien sujeto. A cambio, además del oro que le envío como símbolo de amistad, me comprometo a respetar sus fronteras cuando ciña la corona de León, lo que ocurrirá, a más tardar, la próxima primavera, y a no encabezar *razia* ni incursión alguna al sur del Duero. Le comunicaréis también que conduciré pronto un poderoso ejército contra los muros de León y que Bermudo no podrá resistir el ataque esta vez, tal será su fuerza. Viajaréis con una escolta de vuestra confianza, buena para arrostrar los peligros del camino, pero no tan numerosa como para llamar la atención. La suma de ofensivas que se prepara no deberá sonar en León como producto de una colusión de fuerzas. Por último, andaréis el largo camino suelto, pero sin prisas, para acampar cerca del destino rondando las nonas de junio. No quiero que de ninguna manera entréis en la ciudad. Estará infestada de espías y uno de los caballeros del rey de Pamplona no pasaría desapercibido».

Tras repasar la complicada encomienda de Sancho, Fortún, como es habitual en él, masculla unas cuantas maldiciones: «¿Qué diantres sabe él, un simple soldado, de traiciones, si siempre ha sido leal a su señor? Además, estos perros sarracenos son por natura desleales. Ahora dicen que el *hayib* no puede verme y que deberé hablar con un emisario. ¿Cómo demonios voy a entregarle el oro a ese maldito moro y cómo voy a contarle a otro cualquiera los secretos de mi señor?».

Mientras maldice a solas sentado en una peña, a orillas del Guadiana, donde ha instalado su campamento, se acerca un soldado corriendo.

—Ha venido uno muy negro, pero tampoco es esta vez el emisario. Dice que quizás venga luego. Entretanto, nos envían buenas viandas para que podamos matar la espera, sabiendo, dice, como saben, que de ellas no andaremos muy sobrados.

—¡Maldito perro! ¡Malditos sean sus huesos! ¡El muy puto! ¡Por Cristo que como no venga mañana lo ensartaré yo mismo! ¡Harto estoy de esperar a estos condenados moros! Decidle que, si no vienen mañana, levantaremos el campo y adiós muy buenas.

El soldado parte raudo con el mensaje de su alférez, que continúa sentado en la peña observando, desde el borde de su cauce, el discurrir pausado del río. Más tranquilo, piensa en lo hermoso que baja el Guadiana tras las lluvias de la primavera y las buenas huertas que podrá cultivar el moro con toda esa agua que acarrea. Porque el calor aprieta, a pesar de que el verano todavía no ha comenzado. «No puedo volver a Pamplona sin cumplir la encomienda, y el maldito moro lo sabe bien —piensa—. Tengo que mantener la calma y aguantar con paciencia. Ya llegará nuestro momento para darle bien al infiel cuando convenga».

Castillo de Burgos. Verano, 1033

Schlomo Xaia pasa en el castillo casi todas las horas del día. Fernando le tiene en gran aprecio porque, aunque solo le lleva algunos años, es discreto, ocurrente y cultivado. Es además un consejero útil y dispuesto, porque conoce bien los vericuetos por donde circula el oro que tanto

necesita el reino. Maneja también buena información sobre lo que ocurre allende sus linderos, aunque nadie sabe con certeza cuál es el conducto por el que discurre ese conocimiento hasta la humilde casa de madera que habita en la loma del cerro.

Esta mañana, camina nervioso al encuentro de Fernando, porque en su gabinete estará también el rey Sancho, recién llegado de Pamplona, donde acaba de casar a sus dos hijos. Solo pensar en su enorme e imponente figura acobarda al joven hebreo, que hace acopio de entereza y de sapiencia para medir a fondo sus palabras.

Cuando llega a la cima, tras una breve ascensión por el camino empedrado, atraviesa el foso que protege el muro, donde dos guardias le dejan paso franco. Ya en el patio, se dirige solícito por la empinada escalera de piedra que conduce a la amplia estancia donde, habitualmente, le espera Fernando. Piensa en el joven rey de Castilla. En verdad tenían razón los ancianos. Fernando no es un guerrero como su padre, pero hará grandes cosas, y él pretende vivirlas a su lado para proteger y beneficiar a su pueblo.

—Adelante, Schlomo —saluda Fernando—, pasad y acomodaos. Enseguida vendrá el rey, pues desea hablaros. Trae un importante encargo para vos que esta misma mañana me ha confiado.

Si antes estaba nervioso, Schlomo está ahora apesadumbrado. Bien se imagina cuáles son los deseos del rey Sancho. No hay que ser muy avisado para apreciar el constante trasiego hacia el oeste de bastimentos, impedimentas, bestias de carga y caballeros extranjeros, que anuncia que pronto el rey romperá el tratado que signó con Bermudo hace poco más de un año. «Habrá guerra en nada —piensa—. La guerra consume oro y el rey no tiene lo bastante. Por eso quiere hablar con Schlomo, el pobre judío del cerro».

El ruido de la guardia anticipa la llegada de Sancho que, como es habitual en él, comienza su discurso sin más preámbulos, mientras Fernando escucha desde un segundo plano, en un lugar de la pieza algo apartado.

—Me ha dicho el rey, mi querido hijo Fernando, que, aunque joven, sois persona con muchas luces y buen entendimiento. Por eso seré breve y conciso. No acostumbro a dar grandes rodeos. Solo quiero advertiros anticipadamente que pagaréis con vuestra vida, aquí o donde quiera el demonio que anduvierais, cualquier indiscreción que cometierais con la información que vengo a daros.

Tras una breve pausa, en la que Sancho observa satisfecho las pequeñas gotas de sudor que asoman a la frente del hebreo, continúa diciendo:

—Me propongo atacar en breve a Bermudo en el corazón mismo de su reino. Por eso estoy formando un gran ejército. Esta vez no hay duda sobre cuál será el resultado final del encuentro. De ninguna manera podrá León aguantar el empuje de los muchos caballeros que me acompañarán en la gesta. Pretendo construir un gran imperio peninsular que se extienda desde el sol naciente hasta el ocaso. Para ello necesito oro. Más del que tengo. Sé que conocéis bien los caminos por los que se mueve. Sé también que vuestros hermanos de raza, allá en León, conspiran contra mí ayudando a Bermudo con todo el oro que reúnen, producto de las usuras y comercios que mantienen tanto con moros como con cristianos. Pues bien, quiero que transmitáis un mensaje claro a quien deba escucharlo. Si deja de fluir vuestro oro hacia León y, además, financiáis esta gran empresa, nada malo sucederá en el futuro a vuestro pueblo. Permitiré que continuéis viviendo en mis dominios con arreglo a vuestras costumbres paganas, y que sigáis con ese comercio nefando que tenéis con quien atesore el oro suficiente para pagarlo. Pero ¡ay de vosotros si no lo hacéis! Toda mi cólera caerá sobre los hijos de Israel, a los que diezmaré primero y enviare para siempre al destierro después.

Un creciente sudor frío exuda por todos los poros de la piel del hebreo. Conoce muy bien la sangre de Sancho como para no tomárselo muy en serio. Nada puede hacer además para oponerse a sus designios. Nada que no sea callar ahora y rezar después.

—Se hará como digáis, mi señor. Soy vuestro más humilde servidor —dice, mientras que con una reverencia inicia una rápida retirada, sabedor de que nada podrá ganar ahora diciendo palabra.

—Esperad, no os vayáis —dice Fernando desde la esquina—. El rey desea tener una respuesta clara antes del fin de la estación. Tenéis con ese propósito licencia para salir de Burgos. Portaréis un salvoconducto para que nadie os moleste en vuestras pesquisas. Los caminos están plagados de hombres en armas.

Tras asentir sumiso con una nueva reverencia, Schlomo abandona la estancia.

Si antes lo tenía claro, ahora no le queda ninguna duda. «No tenemos otra opción que apostar todo a una carta —piensa, nervioso—. Después, solo nos quedará esperar y rezar».

Monasterio de San Miguel de la Escalada, a orillas del Esla, Reino de León, siete leguas al este de la capital. Pascua de Navidad, 1033

El aire poco a poco se ha detenido. Un frío seco e intenso envuelve los muros del viejo edificio mozárabe. En el exterior, algunos copos de nieve, como ingrátidos, se empeñan en permanecer en suspensión alrededor de los peones, que se afanan, luchando contra el frío que entumece sus manos, para montar el campamento antes de que se apaguen los últimos reflejos del sol.

Mientras, los caballeros cristianos, ayudados por sus escuderos, se acomodan de la mejor manera en los pórticos laterales que, sobre arcos de herradura y fustes de mármol, protegen los muros del templo adyacente al monasterio.

A lo largo de todo el día, las fuerzas del rey Sancho han ido cruzando el puente romano sobre el Esla en su camino desde Sahagún, su punto de partida, y en dirección a León, donde les espera la guerra.

Dentro, a resguardo de la intemperie, Sancho ora en soledad frente al iconostasio que rodea el altar de la iglesia monacal, postrado sobre las frías losas de piedra.

Una tenue luz crepuscular, que penetra por las escasas ventanas que iluminan el templo, da al momento un aire sobrenatural. Sabe que es su última oportunidad. Tiene cuarenta y cuatro años y es consciente de que sus días en este mundo, por fuerza, pronto terminarán. Ha reunido un gran ejército, el más grande que nunca ha visto, y ahora se dispone a utilizarlo con criterio. No puede mantenerlo inactivo hasta la primavera, porque el oro que ha conseguido no alcanzaría para más. Por eso, acomete una tarea de tal envergadura en lo más crudo del invierno. Siente que ha llegado su hora suprema, el mejor momento de su vida. Tras la conquista de León y la desaparición de Bermudo, suya será toda la Hispania cristiana y, con ella, el Imperio.

Concentrado, invoca a Dios Nuestro Señor y suplica la intercesión del arcángel San Miguel, guardián de los ejércitos cristianos contra los enemigos de la Iglesia, para la que sabe será su batalla postrera en la Tierra.

«Señor de los Ejércitos —susurra con devoción sincera—, dadme fuerza y resolución para afrontar el combate en esta hora suprema. No he sido el más piadoso de los paladines ni tampoco el más digno de los guerreros. Son muchos mis pecados, lo sabéis bien, Dios mío, pero hoy os juro que, si me dais una gran victoria, consagraré el resto de mi vida, y también el Imperio entero,

a serviros, porque vuestro, en verdad, y no mío es el reino, vuestro también el Poder y la Gloria por siempre».

Catedral de Santa María, León. Pascua de Navidad, 1033

—¿Qué debo hacer, padre?

Bermudo permanece desde la hora sexta arrodillado en soledad frente al túmulo de piedra del rey Alfonso. Anochece ya en León y los copos de nieve, poco a poco, van tejiendo en el exterior del templo una alfombra blanca que los habitantes de la ciudad no osan perturbar.

A la tenue luz de las velas, el rey duda en su inexperiencia. Sabe bien que las fuerzas de Sancho son muy superiores a las suyas y que acampan a menos de una jornada de la capital.

—¿Qué debo hacer, padre? —repite, entre susurros.

Bermudo sopesa la opinión de sus caballeros, desde el mayordomo real al *spathario* de la Guardia, y no está seguro. Unos quieren hacer frente a las huestes de Sancho a campo abierto, y otros pretenden hacerse fuertes tras los muros de la ciudad para que los rigores del invierno den buena cuenta de ellos. Pero ninguna de las dos opciones convence al rey. Demasiado riesgo. Tanto si presenta batalla campal como si se enfrenta a la toma de los muros de la ciudad al furto, no solo el reino sino la propia dinastía se pondrían en riesgo. «Él, Bermudo, es descendiente de Pelayo, el último eslabón de la cadena que se inició hace más de trescientos años en Covadonga, donde sus antepasados no se resignaron a sucumbir ante el empuje de los sarracenos». Por eso, ante todo, piensa en su línea de sangre, ese cordón umbilical que lo une con el pasado y que debe prevalecer hoy.

Al cabo, toma una decisión y, determinado, se dispone a llevarla a efecto. «Aunque crean que soy un cobarde —piensa, doliente— no voy a presentar batalla, ni tampoco me encerraré tras los muros de la ciudad. Huiré hacia el oeste mientras tenga tiempo y allí organizaré con los parientes de mi madre un gran ejército».

—¡Por la sangre de Cristo Resucitado, que mi última hora todavía no ha llegado! —grita al cielo, exaltado.

El eco de su voz resuena todavía en la bóveda de madera de la iglesia cuando Bermudo, ya seguro, recupera el control.

—Os juro ante Dios, padre mío —dice, en un susurro—, que muy pronto volveré, y que mi cólera alcanzará a todos los que nos han traicionado, porque los conozco muy bien.

Firme en su decisión, se levanta y no pierde más tiempo. Se dirige, raudo, a la puerta, donde la Guardia lo espera. Mientras camina, escucha el repiqueteo de sus espuelas contra la piedra y piensa, seguro de sus posibilidades: «Todavía estamos a tiempo. Aún hay esperanza. Galicia, nuestra tierra madre, nos aguarda ansiosa para darnos un gran ejército. Con la ayuda de Dios, pronto lograremos derrotar a ese perro embustero».

El Verraco sobre Campo de Gules, León. Cuaresma, 1034

Un fuego intenso crepita en el hogar del figón. En el exterior, una gran nevada cubre el suelo. Las calles permanecen desiertas. Pocos son los habitantes que, a estas horas y con todos esos hombres de armas deambulando amenazantes por las callejas, se aventuran a salir fuera. Después de que las fuerzas del rey Sancho entraran en León por la puerta del Obispo, quedan además muy pocos víveres en las cillas, y todos temen que, a pesar de las órdenes terminantes, pronto comiencen los saqueos.

—Al final el rey resultó ser un gran cobarde —dice Egilón—. Apenas ha habido sangre.

—Lástima que así sea. Todo ha quedado en algunas escaramuzas —contesta Berengario, muy serio—. Hasta la herrumbre comienza a hacerse fuerte en el filo de nuestro acero.

—Lo peor es que Bermudo ha huido con todas sus fuerzas, porque Sancho dio orden de detener la persecución poco después de pasar Astorga.

—Otra vez será —añade el franco—. Nosotros, tan pronto como mejore el tiempo, partimos de regreso. Terminada la faena y recibido el estipendio, nada se nos pierde lejos de casa.

—Nosotros, sin embargo, tendremos que quedarnos en esta tierra extraña. No parece que entre en los planes de Sancho esté de momento regresar a Pamplona. El esfuerzo para llegar hasta aquí ha sido inmenso, y parece haber consumido todos sus recursos y ya veremos si sus fuerzas. No se le ve contento como debiera después de tan grande gesta.

Mientras charlan los dos gigantes, se acerca a su mesa un muchacho con una fuente de barro humeante, en la que descansa un buen trozo de venado recién salido del horno de leña. La visión es excitante, y tan succulenta que ablanda de inmediato el corazón de los dos soldados que, sin mediar palabra, desenvainan sus respectivas dagas y, con un buen trago de vino claro, comienzan a hacer en él buenas tajadas.

Alcázar de León. Cuaresma, 1034

Al mismo tiempo, en la absoluta soledad del salón del trono, Sancho comienza a sospechar que algo no funciona como debiera. Se siente enfermo y cansado y, peor aún, convencido de que el muchacho de nuevo se la ha jugado. Es dueño y señor de León, y de las Asturias de Trasmiera, pero, viendo las circunstancias del caso, no puede dejar de preguntarse una y otra vez, escéptico, hasta cuándo va a durarle todo esto.

CAPÍTULO XII

A orillas del Oca, Reino de Pamplona. Otoño, 1034

Oneco Rapínaz se da toda la prisa que puede, pues quiere preparar un buen fuego antes de que anochezca. Han sido muchos los días de caminata desde Celanova, a salto de mata, para llevar el mensaje de Bermudo a Oña, y mañana, a primera hora, llegará por fin a su destino. Con los tres reinos levantados en armas, ha sido un esfuerzo ímprobo. Varias veces ha estado a punto de dejar su vida en el empeño, porque Sancho peina continuamente los caminos.

Desde Galicia hasta Burgos, ha viajado como peregrino de regreso desde Compostela, y los últimos dos días, fuera ya del Camino, ha seguido en solitario entre peñas y riscos, procurando no ser visto, hasta llegar a orillas del Oca, ya cerca del monasterio. Todo el trayecto lo ha hecho en vilo, pero mucho más tras llegar a la Meseta, donde las escaramuzas son continuas.

Bermudo reúne estos días a orillas del Limia un gran ejército que le permita recuperar el trono perdido, y Sancho lucha desesperadamente en León para que las continuas deserciones no minen la moral del suyo.

Oneco, como otros muchos, partió de León con el rey el pasado invierno. Con Bermudo ha estado durante estos meses, de un sitio para otro, entre Mondoñedo y Guimarães, visitando a sus partidarios. Y la cosa no ha ido mal. Nadie daba un sueldo por el rey pensando que Sancho lo perseguiría hasta el mismísimo Océano. Sin embargo, y sin que nadie pueda explicárselo, al final le dio cuartel. Gracias a eso, el rey ha tenido el tiempo preciso para reunir a su alrededor las fuerzas que necesita para recuperar el terreno perdido. Bermudo se apresta ahora a tomar la iniciativa y a rendir cumplida venganza sobre sus enemigos.

Hace ya una luna, en Celanova, lo llamó a capítulo el señor del Esla para darle instrucciones precisas. «Caminaréis hacia el este —le dijo Láinez— sin llamar la atención. Cuando lleguéis a Oña, entregaréis este pergamino lacrado a la abadesa Tegridia, la hermana del difunto conde García. Esperaréis respuesta y con ella haréis, todo lo rápido que podáis, el camino de vuelta. Si Dios Nuestro Señor lo permite, de regreso no tendréis que caminar muy lejos. Antes de comienzo de año, estaremos en León de vuelta».

Pensando ahora en esas palabras, se pregunta Oneco como conseguirá entrar mañana en el monasterio para ver a la abadesa. «Si os plantea alguna otra reserva, podéis decirle que Bermudo, no solo llevará de vuelta sus tropas a León, sino que perseguirá al usurpador más allá de los Campos Góticos hasta el corazón mismo de Castilla para restablecer la obediencia del condado a la monarquía».

Hecho el fuego, Oneco, antes de echarse a dormir, mordisquea el último mendrugo de pan que le queda. Las noches han refrescado mucho desde que partió de Celanova. «El manto de peregrino que llevo encima me ha hecho un gran avío», piensa. Mientras imagina lo que va a hacer mañana, siente un leve escalofrío. Vuelven a su mente las imágenes de lo que hacen estos días en Galicia con los espías de Sancho, y no se hace muchas ilusiones sobre su destino si lo denuncian en el monasterio. Aun así, acostumbrado como está al peligro, toca una vez más el sobado pergamino que lleva pegado a su cuerpo y, consciente de la importancia de su misión, se determina a entregarlo a costa de lo que sea.

Pronto se esfuman así los nubarrones de su mente y el cansancio del camino lo vence. Un leve sopor lo sume en unos instantes, como arrullado por el susurro del río que corre a sus pies, en un sueño reparador que no se interrumpe hasta el amanecer.

Monasterio de Oña, la Bureba, Reino de Pamplona. Otoño, 1034

La abadesa, en la soledad de su celda, ha leído varias veces el pergamino y, aun así, no se decide a hablar con Jimena. Podría callarse, sin más, y enviar al mensajero de vuelta. «Si le transmito la propuesta del rey, la aceptará seguro, porque es una buena oferta y porque, como yo, odia a Sancho con todas sus fuerzas. Pero León está lejos y Pamplona cerca. Sea como sea, debe ser ella quien decida. Jamás me perdonaría que fuera de otra manera».

Por eso, se levanta, abre con decisión la puerta y, ya en el corredor, recorre los pocos pasos que la separan de la celda de su hermana pequeña. Llama y, sin esperar contestación, entra, para encontrarla rezando en su reclinitorio de madera. Jimena le recuerda vagamente a Munia. No es bella, pero tiene porte de reina, y una gran presencia física que llena toda la habitación. Sorprendida por la interrupción, Jimena se levanta y se dirige hacia su hermana que, con cariño, le toma la mano derecha.

—Esta mañana ha llegado un mensajero con un pergamino para vos —dice—. Ha recorrido muchas leguas y sorteado muchos peligros para traéroslo.

Jimena recoge el manoseado becerro y, sorprendida, se sienta a leerlo. Cuando concluye, ya ha tomado una decisión.

—Tenemos que hacer cuanto antes los preparativos —afirma, entusiasmada—. Bermudo quiere que los esponsales se celebren cuanto antes, tan pronto como recupere León.

La abadesa duda un instante, pero, viendo a su hermana determinada, asiente sin pensarlo:

—Habrás que hacerlos en secreto. Nada de esto debe saberse en Pamplona hasta que no haya marcha atrás. Ni siquiera Munia debe conocerlo. Aun así, son muchos los peligros a los que os vais a enfrentar.

—No penséis que me hago ilusiones, hermana —dice Jimena, agitada—. Sé que es un matrimonio político y que Bermudo ansía esta alianza para reintegrar Burgos a su causa. Pero no me importa que así lo haga. Al contrario, me motiva unir nuestras fuerzas con las de León para acabar con Sancho, el ruin asesino de nuestro querido hermano.

—Debéis preparar cuanto antes una respuesta —le intima la abadesa—. El mensajero espera. Supongo que el rey habrá dispuesto las cosas para vuestro traslado. Por eso, es esencial que conozca cuanto antes vuestra decisión.

—Le escribiré cuatro palabras. Aquí tengo recado. En un momento, podréis llevar el mensaje al buen hombre que espera fuera. Rezaré para que Dios lo guarde en su camino de vuelta.

Alcázar de León. Epifanía del Señor, 1035

—Mi señor, es hora de marchar. La Guardia espera.

A Sancho, sentado en el salón del trono, hasta moverse le cuesta. Cuando piensa en el largo camino que deberá hacer hasta Pamplona a lomos de su caballo, con Bermudo pisándole los talones y en su estado le resulta muy difícil aceptarlo. Él, que durante tantos años ha sido la gran referencia, debe huir ahora del muchacho como un perro, con el rabo entre las piernas. Pero lo hace porque se siente sin fuerzas y porque ya no tiene un ejército que lo defienda. El muy grande que logró reunir para la conquista se ha ido disolviendo, poco a poco, con el mero paso del

tiempo, y ahora se enfrenta a algo más que a la pérdida de lo conquistado. «Es posible que Bermudo me persiga más allá del Cea, incluso del Valderaduey y del Pisuerga. Al menos Fernando está avisado. Me dicen que tendremos que cabalgar sin descanso. Que llevaremos con nosotros caballos de refresco porque Bermudo está a las puertas. «¿Cómo ha podido reunir un gran ejército? —se pregunta, desconcertado—. ¿Cómo es posible que en un solo año todo se haya dado la vuelta?»».

—Mi señor, no hay tiempo que perder. Si esperamos más, estaremos copados.

—Tenéis razón, Fortún, vayámonos ya. Triste ha sido esta conquista que me lleva ahora de vuelta a casa entre penurias.

—Perded cuidado, mi señor. Viajamos con una buena escolta y, llegados que seamos a Sahagún, estaremos a salvo. Los condes del Cea permanecen fieles a vuestra causa e impedirán el avance de Bermudo desde sus fortalezas.

—No contéis con ellos —dice el rey, apesadumbrado—. Han cambiado tantas veces de bando que ya no necesitan ni madurarlo. Nunca han sido leales a nadie salvo al signo de los tiempos y, ahora, el mío ha pasado y el de Bermudo ha llegado.

Sancho se levanta pesadamente del trono. Por primera vez en su vida siente el peso de la cota de malla. Él, que podía matar un verraco con sus grandes manos, apenas puede transportar sus huesos desde el alcázar a su caballo. Con mucho esfuerzo, alcanza la puerta y, ya montado, se dirige al paso con la Guardia hacia la puerta del Obispo, por donde entró victorioso hace ahora un año. Mira con nostalgia las calles desiertas de la que quiso fuera capital de un gran Imperio: «Hispania reunida bajo un mismo cetro —piensa, decepcionado—. Ya no será posible. No es la voluntad de Dios que así suceda. ¡Por Cristo que no voy a olvidar esta lección!».

Tras la salida de los navarros, la ciudad permanece desierta. No obstante la estación, la temperatura es buena. Hasta las inclemencias del tiempo parecen haberse aliado con Bermudo, que avanza con sus huestes por el páramo, presto y sin oposición, a solo unas horas de marcha.

Mientras, en León, todos permanecen inquietos en sus casas. Saben bien que, cuando llegó el momento, decidieron quedarse en la ciudad para colaborar con las fuerzas del usurpador. También lo sabe Bermudo, que prepara de camino su implacable venganza. Especial inquietud se vive en el castro. Eligieron el bando equivocado y ahora se preparan para afrontar las consecuencias. Por eso, los hebreos más jóvenes empaquetan sus pocas pertenencias y se echan al campo, mientras que los mayores, resignados, se reúnen a orar en la sinagoga, en espera de lo mucho malo que venga.

Judería Aljama en el cerro del castillo, Burgos. Estío, 1035

—¡Ya va, ya va! ¿Qué horas son estas para llamar a la puerta de esa manera!? —«¿Quién será a estas horas, con la muralla ya cerrada?», se pregunta la criada, extrañada.

Anochece en la ciudad y, con el crepúsculo, el frescor que sube del río ayuda a mitigar los calores que durante el día han sufrido los habitantes del cerro en sus casas de madera.

Hace ya un buen rato que Schlomo Xaia se ha guardado en su morada y ahora, mientras mira distraído a un pergamino, se pregunta también quién podrá llamar tan a deshora a su puerta.

Burgos, tras el paso del rey derrotado camino de Pamplona, vive bajo rigurosa disciplina militar, a la espera de comprobar si Bermudo cumple o no con sus repetidas amenazas de poner sitio a la ciudad.

—Los mendigos, a primera hora de la mañana —dice cargada de razón la criada, mientras se

dispone de nuevo a cerrar.

—Perdonad, señora, pero no soy un mendigo. Busco a mi señor, Schlomo Xaia.

La criada mira de arriba abajo al que así habla. Lo que ve, a escasos pasos de la entrada, es un joven sucio y harapiento, con la tez quemada por los rigores del verano y que desprende un olor nauseabundo que comienza ya a extenderse por la casa. Tras pensárselo un momento y antes de cerrar con cerrojo, dice:

—Esperad aquí un momento.

Al poco, vuelve a abrirse la puerta y aparece en el quicio Xaia:

—¿Quién sois, buen hombre, y qué deseáis tan a deshora?

—¿Es que no me reconocéis, querido amigo?

El hebreo mira fijamente al pordiosero que espera delante de su puerta, y cree distinguir vagamente en sus facciones una imagen familiar que lo lleva al pasado, a su hogar, cerca de la sinagoga, en el castro de los judíos.

—¡Alabado sea el que no tiene nombre! —dice finalmente, sorprendido—. ¡Moshe, querido amigo! Pero ¿qué os ha sucedido? Entrad, entrad presto, no os quedéis ahí fuera.

Ya en el corredor, el mendigo se derrumba y abraza con fuerza a Schlomo. Las lágrimas que asoman a sus ojos abren surcos en sus mejillas entre los restos del polvo del camino.

—Calmaos, Moshe —dice Xaia, intentando reconfortar a su amigo—. Necesitáis un buen baño y comer algo para reponeros. ¡Bendito sea el Señor que os ha permitido llegar a mi casa!



Avanzada la noche, los dos hebreos conversan en voz baja por miedo a que las paredes puedan escuchar sus palabras. Fuera, bajo un cielo repleto de estrellas, hace una noche fresca y clara, aunque dentro, en la pieza que comparten los dos amigos, perduren todavía los calores del día.

—Fue espantoso, amigo mío. Nunca había visto nada igual. Ni siquiera hubiera podido imaginar tanta maldad. Tras el regreso de Bermudo, al atardecer del tercer día, un mar de antorchas vino a nosotros desde las murallas de la ciudad. A las órdenes del rey, que presenciaba todo a cierta distancia, los soldados rodearon el castro con sus espadas desenvainadas, mientras que unos pocos, los que portaban las teas encendidas, penetraban en los callejones, entre nuestras casas, para aplicarlas a ellas con saña.

»Pronto el cerro se convirtió en un infierno de sangre y fuego. Hombres, mujeres, niños y ancianos corrían despavoridos de uno a otro lado, intentando evitar las salidas, donde los soldados, emboscados, les aguardaban. Yo tuve suerte, pues me escondí en una cisterna, donde permanecí con el agua al cuello hasta despuntar el día. Con las primeras luces salí de mi escondrijo, y lo que apareció ante mis ojos fue tan horripilante y estremecedor que no tengo palabras para describirlo, aunque me he cansado de buscarlas. Un silencio sepulcral. Las casas, reducidas a cenizas, y cadáveres insepultos..., cadáveres por todos lados. Niños despanzurrados, mujeres descabezadas, ancianos con los intestinos desparramados. Una orgía de sangre y fuego que, en una sola noche, hizo desaparecer nuestro hogar como si la tierra se lo hubiera tragado.

Trebaldío se detiene y traga saliva. Haciendo acopio de una fuerza que no le queda, intenta, sin embargo, continuar.

—Tras vagar por las callejas en busca de los míos, encontré el cadáver de mi padre, Iacob, y los de mis hermanas, con signos de haber sido forzadas antes que despedazadas. Permanecí oculto entre las ruinas sin comer nada durante días, esperando a que se aplacara la ira de los cristianos. Entonces, de anochecida, sin nada que llevarme a la boca, tomé el camino de Burgos, pensando en

llegar aquí cuanto antes para contaros hasta dónde llega su iniquidad. He tardado meses en hacer un camino que habitualmente se hace en días, pero no imagináis lo difícil que ha sido con toda esa gente levantada en armas. Pero ahora, por fin he llegado, querido amigo, y, no obstante todo el horror vivido, me siento, en verdad, aliviado.

Schlomo había tenido noticias de las terribles consecuencias de la cólera de Bermudo. Para los judíos, pero también para los cristianos. Algo se había sabido en Burgos sobre la matanza que produjo la completa destrucción del castro, pero lo que le cuenta Moshe rebasa a cualquier medida que él hubiera podido imaginar. Plenamente consciente de la realidad, se muerde los labios, atrinchera su dolor, reserva su rencor y, con apenas un susurro, le pregunta a su amigo:

—¿Supisteis algo de los míos?

Moshe calla un instante y baja la mirada.

—Al tercer día, antes de partir, me acerqué a lo que eran las ruinas de vuestra casa y dentro encontré unos cuerpos carbonizados: seguramente los de vuestra madre y vuestras hermanas.

—Nada temáis ahora, querido amigo —le contesta Schlomo con entereza, a pesar de la gran tristeza que le embarga—. Necesitáis descansar y aquí podréis hacerlo con tranquilidad. Una vez os hayáis recuperado, podremos hablar. Por ahora, esforzaos en olvidar y sentíos, en verdad, como si esta fuera vuestra casa.

La Flor y la Espada, Burgos. Otoño, 1035

—¿Cuánto queréis por las dos hembras para la noche entera?

Anochece en la ciudad y las calles se quedan desiertas, un día más. Aunque ya ha pasado lo peor, y las amenazas de Bermudo suenan cada vez menos siniestras, cuando se oculta el sol, es mucho mejor no estar fuera. Con la noche, ni asomo de luz ilumina las estrechas callejas, y bribones, sabandijas y demás ralea salen a esta hora de sus escondrijos para hacerlas buenas.

—¿Cuánto, decís? Mucho más de lo que vos podríais pagar nunca, señor. ¡No veis que son doncellas!

Ero, satisfecho por su ocurrencia, echa, riendo, un nuevo trago al cuartillo que reposa sobre la rudimentaria mesa. Sentado bajo un toldo frente al figón del Mercado de la Llana, el del pelo rojo juega sus últimas bazas para sacar esta noche alguna tajada.

—Doncellas serán —contesta el fámulo, escéptico, moviendo la cabeza—, pero si no me las llevo yo, tendrá que pasar vuesa merced con ellas la noche entera.

Ero lleva una vida buena. No es una vida principesca, pero nunca le falta un buen cuartillo de vino que echarse al colete ni tampoco una buena hembra. Desde que encontró a las dos niñas debajo del puente en aquel aciago día, no ha hecho más que mirar por los ojos de ellas. «Se ve que Dios no ahoga —piensa—, aunque casi siempre aprieta». Las protege y las aconseja, y también, por qué no decirlo, saca buenos sueldos de ellas. Ero es buen mozo y eso ayuda en esas relaciones aviesas. Las niñas lo miran con buenos ojos y, tras acabar con la clientela, siempre tiene para ellas un hueco caliente donde guarecerlas. Brunilda y Aldonza son, en fin, para Ero Salídiz, trovador sin par, una bendición del más allá.

—Un sueldo debéis darme si de las dos queréis gozar y, si no, ¡pardiez, no me hagáis perder más tiempo!

—Os daré medio sueldo porque las mozas son de encargo. Si para mí fueran, ni las buenas noches podría ofrecereros.

—¡Sea, pues, el medio sueldo!, pero debéis dármelo antes de la jodienda y juradme que

cuidaréis bien de ellas. Mañana, al despuntar el alba, las quiero ver por aquí cerca.

Cerrado el trato, las dos muchachas se levantan pizpiretas, pues han estado escuchando la conversación sentadas a la puerta.

Acompañan ahora al fámulo por las oscuras callejas. A escasos pasos, las sigue Ero, muy de cerca. Tras una caminata pequeña, y por un portillo lateral, se introducen en una casa muy principal, anexa a Santiago de la Fuente, que es iglesia arciprestal.

«Criado de tonsurado me parecía a mí este fámulo —piensa Ero, desenfadado—. Ya va teniendo uno cierta experiencia. Pasarán buena noche las niñas, así que puedo irme tranquilo a descansar. Si se da bien el fornicio, hasta puede que saquen alguna moneda más».

De vuelta al figón a esperar con paciencia, Ero, ebrio de consideración, se despacha a gusto con su laúd para los pocos ganapanes y matachines que por allí merodean. Una cantiga les declama con verdaderas ganas. Una cantiga que, una vez más, hace escarnio con peligro del rey navarro que —dice muy a gusto el juglar— fue a por lana a León y regresó a Pamplona bien trasquilado.

Alcázar de Pamplona. Otoño, 1035

La ciudad permanece en silencio. No se sabe si por miedo o por respeto a lo que está aconteciendo. También las gruesas nubes negras que la cubren desde hace días parecen esperar, con paciencia, a que llegue el ansiado momento, para descargar a conciencia toda su furia contenida sobre sus viejas piedras.

Todos —familia, magnates y eclesiásticos principales— se han reunido en la alcoba del rey, en torno a su lecho. Sancho permanece inmóvil, peleando con su propia muerte, que desde hace semanas lo acecha. Aunque sabe bien que es su último combate, como soldado que es, no se rendirá mientras le queden fuerzas.

Tras su regreso de León, cansado y humillado, todo ha ido de mal en peor hasta esta hora postrera. Aunque, a poco de su llegada, notó una leve mejoría, y pensó que el verano le daría nueva vida, con el transcurso de los días comprobó resignado que el final de la escapada estaba cerca.

Ahora, al cabo de los meses, todos los principales esperan a su vera. Los distingue en la penumbra y los oye con claridad cuando murmuran, aunque todos piensen que está ya casi muerto. Es cierto que no siente el cuerpo, pero una extraña lucidez, desconocida hasta entonces para él, le permite ver lo que va a suceder de inmediato con toda nitidez. Tanta, que duda de si no será el pasado lo que realmente ve. «En unos instantes —piensa, divertido el rey—, cuando todo haya terminado, entrarán en la pieza los monjes de Oña, que como cuervos esperan en la puerta, se abalanzarán sobre mi cuerpo, lo desnudarán, extraerán de él todos sus fluidos, lo lavarán con agua y vinagre, lo ungirán y finalmente, tras vestirme con mis mejores ornamentos, comenzarán a rezar esas absurdas e interminables letanías una vez más. Una última humillación que la vida reserva cruel al guerrero. Entretanto, Munia, mi santa esposa, la desleal, la que nunca me ha querido, respirará, por fin, en libertad; Ramiro, mi hijo bastardo, el que me traicionó en lo más íntimo, aplaudirá; García sufrirá vértigo porque no tiene la altura de miras que se necesita para lo que le espera; Fernando, el que más se parece a mí aunque él no lo sepa, disfrutará de una alegría contenida; y Gonzalo, mi pequeño, el único que siempre me ha querido y al que menos he dado, sentirá una profunda tristeza».

Con estos oscuros pensamientos se va extinguiendo, poco a poco, el frágil hilo de vida que

todavía le queda, hasta que, finalmente, casi sin quererlo, y en paz consigo mismo, pero no con Dios ni con el mundo, expira.

—Mi señora, el rey Sancho, nuestro señor, ha muerto.

Monasterio de Oña, la Bureba, Reino de Pamplona. Otoño, 1035

Aicta Fosátiz, mayordomo del alcázar, se dispone a leer, como primer dignatario de la Curia, el testamento del rey Sancho. Acaban de dar cristiana sepultura a su cuerpo en la cripta del monasterio, junto al de Sancho García, el que fuera conde de Castilla, y el de su hijo García, el joven conde cuyos restos se estremecen al ver depositados a su vera los despojos del que fue su protector primero y, después, su asesino vil y rastrero.

La sala capitular aparece abarrotada, y un molesto murmullo acompaña a los protagonistas en espera de que comience la solemne lectura. Junto a la reina, en el lado norte del cuadrado, los jóvenes infantes de Pamplona y sus esposas esperan con ansiedad a que se desvele el gran secreto. Los acompañan los magnates, los obispos y los abades mitrados. Es mucho lo que está en juego, pues nadie, salvo el notario mayor del alcázar, sabe a ciencia cierta lo que Sancho habrá maquinado en sus últimos momentos.

Apenas compartió sus pensamientos con nadie tras su regreso, tal era su estado de postración y amargura, y sus pocos ratos de alegría los pasó con Gonzalo, su hijo pequeño, con el que, hasta ahora, nadie había contado para el reino. Los magnates dudan. La mayoría cree que Sancho, respetando la tradición pirenaica y lo que desde hace cientos de años está escrito en el *Liber*, habrá dispuesto la partición de los reinos; aunque algunos, por el contrario, tras su paso por León, esperan que la idea de una Hispania unificada bajo el mismo cetro, hilo conductor de su vida, haya prevalecido en su hora postrera.

Comienza ya la lectura y los murmullos, poco a poco, van remitiendo. El mayordomo, con aplomo, pues es hombre que frisa la edad proveya, se coloca en el centro de la sala y comienza a hablar con voz clara para la concurrencia:

—El rey, nuestro Señor, al que Dios tenga en su Gloria, mandó leer sus últimas disposiciones a vuestra presencia, mi señora, y a la de los infantes de Pamplona, el mismo día de su exhumación, treinta después de su muerte y en esta sala capitular, como así me dispongo a hacer hoy respetando su última voluntad.

»El testamento que me dispongo a leer fue llevado a becerro por el notario mayor terminando el pasado verano. Su contenido es literalmente el que sigue:

En el alcázar de Pamplona, un día antes de las calendas de septiembre del año del Señor de 1035. Nos, Sancho, por la Gracia de Dios rey de Sobrarbe, Ribagorza, Aragón, Pamplona, Nájera, Gascuña, Castilla, Portugal, Galicia y León y señor de tantos lugares, dejamos constancia en becerro de que morimos con tranquilidad de espíritu y de conciencia y en el seno de la Iglesia de Cristo, Nuestro Salvador, a cuyo servicio hemos dedicado nuestra vida entera. Mandamos que, treinta días después de nuestro óbito, el nuestro corazón y el nuestro cuerpo sean enterrados, juntos pero separados, en el monasterio de San Salvador de Oña, en la cripta, debajo de la iglesia, en sarcófago de piedra con losa tan pesada que de ninguna manera pueda ser levantada. Mandamos que el dicho monasterio sea dotado con una renta anual de mil quinientas libras jaquesas, pagaderas contra el Tesoro Real de Pamplona, para atender a sus muchas necesidades y requerimientos. Otrosí mandamos que las vestimentas de nuestra capilla, códices, documentos y enseres sean depositados también allí, para su custodia. Otrosí

mandamos que se digan mil misas en sufragio por nuestra alma en todas y cada una de las iglesias de nuestros reinos, también con cargo al Tesoro Real. Otrosí mandamos que, en nuestro nombre y para la salvación de nuestra alma, se reparta limosna entre los pobres a las puertas del alcázar todos los días, al despuntar el alba, mientras dure el siguiente reinado. Otrosí mandamos que nuestros reinos, que eran un solo, el de Pamplona, cuando nos asumimos el cetro por la Gracia de Dios, sean divididos ahora y para siempre entre nuestros hijos y herederos, los infantes de Pamplona.

Desvelado el gran secreto, unos y otros entrecruzan miradas, los más, de desconcierto.

Ramiro recibirá Aragón —continúa leyendo el mayordomo—; García, Pamplona; Fernando, Castilla, y mi fiel hijo Gonzalo, el de Sobrarbe y Ribagorza. Cada uno de ellos tendrá, además, en los reinos de sus hermanos, las plazas fuertes que a continuación se relacionan, a fin de que en el futuro ninguno de ellos pretenda tomar ventaja sobre lo que aquí se ha dispuesto. Otrosí les mandamos que respeten sus fronteras, que son las que hemos dejado establecidas en el momento de nuestra muerte, y que no se enfrenten en luchas fratricidas que solo benefician al infiel, verdadero enemigo de la fe, de Dios y, por tanto, nuestro. Y otrosí mandamos que la reina, mi amada esposa, para lo que le reste de vida, resida en el tan repetido monasterio de San Salvador, sobre el que establecemos a su favor un Infantazgo desde el que pueda orar por la salvación de nuestra alma y por el bienestar del reino y de nuestros vasallos, y velar así con celo por el cumplimiento de nuestro legado. Eso tenemos por bien y mandamos que así se respete y haga.

»Acompañan a estas —continúa diciendo el mayordomo con gesto serio—, las últimas voluntades del rey, cuatro codicilos secretos, uno para cada infante, más una relación de objetos y otra de plazas fuertes que paso a leer a continuación...

Un murmullo creciente de desaprobación se instala en la sala capitular, por lo que el mayordomo interrumpe bruscamente la lectura. Tres de los infantes de Pamplona, cada uno por su lado y sin esperar a escuchar el resto, intentan abrirse camino hacia la puerta. Determinados por sus razones y acompañados por los suyos, salen indignados al claustro y se dirigen a la entrada, donde sus monturas, ensilladas desde hace horas, les esperan. Por eso, el murmullo inicial se convierte pronto en griterío. Porque todos en la sala, desconcertados, pensaban, tras la lectura, tomar posiciones ante lo que se avecina. Pero sus planes se han truncado, porque, ya fuera, los hermanos de antaño y antagonistas de hogaño arrancan rabiosos al galope en direcciones opuestas, pensando en cómo van a reparar la injusticia tamaña que ha cometido el rey con su legado. Ninguno de los tres está conforme con el reparto y, desde ese mismo momento, se juramentan en solitario con los suyos para arreglarlo.

Al tiempo que esto sucede, Gonzalo, impertérrito, se dirige al lugar que ocupa su madre, la reina, la coge del brazo y, entre el griterío, la acompaña a través del claustro a su celda.

Mientras, fuera, el viento permanece en calma. Cuando todavía no se ha cumplido la hora nona, el cielo aparece cubierto por una gran masa de nubes negras que amenazan con una tormenta seria. La misma que se cierne ahora, tras la muerte del rey Sancho, sobre los destinos de los que antaño fueron sus reinos.

LIBRO SEGUNDO «FERNANDO»

PARTE CUARTA

CAPÍTULO XIII

Alcázar de Pamplona. Adviento, 1035

—¡Dejad de sollozar, mujer! ¡Os forzaré siempre que quiera! Sois una perra y, si otros os han gozado antes, os guste o no, ¿por qué no he de hacerlo yo cuando me convenga? No es que me plazca mucho, la verdad. Mujerzuelas hay que me agradan bastante más que vos. Si os visito y os penetro a la fuerza es porque necesito un heredero, ¡y más os vale dármele con presteza si no queréis que os monte todavía con más frecuencia!

García, rey de Pamplona, que con los años se ha convertido en la viva imagen de su padre, sale de la cámara de la reina con un portazo y deja a su mujer llorando, tumbada en el lecho y con los vestidos rasgados.

Es cierto que, llegado que fue el momento, Estefanía no tuvo el coraje de revelar el impedimento canónico que imposibilitaba su matrimonio, pero también lo es que nunca pudo sospechar que pudiera anidar tamaña maldad en el corazón de un vástago de la estirpe real.

No tuvo que esperar mucho tiempo, sin embargo, para comprobarlo. Las vejaciones comenzaron la primera noche, tras descubrir el rey su secreto mientras la penetraba, contento. «Después de aquella vez, he perdido la cuenta de las que han sido, y todas cortadas por un mismo patrón. Sin mediar palabra. Con un profundo desprecio. Sin mirarme a la cara. Postrada de nalgas y sintiendo cómo su miembro recio entra en mi cuerpo, brutal y sin miramientos. Una perra, dice siempre que me fuerza. Eso es lo que siempre seré para él».

Cada vez que el rey la violenta, Estefanía se muerde los labios con fuerza hasta sangrar, y se conjura para no llorar, aunque al final, como esta vez, nunca puede contener las lágrimas. Llorosa, pues, se levanta de la cama, se compone de la mejor manera el vestido y se dirige a la esquina de la habitación, donde se encuentra el aguamanil con el que habitualmente se asea. Se limpia a conciencia el sexo frotándose fuerte con un lienzo, como queriendo borrar, si fuera posible, la apesosa huella que su marido siempre le deja dentro. Le duele cuando se toca. Siente las abrasiones que le ha hecho entre las piernas y, con ellas, la profunda desgracia que la Casa de Pamplona ha traído a su existencia.

Cuando termina de arreglarse, se dirige a la ventana y, a través de ella, mira pensativa a un horizonte en el que se adivinan los primeros signos del invierno. «Tres años hace que llegué a esta maldita tierra y, desde entonces, nada he encontrado de bueno en ella. A la infamia de mi esposo, una constante desde el primer día, se une ahora, además, esta insufrible soledad que siento, porque, tras la muerte del rey, todo aquí son ausencias: la reina Munia, que ni siquiera quiso regresar tras el entierro; mi querida hermana, Gisberga, que al fin partió con Ramiro rumbo a Jaca, donde se dispone a establecer la corte de su nuevo reino; Gonzalo, mi dulce cuñado, que, tras mucho retrasarlo, se dirige ahora a Aínsa siguiendo las instrucciones de su padre muerto; y Fernando... No le he vuelto a ver desde las jornadas de Oña y, no obstante lo sucedido, no puedo pasar ni un solo día sin pensar en él con agonía. No sé a dónde me conduce este amor insensato que va contra la naturaleza y contra Dios, pero, aunque quisiera, no podría remediarlo. Al menos, nada sospecha el rey de mis sentimientos, ni tampoco de la intimidad que tenemos. No quiero ni pensar la sangre fratricida que correría por los campos de Castilla si llegara a saberlo».

La reina se da la vuelta y permanece ensimismada un tiempo.

«El rey ha despachado además a mis dueñas de vuelta a Tarbes para mantenerme aún más aislada. Mi única compañía ahora, además de Ermesinda, mi doncella, es Urraca, la reina viuda que, tras su regreso de León, arrastra su amargura por los corredores del alcázar. Ella y sus odiosas dueñas, María y Anaya, secas por dentro y también por fuera, devueltas a Pamplona tras la retirada de las huestes de Sancho, me persiguen y me vigilan, porque espías son de García».

Con estos fúnebres pensamientos, abandona por fin la ventana para dirigirse, como siempre tras las vejaciones, a un pequeño habitáculo contiguo que hace las veces de oratorio, donde, con una austeridad que estremece, un reclinatorio se enfrenta a un retablo de madera que representa la Pasión de Cristo. Frente a Él, se arrodilla la reina con gran devoción y ruega de corazón: «Señor mío y Dios mío, permitid que el rey me deje pronto encinta, para que pueda por vuestra Gracia alumbrar a un heredero que venga a libramme al fin de toda esta insoportable ignominia».

Fuera, al tiempo que la reina reza recogida, un cielo gris y encapotado sirve de cobertura a un cierzo imponente que, metiéndose desde el noroeste, comienza a inundar de ruidos los muros del alcázar. Crujidos, más bien, que se dirían quejidos del destino por la suerte que espera a Pamplona y a su Casa en los años venideros.

Castillo de Aínsa, Reino de Sobrarbe y Ribagorza, diecisiete leguas al este de Jaca. Natividad del Señor, 1035

Los jinetes, con el sol poniente, ascienden lentamente la escarpada pendiente que conduce, desde el pueblo, al portón de la fortaleza. Hace un frío intenso y, desde que despuntó el día, los copos de nieve, aunque menudos, no han dejado de caer sobre la tierra, ahora yerma, que rodea el cerro.

Gonzalo, el joven rey de Sobrarbe y Ribagorza, lidera el reducido grupo de soldados que, junto a él, pugnan con el barro del camino para recogerse en el castillo de la que será la capital de su reino, a fin de pasar allí el crudo invierno del Pirineo.

Hace más de un mes que salió de Oña tras apurar en el monasterio sus últimos días, quizás en demasía. La despedida de su madre, de la que, hasta ahora, apenas se había separado, le resultó penosa y esforzada. Gonzalo, sin la reina Munia a su lado, es como un cachorro mostrenco: pálido, débil, enfermizo, y con unos ojos tristes y melancólicos que inspiran pena y compasión hasta a sus enemigos.

Aunque insistió hasta el agotamiento, no pudo convencerla de que no necesitaba un reino. Y no porque le importe mucho que su padre, en el codicilo secreto, le haya impuesto un doble vasallaje, sino porque nada mejor ambicionaba en la vida que permanecer en Oña, viviendo con su madre hasta el fin de sus días. Por eso, este mes de peregrinación por los principales enclaves de sus nuevos dominios ha sido un verdadero suplicio. No solo por el frío que ha pasado y por las dificultades que ha experimentado para transitar los caminos que los atraviesan, completamente embarrados en esta época del año, sino porque ni él tiene sentido del mando, ni incentivo alguno para ejercerlo. Sospecha, además, por la reacción de sus hermanos, que, antes o después, alguno de ellos conspirará para hacerse con un territorio que él le legaría a cualquiera de los tres de buen grado. Pero las instrucciones de su padre eran terminantes, y su voluntad resultaba diáfana en el codicilo: «Fijaréis vuestra residencia en el castillo de Aínsa, que con muchas penalidades hemos construido para vos en la confluencia del Ara y el Cinca. Tras mi muerte, os trasladaréis a él sin demora con vuestro séquito y, desde allí, rendiréis vasallaje a vuestros hermanos Ramiro y García. Mantendréis además buenas relaciones con los condes de la Marca Hispánica: el de

Pallars, el de Urgel, el de Cerdaña, el de Vesalú, el de Ampurias, el de Valspir y también el de Barcelona, nuestro pariente y vasallo, y guardaréis vuestra frontera con el Reino Taifa de Zaragoza, de manera que los sarracenos no puedan avanzar ni un palmo de terreno sobre lo que yo he conquistado y hoy es nuestro. Todo eso haréis, y lo haréis con diligencia y sin excusa, porque así lo ordeno yo, vuestro padre y señor».

El chirriar de los goznes del portón de la fortaleza, que se abre para recibir al nuevo rey, saca a Gonzalo de sus pensamientos. Penetra en el patio de armas y comprueba que no es gran cosa el castillo, con todo a medio hacer. Se consuela, sin embargo, pensando que cualquier alternativa es mejor que vagar por los caminos de un lugar tan inhóspito como su reino y que, llegada que sea la primavera, podrá regresar a Roda para comprobar, a orillas del Isábena, cómo avanzan los trabajos de la seo que allí se construye desde hace años sobre las ruinas del viejo templo godo, del que dio buena cuenta Abd-al-Malik a la vuelta del milenio. «Los pocos momentos agradables que he tenido en mi deambular por estas tierras frías y estériles —piensa, reconfortado— los he pasado allí, conversando con Brádila, el maestro cantero, que se afana, en medio de grandes penalidades, para avanzar en la construcción de un gran edificio a mayor gloria de Dios. Un templo grandioso y magnífico, que en nada se parece a lo que hasta ahora se ha visto por estos reinos».

Tras bajar de su montura y desentumecer a golpes sus doloridos miembros, mira a la torre barbacana y a la escalera que a ella conduce y, tras pensarlo un momento, se dirige con una sonrisa a Ansur Fáñez, su amigo, consejero y *spathario* de sus exiguas tropas, y le intima decidido:

—Subamos, Ansur, a esa atalaya para ver mejor nuestros dominios. Podremos observar la confluencia de los dos ríos y, quizás, hasta divisar San Victorián en la distancia.

Monasterio de San Adrián de Sásave, Reino de Aragón, seis leguas al norte de Jaca. Natividad del Señor, 1035

Con mucho trabajo, la comitiva real, después de seguir río arriba la margen izquierda del Lubierre, se ha ido abriendo camino entre la nieve por el valle del Aragón hasta llegar a San Adrián.

La primera parte del viaje desde Pamplona, tras las exequias de su real suegro, fue muy placentero para la reina, gracias, sobre todo, al tiempo primaveral del que disfrutaron hasta Leyre, donde Ramiro y Gisberga se recogieron varias semanas con los monjes de San Benito para orar y descansar en silencio antes de partir rumbo a Jaca, donde pretenden fijar la sede de su nuevo reino.

Todo se complicó, sin embargo, la primera noche, tras dejar atrás los muros del monasterio, con una gran nevada que ha hecho completamente intransitables los caminos que atraviesan el valle. Aun así, con mucho esfuerzo, han llegado a tiempo para celebrar la Natividad del Señor en Sásave, en compañía de Otón, obispo itinerante de estas tierras, y para venerar junto a él, en fecha tan señalada, el Santo Grial del Cristo Nuestro Señor que se guarda en la cripta de la iglesia desde el saqueo y la destrucción de Huesca y de su obispado perpetrado por los sarracenos, hace ahora trescientos años.

Descansados ya del esfuerzo del Camino, que es el del Apóstol, y a punto de acudir a la iglesia para celebrar la vigilia pascual con los monjes, Ramiro y Gisberga charlan en voz baja en la celda de la reina.

—¡En verdad que vuestro padre nos ha hecho una gran jugarreta!

Ramiro asiente con la cabeza. «Sabía bien que el viejo iba a complicarlo todo —piensa, sin poder dejar atrás el enfado que le persigue desde que le entregaron en Pamplona el codicilo escrito con su puño y la letra».

—En lo de Aragón no ha habido sorpresas —responde, contrariado—. Hace años que la reina se lo había impuesto. Lo que no esperaba es el vasallaje que se establece a favor de Pamplona.

—Ahora tendréis que prestar auxilio y consejo a ese grandísimo bribón y, si no tenemos descendencia, nuestro reino servirá en el futuro para engordar el suyo.

—Me preocupa mucho más lo primero, mi señora. Respecto de lo segundo, tened por seguro que Dios nos proveerá a su leal saber y entender.

—Al menos —continúa diciendo la reina, sin permitirse la más mínima licencia—, Sobrarbe y Ribagorza nos deberán vasallaje a partir de ahora, y de eso podremos sacar en el futuro gran provecho. Vuestro hermano Gonzalo, si Dios no lo remedia, no vivirá mucho, y dudo que con su debilidad congénita pueda tener descendencia. Pronto, nuestros dominios se extenderán hacia el este, hasta los condados de la Marca Hispánica y, quién sabe si con el tiempo, aún más allá, incluso hasta llegar al mar.

Pensativo, Ramiro asiente mientras frunce el ceño. No le gusta oír a Gisberga hablar así de su hermano pequeño. De los tres que tiene, Gonzalo es el mejor, el más noble y sincero.

—Bajemos ya, mi señora —dice, interrumpiendo los ensueños de su bella esposa—. Nos esperan desde hace tiempo. Abrigaos bien pues hará un frío helador dentro de la iglesia.

Ramiro abre la puerta de la celda y ambos se dirigen en silencio por los oscuros corredores del pequeño monasterio hacia la iglesia recoleta que cierra por la linde sur el conjunto de piedra. Los muros que los rodean exudan humedad. Se oyen las gotas de agua que resbalan por ellos hasta morir agotadas entre las losas bastas del suelo. Un tenue color verde brillante se extiende también por doquier entre sus piedras, consecuencia del extraño efecto que produce la permanente falta de luz en los líquenes que habitan perennemente en ellas.

Cuando llegan al templo, descienden por una angosta escalera, y se postran en la cripta al lado de Otón, frente a la urna que contiene el basto cáliz de madera que utilizó Cristo Nuestro Señor y sus doce apóstoles en la Última Cena: el Santo Grial de la Primera Consagración. Allí deberán permanecer recogidos una buena parte de la noche celebrando la vigilia purificadora que los preparará para conmemorar solemnemente, al día siguiente, el nacimiento del Cristo Redentor.

Fuera, entretanto, ha dejado de nevar. No sopla ni una brizna de viento y tampoco se escucha ni el más leve ruido que pueda perturbar las oraciones del rey. Todo es paz, silencio y quietud en San Adrián para recibir al Hijo de Dios.

El León Rojo, Pamplona. Cuaresma, 1036

Vellido Tructesíndiz, el alférez vizcaíno, ha progresado mucho durante sus años al servicio de Sancho. Atrás quedaron sus correrías en Galicia y todo el horror provocado hasta su partida. Retornado a Pamplona, y con su cabeza puesta a precio, tiene en adelante la intención de mejorar todavía mucho a las órdenes de García, su nuevo señor. Cuenta para ello con los buenos servicios que ya ha prestado a la monarquía y con la próxima caída en desgracia de Egilón, el viejo *spathario* que, a causa del tiempo pasado, ya no es ni una mala sombra de lo fue antaño.

Con él comparte ahora un cuartillo de vino en uno de los figones más retirados de la ciudad, un

pequeño establecimiento sucio y oscuro, acodado contra el lienzo oeste de la muralla, cerca de la torre barbacana.

—No espero ya nada bueno del alcázar —está diciendo Egilón—. García nada tiene que ver con su padre, que era hombre de honor. Es taimado, rencoroso y retorcido. Poco llevadero, en cualquier caso, para un hombre como yo. Por eso, tan pronto como tenga licencia, dejaré el servicio del rey. Hora es de que pueda vivir mis últimos días en paz haciendo aquello que realmente me gusta: beber, cazar y fornicar, porque de matar voy bien cumplido.

Con una abierta sonrisa, Tructesíndiz asiente complacido a las palabras del gigante.

—¡Cuánta razón tenéis, señor! Pocas cosas más hay verdaderamente buenas en la vida.

—He sabido además que el rey va a relevar a todos los magnates del servicio del alcázar. También a mí, por tanto —continúa diciendo Egilón, frunciendo el ceño—. Dicen que solo Enecóniz permanecerá a su lado.

—Yo he oído, también —dice Tructesíndiz en voz baja—, que es el dom Gómez, el clérigo que le enseñó todo lo que sabe, el que realmente gobierna ahora en Pamplona. Nada se mueve sin que pase por sus manos.

—Así parece ser, aunque a mí esas intrigas palaciegas ya poco o nada me interesan. He vivido una vida plena al servicio de mi rey. Sus ojos fueron mis ojos, su boca, mi boca y su brazo, también el mío. De nada puedo quejarme. Me iré con una buena bolsa, con muchos deudores de mi acero en el mundo de las sombras, y con la tranquilidad de saber muy bien lo que, en adelante, deseo hacer.

—Y yo os admiro por ello, señor, lo sabéis bien. No soy más que uno de vuestros muchos deudores, por todas las mercedes que me habéis hecho. Sabéis también que deseo progresar allí dentro, y por eso me atrevo a pedir os que me ayudéis de nuevo. Siempre tendréis en mí a un amigo agradecido.

Egilón, que no tiene muchas luces, mira al vascón de soslayo, entre curioso y asombrado. No tanto por su osadía como por su cuajo. Sabe que no es hombre de guasas, y que no cabrían en el figón puestas en pie todas las almas que ha despachado. Aun así, duda antes de contestar.

—Poco puedo hacer yo sobre eso. Sin embargo, os diré que vuestras hazañas en Galicia tuvieron gran eco en la cámara, y que seguro no pasaron desapercibidas para García. Por eso, a poco que os mostréis por el alcázar, seguro que tendréis una buena oportunidad. Pocos hombres con vuestra experiencia y tan serios como vos con el acero.

—Por cómo fueron las cosas en Oña tras el entierro —añade Tructesíndiz—, parece que pronto habrá trabajo para todos a destajo. ¡A fe mía que cada uno de los hijos de Sancho va a necesitar pronto muchos y buenos carniceros, y yo tengo a mis órdenes una buena partida de los mejores del reino!

—Jugad bien vuestros naipes, pues —termina diciendo Egilón—. De mi nada habréis de temer. A una palabra del rey, recogeré los bártulos y me iré al norte, hacia la madre tierra que me vio nacer. Como os he dicho, a beber, a cazar y, sobre todo, a fornicar lo que pueda mientras me queden fuerzas.

—¡Sea pues, Egilón! Cuento con vos y, después, perded cuidado que no olvidaré lo mucho que por mi habéis hecho, por si en vuestro retiro os hace menester.

Covarrubias, Reino de Castilla. Pascua de Resurrección, 1036

Terminados que son los oficios, Gundulfo, párroco de San Cosme y San Damián, después de

asegurarse de que todos los objetos del culto han quedado bien guardados en la sacristía, se dirige a la puerta de salida, donde le espera el misario, listo para cerrar la iglesia a cal y canto.

Balanceando su oronda figura, sale a la calle y toma el camino más largo de los dos que puede tomar a diario. A esta hora de la tarde de un día primaveral, nada hay más placentero para el cura que pasearse lentamente por la ribera del Arlanza, que baja bien crecido este año porque la estación se ha adelantado. Hace un día delicioso y, llegando ya el ocaso, el sacerdote, antes de acudir puntual a su cita diaria con la infanta, se demora todo lo que puede junto río observando las aves que ya han llegado.

A la puerta del torreón, inicia Gundulfo, resoplando, la trabajosa ascensión que lo conduce a la cámara, donde, con la sola asistencia de una dueña, vive Urraca aislada desde hace ya muchos años, de los que los últimos, por sus muchos achaques, ni siquiera baja a diario a la capilla del cenobio para celebrar la eucaristía.

Piensa Gundulfo, que tampoco es ya un pollo, que resulta milagroso que Urraca continúe con vida. «Sesenta años ha cumplido y parece que, con ella, Dios no tenga mucha prisa». Es cierto que apenas se mueve, y que su cuerpo, antaño enjuto, no es más que un conjunto de piel acartonada pegada a los huesos, pero también lo es que conserva una lucidez envidiable, tanto del pasado ya vivido como de la penosa situación que hoy atraviesa, no se sabe ya muy bien, si el condado, como pretende Bermudo, o el reino como patrocina Fernando, el conde, su sobrino nieto.

—¿Estáis ahí, Gundulfo? —la vista de Urraca solo le permite distinguir sombras.

—Sí, mi señora, aquí estoy, como siempre a esta hora.

—¿Qué ha habido de nuevo en los oficios de Pascua, señor cura?

—Nada nuevo, mi señora, más que un delicioso día de primavera.

—Ha venido un mensajero esta mañana con noticias de Burgos. Al parecer, el conde o el rey, como quiera que sea que lo llaméis, está recogido estos días en Arlanza para celebrar la Pasión de Cristo, y me manda aviso de que vendrá a verme uno de estos días en su camino de regreso.

—Buena noticia es esa, mi señora —replica confiado el cura, sin pensar mucho en su respuesta—. Os alegrará verlo y cambiar así vuestra rutina de todos los días.

—¡Erráis, Gundulfo, una vez más, como siempre que os precipitáis! —le regaña la vieja con una energía sorprendente para una mujer de su edad—. No me parecen a mí esas muy buenas nuevas. Si viene a verme no es por mi solaz, sino porque algo desea. ¿Y qué otra cosa ha de querer que todo lo que hemos conseguido guardar durante estos años con nuestro esfuerzo y frugalidad? Castilla pasa momentos de estrechez, y Fernando querrá sacar algo de dónde cree que todavía hay.

Tras recapacitar un momento, Gundulfo reconviene a la infanta, muy serio.

—Perdonad, mi señora, pero no son esos menesteres de mi incumbencia, ni tampoco de mi comprensión y conocimiento. No soy ducho en más política que la de mi pequeña iglesia, y de eso, de nuestra fe y no de cosas mundanas, deberíamos reflexionar hoy, cuando celebramos la Pascua de Cristo Nuestro Señor.

—No es política, Gundulfo, es osadía, y también latrocinio —replica resignada Urraca al cabo de un rato, mientras mueve repetidamente la cabeza de lado a lado—. Pero si al final viene, que venga, y si pide, huelga. En su mano está pedir y en la mía no dar. Aunque sea con este hilo de vida que me queda, no voy a permitir que nadie, ni siquiera el conde de Castilla, expolie lo que es mío.

Con estas cavilaciones y otras parecidas, continúan confesor y confesada, hablando unas veces y meditando otras, en el tenebroso torreón construido hace ya bastantes años para su hija por el

conde Sancho García, a cuyos aleros se acercan de anochecida las primeras golondrinas, que ya han vuelto a Covarrubias para anidar y formar familia tras su larga peregrinación invernal.

Monasterio de Arlanza, Reino de Castilla. Pascua de Resurrección, 1036

—¿Por qué os negáis a venir conmigo? Sabéis lo mucho que os necesito.

—Porque mi sitio está aquí, mi señor.

Fernando y Auriolo pasean pausadamente alrededor del claustro tras los oficios de vísperas. Ambos visten ropa talar, que usa habitualmente el rey de Castilla cuando se retira al monasterio a rezar. Una luz pajiza y crepuscular envuelve sus pilares de piedra. La temperatura exterior, agradable durante el día, baja rápidamente a esta hora, a medida que se acerca la noche, por efecto de la humedad que sube del río. En nada sonará la campana del refectorio que los llamará a cenar con dom Nuño, el abad y el resto de la comunidad.

—Mañana parto, y no sé lo que tardaré en regresar. Se avecinan tiempos de gran tribulación para Castilla, y por eso os pido que recapacitéis, porque os quiero en Burgos, a mi lado. Pocas son las personas en quienes todavía puedo confiar y, desde luego, en ninguna como en vos, amigo mío.

Auriolo, las manos recogidas dentro del hábito, guarda silencio, se detiene en medio del corredor, en la parte del claustro que mira a poniente, por la que se filtran los últimos rayos de sol del día y, mirando a Fernando, dice sincero:

—Mi señor, soy vuestro más leal servidor y fiel vasallo, y estaré siempre aquí, para lo que deseéis. Acudiré también presto a vuestra llamada, no importa dónde os halléis, cuando así tengáis a bien disponerlo. Pero, os lo ruego, no me pidáis que renuncie a Arlanza. Toda mi vida ha transcurrido entre estos muros, y no creo que pudiera vivir lejos de ellos. ¿Recordáis cuando siendo niños viajamos juntos a Silos en aquella memorable jornada? Entonces, pensadlo bien, me hicisteis una pregunta que tiene mucho que ver con lo que hoy me pedís. Pues bien, tal y como os respondí entonces, os contesto ahora: solo le pido a Dios que me permita vivir el resto de mi vida en este meandro del Arlanza a donde el destino me trajo cuando era niño.

—Habéis visto el codicilo que escribió mi padre antes de morir. En él se encuentran las claves de lo que puede acontecer en el futuro. Veis, por tanto, igual que yo, lo preocupante que es la situación, y conocéis a la perfección lo mucho que nos jugamos en el envite, Castilla y yo.

—Mi señor, aprecio mucho la confianza que me habéis hecho con las últimas voluntades del rey Sancho. Vuestro padre tenía mucha razón con sus advertencias. La posición que ocupáis es comprometida. Bermudo controla todo el Occidente castellano. Sus huestes no solo han atravesado el Cea en Sahagún, sino que ya están al otro lado del Pisuerga y controlan Castrojeriz, Villadiego y los alfores de Belbimbre y Palenzuela, lo que pone vuestra capital en una situación harto difícil, aún a resguardo de sus gruesos muros de piedra. Es también conocido que el rey de León clama venganza por lo que vuestro padre le hizo, y que no cesará en su empeño hasta recuperar Castilla. A ello se apresta ahora con la legitimidad de sangre que le da su esposa Jimena, hermana del difunto conde García. En el oriente, la situación no es mejor, aunque debería serlo. Vuestro hermano García controla la Bureba, Álava y Vizcaya, y sus huestes acampan ahora a tiro de piedra de Burgos. Dicen que incluso ambiciona las Asturias de Santillana. ¡Si hasta aquí, a Arlanza, ha llegado no ha mucho alguna de sus avanzadas!

—¿Qué debo hacer entonces, querido amigo? ¿Cómo puedo salvar esta situación?

—Humildemente, mi señor, creo que os toca aguardar. Vuestro gran momento todavía no ha

llegado aunque, si hacéis bien las cosas, podríais prevalecer en el futuro. Haceros fuerte en Castilla mientras ganáis tiempo. Buscad cada día la confianza de infanzones y eclesiásticos. Favorecedlos. Consolidad vuestro poder en el territorio que os queda. Haced acopio de recursos y preparaos discretamente para la guerra. Mientras tanto, parlamentad con los dos poderes que amenazan hoy con destruirlos. Hacedles creer que no os parecéis a vuestro padre. Que, a diferencia de él, sois hombre de paz y, cuando os veáis lo suficientemente fuerte como para hacerles frente, aliaros con uno de ellos para destruir al oponente. Cuando lo consigáis, a partir de ese mismo momento, seréis vos el que dicte las reglas y ya nada volverá a ser igual.

Fernando permanece en silencio reflexionando sobre las palabras de su amigo y, tras un rato de espera, arranca de nuevo a andar. Pensativo, sin mediar una palabra más, encamina sus pasos hacia el refectorio, donde ya ha sonado la campana. Auriolo, recogido también en los suyos, lo acompaña unos pasos detrás.

Poco a poco, todos los monjes fluyen por los corredores de piedra para sentarse alrededor de la larga mesa de madera, donde en nada comenzará la cena. Cuando llega Fernando, acaba de iniciarse la lectura de la Regla que todos, en silencio, escuchan mientras que las viandas llegan.

CAPÍTULO XIV

Roda de Isábena, Reino de Sobrarbe y Ribagorza, veintiocho leguas al este de Jaca. Primavera, 1036

—¿Cómo ha ido vuestro viaje, mi señor? —Brádila es el maestro cantero que dirige las obras de la seo que, bajo la advocación de san Vicente mártir, se construye desde hace unos años en Roda, en la cima de una colina que domina el espectacular valle del río Isábena. Es de mediana estatura y fuerte constitución. Tiene brazos nervudos, manos endurecidas de tanto golpear la piedra y una barba rala, como a trozos, que le cubre solo en parte la cara. Es, además, como son todos los lombardos, hombre de no muy buenas costumbres, aunque temeroso de Dios.

—Ha sido tranquilo y agradable, maestro, como corresponde a la estación —contesta Gonzalo—. Hace ya días que salimos de Aínsa, tras pasar el invierno en su húmedo castillo, con la intención de retirarnos durante algún tiempo en San Victorián, arriba, en la ladera de la montaña. Allí, a la sombra de sus gruesos muros, hemos preparado nuestra alma lo mejor que hemos sabido para enfrentarnos en paz con Dios a este nuestro primer viaje por el reino entero. La estancia en el monasterio ha sido venturosa, por la gracia de Dios. La naturaleza ha explotado durante esos días en mil colores, y a la paz espiritual que rebosa el establecimiento se ha sumado la alegría de todos sus miembros por la vuelta a la vida de todo lo bueno y lo bello. En verdad os digo que, tras un invierno triste y lúgubre encerrados en aquel agujero, nada habría podido alegrarnos más el ánimo que los días que pasamos allí.

—Buenas nuevas nos traéis entonces, mi señor, y, en efecto, se os advierte mucho más alegre que el año pasado. Y ahora, en esta visita, ¿permaneceréis, por ventura, más tiempo entre nosotros?

—Ese es mi deseo, maestro, para que me pongáis al día sobre la marcha de las obras. Ganas me quedaron entonces de conocerlo todo mejor. Es seguro que descansaremos aquí unas semanas antes de partir, a comienzos del verano, hacia Alaón, para disfrutar del estío en su monasterio, a orillas del Noguera, en los confines del reino.

—Entonces, nada me placará más, mi señor, que hablaros de nuestra seo, y explicaros, de paso, el pausado ritmo que por fuerza siguen los trabajos. ¿Por dónde queréis que comencemos?

El rey se levanta y, acompañado por el cantero, se dirige a una mesa de madera sobre la que, en medio de la estancia, descansan un conjunto de pergaminos desordenados con los dibujos y croquis que sirven de guía a la construcción. Moviéndose lentamente a su alrededor, Gonzalo y el maestro Brádila continúan con la conversación.

—He visto al llegar que, tal y como decís, no han avanzado mucho los trabajos. Vamos a intentar, con la ayuda de Dios, cambiar esa situación. Enseñadme, si así lo deseáis, los bocetos que habéis hecho. Una vez puesto en materia, podremos salir y visitar las obras con más conocimiento. Allí, sobre el terreno, será más fácil hacerse una idea. Tened en cuenta que soy lego en todo esto y que deberéis tener paciencia con nos.

Gonzalo mira los dibujos y, mostrando tanto interés como poca comprensión, vuelve a charlar con el maestro.

—He observado que las dimensiones que habéis planteado son muy generosas para lo que es habitual en esta región.

—Así es, mi señor, cuarenta varas de largo nada menos tendrá la nave central y algo más de treinta cada una de las dos laterales por quince varas totales de anchura.

—Nada tan grande se había visto hasta ahora por estas tierras —dice el rey.

—Pero sí en Lombardía, mi señor, de donde soy natural —contesta el cantero, al tiempo que comienza una descripción prolija y precipitada de lo que está construyendo—. La nave central estará rematada con una bóveda de medio cañón apuntado sustentada con arcos fajones, que se apoyarán en cuatro gruesos pilares cruciformes. Las naves laterales terminarán, sin embargo, con una bóveda de arista. Los arcos formeros de separación entre las naves serán, a su vez, de medio punto.

—Gran ambición parece tener vuestro proyecto, maestro, pero id con calma en la explicación, ya os he dicho que soy lego.

—Perdonad, mi señor, por la precipitación. Como os decía, las naves se cerrarán en una cabecera mirando al oriente con tres ábsides semicirculares, el del medio más ancho que los de los laterales.

—Y decidme, maestro Brádila —pregunta Gonzalo, abrumado ya por la prolija explicación—, ¿hasta dónde habéis llegado con vuestros trabajos?

—Desgraciadamente, no muy lejos, mi señor, puesto que nuestros recursos han sido hasta ahora escasos. Poco hemos avanzado en estos años, y mucho es el esfuerzo que nos ha costado llegar hasta donde estamos. Veréis cuando salgamos que hemos rematado ya la gran cripta situada bajo el suelo de la cabecera. Esta cripta, que se divide a su vez, siguiendo el diseño de las naves, en tres —la Central, la de la Epístola y la del Evangelio—, tiene la particularidad de estar levantada a la misma altura que la nave central para abrirse directamente a ella. Como consecuencia de esta configuración, el presbiterio y el altar mayor, que se construirán encima, quedarán en un plano mucho más elevado que el del suelo de las naves, para mayor gloria de Dios Nuestro Señor.

—¡Pardiez, asombroso diseño, maestro! No dudo que lo hayáis visto allá por vuestras tierras, pero nos cuesta mucho imaginarlo aquí sin verlo hecho.

—Salgamos, pues, mi señor. Veréis que, si os lo explico fuera, sobre el terreno, será mucho más fácil de comprender.

—Salgamos, sí, pues hace un día especialmente bello. Mucho me placera entretenerme viendo cómo trabajan los canteros. En verdad os digo que la construcción de un edificio tan grandioso bien merece un reinado, y dispuesto estoy a ponerme a ello para mayor gloria de mi Casa y de Jesucristo Nuestro Señor.

Ribera del Curueño, doce leguas al norte de la capital, Reino de León. Estío, 1036

La comitiva se ha detenido a descansar a la vera del puente romano, mientras que el rey y la reina, con sus monturas, se han adelantado un trecho hasta una zona sombría donde el agua se remansa. Atrás han dejado el desfiladero tallado en piedra por el que, además del río, discurre la calzada que los antiguos dueños de estas tierras trazaron, a través de la montaña, para comunicar la costa norte con la capital del reino.

Tras dejar sus monturas atadas a la rama de un álamo de la ribera, la joven pareja se acerca a la orilla y se sienta con sus espaldas apoyadas contra una gran peña. Hace un día realmente espléndido. A esta hora, la sexta, el sol aprieta y, en verdad, tras la larga cabalgada, nada apetece más que refrescarse en el agua.

Hace unas semanas que los reyes partieron de León para su viaje anual de asueto por la cara sur

de las montañas. Tras pasar por el castillo de Luna, recorren ahora la ribera del Curueño antes de regresar mañana a la capital, donde graves decisiones les esperan.

Pero hoy, disfruta Bermudo del día al lado de su joven y bella Jimena, con la que hace apenas un año se desposó. Aunque nunca se habían visto antes del enlace, las cosas no les han podido ir mejor. Los jóvenes esposos se entienden, se aman y se desean con fuerza, y es precisamente en este momento cuando la reina se dispone a contar al rey la buena nueva que no ha mucho tiempo ha descubierto.

Bermudo acaricia el rostro de su joven esposa mientras la mira a los ojos con devoción.

—¡Qué bella sois, Jimena!

—Y vos, mi señor, qué galante y apuesto —Jimena contesta y se complace de que el rey se pasee por su piel descubierta.

—Ojalá pudiéramos detener aquí y ahora el tiempo, mi señora. Ningún momento que vivamos en el futuro podrá ser ya mejor.

Jimena calla y observa absorta cómo el agua embalsada corre lentamente hacia una ligera caída del terreno en la que su discurrir se acelera por un estrechamiento.

—Mi señor —dice, sonriendo—, hay algo muy importante que debéis saber. No es seguro, pero ya he tenido dos faltas y mis dueñas insisten en que estoy en estado de buena esperanza.

—¿Qué decís, mi bella? —exclama el rey, jubiloso, llevándose a sus labios las manos de su esposa. ¡Si antes os hablaba del momento perfecto, ahora sí que mi felicidad es plena!

—Espero, mi señor, que sea el heredero que deseáis.

—Lo será, por la gracia de Dios, y se llamará Alfonso, como mi padre, el gran rey.

Bermudo, con una sonrisa franca, acerca su rostro al de ella y con sus brazos la aprieta con fuerza.

—Nunca me habéis hablado de vuestro padre —dice su esposa, apartándose un poco—, y ya que lo mencionáis, mucho me gustaría que me contarais algo más sobre la devoción que sentís por él

—Poco hay que decir, Jimena. Murió en el moro de un flechazo artero cuando yo era niño, y me dejó un reino plagado de conflictos. Mi vida, desde entonces, ha sido como el calvario del Señor camino del Gólgota hasta que, por su Gracia, os vi la primera vez. Desde entonces, mi suerte, al igual que mi vida, parecen haber cambiado para siempre gracias a vuestra alegría.

Jimena se suelta de los brazos de su esposo con una sonrisa, se levanta y, pícaramente, sujetándose el brial y la camisa por encima de las rodillas, introduce sus piernas desnudas en el agua fresca.

—¡Venid, mi señor, veréis qué cristalina es!

El rey se levanta, se quita las calzas y se aproxima a su esposa para salpicarla. Continúan los dos con ese juego inocente hasta que, jadeantes y empapados, vuelven a sentarse en la orilla. Mientras se acomodan, el rey, impaciente, comienza a acariciar embelesado el vientre de su esposa, allí donde se aloja el que será su heredero. Pronto, los besos, cada vez más intensos, acompañan a las mutuas caricias por todos los rincones de sus jóvenes cuerpos hasta que, dentro del agua, con dulzura, sus sexos se funden una vez más, como hacen cada día, concentrados felices en el amor y en el deseo.

Al cabo de un tiempo, con sus ropas todavía mojadas pero ya serenos, toman de la rienda a sus caballos y, entre sonrisas cómplices y requiebros, se dirigen caminando hacia el puente, donde les espera, desde hace un buen rato, la comitiva regia.

—Bonito día, mi señor —dice Pedro Laínez, en cuanto llegan.

—Bonito, sí, Laínez, y bien caluroso, por cierto.

—Buen solaz, sin duda, son estas riberas del Curueño, mi señor, aunque ahora debemos montar presto y continuar nuestro camino río abajo. Sería bueno avanzar unas millas para acampar esta noche en su confluencia con el Porma, si queremos llegar mañana frescos. Recordad que el heraldo de Castilla nos espera en León desde hace días y que trae con él graves cuestiones a las que con diligencia debemos atender.

—Ahora que estamos a las puertas de Burgos —murmura el rey en voz baja—, los navarros nos mandan un heraldo. Cosa distinta nos mandaban antes cuando el viejo zorro, mal demonio lo lleve, porfiaba por aniquilarnos.

Cansinamente, pues el sol todavía aprieta, el grupo de jinetes se va poniendo en marcha. Bermudo, pensativo, mientras observa el espectacular entorno del río, recuerda los dulces momentos que acaba de vivir. «Bendito sea Dios que me dio una esposa tan bella y dispuesta — piensa— y que me manda tan pronto un heredero. Antes de un año, por la sangre de Jimena, conseguiré para Alfonso, mi pequeño, un nuevo cetro».

Monasterio de San Pedro, Jaca, Reino de Aragón. Estío, 1036

A orillas del río Aragón, a unas buenas cinco leguas del paso pirenaico de Somport, se alza la ciudadela de Jaca; poco más que un castro fortificado a cuya sombra se fundó hace más de cien años, con monjes de San Benito traídos de Siresa por el conde Galindo, el monasterio de San Pedro. En él, mientras se acondiciona intramuros algún tipo de residencia, han pasado el invierno y la primavera, con bastantes incomodidades, los reyes de Aragón: Ramiro y Gisberga.

La primera impresión que tuvo Ramiro al llegar, en lo más crudo del invierno, a la que será la capital de su reino, no fue, desde luego, muy buena, tanto por la pobreza y escasez de sus construcciones como por lo menguado de su población. Solo el monasterio, situado extramuros cerca del río, se salva, a juicio del rey, de la general decrepitud. Por eso, Ramiro se ha propuesto, durante estos meses de retiro forzado por las inclemencias del tiempo, construir una verdadera capital partiendo de San Pedro y de su pequeña iglesia. No es gran cosa, pero servirá para empezar. Para ello, se dispone a fijar por la fuerza en su nueva capital la sede episcopal itinerante de Aragón, que hasta la conquista sarracena había estado en Huesca, convirtiendo en obispo de Jaca a Otón. Con la sede vendrá una catedral y, con ella, el Santo Grial de Cristo Nuestro Señor, que tanta impresión le causó cuando, orando, se postró ante él en la cripta de San Adrián la pasada Navidad.

También ha cavilado durante el invierno pirenaico que Aragón, si quiere sobrevivir, debe salir de estos valles entre montañas que ahora ocupa y crecer a costa de sus vecinos. Para ello, tal y como propuso Gisberga, deberá empezar por extender sus dominios hacia el este a costa de las tierras de su hermano, en Sobrarbe y Ribagorza, hasta llegar a la Marca Hispánica, en el Condado de Pallars. Desea asimismo tantear las fuerzas de la Taifa de Zaragoza, que cubre toda la frontera sur del reino. Piensa que, por mucho que crezca Aragón hacia el este, su verdadero destino está en el sur, en la lucha contra el sarraceno, como su padre le dejó dicho en el codicilo que le dejó. Muchos proyectos, pues, los que ha madurado Ramiro este invierno con su esposa que, por cierto, va tan sobrada de belleza como de ambición.

Pero, antes de acometer toda esa faena, Ramiro se ha puesto, tan pronto como el tiempo lo ha permitido, a construir intramuros una verdadera residencia: una especie de *pallatia*, mitad castillo y mitad alcázar, acorde a la dignidad del nuevo reino, que le permita abandonar cuanto antes la hospitalidad monacal.

En sus proximidades, a primera hora de una mañana limpia de verano, pasea descuidado Fabio, el escudero, mientras observa cómo los canteros colocan, una sobre otra, las piedras de los cimientos sobre los que pretenden levantar el resto.

—Buen día, mi señor —le saluda Fagildo, el maestro de obras llegado de Pamplona para dirigir la construcción.

—Buenos son, maestro cantero, sobre todo para que os afanéis en el trabajo que os ha encargado mi señor.

—En eso estamos, señor escudero, porque sabemos bien que el tiempo apremia. Ya veis que el foso está terminado al fin conforme al boceto que nos entregó el rey, y que va a buen ritmo la laboriosa construcción de los cimientos. Comprobaréis que no es labor de un día. Tenemos poca gente y el material no sobra. Faltan canteros, picapedreros, mamposteros y lucidores. Y también bueyes y carretas para transportar la piedra.

—Esto no es Pamplona, maestro. Poca gente hay disponible en estos valles perdidos entre montañas, y más aún en época de siega; aunque pronto vendrán refuerzos a medida que vaya avanzando la estación.

Fabio, tras el ligero intercambio, intenta reanudar su paseo al fresco por el interior del castro, pero el maestro cantero no se lo permite, pues insiste con la conversación.

—Veréis también, señor, que levantamos sobre cimientos sólidos. De dos varas de ancho, nada menos. Observaréis además que construimos en sillería, con buenas lascas de piedra unidas con mortero de cal y argamasa. Levantaremos el muro interior primero y, a medida que este avance, iremos levantando el exterior. Por eso, necesitamos pronto más niños para meter en medio el mampuesto.

—¿Cuántos canteros navarros habéis traído con vos?

—Doce, señor, que han cundido como veinticuatro en el poco tiempo que llevamos.

—Bien, Fagildo, continuad entonces con el trabajo, que yo seguiré con mi paseo de inspección. No cejéis en vuestro empeño, porque, en cualquier momento, vendrá a veros el rey, mi señor, que, como podréis imaginar, ya va estando cansado de tanto monasterio.

El día es bueno y Fabio piensa, mientras se aleja del cantero, que ojalá se mantenga el tiempo y no se cierren los cielos con una de esas tormentas que tan habituales son en estos parajes al final del estío. «Mañana parto temprano para Alaón. Debo preparar la visita de mi señor a su hermano, el rey Gonzalo, y nada me gustaría menos que los caminos, ya bien malos en las tierras altas, estén además embarrados».

Alcázar de León. Final del estío, 1036

Cansado de esperar está Nuño Álvarez, heraldo del rey de Castilla, porque muchos son los días que Bermudo lo ha tenido aguardando sin nada más que hacer que ver pasar el tiempo a su lado. Bien es cierto que la embajada que trae a León solo busca ganar tiempo, por lo que piensa que, queriendo el rey humillar a Fernando, lo que realmente ha hecho es promocionarlo. Hoy, finalmente, se ha decidido Bermudo a hablar con él de su encargo y para ello lo ha citado a media mañana en el alcázar.

Nuño, ya señor de Amaya tras la muerte de su padre, se ha levantado temprano y, después de sus oraciones, se ha dado un buen paseo a caballo. Ha ido hacia el este, tal y como le pidió Xaia: «El mismo día en que os vaya a recibir el rey, hacedme la merced de visitar las ruinas del castro, el

que fue mi hogar durante años. Allí comprobaréis por vos mismo la ruindad y crueldad de Bermudo, y eso os preparará harto bien para el desempeño que tenéis que hacer».

Ahora, tras el paseo, se dirige al paso al alcázar. Dificil encargo trae, aunque al menos ahora hay esperanza. Hasta hace pocos días, pensaba en recoger sus pertenencias para volver a casa, perdida ya la paciencia tras semanas de espera. Las instrucciones que recibió de Fernando y de Xaia antes de partir de Burgos fueron sencillas y claras: «No importa lo que os pida, dadle largas. Lo único que necesitamos ahora es ganar tiempo antes de la batalla».

Tras entrar en la ciudad por la puerta del Obispo y dejar atrás San Pelayo, llega Nuño a la puerta del alcázar, baja de su montura en el patio de armas y sube decidido las escaleras que conducen directamente, tras pasar por el puesto de guardia, al salón del trono.

Allí está Bermudo, acompañado por los magnates, con Laínez de pie a su vera, arrogante y convencido de que nada ni nadie podrá pararlo.

Con la soberbia que le infunde su poderío, la cercanía de sus tropas a Burgos y la preñez de la reina, se dirige en tono condescendiente al legado de Fernando:

—Levantaos, Nuño. Espero que hayáis disfrutado de León y de su alfoz durante el verano. Deseo que os hayáis sentido aquí tan amigo como bienvenido.

—Así ha sido, señor, porque mucho dan para gozar estas tierras, y más aún en un verano como este en el que el sol ha sido tan benigno con las mieses.

—Conocí en mi niñez a vuestro padre, Nuño, porque acompañó al conde García en aquel desgraciado viaje que terminó con su vil asesinato justo aquí enfrente, en San Pelayo.

—Aciago día fue aquel, señor, para León y sobre todo para Castilla.

—Muy cierto que lo fue..., pero seguro que no habéis venido hoy aquí para hablar de eso.

—Así es, señor. Me envía el rey Fernando para que os transmita un mensaje de concordia y de paz. El único deseo del rey es que Castilla y León puedan dejar a un lado sus cuitas.

—Loable deseo es ese que demuestra mi cuñado, si no fuera porque yo soy el verdadero cuitado y él el cuitador con sus navarros.

—Tiempo ha que ocurrió todo eso, señor, y, para no faltar a la verdad, el rey Fernando no tuvo ninguna responsabilidad en lo que sucedió.

—Cierto es que fue el bellaco de su padre, y también que por esa causa arderá a estas horas con todos los malvados en el fuego eterno del Infierno, pero también es buena verdad que el ejército del navarro estaba cuajado de caballeros castellanos.

—Por eso, señor —continúa diciendo Nuño sin entrar a ninguna de las provocaciones que el rey le presenta como reclamos—, porque mi amo no tiene ninguna responsabilidad personal en todo aquello, estoy hoy aquí, para comenzar una nueva relación.

—Bien está que hayáis venido, y quiero que, por ello, manifestéis mi agradecimiento a mi cuñado, pero la realidad es que mis tropas acampan ahora a menos de una jornada de Burgos y que, a poco que yo quiera, podré tomar por la fuerza la ciudad y con ella todo el condado para traerlo de nuevo a mi obediencia.

—Aunque eso fuera cierto, señor, también lo es que nunca se construyó nada duradero por la fuerza, y que Castilla y León han de ser necesariamente en el futuro buenos vecinos, con una duradera relación de amistad que nos permita pelear de nuevo juntos contra nuestro verdadero enemigo, que no es otro que el sarraceno.

El rey observa ahora detenidamente a Nuño antes de volver a hablar. Es joven, alto y bien parecido. Es audaz, además, como todos los de la Casa de Amaya, y se trae la lección bien

aprendida. Piensa Bermudo que, de una manera o de otra, habrá de hacerse con el control de Castilla, pero que mejor sería hacerlo por las buenas. Por eso, añade, dispuesto:

—Decidle al conde que estoy preparado para retirarme hasta el Pisuerga y respetar sus derechos sobre esas tierras. Pero habrá de renovar, rodilla en tierra, sus vínculos de vasallaje con el trono en el que hoy me siento, y deberá hacerlo en público, en una solemne ceremonia que tendrá lugar aquí, en este salón, en presencia de magnates y dignidades.

—Así se lo transmitiré, señor, pero es mi deber recordaros que la reina Sancha, vuestra hermana, llevó como dote al matrimonio con el rey Fernando los Campos Góticos y, por tanto, todas las tierras que delimitan el Pisuerga por oriente y el Cea por occidente. También, señor, desearía recordaos que en tratado solemne consentisteis, no ha mucho, en la supresión de ese vínculo feudal y reconocisteis a Fernando como legítimo soberano de Castilla.

—Lleváis razón en todo lo que decís —contesta Bermudo con una leve sonrisa—, pero los tiempos han cambiado. Nunca más será Castilla reina sino vasalla, y León controlará directamente desde ahora todo el territorio hasta el Pisuerga. Así lo he dispuesto y así se lo haréis saber a vuestro señor.

Se levanta Bermudo del trono y, con un gesto de su mano diestra, indica al señor de Amaya que la audiencia ha terminado. Tras hacerlo y ver cómo el castellano se retira resignado, se dispone a salir y coge el camino que conduce a su gabinete. «Espero que hayan aprendido la lección estos malditos castellanos —piensa tranquilo, mientras camina despacio—. Cuando Fernando venga a León para el homenaje, será preso y asunto terminado».

Covarrubias. Reino de Castilla. Otoño, 1036

Unos leves golpes en la puerta sobresaltan a Gundulfo, que permanece despierto al lado de su manceba a la espera de que se le vaya pasando, poco a poco, la excitación de la que, como todas las noches, acaba de disfrutar a su vera. Pensaba, hace unos instantes, el buen párroco de San Cosme y San Damián en lo buena moza que es ella, en sus carnes prietas y en el buen servicio que cada día le presta. Pensaba también en que su cuerpo maltrecho ya va entrando en años, y en que cada vez le cuesta más cumplir con la recia costumbre de uno diario a que ambos se han habituado. Pero estos dulces y placenteros pensamientos se han disipado al mismo tiempo que Gundulfo se levanta del lecho y siente un frío intenso por todo el cuerpo. Tras ponerse el hábito por encima del sayón, se pregunta quién puede ser el desaprensivo que a estas horas de la madrugada llama a su puerta: «Será algún viático», piensa, desanimado.

Mientras se dirige a la puerta, le espera al otro lado un caballero embozado, tan alto y magro como grueso y bajo es nuestro párroco. Este caballero ha estado un buen rato esperando emboscado con su montura debajo del puente sobre el Arlanza que atraviesa el camino de herradura. Allí, avanzada la noche, ha dejado a su caballo bayo descansando bien atado, para poder estar de vuelta con él en la ciudad cuando despunte el día a fin de dar buena cuenta a su amo del cumplimiento del encargo.

Gundulfo descorre los cerrojos y levanta la tranca que hace impenetrable la puerta desde fuera y, tras abrirla, alumbrando con una vela, vislumbra entre las sombras la silueta del hombre embozado. Asustado por la siniestra figura, dice temblando en un susurro:

—¿Quién sois vos, señor, que a esta mala hora de Dios venís a mi puerta?

El caballero guarda silencio, lo que descompones todavía más al párroco. Tras unos momentos de espera, en los que observa perplejo y con detalle el desaliño del cura y el olor a sexo que lo

impregna —«consecuencia, sin duda, de reciente fornicio», piensa—, el visitante saca de su manto una mano que sostiene un pequeño frasco de cristal de roca y le dice al cura con voz seca, acercándosele:

—¡Tened esto, Gundulfo! Es un filtro poderoso que os envía mi señor con un encargo: mañana, a esta misma hora, la infanta Urraca debe haber expirado. Sabed desde ahora que os va la vida en el resultado.

Moshe Trebalio se quita el embozo, se da la vuelta, raudo, y, sin decir más palabra, desaparece entre las sombras, dejando al párroco asombrado, mirando el pequeño frasco que sostiene en su mano.



A esta hora, cuando la tarde cae sobre Covarrubias y los oficios han terminado, Gundulfo no para de dar vueltas con grandes zancadas a lo largo y ancho de la amplia sacristía. Está solo, y no sabe qué más hacer para secar el sudor frío que baña su cuerpo desde ayer. Siente que, cuanto más se acerca la hora de su visita, más se incrementa esa desagradable sensación de flojera que le ha acompañado durante toda la noche, que, por cierto, ha pasado en vela.

Llegado que es el momento, sin embargo, se llena de valor, cierra con un portazo la sacristía, sale de la iglesia sin despedirse del misario y, nervioso, se dirige por el camino más corto a la puerta del torreón. Una vez allí, la flojera que acomete involuntariamente sus piernas no solo no remite, sino que se incrementa. Aun así, resignado, remonta las empinadas escaleras. Allí, en la cámara, encuentra como siempre a su señora aletargada sentada en una esquina, como si Dios Nuestro Señor, a fuerza de tanto vivir la vieja, se hubiera olvidado por completo de ella. «Por si así fuera —piensa Gundulfo—, esta noche tendremos que darle un pequeño empujón para hacer algo de fuerza». Coge una silla, como de costumbre, y la acerca. A la tenue luz del crepúsculo que penetra por una de las troneras, Gundulfo susurra:

—Buenas noches, mi señora.

A lo que no encuentra respuesta. Insiste una vez más por si Urraca, ya muy dura de oído, no lo hubiera sentido.

—Buenas noches, mi señora —repite levantando un poco la voz.

Un silencio absoluto reina en la cámara, como si la dueña que habitualmente cuida a Urraca y que aguarda siempre en un habitáculo contiguo tampoco estuviera.

Al fin, se aventura el párroco un poco más cerca hasta tocarla levemente en el brazo con la palma de su mano. Al primer contacto, el montón de piel y de huesos que es la señora del Real Infantazgo se desmorona y cae con estrépito al suelo, a lo que parece, muerta.

Gundulfo, asustado, corre raudo hacia la puerta y llama insistentemente, a gritos y entre saltos, a la dueña, a la que pronto advierte subiendo a toda prisa las escaleras. Tan pronto llega, ve la escena y, con cautela, se aproxima a su ama muerta. Conteniendo un leve sollozo, ayuda al párroco a recogerla y ambos la colocan acostada en su catre, con mucha delicadeza. Después, mientras la dueña da la voz de alarma por la villa, Gundulfo se arrodilla, nervioso, a los pies del lecho donde yace el cuerpo inerte, y comienza a rezar a media voz una sentida letanía.

Sin embargo, mientras pide a Dios por el alma de la difunta, no puede evitar el cura que sus preces de salvación se conviertan sin quererlo en plegaria de acción de gracias, por haberle ahorrado el Altísimo el trabajo tan penoso que el rey, nuestro señor, le había encomendado, y que hubiera significado, sin duda, su eterna condenación.

CAPÍTULO XV

Burgos. Adviento, 1036

Las campanas de todas las iglesias, desde San Martín a San Gil, tocan al vuelo con alegría, volteadas sin descanso por sus campaneros. Es jornada de gran alborozo porque la reina ha alumbrado la pasada noche a una hermosa niña, a la que pondrán por nombre Urraca, la primera infanta de Castilla.

Las calles, a esta primerísima hora del día y con un frío polar, hierven ya de mundana actividad. Del castillo han dado orden de quitar las trancas a las puertas de la muralla antes de la hora habitual y los habitantes de la ciudad y de su alfoz, contagiados de optimismo por la buena nueva, se han echado a las calles, que bullen atestadas.

Las iglesias y los monasterios también han abierto pronto sus puertas, para que curas y monjes celebren por todo lo alto las ceremonias de acción de gracias que de ellos se esperan.

Los artesanos se disponen a atender a los transeúntes en sus desvencijados establecimientos de madera y los mercaderes han montado sus rústicos tenderetes a lo largo de las callejas. Hasta los figones más oscuros y otros locales de parecida reputación se afanan esta mañana, antes de la hora acostumbrada, al mismo ritmo al que suenan las campanas.

Mientras esto sucede, en la falda del cerro, en la pieza principal de una humilde casa de madera, Schlomo Xaia y Moshe Trebalio, tras sus abluciones y rezos, terminan sobre una estera de esparto las primeras oraciones del día, antes de que el primero acuda a la reunión del Consejo.

—Te doy gracias, Señor, rey viviente y eterno, porque has restituido con compasión mi alma dentro de mi cuerpo; grande es tu fidelidad —invoca Schlomo.

—Cantaré perpetuamente tus bondades, Señor. Con mi boca daré a conocer tu fidelidad de generación en generación —contesta Moshe.

«No será una reunión fácil —piensa Schlomo mientras se incorpora—. El rey esperaba ansioso un heredero».

—Regresaré tarde esta noche —dice—. Fernando necesitará de mí todo el día. Permaneced alerta, Moshe, y ciudad bien la entrada. La ciudad está atestada, plena también de rufianes que rondan las casas.

—Descuidad, mi señor. Todo estará en orden a vuestro regreso.

Al mismo tiempo, por la puerta de Santa Gadea, al sur del cerro, entra caballero en la ciudad, Diego Laínez, infanzón de Vivar, capitán del rey y *spathario* de la Guardia. También acude a la cita con Fernando, pero lleva tiempo de sobra para gastarlo antes con su suegro, Ruy Álvarez, señor de Noreña y caballero del rey. Acomete, pues, en su montura, las calles abarrotadas camino de la morada familiar en el barrio de San Esteban, desde donde, juntos, acudirán a la cita real. Diego Laínez es soldado bragado en mil escaramuzas de frontera, fuerte, más ancho que alto, ojos negros profundos, largos cabellos rizados, y el rostro y el cuerpo surcados por las cicatrices que le han dejado, indelebles, sus muchos años de servicio a Castilla. Es hombre leal, de noble cuna paterna, y unido por vínculos fraternales, aunque de bastardía, con Pedro, señor del Esla y primer caballero de Bermudo, y Fernán, su hermano, conde de León, hoy renegado al servicio de Fernando y que también asistirá a la reunión.

Por esa hora, más o menos, pensando también en la importante cita, se ejercita como todas las mañanas en el patio de armas del castillo, Gómez Díaz, conde de Saldaña, que desde que dejó su casa, hace ya algunos años, tras una noche de vigilia templada, para unirse a las huestes de Sancho, ha ligado suerte y destino a Fernando y a Sancha. Sus tierras y su castillo, hoy incorporadas a León por Bermudo, esperan con su madre, la anciana condesa, su pronta revancha. Y para ello se prepara a diario el joven y apuesto conde, que siente una especial devoción por la reina, a la que ya ha visitado esta mañana.

También en el barrio de San Llorente se despide de esposa e hijos, ya en su montura y listo para subir al castillo, Nuño Gustios, señor de Lara, nobilísimo caballero de la estirpe del primer conde de Castilla y hoy, *armiger* del rey. Ha pasado mala noche, pendiente como ha estado en el castillo, primero del parto y después del malhumor de Fernando desde que, tras la despreñez, acudió el físico al gabinete para anunciar el nacimiento de la infanta.

Por último, desde primera hora del día, esperan departiendo en el cuerpo de guardia, Nuño Álvarez, señor de Amaya y dilectísimo de Fernando, y Pedro Gutiérrez, conde de Monzón, que vive en el castillo exiliado, desde que se retiró con sus tropas acompañando al rey Sancho cuando la ofensiva de Bermudo del año anterior.

Todos ellos, los más próximos, esperan ahora al rey en el salón del trono, en el castillo, en la cima del cerro que desde el oeste del recinto amurallado domina la ciudad y su alfoz.

Fernando, tras visitar a la reina, entra en la cámara regia acompañado de su guardia, investido con todos los atributos de su rango, y portando a la infanta en brazos. Ya no es un niño Fernando, aunque todavía se advierten en su rostro algunos de los rasgos característicos de sus mocedades. Sus largos cabellos, recios y lisos, son de un tono cobrizo y caen rectos sobre sus anchas espaldas. No es alto, pero tiene buen porte, y luce una ligera barba rojiza que le cubre todo el rostro, por lo demás agraciado. No parece contento, pero sus ojos negros, siempre profundos y enigmáticos, no manifiestan contrariedad alguna por el alumbramiento cuando presenta la infanta a los magnates.

—He aquí mi señora, la infanta de Castilla, doña Urraca —dice con solemnidad—. Fijaos bien, pues es mi hija primogénita y en ella, como en nadie antes, se une la sangre de Castilla y de León: la savia de los dos reinos.

Todos los magnates hacen una profunda reverencia, tras la que Nuño Álvarez invoca:

—¡Larga vida a la infanta Urraca!

A lo que todos replican:

—¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a Castilla!

Tras los vítores, entran en la cámara las dueñas para llevarse a la pequeña. También se retiran los eclesiásticos que, con sus oropeles y desde un lugar preferente, han dado realce a la ceremonia.

Fernando se sienta en la cabecera de una amplia mesa cuadrada que preside la estancia y hace un gesto a los magnates para que, a su vez, procedan.

—Mi señor, es duro decirlo, pero todos los contactos han fracasado. Ya no queda ninguna posibilidad de entendimiento con Bermudo. —Nuño Álvarez habla con pesar, porque ha sido él el encargado de llevar la palabra del rey a León, y de mantener después los contactos que deberían haber conducido a un acuerdo—. Siento mucho no haber podido llevar vuestros anhelos de paz a buen término.

Fernando piensa unos instantes antes de hablar y dice, con gesto serio:

—Habéis hecho un gran esfuerzo, Nuño, y os valoro mucho por ello. Hasta este postrero instante

hemos intentado que Bermudo deje el odio atrás y atienda a nuestras aspiraciones de armonía y de paz. Nos hemos volcado en ello, y hemos estado dispuestos a renunciar, por la paz, a lo que es nuestro. Pero no podemos abdicar de nuestra dignidad. Castilla solo reconoce un cetro y no volverá a ser vasalla de otro señor que su rey.

—Así será, mi señor —dice apasionado el joven conde de Saldaña—, no dejaremos en esa batalla ni un solo día, por vos, por vuestra esposa y por Castilla.

—A vuestro lado estaremos, mi señor, nosotros y Castilla entera, pero debemos actuar con precaución. —Rodrigo Álvarez, señor de Noreña, es el mayor de los presentes y, por ello, goza de un gran ascendente sobre el rey. Ha servido a Castilla desde los tiempos del conde Sancho García y, por su experiencia, advierte con prudencia de lo que puede suceder—. Bermudo es poderoso, tiene un ejército numeroso y con experiencia, pues lleva levantado en armas mucho tiempo. Harto difícil será hacerle oposición. Solo si juntamos nuestras fuerzas con las de vuestros hermanos podremos prevalecer.

—¡Sea, pues! —contesta Fernando, determinado—. Recorred todo el reino para aunar recursos y fuerzas. ¡Ay del que no esté con nosotros en esta hora suprema! Visitaremos a nuestros hermanos, y allí, en Pamplona, conseguiremos los hombres y los bastimentos.

—Sabio sería también parlamentar con el moro. —El conde de Monzón, acostumbrado a estos apañes, no hace ascos al sarraceno—. Zaragoza es potente y tiempo habrá después para hablar de su recompensa.

—No conviene entrar en esos tratos nefandos —contradice Gustios, el *armiger* del rey—. La lucha continua de nuestros padres demuestra lo fácil que es meter al sarraceno en casa y lo difícil que es sacarlo después.

—Mi señor, perded cuidado —dice Diego Laínez—, en unos meses estaremos bien preparados. Toda Castilla se apresta a luchar por vos y clama contra Bermudo por el expolio que os ha hecho.

—De consejeros tan valerosos nunca se sintió un rey más satisfecho —concluye, Fernando—. Pero recordad lo importante que es actuar con cautela. Necesitamos todavía un tiempo para hacernos con la suficiente fuerza. Cuanto más tarde Bermudo en sospechar nuestra determinación, más ventaja tendremos.

Con esto, Fernando se levanta y da por terminada la reunión. Todos se incorporan tras él y esperan a que salga. Cuando se dispone a hacerlo, exclama en voz bien alta tocándose el pomo de la espada:

—¡Por Castilla, mis fieles señores!

—¡Viva el rey! —exclaman todos.

Alrededores de León. Cuaresma, 1037

Pelagiolo, el caballo alazán del rey, al límite de su resistencia, avanza desbocado por la llanura. Sus belfos llenos de espuma, su cuerpo empapado en sudor blanco y sus flancos cubiertos de sangre ponen de manifiesto a las claras el inhumano trato que se le está dando.

Desde primera hora de la mañana, cabalga Bermudo sin rumbo por el páramo, solo, frenético, y desconsolado. Mientras lo hace, no para de escuchar, aquí y allá, las mismas campanas que en todas las iglesias del reino tocan, sin parar, a muerto: lentamente, tres veces la campana grande primero y la campana muerte después más un volteo, tres veces las dos campanas a la vez y otro volteo, y vuelta a empezar de nuevo, desde que a mitad de la noche se conoció que Alfonso, el pequeño infante de León, a las pocas horas de nacer, yacía muerto en su lecho.

Hace un frío intenso en el páramo, pero el viento está quieto. Gruesos copos de nieve flotan

alrededor del rey, que mira rabioso al frente, donde un ligero manto blanco cubre por completo los campos hasta los mismísimos confines del reino.

«¡Maldito seáis! —piensa, colérico—. Me quitasteis primero a mi padre y, ahora que he encontrado un atisbo de felicidad, me arrebatáis a mi pequeño y dejáis a mi esposa postrada también en el lecho. A mí, Bermudo, por vuestra Gracia, rey de las Hispanias».

Mientras galopa, como una especie de tortura, Bermudo repite una y otra vez este pensamiento, en una triste letanía que no hace más que multiplicar su sufrimiento. La rabia lo consume un poco más a cada momento y, ciego de ira, lo paga con creces en su bruto que, sin comprender lo que le pasa a su dueño, está próximo a desfallecer.

Al fin, una pequeña luz de consciencia asoma al rostro del rey que, a pocos pasos, en un cruce de caminos, divisa entre la neblina glacial una solitaria ermita de piedra. Se acerca, curioso, y, tras detenerse, desciende lentamente de su montura, que queda allí suelta. Observa su pequeña puerta de madera carcomida entreabierta y, como entre sueños, penetra decidido a través de ella. La iglesia es todavía más pequeña a la luz de las velas que, encendidas por todas partes, iluminan la escena. En el altar, sentado a la derecha del Padre, un hombre muy viejo, con el hábito de San Benito, lo contempla con sus ojos azules encendidos como teas. Bermudo se acerca con cautela. Sus pasos resuenan sobre las piedras. Cuando llega al presbiterio, se detiene y observa. El viejo se levanta y, lentamente, se le acerca. Bermudo, sin saber muy bien por qué, al sentir el tacto de su mano, se arrodilla y, de inmediato, se consuela.

—¡Nada temáis, Bermudo! —le dice una voz recia—. Aquel al que habéis maldecido mil veces desde anoche por vos vela. Vuestro hijo, Alfonso, inocente ángel de Dios, a su vera os espera. Contened, pues, vuestra ira, y consolad así vuestra alma, porque son muchas las mercedes que, también hoy, habéis recibido de Aquel que vuestras preces anhela.

Bermudo, que no contesta porque hay algo que no le deja, se siente desfallecer a medida que aumenta la intensidad de la luz que sale de la aparición. Nota una gran paz interior, se deja llevar por ella, cierra los ojos y, sin más, cae sin sentido sobre la piedra.



Al rato, no sabe si poco o si mucho, se despierta reconfortado. Todo está oscuro allí dentro y, ahora sí, un frío intenso exuda de los muros de piedra. Decidido, se levanta ligero y, sin miedo, sale a la puerta. Allí está Pelagiolo, detenido sobre la nieve esperando su vuelta. Ya no hay rastro alguno en él de la espuma, del sudor y de la sangre que su ira causó. Listo está el noble animal para emprender con su dueño el camino de vuelta a León, donde Jimena, su dulce amor, le espera.

La Cueva del Agua. Alrededores de Pamplona. Primavera, 1037

«Le entregué el billete como ordenasteis, mi señor, pero nada me contestó. Tan solo recibí por respuesta una mirada de complacencia». Las palabras de Schlomo Xaia se repiten una y otra vez en la mente de Fernando mientras espera. Hace ya varias horas, a poco de despuntar el alba, que llegó con su montura a la cueva, y el sol brilla ya en todo lo alto ahí fuera. El día es calmo y plácido, por lo que Estefanía, por ese lado, no debería tener motivo para no asistir a la cita propuesta.

Hace unos días que llegó con Sancha a Pamplona. Días interminables de verla sin poder tenerla. Días de conversaciones con sus hermanos para juntar fuerzas. Días de convención y de engaño para hacer creer a García que acepta para siempre las fronteras. Días en los que, a pesar de todo lo que se juega, no ha hecho más que pensar en el momento que ahora llega.

Tanto tiempo lleva absorto mirando las paredes de la cueva, y observando el agua que baja

lentamente para fundirse allí abajo, en el estanque plateado, que teme ahora que su amada haya decidido no asumir el riesgo que verlo conlleva, y se haya quedado en Pamplona mientras él la espera. Piensa que tiene que verla. Que no puede regresar mañana a Burgos sin haber compartido sus sentimientos y sus deseos con ella. «La batalla se acerca —piensa—. Mi vida correrá grave peligro. De ninguna manera me perdonaría morir en el combate sin haberla podido amar de nuevo».

Al cabo de estos pensamientos escucha un ruido fuera y el relinchar de un caballo que precipitadamente se acerca. Sigilosamente se asoma a la puerta y, oculto tras una peña, observa precavido como su amada llega. En sus sueños, casi siempre en vela, la siente hermosa como las flores del día. Sin embargo, ahora que llega, como siempre que la observa, comprueba que su belleza es todavía más intensa. Es ya una mujer adulta. Como casada lleva su pelo rubio tapado con una toca y recogido en una trenza. Sin embargo, sus ojos, verdes como el agua que en la cueva todo lo rodea, y que nada ni nadie puede al mundo ocultar, lucen ahora espléndidos y alegres para esa cita que tanto anhela.

Tras comprobar que nadie viene detrás, Fernando abandona su escondite y se acerca a la montura, la coge de la brida y ayuda a Estefanía a descender. Después de atar al bruto en un arbusto, se dirigen cogidos de la mano a la entrada de la cueva, despacio y sin hablar. La misma donde sus manos se unieron por primera vez hace algunos años, en aquella tarde de verano en la que sus corazones quedaron para siempre atados.

Cuando entran, se sientan en la misma peña, al borde del estanque plateado, en la que, durante horas, contemplaron juntos aquel día el correr del agua quieta.

Tras unos momentos que parecen horas, Estefanía, sobre el manto de Fernando, su cuerpo contra su cuerpo y sus rostros pegados, se dispone por fin a quebrar la magia del silencio con lágrimas gruesas:

—No imagináis, mi señor, la continua indignidad en que vivo desde la misma hora en que llegué a Pamplona. Días y días de vejaciones me han llevado a este estado de postración en que me encuentro, envuelta de continuo en el pavor por los constantes abusos de que soy objeto. ¿Qué va a ser de mí, Fernando? ¿Qué va a ser de mí? ¿Cómo podré soportarlo durante más tiempo?

Fernando calla. Conoce bien la situación. Lo sabía ya antes de hoy porque todos lo saben en Pamplona. Poco puede decir ahora, y mucho menos hacer. Suya es la culpa y suyo también el deshonor.

—Estefanía, mi señora, ¿qué podría decirles que sirviera para reconfortar vuestra alma herida? Nada podría, y aun con eso, aquí estoy todavía. Cierto que fui egoísta aquel día, pero si fue así es porque os amé desde la primera vez que os vi y, aunque quisiera, pese a toda la indignidad sufrida, no podría dejar de amaros mientras viva.

Estefanía llora con amargura. Ninguna esperanza queda en su vida. Solamente ese rescoldo de amor juvenil que guarda en su corazón, y que deberá administrar con vigor para continuar con vida. Por eso, decide agarrarse con fuerza a su fulgor, y alimentarse de él mientras pueda sobrellevar esta agonía.

Fernando bulle de odio por dentro y también de amor y de deseo: de odio hacia su hermano mayor al que querría ver muerto y al que ahora, cuando se acerca la hora decisiva, debe contemplar y considerar; y de deseo por esas lágrimas bellas que, viniendo de Estefanía, humedecen a esta hora su rostro hasta perderse bajo el cuello. Piensa el rey que la iniquidad que sufre su amada no podrá durar eternamente y que algún día, «lo juro ante Dios —masculla mirando al cielo— me tomaré cumplida venganza por todo el daño que le ha hecho».

El tiempo va pasando y, a medida que el día languidece, vuelve la tranquilidad a la cueva. Cuando la luz tenue que en ella penetra va indicando que la hora del regreso se acerca, a ambos les entra la urgencia; un pavor incontrolable al pensar que esta podría ser la ocasión postrera. Al fin y al cabo, Fernando se va a la guerra y es posible que no consiga volver sano y salvo de ella. Por eso, Estefanía se aferra todavía un poco más a su amado, lo abraza con fuerza y, con todo su deseo, lo besa. No una vez, sino un ciento de ellas. Ya no son los besos inocentes de Burgos, cuando era doncella, sino besos maduros como los que dan las que desesperan.

El tiempo se les acaba, pues ya ha pasado la hora nona y las vísperas se acercan. Estefanía debe volver rauda para que nadie sepa en el alcázar lo de la cueva. Por eso, los dos amantes se dan prisa, se tocan y se aman con vehemencia, como si se acabara el mundo, como si la noche eterna estuviera cerca. Luego, sin despedidas, Estefanía, rauda, se aleja y Fernando se queda, una vez más, solo en la cueva.

Escucha atento el ruido del agua que gotea sobre la piedra. No quiere volver a Pamplona. Al menos hasta que no haya caído la noche plena. No quiere ver a Sancha, ni a García, ni a Ramiro, ni a Gonzalo, ni a nadie que no sea ella. Mientras espera, cierra los ojos y escucha suavemente el silencio de la cueva. Piensa ya con nostalgia en lo que ha pasado y, queriendo retenerlo para siempre a su vera, saborea de nuevo el dulce recuerdo que el aroma de su amor ha dejado detrás de ella.

Colegiata de la Abadía, Castrojeriz, Reino de Castilla, once leguas al oeste de Burgos. Un día después de las calendas de septiembre, 1037

En lo alto del cerro, un silencio tupido y espeso envuelve en soledad el oscuro interior de la iglesia. Hace mucho calor fuera, y el aire pesado que penetra en el templo llega hasta una recóndita esquina donde se escucha un leve murmullo amortiguado por las piedras. La jornada, que amaneció despejada, se ha vuelto con la tarde gris, y el cielo, a esta última hora del día, amenaza tormenta seria.

Bermudo, arrodillado en un reclinatorio frente a un confesionario en el que el abad lo escucha absorto, no para de pensar que mañana, si el valle está encharcado, todo podría ser más complicado. Por eso, mucho más que al monje, teme escuchar ahora en la lejanía el primer estruendo, precursor del diluvio que se avecina.

—Reverendísimo padre, no soy dilecto de Nuestro Señor.

—Grave es eso que decís, mi señor, de vuestra cristianísima persona.

—Escuchad, pues, y luego me diréis si, en verdad, yerro o es que nos engaña el corazón nuestro. Mi madre, la reina Elvira, dejó este mundo cuando yo era un niño. Mi hermana Sancha me abandonó también al poco, para ser acogida por nuestra familia gallega. Muerto fue además muy pronto el rey Alfonso por un dardo artero allá en el moro, y así me dejó, solo frente a los magnates del reino y, peor aún, frente el bellaco del rey Sancho que, abusando de su posición, tanto y tan grave perjuicio nos causó. Después, sin tiempo casi para el duelo por la prematura muerte de mi querido hijo pequeño, me hallo ahora aquí, listo para volver a la batalla y para jugarme de nuevo a una el reino. ¿Cómo no voy a sentir, padre, que, no obstante ser rey y buen cristiano, no soy dilectísimo de Dios?

Nada dice el monje a esto porque en nada tiene que consolar a un rey extranjero, que ocupa solar ajeno para liquidar al rey nuestro. Solo asiente con su cabeza en un lento movimiento mientras

dirige sentido sus preces al Altísimo para que el día siguiente sea propicio a las armas de Castilla.

—Mañana será el gran día —continúa diciendo Bermudo— y siento en lo más hondo que los presagios no son buenos. He tenido una visión y, aunque nada me dijo de la batalla, sí me advirtió de que Alfonso, mi pequeño, me espera a la vera del Señor.

—Descuidad que los designios os serán favorables y que mañana regresaréis aquí, victorioso, a descansar del esfuerzo.

—Que Dios os escuche y atienda, abad, y, de no ser así, rogad por mí sin tregua pues mañana estaré a esta misma hora en presencia de Nuestro Señor, con la conciencia limpia y el alma bien dispuesta.

A punto de terminar, el rey espera la absolución.

—Bermudo, rey por la Gracia de Dios, *ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, el Filii et Spiritus Sancti*.

—Amen —dice el rey, que desea estar solo frente al altar de Dios para cumplir con la penitencia impuesta antes de dirigirse, con el alma purificada por el perdón, a la tienda de mando donde le esperan los suyos, en lo alto de una colina, en la cabecera del valle del río Tamarón, justo frente a las mesnadas de Castilla.

Fuera del templo, el viento racheado anticipa una fuerte precipitación y llena de inquietud a las monturas de los caballeros que, con las armas listas para el combate y a la puerta de la iglesia, esperan pacientes la salida de su paladín con el cuerpo y el alma bien dispuestos para matar mucho mañana o para morir en el intento.

Valle del río Tamarón, Reino de Castilla. Un día después de las calendas de septiembre, 1037

Atravesando el Camino de Compostela, a no más de dos leguas de Burgos, fluye de norte a sur el cauce del Tamarón, apenas un riachuelo que lleva sus aguas a morir al Arlanzón y que, en esta época del año, baja casi seco. A su alrededor, se abre un valle moteado de pequeñas colinas donde se ha convenido que tenga lugar la batalla decisiva. Ya ha habido en los días previos algunas escaramuzas entre los caballeros de ambos bandos, pero hasta ahora, nada serio ha sucedido entre ellos más allá de algún saqueo.

En una de esas colinas se ha plantado la tienda del rey Fernando. Allí, a última hora de la tarde de la víspera del gran día, cuando los primeros truenos anuncian el agua que se avecina, se reúnen sus principales caballeros con Fernando, Ramiro, Gonzalo y García.

La reunión no es larga, pues poco queda por decir, y transcurre con una intranquilidad contenida. Cada uno ha tomado buena cuenta del trabajo que le espera, y a esta hora todos parecen determinados a vencer o sucumbir. Los que allí se reúnen saben bien que las fuerzas de Bermudo los superan en una proporción de dos a uno y que llevan levantadas en armas mucho tiempo. Son, por tanto, fuerzas bragadas y muy avezadas, por lo que la consigna general es aguantar y mantener firme la línea frente a las acometidas que se esperan de las huestes enemigas.

Tras juramentarse, por último, para obtener una gran victoria, el grupo se deshace y cada uno se dirige a su tienda para pasar las últimas horas de vigilia en compañía de sus infantes.

Antes de que todos salgan, Fernando hace una seña a Nuño Álvarez. Fuera ha comenzado a llover. Una lluvia recia y abundante que amenaza con anegar el valle.

Vacía ya la tienda, y sentados ambos en torno a una mesa, Fernando le dice a su amigo:

—Nuño, por fin ha llegado el día. Sabéis que nos lo jugamos todo a una carta y, por eso, quiero

encomendaros dos asuntos de importancia.

—Decidme, mi señor. Haría cualquier cosa por vos.

—He dejado escrito que, si mañana muero, vos seréis el tutor del no nacido que en el futuro me sustituirá, si la incipiente preñez de Sancha llega a buen término. La reina ejercerá la regencia hasta su mayor edad, pero seréis vos el que velará por la conservación del reino.

—Descuidad, mi señor, que así se hará.

—Hay una cosa más. Habéis escuchado el orden de batalla. Sin embargo, no todo se ha dicho. He sabido por la reina, que aún mantiene buenos oídos en la corte, que Bermudo, por su superioridad manifiesta y por el extremo odio que me profesa, planteará mañana una batalla de aniquilación. Por eso, el único objetivo de su lanza será yo. Él y sus caballeros principales están determinados a que ni yo ni mi hermano García volvamos a ver la luz del día. Intentemos, pues, aprovechar en nuestro beneficio ese grave error de ambición, que no hace más que poner de manifiesto su extrema cobardía. Preparad un grupo de caballeros decididos que espere durante la batalla el momento propicio para cargar contra él. Ese momento, no lo dudéis, será aquel que él busque para acabar conmigo. Aguantad, pues. Permaneced de esta manera, listo en segunda línea, sin entrar en combate hasta que llegue el momento, y con él, la ocasión de arremeter contra el rey. Y si la tenéis, ¡por Cristo, clavad vuestra lanza sin compasión! No importan los medios que utilicéis, pero Bermudo no debe ver mañana la caída del sol.

Nuño Álvarez calla. En su fuero interno siente que no sobrevivirá a la batalla, pero ¿qué mejor manera de morir podría elegir?

—Así se hará, mi señor, no lo dudéis, ¡por vos y por Castilla!

Fernando asiente serio con la cabeza. No queda mucho más que decir. Por eso, tras unos momentos de indecisión, ambos se levantan de la mesa. Nuño, determinado, se dispone a salir, pero antes inicia una reverencia que Fernando detiene con los brazos. El rey lo mira a los ojos, profundo y emocionado, y, con el choque de sus cotas de malla, se funde con él por un instante en un sentido abrazo. Cuando se sueltan, quedan todavía flotando en el aire unas palabras recias:

—¡Honor a Castilla, Nuño!

—¡Honor al rey, mi señor!

CAPÍTULO XVI

Valle del río Tamarón, Reino de Castilla. Dos días después de las calendas de septiembre, 1037

Nuño Álvarez, con su grupo de caballeros, cuando se acerca la hora nona y empieza a declinar el día, continúa esperando en retaguardia, impaciente, para poder cumplir con la difícil misión que el rey le encomendó. No le ha sido fácil mantener la calma durante toda la jornada, y mucho menos ahora, cuando la situación para Castilla es desesperada.

Amaneció el día fresco y nublado, y el valle del Tamarón anegado por las copiosas lluvias de la noche anterior. El viento en calma y las nubes bajas añadían, además, al despuntar el sol, un cierto punto de irrealidad al campo de batalla.

Las mesnadas del rey Fernando y de sus aliados apenas habían podido descansar durante la noche, entre la intranquilidad por la inminente batalla y la tormenta desencadenada, y por eso, con las primeras luces del día, antes de que los capellanes se dispusieran a cantar el oficio de laudes, los soldados estaban ya en pie y listos para la marcha.

Las huestes contendientes quedaron situadas frente a frente desde la hora prima, aunque no fue hasta la tercia, con el sol abriéndose camino a duras penas entre las nubes, cuando se desencadenaron las primeras hostilidades.

La disposición de los contingentes en el campo de batalla, desde primera hora del día, hacía presagiar que la jornada iba a ser dura y larga. A lo que se añadió el mal estado del terreno que, a poco de iniciarse la lucha, se convirtió en un barrizal de lodo y sangre, que dificultaba hasta el extremo el movimiento coordinado de las tropas y obstaculizaba en gran medida las cargas de la caballería pesada.

El valle del Tamarón se extiende de norte a sur en unas veinte yugadas de tierra yerma, entre muy poca vegetación, y a ambos lados del río del mismo nombre que desagua en el Arlanzón. Allí habían ido acampando los combatientes los días anteriores, todos en la margen derecha de su cauce, casi seco entonces. Fernando y los suyos al norte, y Bermudo con sus huestes al sur. El sol, por tanto, a primera hora de la mañana, pegaba de costado a las tropas de ambos bandos. Para ninguna de los dos había, además, escapatoria posible en caso de debacle, ni hacia el norte ni hacia el este ni hacia el sur, donde el cauce del Tamarón y el del Arlanzón, crecidos por las lluvias de la noche anterior, hacían prácticamente imposible el repliegue. Solo el oeste aparecía, a primera hora de la mañana, expedito para la eventual huida, lo que para los castellanos significaba el mal paso de dirigirse de retirada hacia León.

Esta era la situación cuando, tres horas después del amanecer, los ejércitos se aprestaron para la batalla. En el lado norte, el castellano, se formaron tres grupos de combate con tres líneas sucesivas de avance: en el centro, el grupo más potente y numeroso, con las mesnadas de Castilla; en el flanco de levante, los estandartes de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, y en el de poniente, los de Pamplona. La primera línea ocupada por ballesteros en el centro y arqueros en los flancos; la segunda, por infantes y peones, y la tercera, por caballería pesada en el centro y villana, más ligera, en los flancos.

Parecida era la disposición en el lado sur del campo, ocupando el centro León, Asturias, el flanco del río y Galicia el que quedaba franco para la eventual huida.

Tras las oraciones de los capellanes, que en ambos lados se escucharon con gran devoción, rodilla en tierra, y con tiempo suficiente para que todas esas almas cristianas se pudieran encomendar a Dios, se escuchó hasta en Burgos el sonido atronador de trompas y clarines llamando a las mesnadas a la brega, al tiempo que los estandartes y pendones de las diferentes Casas allí empeñadas salieron de sus fundas de cuero para ondear libres al viento. Desde ese mismo instante, cada uno supo con certeza contra quién se jugaría particularmente la vida en las horas venideras.

El estruendo de la llamada a la lucha dio paso a un silencio espeso, solo roto esporádicamente por el piafar de los caballos y, al cabo de un rato, en cada campo, por el ruido atronador y motivador, entre alaridos, del golpeo de miles de espadas, mazas y hachas contra escudos, rodelas y adargas.

Por fin, una nube densa de dardos y flechas cubrió el campo, al tiempo que ballesteros y arqueros imprecaban al enemigo con gruesos juramentos. Prestos, apretados y a cubierto bajo sus escudos y rodelas, los infantes soportaron estoicamente durante un buen rato esa lluvia de muerte, con bajas sensibles para ambos lados. Gritos y aullidos desesperados ascendieron entonces al cielo por todo el campo. Gritos de sangre y de muerte de cientos de cuerpos mutilados, atravesados y desgarrados.

Tras un paso atrás de los arqueros, el cuerpo central de Bermudo, con la determinación que da la fe en una rápida victoria, inició el avance al paso, con sus estandartes al frente y con el león rampante como guía para los infantes. A cien varas de sus enemigos, el paso se convirtió en trote y, de inmediato, en arrebato.

El choque brutal de escudos contra escudos, los tajos inmisericordes de hachas y espadas, y los golpes brutales de las mazas atronaron en un momento todo el valle, cuando los miembros desgajados del tronco de cientos de almas cristianas, y su sangre saliendo a borbotones por las enormes heridas causadas, se esparció y se mezcló en el campo con el fango.

No duró mucho la primera acometida. El aguante de la línea castellana provocó la llamada de la trompa de León ordenando inmediata retirada. En el apresurado camino de vuelta, los infantes de Bermudo, acometidos de emboscada por la caballería villana, soportaron con entereza una enorme sarracina bajo el empuje de sus largas lanzas, antes de que pudieran llegar a sus líneas y, con ellas, al resguardo de su caballería pesada.

La primera parte de la batalla terminó, pues, en tablas, con mucho esfuerzo, valiosa sangre hispana derramada y cuantiosas bajas, sobre todo leonesas y castellanas.

Mientras se recuperaban los infantes de León de esa primera acometida, su caballería pesada, secundada a poca distancia por los infantes de Asturias y de Galicia, que se incorporaban desde los flancos a la batalla, embistió al galope otra vez contra el cuerpo central de Castilla. El choque brutal de los caballos contra el muro de escudos castellanos pareció a todos, por su ímpetu, el principio del final de la batalla. La línea central de Fernando cedió de inmediato al empuje frontal de los caballeros con sus corazas, que hicieron gran degollina entre infantes y peones, y abrieron un enorme boquete en sus líneas por el que penetraron los infantes gallegos y asturianos con sus jabalinas, hachas y mazas.

Era la hora sexta, con el sol de este final de estío en todo lo alto, cuando, sin planearlo, el momento crucial de la batalla había llegado. La suerte de Castilla parecía echada, pero los infantes de Aragón y de Pamplona, en ayuda de la caballería castellana, acudieron en masa desde los flancos a intentar cerrar el hueco por el que esta se desangraba.

Siguieron graves momentos de indecisión en los que Nuño miró, una vez más, al rey, su señor,

que, desde unos pasos más atrás, lo observaba. Apreció otra vez en él la tranquilidad que esperaba, con un gesto familiar en el rostro que le indicaba: «Todavía no ha llegado la hora, Nuño. Aguantad, que ya no falta mucho».

Tras instantes interminables de zozobra y con el suelo impracticable por el barro, la sangre y las vísceras mezcladas, y por los miembros amputados, los muchos cadáveres de brutos y de cristianos caídos, y la impedimenta acumulada, milagrosamente se reconstituyó la línea castellana y la trompa de León, una vez más resignada, volvió a tocar al cielo retirada.

Muy menguadas quedaron tras ello las fuerzas de Fernando y de Navarra, tanto que les iba a resultar imposible soportar una tercera acometida de las mesnadas contrarias. En el campo leonés, sin embargo, el cuerpo de ejército principal había ya recuperado el resuello tras el primer embate de la mañana, y dispuesto estaba a esa hora para la definitiva carga.

Hubo entonces una pausa. Tocaron clarines de respiro para que, en ambos campos, infantes y jinetes pudieran avituallarse, beber y recuperarse. No hubo, sin embargo, tiempo para que los peones pudieran retirar del campo los muchos cadáveres acumulados, porque pronto sonaron de nuevo en el campo de Bermudo las trompas y los clarines convocando una vez más a los suyos a la carga.

Nuño mira entonces a Fernando y este asiente, sabiendo como sabe que el momento crítico ha llegado. Que será ahora o ya no podrá esperarse nada de la jornada. Se apresta, pues, el señor de Amaya, con el grupo que lo rodea, para cambiar, si es posible, el fiel de la balanza que, mirando a ambos lados del campo, parece que ya se inclinara. A su lado, Gómez Díaz y Pedro Gutiérrez se atan fuerte al cuello la cofia de malla y aferran con violencia sus lanzas, preparados, ahora sí, para responder a la llamada.

A poca distancia de sus caballeros, a resguardo del fragor de la batalla, Fernando, con la Guardia, al lado de Diego Laínez, aparece tranquilo, como si supiera ya a estas alturas cuál va a ser el final de la jornada.

Comienza, pues, la tercera embestida. La caballería pesada abre paso a los infantes de León, Galicia y Asturias, pues Bermudo ataca con todo lo que le queda viendo su triunfo en la mano. Él mismo, con la Guardia, encabeza la carga. Tras el brutal choque inicial, todo el afán del león rampante, a base de tajos, mandobles y lanzadas, se concentra en abrir camino entre los infantes, para tener el paso expedito hasta el lugar en el que espera Fernando.

Cuando, tras mucho deshecho y muerte, se abre, por fin, el pasillo que buscaban, Bermudo y sus caballeros se aplican a fondo con sus brutos para esa postrera cabalgada. A punto de medir sus armas con la Guardia castellana, que se apresta también a dar su última batalla, Bermudo se queda algo rezagado esperando que sus caballeros le dejen el camino franco hasta Fernando, porque, imbuido por un odio atroz, quiere darle bellaca muerte por su mano.

Es en ese momento cuando Nuño ve el cielo abierto y en su corazón, con un latido, vuelve a nacer la esperanza. Clava a fondo las espuelas en el flanco de su caballo y sale al galope hacia Bermudo, con Gómez Díaz fiel a su vera guardándole las espaldas.

En unos instantes, perplejo, el rey de León se ve copado, solo y rodeado por siete caballeros castellanos que arremeten contra él en bloque, mientras que su Guardia, entretenida, intenta inútilmente cercar a Fernando.

Nada puede hacer Bermudo por defenderse, aunque lo intenta con bravura, ante el empuje de los caballeros castellanos que, uno a uno, clavan con saña sus lanzas, siete, en su cuerpo ya mudo. Derribado de su montura al instante, llega al suelo exangüe.

—¡Muerto es Bermudo!! —grita, exaltado, Nuño—. ¡Muerto es, por fin, el tirano! —añade,

desgarrado.

—¡Gloria a Fernando! —se oye por todo el campo castellano.

—¡Honor a Castilla! —replican de todos lados.

Con enorme estruendo, corre la nueva por el valle cuando las mesnadas leonesas, gallegas y asturianas tiran las armas al suelo, abandonan la lucha y corren huyendo en desbandada.

Un atronador griterío de miles de almas cristianas celebra el final de la batalla. Fernando está a salvo y Bermudo muerto al pie de Pelagiolo, su caballo, con tantos boquetes abiertos en el cuerpo que un gran charco de sangre colorea completamente, con el suelo, su otrora reluciente cota de malla.

Basílica de Santiago, Compostela. Cuaresma, 1038

La comitiva regia, con Fernando y Sancha, se acerca caminando con toda la solemnidad que hace al caso al Arca Marmórica, sarcófago níveo de piedra donde, desde hace siglos, reposan los huesos blanqueados del hijo del Zebedeo, Santiago.

Tras la muerte de Bermudo, Fernando está determinado a hacer valer, incluso por la fuerza, los derechos de su esposa al trono de las Hispanias. Para ello, tras ser proclamado en Burgos rey de León por la Gracia de Dios, pocos días después de la gloriosa jornada de Tamarón, está ahora a punto de completar un largo periplo que le ha llevado, con una buena parte de su ejército, por las principales ciudades del reino, y que terminará en León, la capital, donde Fernán Laínez, señor del Esla, se ha hecho fuerte tras sus murallas para negarle a Fernando y a Sancha el trono que reclaman.

Tras pasar por Oviedo, donde fueron reconocidos como legítimos soberanos por la nobleza asturiana y por la familia del difunto rey Alfonso, y por Lugo, donde, tras atravesar las montañas en un viaje difícil a causa de la preñez de Sancha, recibieron el homenaje de la nobleza galaica, se aprestan ahora a postrarse ante la tumba del Apóstol, guía espiritual de extraordinaria fuerza para toda la Cristiandad y símbolo material, además, de gran ambición político militar para la monarquía hispana tras los sucesos de Clavijo y de la gran batalla que allí tuvo lugar.

Porque fue precisamente allí, en el Campo de la Matanza, ciento treinta y tres años después de la conquista mahometana, donde el rey Ramiro, tras negarse a continuar pagando al sarraceno el Tributo de las Cien Doncellas, infligió una soberana derrota al califa Abderramán bajo la invocación y auxilio del apóstol Santiago que, sobre un blanco corcel, se hartó de matar y ensartar moros en aquella celebrada y bendita jornada.

La ciudad de Compostela a la que acaba de llegar Fernando poco tiene que ver con la que aquí existía, en el bosque de *Liberdunum*, hace ahora doscientos años, tras los trabajos de construcción patrocinados por Alfonso el Casto, rey de Asturias y primer peregrino jacobeo y, pocos años después, por otro Alfonso, el rey Magno, que erigió la primera gran basílica, una iglesia de tres naves y cabecera rectangular que fue seriamente dañada cuando Almanzor, el siervo del Diablo, arrasó la ciudad cien años más tarde, causando una destrucción de la que Compostela, transcurridos cuarenta, todavía no se ha podido recuperar.

Por eso, la ciudad luce hoy apagada y vulgar a la llegada de Fernando, porque se encuentra en plena reconstrucción y fortificación impulsada por Cresconio, obispo de Iria y de la Sede Apostólica, nombrado por Bermudo el año anterior tras la muerte de Vistrario, anterior vicario, que nunca se preocupó de la sede material de su episcopado.

Por eso, también, la basílica que guarda los restos del santo se encuentra muy deteriorada, tanto

que amenaza completa ruina tras haber aguantado en pie a duras penas durante los años que han pasado desde la razia del caudillo mahometano. Ni siquiera sus campanas, que fueron llevadas por Almanzor de vuelta a Córdoba a lomos de buenos cristianos para la ampliación de su gran Mezquita, han podido ser sustituidas hasta ahora por otras nuevas, por lo que la basílica recibe en completo silencio al rey Fernando.

De esta guisa avanza, pues, la comitiva regia por la nave central del templo hacia el presbiterio, donde esperan a los reyes, además de Cresconio, todos los obispos y abades del territorio. De entre los primeros está Pedro, de Lugo; Sampiro, de Astorga; Alvito, de Mondoñedo; Froilán, de Oviedo; Suario, de Braga; Julián, de Burgos, que acompaña al rey desde su partida; y Bernardo, de la nueva sede episcopal de Palencia, que refundó el rey Sancho. De entre los segundos, no faltan Fagildo, de San Pedro de Antealtares; Diego, de Samos; Alvito, de Celanova; Fructuoso, de Sobrado; Ecta, de San Esteban; Pedro, de San Torcuato de Guimarães; Arias, de Oseira; ni Hildebrando, de Santa Cristina.

Todos ellos se disponen en este momento a reconocer ante Dios y ante los hombres a Fernando y a Sancha como herederos legítimos del trono de Pelayo y, por tanto, como únicos soberanos reinantes sobre León y Castilla: el Imperio de las Hispanias.

Alcázar de León. Abril, 1038

Sancha descansa en el lecho, agotada, mientras espera la llegada del rey. Ha sido una noche angustiada y larga, porque el niño venía de nalgas y tardó mucho tiempo en nacer. Ahora, sin embargo, su felicidad es plena. Por fin ha podido darle un varón a Fernando; un heredero que, además, ha nacido en León, la capital de su nuevo reino.

Aunque lo cierto es que la venida al mundo del infante, sano y salvo, solo se explica por la intercesión de Nuestra Señora, a la que la reina no ha parado de rezar desde que salieron de Compostela, hace ya más de un mes. Porque, hasta ayer mismo, dormían en una tienda a algo menos de una legua de León, donde el ejército de Fernando llevaba acampado varias semanas en espera de que las negociaciones con Laínez llegaran a buen término y evitaran, así, un nuevo derramamiento de sangre. El muy rufián, se negaba a entregar la capital a su rey. Al final, sin embargo, la intercesión de María, la inminencia del parto, la elocuencia de Xaia durante las negociaciones y, sobre todo, la potencia de la tropa que el rey mantiene en armas desde Tamarón, fueron argumento suficiente para disuadir al rebelde de su cerrazón.

La entrada triunfal en León tuvo lugar por la mañana de un magnífico día y, como si el niño tuviera prisa por llegar a la celebración, apenas esperó unas horas desde la arribada para romper aguas. El parto fue lento y trabajoso, con los físicos temiendo por la vida de la reina y del niño, porque Sancho, el nuevo infante de León y de Castilla y heredero del reino, vino a este mundo crecido y con muy buenas hechuras para un recién nacido.

Sancha ha encontrado la ciudad en que nació hermosa como la recordaba, y con sus paisanos alegres, vitoreando a sus nuevos soberanos y, sobre todo, aliviados. La perspectiva de que la ciudad fuera tomada al furto por las tropas, y lo que es peor, puesta a saco por sus nuevos dueños, que estuvo en la mente de todos desde que Laínez se atrincheró dentro de sus murallas tras escapar de Tamarón, sembró de terror la vida de los leoneses durante estos ocho meses. Por eso, manifestaron gran alegría y, por eso también, las campanas de León no paran de tañer desde ayer para celebrar, primero, con alivio, la entrada pacífica del rey y, después, esta mañana, la llegada de su heredero. Las mismas campanas que, no ha mucho, tocaron durante días a muerto por el

difunto infante Alfonso y, poco más tarde, por su padre Bermudo, el rey, que no tardó mucho tiempo en reunirse con él.

La reina se ha preparado a conciencia para la visita de Fernando, con Fronilde al pie de la cama y su pequeño en brazos. Se siente débil, con ganas de abandonarse al sueño. Pero resiste porque la ocasión bien lo merece.

Nunca ha querido a Fernando porque, tras la muerte del conde García, su corazón quedó cerrado a cal y canto. Pero ha aprendido a apreciar sus cualidades y a respetarlo. El rey la considera, es amable con ella, no abusa de su fuerza y tampoco la obliga a hacer nada que no quiera. Es, además, inteligente y buen conversador, lo que hace su vida familiar muy placentera. Tiene también a Urraca que siempre está a su lado, y ahora a Sancho, una bendición por la que estará por siempre agradecida a Dios. Y ahora, para hacerlo todavía mejor, la vuelta a casa, a León. No es que sienta especial cariño por sus viejas piedras. A fin de cuentas, se crio en Piadela, y solo retornó a León para vivir horas amargas. Pero, aun con todo, se siente cómoda en el alcázar. Es la cuna de sus antepasados y, ahora, la capital del reino, donde verá a sus hijos crecer.

Al tiempo que estos pensamientos rondan la mente de la reina mientras espera, un fuerte ruido de pasos en el corredor alerta a todos de la llegada de Fernando, que entra decidido en la pieza mientras los magnates permanecen al cabo de la puerta.

El rey se acerca despacio al lecho. Mira a Sancha y después al niño. Con una sonrisa tierna y con mucho cuidado, lo recoge de entre los brazos de su madre, a la que, con un leve roce provocado, agradece todos los trabajos pasados y, levantándolo en alto, se lo muestra, lleno de orgullo, a los suyos:

—¡Bendita seáis, mi señora, porque me habéis dado un heredero: Sancho, infante de León y de Castilla por la Gracia de Dios Nuestro Señor!

La Posada de Mamelle, León. Junio, 1038

—Si cantáis eso mañana —dice, Aldonza, con los ojos todavía cerrados—, vos seréis el que acabaréis como Canedo, pero peor aún, en la picota, primero.

—¿No os gusta la cantiga que estoy componiendo? ¿Qué apostáis a que me atrevo? Escuchadla bien —dice Ero, echando mano de su laúd—: *Mataron al bello García. Después al pobre Canedo. Con Bermudo sabían muy bien lo que hacían. Solo les queda matarse entre ellos.*

Aldonza y Brunilda se desperezan, tras una noche de mucho ajeteo, en el catre que han compartido con Ero, extramuros, en el barrio de San Martín. Hace días que llegaron caminando desde Burgos y, hasta el momento, con muy buen fruto. Ya por el camino, tuvieron bastante mercadeo y, ahora en la capital, las calles bullen de gente cada día y sus faltriqueras pesan llenas de sueldos bien ganados con bastante tiente y mucha jodienda.

—¡Parad ya de decir majaderías! ¡No sigáis! —le regaña Brunilda, recogiendo con ambas manos el pelo—. No es que nos guste o nos deje de gustar, es que, con vuesa merced, quisiéramos conservar el pellejo unos años más. Ya es mucha hora de que olvidéis a Canedo y penséis en lo mucho que ahora tenemos. Nos ganamos bien la vida, dormimos casi siempre a cubierto, somos jóvenes, nos gusta lo que hacemos y hacemos lo que queremos. ¿Por qué os torturáis, luego?

—Mejor disfrutar en vez de pensar —murmura Ero—. ¿No es eso lo que queréis? Salgamos, pues, a trabajar. Mañana es el gran día y veréis como hoy no vais a parar. En cuanto pase todo esto, tiempo habrá luego para descansar.

Catedral de Santa María, León. Segundo día del verano, 1038

Ha amanecido un día espléndido para la coronación y a esta primera hora del día, con las calles atestadas de gente, las campanas de todas las iglesias, desde Santa Marina a San Salvador, proclaman con alegría la buena nueva de la paz que espera a León y a Castilla entera.

El rey, tras los oficios de vísperas en San Pelayo, ha pasado la noche en vela orando a solas en la capilla del alcázar, y por eso, ahora, cuando se acerca el momento en que debe formarse la comitiva para salir hacia Santa María, contempla toda la escena con una cierta perspectiva.

Vestido con un brial carmesí bordado en oro con el león rampante, inicia Fernando lentamente el camino que, atravesando la plaza de San Pelayo, le llevará desde el alcázar hasta Santa María.

Por lo poco que se fia, el itinerario está jalonado, cada tanto, por infantes de sus mesnadas bien armados, detrás de los que la multitud vitorea a su nuevo soberano. Acompaña a Fernando la reina y, a pocos pasos, los magnates, infanzones y caballeros de ambos reinos, y también el pueblo llano.

Al llegar a la plaza, que se abre a todo lo ancho de las tres naves del templo, sube los dos o tres peldaños que la separan de la entrada y, solo, con Sancha en un segundo plano, acomete con decisión la nave central hacia el presbiterio donde le esperan los prelados.

Dentro, Froilán y Servando, vestidos con casullas blancas como la nieve bordadas con hilos dorados, bajan al crucero para recibir a Fernando y escoltarlo, con solemnidad, al altar mayor.

La iglesia está llena de fieles que participan, recogidos, de la excepcionalidad del momento. La luz natural apenas ilumina el interior del templo. Solo algunos rayos de sol se filtran, como con miedo, por los cristales emplomados de los pequeños ventanucos abiertos en sus muros. Por eso, miles de velas encendidas se encargan de crear en el interior un ambiente de gran recogimiento. Huele, por tanto, a humo, y también a incienso, quemado con generosidad para contrarrestar en lo posible el abarrote de tanta humanidad.

Se inicia, al fin, la solemne liturgia. El mismo rito mozárabe que, desde hace trescientos años, se utiliza en León para ungir a los descendientes de Pelayo.

Para la exaltación del soberano se celebra, con antífonas, versos y antiguos himnos cantados, la Santa Misa *gloria et honore*, que va a culminar con la consagración del rey ante Dios.

«*Dominus Deus celi benedicat tibi, honor regni dabit in mano tua, et adorabunt te filii multarum Gentium, allleluia*», se oye cantar al coro.

Mientras, Fernando permanece arrodillado frente al atril, sobre el que descansa el *Codex Biblicus Visigothorum*, Servando, *episcopus legionensis*, porta la corona y la diadema a su lado, y Froilán, *episcopus ovetensis*, el cuerno que contiene el óleo sagrado.

Al tiempo que Froilán vierte lentamente el aceite santo sobre el largo cabello del rey, Servando recita entre murmullos la centenaria liturgia:

—Fernando, emperador y rey de las Hispanias por la Gracia de Dios, ungido ya por el óleo sagrado, yo te consagro en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando siente, por último, sobre sus sienes el peso de la corona que ambos prelados al unísono allí han depositado, Fernando cierra los ojos y, mientras termina la ceremonia, piensa primero en el pasado. Principalmente en su padre, el rey Sancho, en cuánto le hubiera gustado vivir este primer gran momento de su reinado; en cómo tuvo que escapar, enfermo y derrotado, no ha tanto, para salvar su vida por estas mismas calles, por las que hoy va a ser aclamado. Piensa también en el presente y no se engaña. Sabe a ciencia cierta que a estas horas muchas espadas se están ya afilando, las de los muchos magnates que su invitación a la coronación con desdén han rechazado.

Pero está determinado. Nadie podrá moverlo del trono. Solo la muerte y el Supremo Hacedor podrán lograrlo. Piensa también en el futuro, en ese hijo que, dentro de unos años, deberá hacer el mismo recorrido que él acaba de hacer hoy, y para el que toma, ante Dios Nuestro Señor, la obligación de entregarle un reino más fuerte, más grande y más seguro que el que él ha tenido que ganar con sus propias fuerzas en el campo del honor. Y piensa, por último, muy fugazmente, en su gran amor, Estefanía, y en su ausencia forzada en este bendito día.

Finalmente, abre los ojos, contempla con gesto grave a su pueblo y, acompañado otra vez por los preladados, desciende lentamente los escalones del presbiterio que le llevarán por la nave central hacia la luz del futuro que, entre vítores, le espera, brillante, en el exterior.

Afuera de León. Segundo día del verano, 1038

Mientras esto sucede, un pequeño grupo de jinetes abandona León por la puerta del Obispo, rumbo al este, con el sol ya poniente a sus espaldas señalándoles el largo camino que les queda por recorrer. Escoltan a una gran dama que, totalmente cubierta con un manto negro, cabalga a lomos de una mula entre ellos. Es la reina Jimena, la joven viuda que, sola y amargada, marcha camino de la que será su última morada. Ella, la hija pequeña de Sancho García, el viejo conde de Castilla, viaja de regreso a Oña, donde la esperan sus hermanas Munia y Tegridia.

Hace apenas cuatro años que salió de allí para casarse con un hombre al que no conocía. «Durante este tiempo corto y hermoso —piensa, dolorida—, he tenido una vida plena, con alegrías y también con grandes penas. Disfruté como una niña con la derrota de Sancho, el asesino de mi hermano; viví con gozo el amor profundo que llegué a sentir por mi difunto esposo; sufrí dolorosamente cuando la dulzura de la concepción se trocó de improviso en amargor de muerte y creí desfallecer de dolor cuando llegaron a León las fúnebres nuevas de Tamarón, anticipo del cadáver del rey, mi amado esposo Bermudo, acribillado y desfigurado por las lanzas de sus enemigos».

Ahora, ya casi sin vida, ni ambición alguna por vivirla, regresa resignada al lugar de donde salió. Allí le han ordenado que viva recluida. Así de misericordioso se ha mostrado con ella el rey Fernando, con el que ni siquiera ha hablado, y que le ha dispuesto una buena dote para que en el futuro nada falte a la que, después de haberlo sido todo en el reino, se ha convertido para siempre en un mero testimonio de un pasado ya superado.

PARTE QUINTA

CAPÍTULO XVII

Castro Iudaeorum, León. Estío, 1038

Schlomo Xaia, como todas las mañanas, se ha levantado temprano, antes del alba. Tras sus rezos y abluciones, ha bajado tranquilo a la plaza del Alcázar, donde Moshe Trebalio le esperaba con sus monturas preparadas. Ambos han dado un largo y plácido paseo por el campo sin hablar casi de nada. Y eso que el día amaneció propicio para la confidencia y la cabalgada: fresco y en calma, como es habitual en el páramo en estas fechas a primera hora de la mañana.

Tras finalizar la escapada, se dirigen ahora a la orilla del Torío para dar de beber a sus caballos. Desmontan, dejan sueltos a los brutos, se sientan en una peña y sacan del zurrón el *kosher*.

Desde el lugar en que se encuentran, a apenas quinientas varas de distancia, se divisan todavía en la falda de la loma las pocas ruinas que el fuego dejó vivas tras la destrucción del castro.

Hacia allí se dirigen ahora, tras comer con fruición, llevando a sus monturas por la mano. Mientras caminan, Moshe le dice a su amo:

—He estado pensando esta mañana, mientras cabalgábamos, en la fe que demuestran estos días los gentiles: caballeros, infanzones y pueblo llano. Una fe que realmente podría mover montañas. Todos parecen convencidos de que, con el advenimiento de Fernando, la paz en estas tierras está asegurada. Y lo que más me sorprende de esa extraña idea de los cristianos es que la realidad demuestra exactamente lo contrario.

—Es humano, Moshe, y muy normal, por cierto, que los súbditos del rey confundan sus deseos de paz con la terca realidad. Y es todavía más comprensible en la situación en que nos deja la coronación de Fernando. Han sido tantos los años de lucha, y tanto el daño que han causado, que todos quieren creer lo que, si realmente lo pensaran, a nadie conseguiría convencer. Fijaos allí arriba, en lo que queda de lo que un día fue el castro. Son las consecuencias palpables de los desastres de esta guerra interminable que, de tan larga que ha sido, ya casi nadie recuerda, en verdad, su inicio.

—Es que, por mucho que me esfuerzo en pensarlo, mi señor, no encuentro ningún resquicio por el que pueda filtrarse en el futuro un atisbo de esa tranquilidad que necesita el reino.

—No lo encontraréis, por mucho que lo busquéis. Y no lo haréis porque en ninguna parte se encuentra. Fijaos. En el frente interior, la cosa no puede presentarse peor. Aquí mismo, en León, pero también en Asturias, en Galicia y en Portugal, son muchos los que no aceptan el derecho que legítimamente corresponde por matrimonio a nuestro señor. Mucho tendrá que bregar en el futuro el rey para domeñar esta oposición. Señores muy poderosos, de los de horca y cuchillo, se preparan desde este mismo momento para años de resistencia. Y no os extrañe que diga años, porque serán muchos los que nos pasen por delante antes de que por esa parte podamos respirar tranquilos. No me cabe duda de que, en el futuro, prevalecerá Fernando, pero el sacrificio que habrá que hacer, en personas y recursos, será, sin duda, muy grande. En cualquier caso, pase lo que pase, ahí estaremos los dos, Moshe, a la vera de nuestro señor. Al menos, la sucesión en el trono está garantizada y parece además que, en los últimos tiempos, duermen tranquilos los sarracenos o se entretienen con cuitas entre ellos.

—Ocurre también, mi señor, que, a pesar de esas dos circunstancias, el enemigo interior podría ser solo una pequeña parte de los graves problemas que se avecinan. Y os digo esto muy consciente pensando en Castilla.

—Sé muy bien en lo que pensáis. Pero nuestro señor no hubiera vencido en Tamarón sin el apoyo de su hermano García. Y ese apoyo ha tenido que pagarlo a muy alto precio en soberanía.

—En realidad —dice Moshe, deteniendo un momento a su caballo—, entre unas cosas y otras nunca han estado muy claras las fronteras de Castilla.

—Porque siempre han sido objeto de mucha controversia y disputa —contesta Schlomo—. Sin embargo, nosotros debemos estar y pasar por el acuerdo que, hace ahora veintidós años, suscribieron en Oña los dos Sanchos, el viejo conde de Castilla y el difunto rey de Pamplona, y que se conserva a buen recaudo en el *scriptorium* del monasterio. Entonces, estipularon que Pamplona llegaría, hacia el oeste, hasta Nájera. Todos los demás territorios que, siendo castellanos, pertenecen hoy a García, lo son por derecho de conquista y, como tales, algún día, pronto, deberán retornar a Castilla.

—Os referís, mi señor, entonces, al señorío de Álava, a las encartaciones de Vizcaya, a Oca y a la Bureba.

—Así es, territorios todos ellos que conquistó el rey Sancho aprovechando el desgobierno de Castilla durante la menor edad del desgraciado García.

—Y ahora —añade Moshe, reanudando la marcha—, de las resultas de Tamarón y de sus entregas, Pamplona se extiende todavía más allá, desde el mar hasta el Ebro, por las Asturias de Santillana.

—Es el precio que ha tenido que pagar nuestro señor por su gran victoria. Pero, Moshe, el daño para la Corona podría ir todavía más lejos. Hemos conocido que, con la recompensa que obtuvo en la batalla, no se da por satisfecho García, y que ahora ambiciona el resto de Castilla. Hasta Zamora, incluso.

—Por eso os decía, mi señor, que ni un resquicio para la paz se atisba por ninguna parte. El rey no dormirá tranquilo mientras su hermano García campe a sus anchas por Castilla, así que, a no pasar mucho tiempo, estaremos de nuevo en las mismas.

Ante los dos hebreos se extiende ahora la imagen de desolación de las ruinas de lo que un día fue el castro. Parecida devastación a la que sintieron los dos cuando, tras llegar a León con las tropas del rey, se apresuraron a visitar lo que antaño fuera el hogar de sus antepasados, del que apenas sobreviven algunos restos calcinados cubiertos por hierbajos.

—Allí —dice Schlomo, señalando un extremo de la loma—, en el lugar donde estaba construida la casa de mi padre, edificaré la mía, al lado de la nueva sinagoga. Volveremos a vivir aquí y traeremos de vuelta a nuestros hermanos. Esta vez no habrá sorpresas, porque conseguiré una cédula escrita de puño y letra del rey en la que conste expresamente su patente y licencia.

Monasterio de Arlanza, Reino de Castilla. Otoño, 1038

Los peones se han afanado durante toda la mañana en terminar el hueco. Aquí, en medio del claustro, orientada al sur y mirando al río, han decidido los monjes excavar la tumba del abad muerto. Las grandes piedras, recién levantadas del suelo, esperan apoyadas contra el muro junto a un montón de tierra a que culmine la inhumación, para que después, vueltas a poner en su sitio, sirvan como garantía de que dom Nuño, el viejo abad de San Pedro, nunca más, ni de día ni de noche, se moverá de este su sitio hasta el día del Juicio.

Los monjes, en fila de a dos y con sus capuchas puestas, siguen a los que llevan a hombros el cuerpo, para hacer entre lúgubres letanías el corto trayecto que separa la iglesia monacal del claustro. Avanzan lentamente del crucero al transepto y, desde allí, por una puerta lateral, salen a la galería y se dirigen al lugar donde, al lado del hoyo excavado, esperan los peones para terminar la faena.

Todas las campanas de Arlanza tocan a muerto, rasgando con su profundo quejido la solemne quietud del momento que solo osa quebrar el sordo murmullo del río.

Tras encajar, no sin trabajo, en el hueco la caja hecha con bastos listones de madera, y completar los resquicios que quedan con algo de tierra, los peones se aplican con gran esfuerzo en devolver a su sitio las piedras, para lo que necesitan cincel y maza, además de la argamasa para el sello. Más tarde, será el maestro cantero el encargado de tallar el nombre del muerto en la piedra, con una breve advocación que sirva para perpetuar su memoria, por los siglos de los siglos, amén.

Los monjes, terminado el rito funerario, y sin esperar al trabajo manual que aún resta por hacer, se dirigen en orden y silencio a la sala capitular, una estancia amplia y rectangular, donde se va a proceder a la elección del nuevo abad. No en vano la regla de San Benito es poco amiga de la anarquía, que es hija y nieta no solo del vicio, sino, sobre todo, del vacío de poder.

Cuando todos están dentro, el hermano más joven comienza a leer con voz alta y clara la regla de San Benito:

—*Caput LXIV: De ordinando Abbate. In Abbatis ordinatione illa femper confideretur ratio, ut hic confituatur, quem fibi omnis concors Congregatio fecundum timorem Dei, five etiam pars, quamvis parva Congregationis feniori confilio elegerit.*

Vitae autem merito, fapientiae doctrina eligatur, qui ordinandus eft, etiam fi ultimus fuerit in ordine Congregatione...

Mientras continua la laboriosa lectura, los miembros de la comunidad, sentados en el banco de piedra que, adosado a la pared, rodea el rectángulo, meditan en silencio sobre la sabiduría y el discernimiento que, tal y como ordena san Benito, deben adornar la personalidad del elegido. Decisión esta de gran trascendencia puesto que, como el santo dispuso: «*Semel Abbas, Semper Abbas*». O lo que es igual, desde el mismo instante de su elección, el abad ejercerá, hasta el mismo día de su muerte, un poder casi omnímodo sobre el monasterio y sus vastas propiedades y siervos.

Terminada que es la lectura y, con ella, la meditación, comienza el periodo de oración que precede a la elección: una interminable letanía que deberá conducir a los monjes, en comunión con Dios, a la mejor designación. Aunque, en realidad, la cuestión se presenta muy clara en el día de hoy. Apenas dos o tres monjes de los cincuenta y siete que conviven en Arlanza dudan de quién debe ser el elegido. No es el más viejo, ni tampoco el más sabio. No es el más devoto, ni tampoco el más pío. Pero es buen amigo del rey, nuestro señor, y esa, en estos tiempos que corren, es la mejor condición.

Cuando comienza la votación, todos los monjes miran a Auriolo que, con los ojos cerrados, continúa en una esquina buscando la inspiración divina. Es consciente de sus posibilidades. Sería ingenuo desconocerlas. Pero reza en este momento concentrado para que el Espíritu Santo guíe la mano de sus hermanos hacia otro compañero mejor. Él, aunque vive desde niño en el monasterio, todavía no está preparado, y le disgusta que los monjes vayan a elegirlo, no por sus cualidades, sino por la larga mano de Fernando. Pero, entregado como está en cuerpo y alma a Dios, espera a lo que pueda venir, resignado.

Uno a uno, los monjes van diciendo en orden y de viva voz un nombre, y Auriolo escucha en

silencio el suyo repetido una y otra vez. Cuando llega su turno, calla, y tras un momento de espera, sigue la vez con el monje que está a su lado. Terminada la vuelta, el hermano más viejo se dirige a la comunidad para proclamar al nuevo abad:

—Dom Auriolo —dice—, por la gracia de Dios habéis sido elegido abad de San Pedro. Que Jesucristo, Nuestra Señora, los ángeles y los santos os guíen en vuestro cometido, y que san Benito os inspire la sabiduría que necesitaréis para este santo ejercicio.

Auriolo abre entonces los ojos al tiempo que una lágrima solitaria busca su camino de salida a través de sus mejillas.

—Amadísimos hermanos, aunque Nuestro Señor sabe que no lo merezco, acepto humildemente vuestra elección, y me encomiendo a Él y a la Virgen María con toda mi devoción.

En silencio, los monjes se levantan y, en una larga fila, se preparan para arrodillarse sumisos, uno a uno, frente al abad. Auriolo impone entonces sus manos sobre la cabeza del primero, el más viejo y, tras darle su bendición, lo levanta y lo abraza, para que reciba sereno el beso de la paz que simboliza su vínculo de comunión en Cristo, un vínculo perpetuo que solo la muerte podrá disolver.

El sonido de las campanas cambia radicalmente en Arlanza al terminar el día. Del toque de difuntos al de alegría, que anuncia a todo el contorno la buena nueva que desde el monasterio se publica.

Palacio de la Zuda, Zaragoza. Agosto, 1039

Cae la tarde cuando el almuédano asciende trabajosamente los angostos escalones del alminar de la mezquita aljama. Es un atardecer turbio, colofón de una jornada de intenso calor. Cuando alcanza resoplando el doble arco de herradura de la torre cuadrada fabricada en sillería, contempla pausadamente el horizonte para recuperar el resuello. Después, durante un momento, su mirada inquisitorial escudriña todo el contorno de la muralla de piedra de grandes bloques cuadrados y machihembrados que rodea la ciudad. Piensa por un instante que Zaragoza, una gran mancha blanca sobre fondo verde esmeralda bajo el cielo azul turquesa, verá en poco tiempo sus limpias calles teñidas con el rojo de la sangre de muchos fieles.

Antes de llamar a los creyentes a la oración, detiene su mirada un instante en el Palacio de la Zuda, donde el *hayib* Mundir ibn Yahya al Tuyibi al-Mansur, pasa, sin saberlo, sus últimas horas de vida.

—Dios es grande, Dios es grande, Dios es grande —recita en voz alta el almuédano asomándose desde la torre a la ciudad—. Testifico que no hay más dios que Dios. Testifico que Mahoma es el mensajero de Dios. Acudid a la oración. Acudid a la oración. La oración es mejor que el sueño. Dios es el mejor. No hay más dios que Dios.

Al oír la llamada a la oración, todo intramuros se paraliza. Los creyentes buscan para postrarse la Quibla, punto del horizonte que marca el lugar donde se sitúa la Kaaba, en los lugares santos de la Meca y, echándose al suelo, se preparan para orar en silencio. Los no creyentes, mozárabes y judíos, que habitan también en la Medina Albaida separados de los sarracenos, aunque no rezan, detienen toda su actividad en señal de profundo respeto.

En palacio, el joven *hayib* sale a la amplia terraza orientada al sureste y, tras extender a sus pies una estera, se postra sobre ella e inicia su oración, recogido:

—En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Alabado sea Dios, Señor del Universo. Clemente y Misericordioso. Soberano del Día del Juicio. Solo a Ti adoramos y solo a Ti

imploramos ayuda. Guíanos por la recta senda. Por la senda de los que agraciaste y no de los abominados ni de los extraviados...

El inicio del rezo de la tarde, que a todos los fieles une, es, sin embargo, en esta ocasión, la señal que marca para los comprometidos el comienzo de la conspiración.

Cuando finaliza la plegaria, antes de bajar de la torre para ponerse al resguardo de la mezquita, el almuédano comprueba a vista de pájaro que la Guardia Eslava controla ya todas las salidas de palacio y que el entorno de la Judería se ha puesto a buen recaudo. Vuelve a pensar el clérigo, mientras desciende lentamente por las escaleras, que la sangre fresca de los fieles pronto comenzará a correr por las calles de la ciudad vieja.

En palacio, el *hayib* asiste agitado y asustado a lo que sospecha está pasando. Solo y desprotegido en el salón del trono, se apresta a buscar refugio en el gineceo. Pronto, sin embargo, su huida es abortada en un estrecho corredor por su propia guardia, implicada también en la revuelta. Así retenido, regresa a la cámara, donde debe aguardar la llegada del jefe de la conjura.

Tras un buen rato de espera, durante el que los ruidos poco tranquilizadores de la lucha que se libra en las calles ascienden con el calor reinante por las ventanas, se escuchan unos pasos marcados que anuncian la pronta llegada de un nuevo contingente de tropas. Cuando se abre la puerta, una expresión de tranquilidad, primero, e incredulidad, después, se manifiesta en el rostro de Mundir:

—¡Primo, sois vos! —exclama, sorprendido.

Abd Allah ibn Hakam, de la misma estirpe de los tuyibíes que gobiernan la taifa saragustí desde el mismo momento de su separación del califato, hace ahora veintiún años, acaba de entrar en la cámara acompañado de una nutrida tropa, y se dirige con paso firme hacia el trono, donde permanece sentado su primo hermano. Cuando se acerca, Mundir se levanta dubitativo con intención de abrazarle, en lo que va a ser el último movimiento consciente de su corta vida. Hakam, que lo ve venir, aprovechando el impulso de su primo que lo lleva al abrazo, empuña rápido la daga y la clava decidido hasta el puño en su costado. Un alarido de sorpresa y de dolor atraviesa el palacio, al tiempo que los ojos del *hayib*, vidriosos por esa vida que se escapa, plantean al aire una pregunta muda que sus labios no son capaces ya de hacer: «¿Por qué, Hakam, hermano mío?». La daga del traidor, tras el primer golpe, insensible a la llamada de la carne, continúa acuchillando sin descanso el cuerpo inmaduro del gobernante que, con un estertor y acribillado, cae al suelo, inane, entre un gran charco de sangre.

En la judería, mientras tanto, en la esquina sureste de la medina, las tropas de la Guardia Eslava liquidan sin contemplaciones a todo aquel que ose asomar la cabeza fuera de su morada. Numerosos cuerpos de hombres, mujeres y niños acuchillados yacen desangrándose en los tortuosos callejones que vertebran sus casas. En el zaguán de la más grande, a un lado de la sinagoga, el capitán de las tropas mercenarias espera la bajada del gran visir que, en estos momentos, sin hacerse falsas esperanzas, se despide con emoción de los suyos.

Rezando, desciende temeroso las oscuras escaleras que conectan el piso alto con el zaguán y, cuando pone sus pies en las anchas losas del suelo, una cimitarra, que apenas ve venir, le separa de un solo tajo la cabeza del cuello.

Allí, a la puerta de su casa y a la vista de todos, de su familia y de sus hermanos en la fe, yace dividido en dos partes el cuerpo ensangrentado de Yequiel Ben Ishaq, el que, durante tres años, desde su advenimiento al trono de la taifa de la Marca Superior, fue el gran visir del *hayib* Mundir ibn Yahya al Tuyibi al Mansur, que yace también a esta misma hora difunto en el salón del trono.

Palacio de la Zuda, Zaragoza. Un mes más tarde

Un jinete sudoroso atraviesa, raudo, las desiertas callejas de la medina. Cuando llega a la explanada de palacio, desmonta ágil y, sin ocuparse del caballo, penetra corriendo en su interior sin ser importunado por la guardia, que le abre rápido el paso.

Apresurado por los corredores, llega al salón del trono, donde el *hayib* y su círculo más cercano esperan ansiosos.

Atraviesa la habitación y se postra de rodillas en presencia de Abd Allah ibn Hakam.

—¡Decidme, soldado! ¿Qué noticias traéis?

—Las tropas del *cadí* han atravesado el río, mi señor, y acampan ahora a menos de una legua de la ciudad.

En apenas un mes, el tiempo necesario para que la noticia haya llegado a todas las capitales, los gobernadores de las distintas ciudades de la taifa se han puesto de acuerdo para tomar las murallas de Zaragoza por la fuerza, derrocar al usurpador y proclamar en su lugar a Sulayman ibn Hud al-Musta'in, *cadí* de Lérida. Sus tropas y las de Huesca, Tudela, Calatayud y Calahorra se han reunido en la margen izquierda del Ebro para atravesar el río y montar el sitio. La Guardia Eslava, única parte de la tropa leal, es insuficiente para hacer frente al desafío y retener en su poder la ciudad.

Abd Allah Ibn Hakam conversa reservadamente con su visir a la vista de todos y duda. Apenas ha tenido tiempo para saborear los placeres del poder absoluto. Piensa, sin embargo, en las cabezas de su primo Mundir y del judío Ben Ishaq, todavía clavadas en una pica sobre las murallas de la ciudad secándose al sol cuajadas, y pronto toma una decisión.

—¡Preparadlo todo! Esta misma noche, al amparo de la oscuridad, saldremos de la ciudad y nos dirigiremos al sur. Solo vendrán con nosotros los más leales de la Guardia. Nos llevaremos todo el oro de la taifa. A ese perro hudí le tocará gobernar sobre la nada.

Alcázar de Pamplona. Pascua de Pentecostés, 1040

Dom Gómez, de pie al lado de la mesa, observa ensimismado a García, mientras despacha con él unos becerros que le acaba de poner a la firma. «El rey vive en plenitud su madurez ahora que, por fin, la reina le ha dado un heredero —piensa el monje, al tiempo que le coloca delante un nuevo texto—. Nunca ha sido un erudito como Fernando —continúa pensando—, pero es, sin duda, el primer soldado de su tiempo. Es alto, fuerte y enérgico, y con esos ojos azules, fríos como el acero, que destilan al mismo tiempo gran majestad y enorme crueldad».

Mientras se suceden las rúbricas y los sellos, no puede dejar de pensar el monje que, de entre sus pupilos, siempre ha sentido especial predilección por el rey.

—Mi señor, debéis firmar aquí también.

El monje, por su parte, comienza a acusar de modo notable el paso del tiempo. La tonsura, antaño rasurada, se ha convertido ya en parte natural de su cuerpo, y su otrora esbelta figura se ha tornado en oronda fachada, con un amplio vientre que dificulta su movilidad.

Lo que, sin embargo, no ha cambiado con los años, es su ambición desmesurada. De humilde monje de San Benito y preceptor de los hijos del rey ha pasado a mayordomo del alcázar. Ahora rumia, además, en secreto, la posibilidad de alcanzar las más altas dignidades eclesiásticas. Hasta la púrpura, quizás.

—Decidme, vuestra paternidad, ¿qué nuevas hay?, ¿ha nacido sano el infante?

—Vuestro sobrino, Alfonso, ha nacido fuerte y hermoso, según dicen, lo que ha colmado de felicidad a vuestro hermano y a la reina, su esposa.

—No ignoráis que, cuanta más descendencia tengan, más difícil será que se cumplan nuestros designios.

—Así es, mi señor. Aun con eso, vuestro propósito de haceros con todo el poder en Castilla avanza a buen paso. La entrega de los dominios y fortalezas pactadas antes de Tamarón ya se ha hecho efectiva, de manera que, pronto, en cuanto dispongáis, continuaremos adelante con vuestro plan. Recordad que se trata de hostigar las fronteras de Castilla para que no tengan ni descanso ni paz.

—¿Y no sería mejor ir de frente y plantear un combate franco? ¿O es que acaso pensáis que mi hermano no sabe, después de todo, que, tras la muerte de nuestro padre, no hay territorio suficiente en las Hispanias para que vivamos los dos?

—La prudencia, mi señor, nuestra mejor consejera, nos aconseja tener paciencia. Vuestro hermano no ha parado de batallar desde la coronación. Muchos son los magnates rebeldes a los que debe hacer frente. No habiendo terminado de someter a uno, surgen nuevos por doquier hasta debajo de las piedras que le piden pendencia. Difícil será que logre algún día el control absoluto de su reino.

—¿Qué otra cosa cabría esperar habiendo matado a su cuñado?

—Decidme, entonces, mi señor, ¿por qué habríamos de consumir nuestras fuerzas en un empeño que otros están dispuestos a hacer de balde por vos?

García piensa unos instantes. Confía en el monje todo lo que se puede confiar, y tiene luces bastantes para saber que, en inteligencia, el dom le saca un buen trecho.

—Es preciso, además, asegurarnos el apoyo de vuestros hermanos. Cuando Fernando esté agotado y el respaldo de Aragón asegurado, habrá llegado el momento de ir a por Castilla. Tenéis ante Dios el mismo derecho a poseerla que vuestro hermano, pues por las venas de ambos corre la misma sangre castellana. Más aún, si cabe, puesto que a vos os asiste el derecho de primogenitura.

—Una vez que Castilla sea mía, iremos a por León, que también nos pertenece por derecho.

—Así es, mi señor, porque lo ganasteis en buena lid luchando en Tamarón.

Con esta conversación, continúan pasando lentamente los becerros delante de la pluma del rey, al que dom Gómez trata de entretener, mientras firma, con agradables proyectos, para así hacer más llevaderas las áridas horas que deben dedicar por fuerza al despacho de los documentos del reino.

Vivar, Reino de Castilla, dos leguas al oeste de Burgos. Estío, 1040

Diego Láinez, *spathario* del rey Fernando, atraviesa al paso con su montura el valle del Ubierna. Le espera su esposa encinta, en tiempo para alumbrar por primera vez tras largos años de espera. Camina sin prisa, pues su caballo está agotado después del esfuerzo que ha supuesto venir desde León a marchas forzadas. Cabalga solo, aunque va lo suficientemente armado como para respirar tranquilo. No olvida que en los últimos tiempos ha habido frecuentes escaramuzas en la frontera con los hombres de García. Por eso, lleva su loriga debajo del brial y porta espada, daga y adarga.

Al caer de la tarde, a escasa media legua del final de su viaje, ve que un jinete se acerca apurado. Se pone en guardia ante su llegada, con la mano echada al pomo de la espada. Cuando se

aproxima, comprueba que el caballo es de su cuadra y que lo monta Froila, del servicio de su casa.

—Mi señor —dice sofocado el muchacho—, me envían a buscaros para que apretéis el paso porque el niño se os ha adelantado.

—¡Niño, decís! ¡Por los clavos de Cristo, y, después de tanta porfía, todavía estoy aquí!

—Descuidad, amo, que todo ha ido como se esperaba, y que tanto la criatura como mi señora se encuentran en perfecto estado.

—¡Volved entonces grupas de inmediato, galopín, y vayamos presto hacia la casa! Me parece que, a lo lejos, siento ya repicar las campanas.

Clava las espuelas en su castigada montura y arranca Diego Láinez al galope camino de su Vivar natal. Mientras lo hace, y siente en su rostro el frescor del atardecer, cavila que, definitivamente, su hijo se llamará Rodrigo. Rodrigo Díaz, que será paje del infante Sancho, y en el que, como todos los padres que en el mundo han sido, tiene puestas, aun antes de haberlo visto, grandes esperanzas de futuro.

CAPITULO XVIII

Castillo de Monterroso, Reino de León, nueve leguas al suroeste de Lugo. Noviembre, 1041

La fortaleza está rodeada por una gran frondosidad que hace muy difícil su defensa. Robles centenarios cuyas copas comienzan a clarear en esta época del año por efecto de las frías noches de escarcha de la meseta donde se encuentra.

Los pocos rebeldes que todavía la guardan no pueden hacer frente al contingente que acampa entre la espesura, en un claro del bosque, a trescientas o cuatrocientas varas de distancia. Un pequeño ejército de caballeros, peones y máquinas de asedio que, desde el verano, ha ido poniendo fin, una tras otra, a la resistencia que han encontrado en las demás fortalezas sublevadas de la comarca de Ulloa.

El estado de ánimo de los defensores es bajo y, cada día que pasa, son más los que toman el indigno camino de la retirada por la cara del río que rodea parcialmente el castillo. Solo los más fieles resisten todavía al lado de Munio Rodríguez, hijo del difunto Roderico Romániz, legendario conde de Mondoñedo que, hace años y con la complicidad del rey Sancho, intentó levantar en armas el Reino de Galicia contra Bermudo.

Hoy, sin embargo, el conde Munio permanece postrado en un camastro por una rara enfermedad que, a buen seguro, tiene que ver con las muchas privaciones que ha sufrido desde que, a principio de año, el rey Fernando se tomó en serio la revuelta. Ahora, y por la poca presencia de ánimo que le va quedando, es su madre, Elvira, e incluso su abuela, la anciana Odrocia, las que llevan las riendas de la defensa de la única fortaleza que todavía conservan.

Nuño Gustios, *armiger* del rey Fernando, lleva ya seis meses por estas tierras peleando a destajo. Cuando llegó, la pasada primavera, fijó su cuartel general en el monasterio de Santa María, en Ferreira de Pallares, desde donde, mal que bien, ha ido dirigiendo a sus tropas en esta agotadora guerra de escaramuzas. Con mucho esfuerzo, su trabajo toca ahora a su fin. Reintegrados a la Corona los castillos de Gravulio, Alúa de Buvale y Novula, acaba de llegar con su Guardia a las proximidades de Monterroso para terminar con esto de una vez por todas. Le acompaña Nuño Álvarez, recién llegado de León con la última oferta del rey a los sublevados.

No hace frío a orillas del Ulla y el viento, habitual en la comarca en esta época del año, duerme calmado. Una niebla fantasmal empapa desde primera hora la impedimenta de los soldados y facilita todavía más la huida de los escasos efectivos que restan dentro de la fortaleza.

Los dos caballeros, al límite del claro del bosque y mirando a las murallas desde sus monturas, se preparan para aproximarse al castillo a fin de hacer al conde una última oferta.

—El rey empieza a estar harto de todo esto.

—Como nosotros —replica Gustios—. Han pasado tres años y, desde Tamarón, no hemos tenido ni un solo día de descanso.

—Cuando no es aquí, es allá —añade Álvarez—. El caso es que esta continua lucha desangra al reino e impide al rey acometer las empresas contra el infiel que tanto anhela.

—Y le obliga, no lo olvidéis, amigo mío, a soportar las humillaciones continuas a que le somete su hermano García, allá en las fronteras de Castilla.

—Le he insistido una y otra vez —continúa diciendo Álvarez, mientras arruga el ceño— en que,

sin un gran escarmiento, será imposible apagar la mecha. Podríamos estar así cien años, pero el rey se niega. Parece que no se lo permite su conciencia.

—Pues así seguiremos. Combatiendo a los rebeldes y, a última hora, ofreciendo una vez más el perdón del rey a cambio de su sumisión.

—Hoy ocurrirá lo mismo que ya ha pasado tantas veces —dice Álvarez—, aunque es posible que tengamos esta mañana algo de nuevo. El rey me manda que se aplique la Ley Gótica a rajatabla, de manera que, aunque se rindan, perderán toda la comarca. Salvarán solo la vida, que no es poca merced después de todo el destrozo que han hecho.

—Veréis cómo, aun así, a poco de terminar aquí la faena, cuando la estación lo vuelva a permitir, tendremos una nueva sublevación en otra esquina del reino.

—Seguro que sí, y así seguirá siendo hasta que el rey sea capaz de cobrarse el alto tributo que merecen los desleales. Solo la sangre noble derramada en abundancia servirá de escarmiento a las demás Casas.

El estandarte de parlamento se levanta ahora sobre las castigadas murallas de Monterroso. Es la señal que esperaban los caballeros para ponerse en marcha. Espolean sus caballos y, con la Guardia a un lado, se dirigen al paso hacia el portón abierto sobre el foso donde, a lo que parece desde lejos, les espera una anciana con un pequeño séquito.

Monasterio de San Victorián, Reino de Sobrarbe y Ribagorza. Pentecostés, 1042

Apoyado en el grueso muro de piedra que rodea y protege el monasterio, Gonzalo contempla, un día más, la enormidad del valle que se extiende a sus pies, en la base de Sierra Ferrera. De todas las estaciones en las que lo ha observado, esta es, sin duda, la más placentera. Una naturaleza abrumadora acaba de renacer con fuerza tras el crudo invierno en el valle de la Fueva que, enmarcado entre los cauces del Cinca y el Ara, discurre allí, a lo lejos, pasado Aínsa, donde ambos ríos se funden en uno solo para continuar, aguas abajo, su camino hacia el Ebro.

Gonzalo espera ensimismado la conversación con su hermano que, ya de anohecida, llegó con escaso séquito. Apenas lo conoce, en realidad. Es mucho mayor que él y su bastardía ha sido siempre un enorme muro entre los dos. No porque lo desprecie, ni mucho menos, sino porque, a diferencia de lo sucedido con sus otros hermanos, Ramiro, en realidad, no ha crecido entre ellos. Aun así, lo respeta. Por sus venas corre la sangre del rey Sancho, su padre, que en sus últimas voluntades tuvo a bien gravar su reino con un vasallaje a favor del de Ramiro, cuyas reglas, hasta ahora, él siempre ha cumplido.

Mientras lo observa venir decidido desde el portón del monasterio, cavila Gonzalo en lo que Ramiro le va a proponer, puesto que, si así ha venido, de improviso, es porque algo importante desea. Mientras se acerca, lo escruta con fijeza. Es, en verdad, gallardo y fuerte como lo fue su padre, y tiene además ese punto de osadía en el rostro que evidencia el origen cortesano de su madre bearnesa.

—¡Fijaos, Ramiro —le dice, satisfecho, en cuanto llega—, cuán hermoso es mi pequeño reino!

—En verdad lo es, y mucho más desde aquí, en lo alto, asomado a San Victorián.

—Hace ya un buen rato que os espero, hermano, picado por la curiosidad, porque no dejo de preguntarme cuál es el motivo de vuestra inesperada visita.

—El motivo, Gonzalo, es hablaros con preocupación de García. Pero, antes de entrar en materia, vayamos juntos a la iglesia. Allí estaremos recogidos y podremos conversar largo y tendido.



Sentados a solas entre los gruesos muros de piedra de la iglesia recoleta, cerca de la cripta donde se guardan como valiosa reliquia los huesos del santo patrón del monasterio, discípulo que fue de san Benito, Ramiro hace la señal de la cruz y se dirige a su hermano, trascendente y en voz baja, como si las paredes de piedra pudieran escuchar.

—Antes de hablar, Gonzalo, necesito que juréis ante el Cristo que nos observa que nada de lo que aquí oigáis saldrá de las paredes de esta iglesia.

—No es preciso que lo haga, Ramiro, para que mis labios queden para siempre sellados. Me conocéis bien. Somos hermanos. Cualquiera que sea el motivo por el que hayáis venido, nuestros vínculos de sangre y de vasallaje deberían bastaros.

—Aun así, Gonzalo, hermano mío —le ruega, persuasivo—, es de tanta trascendencia el asunto que hoy traigo conmigo que os pido que juréis.

—Sea, pues, si así lo queréis —replica Gonzalo arrodillándose de mala gana—. Juro por Nuestro Señor Jesucristo y por las reliquias del santo patrón que guardaré silencio sobre cualquier cosa que me digáis. Y que Dios me condene si no lo hago.

—Veréis, Gonzalo —le dice Ramiro mientras espera a que se reincorpore su hermano—, la cuestión es fácil de explicar porque no es ningún secreto. García, desde el mismo día de la muerte de nuestro padre, pretende acabar con nosotros para quedarse él con todo. Lo hará uno a uno, no os engañéis, y empezará por vos, el más pequeño. Lo sé bien porque tengo buenos ojos y oídos en Nájera y en Pamplona. Vos también lo sabéis. La novedad es que ya han comenzado los preparativos. Su ambición no tiene límite, y no descansará hasta reunir todos los reinos bajo su cetro.

El rey de Aragón calla un momento.

—¿Y sabéis lo que os digo? —dice en voz alta Ramiro—. ¡Que no lo permitiré! ¡Por Cristo que no estoy dispuesto a permitirlo! Y por eso me dispongo a combatirlo. Vengo hoy a vuestra casa a pedir os ayuda. Fernando no puede comprometerse ahora. Su reino está lejos y vive tiempos revueltos. Pero vos, sí. Pretendo que os unáis a mí. Juntando nuestras fuerzas, podremos hacerle frente.

Gonzalo, con el ceño fruncido, escucha preocupado las palabras de su hermano. Conoce perfectamente la ambición de García. La conoce desde el primer día. Pero no está dispuesto a desenvainar su espada para que corran ríos de sangre cristiana. No, al menos, contra su hermano. Y de ninguna manera sin el permiso de su madre, la reina, que vive en Oña retirada.

—Sé muy bien de la ambición de nuestro hermano. De ella me advirtió nuestro padre en el codicilo que me escribió de su puño y letra. Pero también me dejó claro que nunca, bajo ningún concepto, debería volver mi espada contra Pamplona. Aun así, no os digo que no. Solo os pido algún tiempo para meditarlo y para hacer cuenta de las fuerzas que puedo aportar a la empresa antes de daros una respuesta. También os pido permiso para viajar a Oña. Nuestra madre nos dará buen consejo.

—No tenemos tiempo para eso. He sabido que, pasado el verano, García comenzará una campaña que pretende ser rápida y que no se detendrá hasta llegar a la Marca Hispánica. Lo que quiera hacer con nosotros es un misterio. Aunque sospecho que no será nada bueno.

—Bien, Ramiro —zanja Gonzalo, serio, dando la conversación por terminada—, os agradezco mucho la confianza y os pido ahora un poco de paciencia. Quedemos, pues, en eso. En poco tiempo os enviaré recado con lo que haya resuelto.

El rey de Aragón, mientras escucha a su hermano, no puede sino esbozar una mueca. Gonzalo, indiferente al gesto, continúa diciendo:

—Recemos ahora juntos y recogidos un momento. ¿Sabéis? Desde que llegué a estas tierras, este es el único lugar donde encuentro consuelo. Por eso, paso aquí, en San Victorián, la mayor parte del tiempo. Es un rincón apartado y envuelto en un cierto halo de misterio, pero tiene a mis ojos el aura de santidad que emana de los huesos del Santo, cuya vida debería ser para todos nosotros un ejemplo.

—Tenéis razón, Gonzalo, hay una espiritualidad especial en este lugar. Recemos, pues, juntos, ya que lo decís, al Espíritu Santo. Él sabrá señalarnos el camino de nuestro deber en esta hora compleja.

Alcázar de Huesca, Taifa de Zaragoza. Estío, 1042

Mientras descansa en su alcoba del largo viaje desde Jaca, Ramiro piensa en lo inexpugnable que es la ciudad. Situada sobre un cerro, en medio de una hoya de unas cuatro leguas de diámetro, y amurallada a conciencia hace más de cien años en un perímetro de casi milla y media, el rey no es ni siquiera capaz de imaginar cómo podría acometer en el futuro la conquista de la ciudadela. Desde luego, nadie lo ha podido hacer hasta ahora desde que fue fortificada, y ningún punto débil, más allá de sus cuatro puertas, ha visto en el camino que ha seguido por sus callejas hasta llegar al alcázar. Ante esta incapacidad, lo deja correr por el momento y, sin pensar en ello, se concentra en lo que ha venido a hacer al corazón de la taifa, tomando todas las precauciones necesarias para que su visita no trascienda.

Mientras escucha la llamada a la oración del almuédano y mira por la ventana de herradura el alminar de la *Wasqa* desde donde aquel reza, piensa en cómo será el *hayib* de Zaragoza, Sulayman ibn Hud al-Musta'in. No es mucho lo que se sabe de él en los reinos cristianos. Que fue soldado destacado en las razias mahometanas de final del siglo pasado, y que, durante años, siendo *cadí* en Lérida, fue implacable con los condes de la Marca, sus vecinos cristianos. Ahora, cuando ya encara la última fase de su vida, se lo imagina como a un perro viejo y astuto con el que deberá andar con cuidado. Esta noche, con toda la reserva, tratarán del negocio que se trae entre manos.

Roda de Isábena, Reino de Sobrarbe y Ribagorza. Otoño, 1042

De anochecida, el jinete encapuchado acomete con precaución la ascensión de la colina. Viaja solo, y no desearía de ninguna manera ser advertido. No está cansado, porque ha viajado tranquilo. Hace ya tres días que salió de Jaca, y las treinta leguas que ha recorrido, no se le han hecho largas. Trae un sucio encargo en las alforjas, y no quiere quedarse en la ciudad ni un momento más de lo necesario para terminarlo.

Casi a ciegas, deja su caballo atado a un arbusto a escasas varas de la muralla, y comienza a rodearla con sigilo para encontrar algún punto por el que pueda franquearla sin ser visto. Tras un buen rato deambulando, consigue introducirse en la ciudadela trepando trabajosamente por la pared de piedra hasta el tejado de una choza adosada al muro. De nuevo en el suelo, se dirige sin dilación al centro de la población, donde se halla el solar sobre el que se construye la seo. Lo hace con soltura, pues no es la primera vez que por allí para.

Cuando llega, se introduce sigiloso entre los cuatro muros que, ya a media altura la cierran, y se dirige a lo que, algún día, será la girola. Allí se advierte un tenue resplandor de luz de vela en el lugar donde el maestro de obras tiene su taller, todavía techado de madera. Acercándose, comprueba que su presencia no ha sido advertida por el lombardo que, reclinado sobre su mesa de trabajo, estudia con atención el diseño de un capitel que sobre un trozo de pizarra acaba de

dibujar con esmero. Cuando está cerca, hace un ruido intencionado que sirve para poner en guardia al cantero.

—¡Pardiez! ¿Quién anda ahí? —exclama Brádila, sorprendido, llevándose la mano a la daga.

—A la paz de Dios, maestro cantero —contesta el encapuchado, intentando tranquilizar al lombardo.

—¿Quién sois que en esta mala hora surgís de la noche como una aparición?

—Un viajero que trae un encargo para vos —responde el jinete a resguardo del manto.

—¡Por los clavos de Cristo que es esta hora rara para encargos! ¡Descubríos de una vez para que pueda veros! —ordena, inquieto.

—Aunque quisiera, no podría hacerlo. Si me vierais el rostro, estaríais ya muerto.

Sin más parlamento y con especial calma para no asustar todavía más al cantero, el jinete introduce su mano dentro del manto y saca, primero, un pequeño frasco de cristal de roca que contiene un líquido incoloro y, después, una faltriquera de cuero, y los deposita despacio encima de la mesa, frente al maestro.

—Os traigo esto. El frasco contiene arsénico en una preparación que solo el moro es capaz de hacer, que ni huele, ni sabe, ni se puede ver. Y la bolsa, ya lo veis, buenos dinares de oro lleva, que se multiplicarán por dos en cuanto hayáis cumplido con lo que hoy os vengo a proponer.

Brádila, perplejo, observa los objetos que el encapuchado ha depositado sobre la mesa, y reacciona airado ante su propuesta y sus maneras.

—¿Y por qué debería hacer yo eso que os encarga mandante tan siniestro?

—Porque es persona de gran poder, porque está dispuesta a cualquier cosa para convenceros y porque os conviene hacerlo si deseáis continuar con vida para ver terminada vuestra seo.

—Hablad, pues, si no me queda más remedio.

Brádila es perro viejo y en su deambular por estas tierras ha hecho por cuenta ajena muchos trabajos. Bastantes en piedra y algunos también con acero, pero nunca en los días de su vida había utilizado el veneno. Aun así, baja el tono tras reflexionar, consciente de que lo que se trae entre manos el encapuchado es cosa para tomarse muy en serio.

—En pocas jornadas —contesta el mandatario—, lo mismo que ocurrió el año pasado, vendrá a visitaros el rey en su camino de regreso a Aínsa, para pasar el invierno. Permanecerá aquí un tiempo para que le expliquéis vuestros progresos. No se os oculta que la culminación de esta obra se ha convertido en una obsesión para él.

—Así es. Esperamos su venida antes de que la nieve comience a caer.

—Cuando llegue, haréis lo necesario para darle esto —dice, señalándole el frasco con el dedo—. Nada notará Gonzalo distinto del sabor y el olor de la bebida con la que lo mezcléis. Una vez que el rey haya muerto, volveré una noche a veros con una bolsa igual a esta que, desde ya, os prometo traer.

Brádila calla. Una nube negra se posa sobre su cabeza mientras maldice su suerte perra, aunque, por ahora, poco más puede hacer.

—También os digo que, si no hacéis lo que se os ordena, serán otros los que os vendrán a ver. Gente mucho más bellaca y con peores intenciones que las que yo traigo hoy.

El maestro cantero, todavía estupefacto, ve que se le acaba el tiempo, pues el visitante se aleja y, por ello, pretende articular una queja que se convierte con la congoja en un mero reflejo.

Fabio, aún encapuchado, se mueve despacio de retirada hacia el manto protector de las sombras, y vuelve sigilosamente sobre sus pasos hasta llegar a su montura. La desata, procurando no hacer ruido, y, llevándola de la mano, enfila la bajada de la colina para poner rumbo al oeste, donde lo

espera su señor, el rey de Aragón, a quien deberá dar cuenta del cumplimiento del encargo que acaba de realizar hoy.

Tafalla, Reino de Pamplona. Solsticio de verano, 1043

Lubb ibn Hud, *cadí* de Tudela e hijo del *hayib* de Zaragoza, Sulayman ibn Hud al-Musta'in, tras cruzar la frontera por Calahorra, llega, con las últimas luces del día y en su caballo palomino, a Tafalla, donde el rey Ramiro ha fijado el punto de encuentro. Cuelgan de su cintura una larga cimitarra y una daga curva con una empuñadura lujosamente adornada. Puesto que hace calor, viste ligero y entero de blanco, aunque su turbante y su larga túnica de amplias mangas hayan perdido prestancia por efecto de la cabalgada. Es más alto que bajo y más bien magro. Luce perilla delgada y sotabarba, además de unos ojos pequeños y brillantes de un negro intenso y mirada taimada.

A su llegada con el grueso del ejército de la taifa saragustí, comprueba que la avanzada de sus tropas ha montado el campamento y que en la villa de Tafalla no queda ya ni un alma cristiana, aparte de los caballeros y peones de Ramiro que se han instalado allí, en las casas y chozas abandonadas.

Ha procedido con arreglo a lo acordado el pasado año en Huesca, donde se tejió la alianza entre Aragón y Zaragoza para combatir y aniquilar a García, para así repartirse el Reino de Pamplona. Hoy era el día señalado para su llegada, y comprueba con satisfacción que Ramiro ha cumplido su palabra.

Desde aquí, en lo que resta del verano, ocuparán su tiempo en saquear, en brutal aceifa y hasta donde puedan, el territorio del reino cristiano, a la espera de que García decida si le conviene o no presentar batalla. «Si lo hace —piensa, enseñando ligeramente sus dientes en una mueca, mientras desmonta a la puerta de su tienda—, tendrá que enfrentarse a las fuerzas combinadas de ambos reinos y forzosamente sucumbirá».

—¡*Insha Alláh!* —se le oye murmurar.

Ribera del río Najerilla, Reino de Pamplona. Festividad de san Pedro y san Pablo, 1043

El rey aguarda en Nájera la llegada de sus caballeros para marchar sobre Tafalla. Aún no hace ni una semana que conoció la alianza de su hermano con la moraima saragustí y rabia de ganas por tomarse cumplida venganza. Siempre pensó que Ramiro era un perro, pero nunca imaginó que su infamia pudiera llegar al extremo de mancillar su propio linaje aliándose con el infiel para presentar batalla a su propia sangre. Conocida su traición, empero, comienza a rondarle la cabeza la idea de que, quizás, su larga mano esté también detrás de la muerte del pobre Gonzalo. «Capaz sería —piensa, mientras cabalga al paso con sus monteros—. ¿Quién si no ha tomado ventaja de su muerte? Ahora Aragón se extiende hacia el este, hasta los condados de la Marca Hispánica, y Ramiro puede nutrir sus mesnadas con los hombres más duros de la montaña».

A pesar de estos lúgubres pensamientos, hace un día claro y espléndido. Un día como solo se ven en la comarca en esta época del año. Han salido con la fresca de la ciudad para solazarse cazando, y espera que antes de que lleguen los calores del mediodía hayan caído bajo su lanza no uno, sino varios verracos.

A ello se apresta solícito, cuando un leve movimiento de la maleza llama su atención a lo lejos, dentro de un frondoso matorral, al pie de una gran peña. Sin aviso ni consulta previa, García azuca su caballo, un tordo de bellísima estampa, y se dirige hacia donde se esconde el animal que,

intuye, allí le espera emboscado. En su precipitada escapada, deja a todos atrás, de manera que, cuando penetra en la frondosidad, con sus monteros ha perdido contacto.

Como fuera de la realidad, dentro de la espesura, llega a un claro del bosque donde, cosa extraña, todavía no se ha levantado la bruma matinal. Desmonta y se dirige a la enorme peña, que por un lado lo cierra. Cuando se acerca, advierte en ella una cavidad cuya entrada, protegida por un viejo quejigo, traspasa sin dificultad atraído por una fuerza irresistible que no sabe explicar. Sin pensarlo, progresa dentro de la estrecha gruta hacia una tenue luz de vela que se advierte en un fondo que nunca llega. Camina y camina tras ella y, cuanto más lo hace, más se aleja. Cuando, resignado, se convence de que nunca llegará, se da la vuelta para regresar y lo acomete un extraño cansancio que irremisiblemente lo vence. Tanto que no puede más que tumbarse en el suelo para descansar, hasta caer en un profundo sueño.

Cuando despierta, perdida totalmente la noción del tiempo, advierte que el resplandor que antes perseguía se encuentra ahora muy cerca. Se incorpora e intenta levantar sus ojos hacia la tenue luz de vela que, con una gran paz interior, le hace distinguir a su alrededor algo sobrenatural que no puede fácilmente explicar.

—Señor —le dice entonces una voz de hembra—, ya que habéis venido solo y os habéis adentrado con valor en la cueva, os habéis ganado el derecho a saber lo que pronto va a suceder.

—Tenéis, Señora —replica el rey—, la voz más dulce y hermosa que nunca mortal alguno haya podido escuchar, pero... ¿quién sois?, ¿qué tengo yo para que me vengáis a ver?

—Soy Vuestra Señora —le dice—, la que siempre os vigila y, a veces, cuando lo merecéis, os perdona.

—¿Y qué queréis de mí, mi Señora?

—Quiero que me entreguéis una prueba de amor. Del que sentís por mí y por mi Hijo, Jesucristo Redentor.

García cae de hinojos en el centro de la cueva ante la imagen que desde la luz se proyecta. Sus cabellos se alborotan, el vello se le eriza, sus músculos se contraen, sus ojos se cuajan de lágrimas, un nudo de emoción cierra su garganta y sus labios se sellan.

—Construiréis aquí mismo —le ordena—, en este claro del bosque, a la puerta de la cueva, una gran basílica bajo mi advocación y patrocinio, y espero que, desde ahora, estéis siempre cerca de ella. Aquí descansarán vuestros huesos, por los siglos venideros, cuando os llegue la última hora.

García, postrado, con el rostro congestionado mirando al suelo, acierta a levantar tímidamente su mirada acuosa en dirección al resplandor y, durante un fugaz instante, puede observar la imagen radiante que, majestuosa, se yergue frente a él: la de Santa María, Nuestra Señora, con el Niño en brazos y una jarra de azucenas frescas a su vera.

—¡Marchad de inmediato contra el infiel! —ordena—. No os detengáis ni un instante y una gran victoria habréis de obtener. Cuando lo pongáis en fuga, no cejéis en vuestro empeño. Perseguidlo hasta su madriguera y, cuando lleguéis, apoderaos de ella. Allí encontraréis el producto que necesitaréis para entregarme vuestra prueba.

Al instante, la voz se apaga, la luz se difumina, el silencio regresa y la oscuridad envuelve de nuevo la cueva. García retorna lentamente de su total abandono a su natural indómito y, recuperando a tientas el camino de vuelta, consigue encontrar la puerta.

El rey que sale de la cueva parece ser el mismo que hace unas horas la cruzó, pero en realidad nada es ya lo que era.

Un ruido de monturas se aproxima entre voces preocupadas que llaman por su nombre al rey.

—¿Mi señor, mi señor, dónde paráis? ¿Estáis bien? —le dicen en cuanto lo ven.

—Regresemos de inmediato a Nájera —responde serio, el rey—. No tenemos ni un instante que perder.

Monasterio de Alaón, Reino de Aragón. Agosto, 1043

Ramiro lleva tres días escapando, muy apurado, del desastre de Tafalla. Tres días y tres noches a uña de caballo cuando están a punto de llegar al monasterio y, con ello, al límite oriental del reino, en el cauce del Noguera Ribagorzana. Han cambiado de montura dos veces: una en Jaca y otra en Aínsa. Eso les ha permitido mantener la exigua ventaja que mantienen desde el inicio de la batalla. Ambos, señor y escudero, se encuentran exhaustos y en muy mal estado. Apenas han comido desde la partida y una buena parte del trayecto la han hecho semidesnudos y descalzos.

Porque fue en la madrugada del día de la Asunción de Nuestra Señora cuando los caballeros de García cayeron simultáneamente, mientras todos dormían, sobre ambos campamentos, el moro y el cristiano, sin respetar la cita que los dos hermanos se habían intercambiado para luchar dos días después en el Campo de Barranquiel. Porque fue tal la sorpresa que Ramiro y su escudero poco más pudieron hacer que salir de su tienda con la camisa puesta, saltar, aún descalzos, sobre un caballo desensillado y escapar lanzados hacia sus tierras. Porque, tras la terrorífica degollina que hicieron los caballeros navarros por todo el campo, la persecución de los derrotados, tanto de moros como de cristianos, hasta la fecha no ha cesado, y porque, cuando a esta hora se les va agotando el terreno, todavía divisan a lo lejos la nube de polvo que forman los caballos del destacamento navarro.

—Si no queda más remedio —dice, Ramiro, jadeante—, atravesaremos el río y nos refugiaremos allende el reino, en el Pallars Jussá, donde el conde Ramón nos guardará.

—Nos detendremos un momento en el monasterio para reponer fuerzas y buscar la manera de hacerlo —tercia el escudero. Cosa fácil, espero, porque en esta época del año el río no bajará lleno.

—Los monjes nos dirán. Una vez a salvo, podremos por primera vez pensar.

CAPÍTULO XIX

Al-Hizam, Toledo. Primavera, 1044

Bajo la cúpula de nervios cruzados del oratorio del alcázar, una figura enteramente vestida de blanco ora arrodillada sobre una estera en dirección al Tajo, por donde, a esta hora de la mañana, comienza el sol a despuntar con sus primeros rayos. Abu Hassan Yahya al-Mamun, *hayib* de la taifa, mientras reza, se concentra en recordar a su padre, el fundador de la dinastía, Abu Muhammad ibn Ismail Dhu al Riyasatayu al-Zafir, muerto hace ahora un año. Y lo recuerda porque necesita consejo. A principios del invierno, Ahmad al-Muqtadir, hijo del *hayib* de Zaragoza, consiguió forzar las puertas de Guadalajara con la cooperación de algunos perros que se pretendían leales a la taifa toledana. Fácil le resultó de esta manera, amparándose en la traición, hacerse con el control de la ciudad y sus tierras adyacentes, para incorporarlas a su gusto a la taifa saragustí. «Espero que ese bastardo, hijo de una perra hudí, no haya encontrado la misma facilidad para derrotar al ejército que he enviado a su encuentro —piensa, agitado, mientras espera noticias sobre la batalla».

Al mismo tiempo, en la puerta de Alcántara, el gran visir Abu Bakr ibn al-Hadidi, espera las noticias que trae el jinete que cruza el puente sobre el Tajo. Trae aspecto sucio y desaliñado, y su rostro no puede esconder el alarmante mensaje que trae desde Guadalajara. Al llegar a la puerta que da acceso a la muralla, desmonta y, sin preocuparse por su caballo, se echa al suelo a los pies de su amo.

—Mi señor —dice el jinete, exhausto—, la expedición de castigo ha sido un gran fracaso. No hemos podido recuperar la ciudad y nuestras fuerzas han sido diezmadas. Solo unos pocos nos hemos salvado. La mayoría yacen ahora muertos a merced de los perros en el campo de batalla o marchan hacia Zaragoza encadenados como esclavos. Las tropas de al-Muqtadir no han cejado además en el empeño tras la sarracina. Nos siguen los pasos muy de cerca y no tardarán mucho más de media jornada en presentarse frente a las murallas.

El gran visir frunce el ceño, se da la vuelta, precipitado, y, apretando el paso mientras piensa, comienza a ascender la interminable escalera que, remontando las terrazas que bajan hasta el río, desemboca en el patio de armas. Una vez allí y con la lengua fuera, se dirige sin demora al oratorio donde su señor le espera. Atraviesa el salón de los perfumes, que mira al río, y el salón noble, con sus cuatro leones dorados, antes de llegar a las puertas de la cámara octogonal.

—Mi señor —dice desde el suelo en el que se ha postrado—, todo está perdido. Las tropas de al-Muqtadir se aproximan a la ciudad y no tenemos fuerzas suficientes para defender la muralla. Vuestra vida corre serio peligro. Es preciso que huyamos sin tardanza. Tiempo habrá después para recomponernos y dar en el futuro más batalla.

Al-Mamun se levanta sereno, y mira al gran visir postrado en el suelo y luego al cielo.

—Levantaos, Hadidi, partiremos sin demora hacia Talavera —dice, tranquilo—. Tenemos buenas tropas allí acantonadas. Suficientes para protegernos. Resistiremos y buscaremos aliados. Llevaremos con nosotros el Tesoro. Con la ayuda de *Alláh*, antes de que las hojas vuelvan a caer al suelo, estaremos de regreso en Toledo.

Iglesia de Santiago, Nájera, Reino de Pamplona. Noviembre, 1044

Junto al castillo, un poco por encima del alcázar, entre los cerros de La Mota y Malpica, se alza la mole de la iglesia de piedra labrada. Desde el arco de su portada, se contempla en su integridad todo el perímetro del recinto amurallado que rodea la *civitas* y también, dentro de ella, el azor que circunvala y protege la aljama hebrea. Es Nájera desde los tiempos del rey Sancho una de las dos sedes de la corte del rey de Pamplona. Una ciudad pequeña, de calles estrechas y empedradas con guijo del Najerilla que desembocan también en pequeñas plazas, con casas humildes de paredes de adobe y entramado de madera cubiertas de teja o de paja.

Dentro de la iglesia, en acto solemne de acción de gracias, don Gómez, antes preceptor del rey y hoy reverendísimo ordinario de la plaza, con casulla blanca, reconoce para la Iglesia el carácter milagroso de la visión que, hace ahora poco más de un año, tuvo el rey, nuestro señor, en una cueva a orillas del Najerilla, justo antes de partir hacia Tafalla. Concelebran los oficios, con mucha pompa y circunstancia, otras dignidades eclesiásticas, como los abades de San Millán, Valvanera, Oña, Albelda y Anguiano; los obispos de Álava y de Pamplona, y los párrocos de San Sebastián y San Pelayo, de San Quirce, de San Miguel y de San Juan Bautista. Asisten también al acto, con los cientos de almas cristianas que la habitan intramuros, además del tenente del rey, Fortún Enecóniz, antiguo nutricio de los infantes de Pamplona, el *Concilium* de la ciudad, con el *iudex* al frente, el sayón, el alcaide y, en primerísima fila, rodeados de sus propias dignidades, los tres hijos vivos del rey Sancho: los tres reyes aparentemente reconciliados por el buen hacer de Fernando.

Tras el oficio religioso, se procederá, en el altar mayor de la iglesia, a la rúbrica de la escritura de fundación de Santa María la Real y de su alberguería, a la que se dotará con treinta y tres, como los años de Cristo, iglesias y monasterios, junto a nueve villas y numerosas tierras que se extienden por Burgos, Álava y Santander. También se le aseguran unos elevados ingresos para su construcción y mantenimiento con la décima parte de las parias que el rey y sus sucesores obtengan de los sarracenos, y con la cuarta parte de los derechos del teloneo que se cobren en Nájera. La escritura la firmarán con el rey y como testigos, sus dos hermanos, y las principales dignidades civiles y eclesiásticas que en este momento escuchan el ofertorio de la santa misa de acción de gracias. Con ello, se empezará a cumplir la voluntad que Nuestra Señora manifestó al rey en la Santa Cueva, a cuya vera se construirá la nueva iglesia.

«Mi hermano, el rey de Pamplona —piensa Fernando, sin molestarse en mirarlo—, cree que me engaña con toda esta parafernalia. Piensa que, como he venido, ignoro que con esta solemne fundación solo pretende consolidar y hacer definitivos sus designios de dominio perpetuo sobre tierras castellanas. Sobre la Rioja, la Bureba, Oca, y Castilla la Vieja hasta Santa María del Puerto, en las Asturias de Santillana. Pero se equivoca. Nunca renunciaré a lo que me corresponde por derecho. Y más pronto que tarde llegará el día en que, sea como fuere, incorporaré todos estos territorios a mis reinos, con sus almas cristianas».

«Mi hermano, el rey de León —piensa Ramiro, sin mover ni un músculo de la cara— ha conseguido convencerme para que venga a Nájera, a pesar de la gran humillación a que me sometió ese perro tras el desastre de Tafalla. Es cierto que los caballeros navarros han abandonado mi reino a cambio de la quiebra de mi alianza con la taifa, pero también lo es que se la tengo bien guardada. He tenido que hincar la rodilla en tierra para renovar humillado mis juramentos. Pero lo he hecho con reserva de conciencia. Esperaré a que García se dé la vuelta para apuñalarlo de nuevo por la espalda».

«Mis hermanos —piensa García mientras observa impertérrito la espalda del obispo— creen que me conformaré solo con esto. Los planes están hechos para acabar con Fernando y apoderarme de su reino. En cuanto al bastardo, no tengo de qué preocuparme. Es tan endeble y timorato que caerá como fruta madura. Solo tendré que empujarlo».

Medinaceli, Taifa de Zaragoza, cuarenta leguas al oeste de la capital. Noviembre, 1044

El viento frío del norte azota sin piedad al viajero que, montado en su caballo y totalmente cubierto por un manto, se dispone a entrar desde el oeste en el recinto amurallado de la medina, donde varios guerreros moros aguardan para escoltarlo.

Hace muy pocos días que Nuño Álvarez se despidió del rey en Burgos. A pesar del aguanieve que lo cala hasta los huesos, y que lo mantiene aterido desde que salió de Almazán, al alba, recuerda muy bien cuáles fueron sus últimas palabras: «Iréis al sur. Atravesaréis la frontera con la taifa y os reuniréis en Medinaceli con Ahmad al-Muqtadir, el hijo mayor del *hayib*. Entablaréis con él negociaciones para concertar el precio que deberá pagar si quiere nuestra ayuda en su porfía con Toledo. En cuanto lleguéis a un acuerdo, regresaréis directamente a León sin pasar por Burgos para darme cuenta. Allí os veré a mi regreso de Nájera».

Más tarde, justo antes de partir, Schlomo Xaia, como siempre hace, integró hasta el más mínimo detalle los deseos del rey: «Tened buen cuidado de no ser reconocido. Saldréis de Burgos solo, en mitad de la noche, y por la puerta de Santa María. Los soldados están avisados, por lo que no deberéis identificaros. Atravesaréis el Arlanzón y os dirigiréis directamente a Almazán, en tierra infiel. Espero que no tengáis ningún problema de conciencia por lo que vais a hacer. El servicio del rey, nuestro señor, está muy por encima del servicio de Dios».

Piensa Nuño, al tiempo que asciende por las estrechas y sinuosas callejuelas de la medina rumbo al alcázar, en lo astuto que es Fernando: «Mientras García piensa que va ganando, y que lo tiene a su merced en Nájera como gran aliado al que, poco a poco, ir laminando, mi señor prepara las piezas del tablero para, en el momento adecuado, dar el golpe certero».

Piensa también en Almanzor, el gran caudillo sarraceno que, desde hace cuarenta y dos años, yace enterrado en algún punto del patio de armas que está a punto de pisar su caballo, y esa reflexión le lleva a concluir que, en verdad, a pesar de todos estos moros que ahora lo rodean, y que habitan aquí desde hace tantos años, siempre serán estas, por la Gracia de Dios, tierras cristianas.

Ya en lo alto, se detiene Nuño a la puerta del alcázar. Antes de entrar, se da la vuelta sobre su montura y contempla por un instante el espectáculo grandioso del Jalón y del Arbujuelo, con sus valles, que se unen, precisamente, al pie del cerro. Siente entonces, ante la grandeza que contempla, un leve estremecimiento que le atraviesa todo el cuerpo, y pide perdón a Dios por lo que está haciendo.

Bustan al-Naura, Taifa de Toledo. Noviembre, 1044

La almunia a donde ha llegado esta mañana el jinete solitario, polvoriento como su montura, está construida en la ribera del río y presidida por una gran noria. Es, a menos de una legua de la ciudad, el lugar de descanso de Abu Hassan Yahya al Mamun, *hayib* de la taifa, que, aunque ya de vuelta de Talavera, no estará aquí hoy para negociar con el cristiano. Lo hará en su lugar el gran visir Abu Bakr ibn al-Hadidi, que tiene para este día una seria encomienda.

Vellido Tructesíndiz, *spathario* del rey García, ha recorrido muchas leguas en solitario

arrostrando graves peligros para llegar a la cita con el sarraceno. No se siente muy seguro allí dentro, por lo que partirá al romper el alba para realizar el largo camino de regreso, dando un gran rodeo para volver a Nájera.

Los sarracenos toledanos necesitan la ayuda del rey Sancho para contener a al-Mustain, y están dispuestos a pagar un buen precio en oro por el auxilio. Le toca al cristiano negociar la cantidad y la forma de pago, y al musulmán dónde, cuándo, cómo y con qué intensidad deben golpear los caballeros de García a la taifa saragustí.

Nunca, hasta ahora, ha estado Tructesíndiz tan metido en la moraima y, cuando se dispone a salir de sus aposentos para acudir a la cita, no puede dejar de pensar en la distancia que de los cristianos les separa. Nunca había visto en los días su vida tanta riqueza, comodidad, lujo y salubridad. Por eso, piensa el cristiano que, además de la paria del rey, haría bien en intentar sacar alguna tajada para él en la negociación con el gran visir que está a punto de comenzar.

Santa María in Sorbaces, Guadamur, Taifa de Toledo, tres leguas al suroeste de la capital. Mayo, 1045

El numeroso contingente de guerreros acampa en torno a la tienda del rey Fernando, en la cima de una loma, no lejos de las ruinas del viejo monasterio. Hace días que allí descansan después de la razia, mientras esperan la llegada de la embajada toledana. El rey se ha empeñado en que, como gesto de sumisión, sea el moro al-Mamun en persona el que venga a pagarle la paria que exige como precio por su retirada. Si no cobra los veinte mil dinares de oro que se han pactado, volverá a reanudar el saqueo. Hace ya dos meses, al principio de la estación, que partieron de León para hacer todo el destrozo posible en tierra sarracena. Han matado mucho y bien, han quemado, han saqueado y han enviado de vuelta a casa buenas reatas de moras y moritos esclavos a los que el rey, a diferencia de lo que ha hecho con los hombres derrotados, no ha querido sacrificar de inmediato. No ha intentado Fernando conquistar plaza alguna. Se trataba de una incursión de castigo hecha por encargo de Zaragoza, por la que, además del botín que está a punto de pagar al-Mamun, cobrará sus buenos quince mil dinares de oro del Tesoro de al-Mustain. Tal fue el acuerdo a que llegaron hace unos meses en Medinaceli Álvarez y al-Muqtadir, el hijo del *hayib*. Con el despliegue realizado, el pacto se ha cumplido por la parte cristiana. Ahora los hombres esperan impacientes el último trato de Fernando, antes de regresar a casa con las alforjas llenas de buen botín.

El día es plácido, aunque a esta primera hora de la mañana una ligerísima neblina permanece pegada al suelo, dibujando jirones sobre el campo. No se mueve ni una hoja, la temperatura es agradable y las mieses crecen todavía verdes esperando a que llegue la hora de la siega, al inicio del verano.

Mientras se sienta a la mesa instalada a la puerta de su tienda y se dispone a dar buena cuenta de unas gachas, el rey, vestido solamente con brial y calzas, observa cómo por el camino que divide en dos el campo se acerca Nuño Álvarez, que ayer estuvo hasta tarde de embajada en la ciudad, y al que todavía no ha podido ver desde su partida por la mañana. Le acompaña Pedro Peláez, nuevo *armiger* del rey e hijo del conde Pelayo Froilaz, que también lo fue del rey Alfonso, años atrás. «Peláez es desgarbado y no tiene planta de soldado —piensa, divertido, Fernando—. Sin embargo, ha acreditado ser un brillante estratega estos años y, por eso, es mucho más apropiado que Gustios para la nueva etapa que ahora comenzamos». A muy poca distancia, Diego Laínez, el

spathario de la Guardia, observa atento la escena. Estando como están en tierra sarracena, no se aleja ni por un instante de su amo, no vaya a ser que aparezca cerca una mala daga.

—Mi señor —dice Álvarez cuando llega, con una leve inclinación de cabeza—, cuando el sol esté en lo alto vendrá el *hayib* al-Mamun a pagaros. Así quedó estipulado en el trato que cerré ayer con el gran visir.

—Se alegrarán mucho las tropas. Podremos levantar el campo de inmediato y regresar a casa con el botín.

—Contentos estarán, mi señor, de regresar a casa a tiempo para la siega —tercia Peláez.

—Magnífico comportamiento han tenido, Pedro —sonríe el rey—, tanto los caballeros como los infantes. Si finalmente paga el moro esta tarde, no podría haber ido mejor la brega.

—Tan pronto como partamos mañana —continúa Álvarez—, enviaré un jinete con buena escolta a Medinaceli para cobrar la parte que de allí nos falta, y otro a León para advertir a Xaia de nuestra pronta llegada.

—No sé vos qué pensáis, Pedro —dice el rey dirigiéndose de nuevo al *armiger* de su ejército—, pero poca cosa nos han parecido estos sarracenos toledanos en el campo de batalla.

—Eso mismo hemos visto todos, mi señor. Por eso, a poco que os lo propongáis, os haréis con Toledo y, si me apuráis, con alguna taifa más.

—Todavía no ha llegado el momento —contesta el rey muy serio—. Antes tenemos otras batallas que dar en el norte. Si dejásemos ese flanco abierto y viniéramos aquí, al sur, en busca de pendencia y gloria, por ahí habrían de entrar en mala hora nuestros enemigos, esos que conocéis bien.

Los señores, asintiendo y a una seña del rey, retroceden para volver al campo.

—He pensado, Nuño —les dice, sin embargo, interrumpiendo su marcha—, que esta tarde, tras la visita del moro y antes de ponernos en faena, placería mucho a Nuestro Señor que, después de más de trescientos años, la santa misa pudiera oírse una vez más en Santa María. Disponedlo todo para que así sea. Quiero allí a todo el ejército dando gracias a Dios por las mercedes que nos ha hecho en esta expedición por las tierras que el infiel nos arrebató hace ya demasiados años.

Mientras el rey habla, un jinete al galope se acerca raudo por la llanura que rodea las ruinas del monasterio. Cuando llega, tras penetrar en el campo con el permiso de la guardia, se acerca apresurado a la tienda donde el rey habla. En llegando, salta del caballo y, ante la sorpresa general, se postra jadeante frente a su soberano.

—¡Mi señor, mi señor —dice muy excitado—, Calahorra ha caído! Vuestro hermano, el rey García, ha derrotado a las tropas de al-Mustain y ahora es el dueño y señor.

Strata de Francos, Nájera, Reino de Pamplona. Verano, 1045

En el barrio de Valcuerna, pegado a la muralla, no lejos de la parroquia de San Quirce y cerca del orificio por donde el maloliente cauce del Merdancho la atraviesa para unirse con el Najerilla, se encuentra el figón posada donde Vellido Tructesíndiz apura su penúltimo trago del día en compañía del pincerna mozárabe del alcázar.

—¡Por Judas Tadeo, qué gran fornicador es el rey, nuestro señor! —dice Sarracino Mauréllez, con la mente nublada por los vapores del destilado que lleva toda la tarde tomando.

—En verdad que lo es —contesta riendo el *spathario*, con la lengua suelta y también borracho—. Nunca ceja hasta que las penetra. Le da igual cómo sean, con tal de que tengan algún agujero que merezca la pena.

—Mientras él fornicaba, nos ha tenido trabajando como negros durante toda la semana para preparar el alcázar. Y todo para ese capítulo de la Orden de la Terraza que bajo el patrocinio de Nuestra Señora se va a celebrar en la iglesia de Santiago, mañana.

—Dejaos de patrocinios, maese pincerna, y contadme a quién se trasiega el rey por estas fechas, además de a la reina —pregunta Vellido con la mente espesa.

—Os lo diré, soldado —contesta Mauréllez, divertido, tras dudarlo un momento—, pero, si os vais de la lengua, con su esposo o, lo que es peor, con el mismísimo rey tendréis que entenderosla.

—Decídmelo, pues. Es bueno saberlo para cuando el rey se canse de ella.

—La esposa de Sancho Fortúñez, ¡sea!

—Bonita hembra es, ¡voto a Cristo!, y con las carnes bien prietas, la esposa del caballero del rey.

—¡Y bien puta también! —añade el pincerna, desternillándose y a punto de caer del taburete de madera basta sobre el que se asientan sus posaderas.

—No le durará mucho el juguete —insiste Vellido—. Pronto se cansará para buscar en otro lado nuevo consuelo.

—Pues con esta lleva ya un tiempo. Al menos, desde antes de partir hacia la guerra.

—Y ya que habláis de guerra, ¡qué bella jornada la de aquel día en Calahorra —dice Truztesíndiz, mirando, beodo, al infinito— en la que, tras cruzar el río, forzamos inesperadamente la entrada por la puerta de Estella, e hicimos gran degollina entre los que la defendían y no nos esperaban por el lado del tajo! Bien es cierto —añade, volviendo a la realidad— que a vuestros hermanos mozárabes debemos la entrada, pues fueron ellos los que, desafiando al moro, nos la franquearon de anocheada. Fijaos ahora las riquezas que inundan Nájera. Todo el producto del saqueo que allí acumularon durante ochenta años.

—Buenos tiempos estos en los que hay botín para todos —asiente el pincerna—. También para que el rey pueda levantar esa gran iglesia donde expiar sus pecados.

—¿Vos habláis de pecados, Mauréllez? —dice Tructesíndiz, sofocando a duras penas una sonora carcajada—. Pues sabed que el rey, nuestro señor, es persona muy pía y de muy buenas costumbres..., salvo en lo que respecta a la jodienda.

—Y hablando de caballería, señor *spathario*. He oído decir que el rey no se ha acordado de vos para la Orden de la Terraza, a pesar de que sois, sin duda, su guerrero más fiero.

—Desengañaos, señor. No soy yo hombre de caballerías sino matarife experimentado, y para eso y no para otra cosa me quiere el rey, nuestro señor, a su lado. Aun así, mañana estaré en Santiago, muy cerca del altar, protegiendo a mi señor mientras se celebra la tal fundación. No seré parte de ella, pero al menos estaré cerca, no como vos.

Así, entre humores etílicos y bravatas tabernarias, discurre plácidamente la tarde en el figón de los Francos, donde el guerrero y el encomendero, sin prisas, disfrutan del bienestar que para todo el reino ha traído desde Calahorra el rey García, que, eufórico, celebra su gran victoria cada día con una hembra distinta.

Palacio de la Zuda, Zaragoza. Otoño, 1045

El gineceo es un hervidero, cuando, desde el ala oeste, llegan noticias de que Sulayman ibn Hud al-Musta'in, *hayib* de Zaragoza, tras semanas de agonía, acaba de expirar. Las princesas madre, en torno a las que se han reunido las demás esposas del difunto, con sus camarillas de esclavas, eunucos y sirvientas, se preparan desde hace tiempo para la sucesión, que tantas y tan graves

consecuencias va a producir en el harén. Cinco hijos, cada uno de una madre, deja el *hayib* tras de sí: Yusuf, Lubb, Muhammad, Mundir y Ahmad, por lo que cinco son las princesas madre que reinan allí. Todas ellas deberán permanecer ahora recluidas, no importa cuál sea la última voluntad del finado, durante el *iddah*, los cuatro meses y diez días de duelo que marca la Ley.

Los cinco hijos, que no han abandonado el lecho de muerte de su padre durante las largas horas de agonía, rodean su cuerpo deteriorado por la larga enfermedad cuando le abandona el último aliento. Hasta ese mismo instante, se han turnado para recitarle al oído la *shahada*. Una y otra vez, como una interminable letanía repetida mil veces en voz baja: «No hay más Dios que *Alláh*, y Muhammad es su profeta. Doy fe de que no hay más divinidad que Dios y de que Muhammad es el mensajero de Dios».

Todo está preparado en el alcázar en el momento del óbito. Es preciso dar tierra al cuerpo sin demora. Ahmad, el hijo mayor, apoya la palma de la mano en la frente del difunto y, con un ligero movimiento, cierra sus ojos vidriosos, que en vida fueron de un azul intenso.

Entre los cinco, con gran devoción, transportan en angarillas el cuerpo inerte al salón dorado, para depositarlo con cuidado en una larga mesa de negro alabastro.

Yusuf, por su turno de edad, lo desviste con respeto. Le quita la túnica y la camisa, con lo que queda al descubierto, todavía tibio, su esquelético cuerpo desnudo. Los sirvientes que los rodean les acercan el paño de lino, el jabón de pétalos y el aguamanil de plata. Yusuf lava el cuerpo con delicadeza, tomándose su tiempo. Cuando termina, cada uno de sus hermanos vuelve a lavarlo de nuevo.

Tras secarlo con devoción, lo envuelven en tres sudarios de algodón blanco, y lo depositan en las angarillas que lo llevarán a su lugar de descanso eterno en la tierra, al pie del alcázar, donde ya está excavado el hueco.

La comitiva atraviesa el salón del trono y se dirige hacia la puerta del Este por la que sale al-Musta'in a la luz de un cálido y luminoso día por última vez en su vida.

Mientras resuena en la ciudad la voz aguda y monótona del almuédano llamando desde el alminar de la mezquita aljama a los fieles a orar, cada uno de los hermanos piensa en el futuro que, a partir de hoy, les espera. Su padre no ha querido designar heredero. Por eso, ha dividido el reino entre los cinco en los días previos: a Yusuf, Lérida; a Lubb, Huesca; a Mundir, Tudela; a Muhammad, Calatayud, y al mayor, Ahmad, la joya de la taifa, la Medina Albaida: Zaragoza, la bella. Los cinco saben que es imposible que esa situación prevalezca. Ninguno podrá sobrevivir al empuje de los reinos cristianos, por lo que, al final, no podrá quedar más que uno.

Abu Yafar Ahmad ibn Sulayman al-Muqtadir, el hermano mayor, piensa turbado por la falta de sueño, mientras que los tibios rayos de sol de la mañana calientan sus frías manos, en las palabras que dijo su padre antes de morir. «Buscad el apoyo de los cristianos. Se odian entre ellos. Fomentad la división y la discordia entre sus reinos. Solo así sobreviviréis».

Los altos dignatarios y los parientes más próximos del finado le esperan en la explanada para acompañarlo al camposanto. Cuando llegan, los cinco hijos, con sus propias manos, depositan el cuerpo inerte en el agujero excavado, de costado, mirando hacia el lugar por el que cada mañana nace el sol, como manda el Profeta.

Todo ha terminado. Solo queda echarle tierra.

CAPÍTULO XX

Abadía de Domnos Sanctos, Sahagún, Reino de León, catorce leguas al este de la capital. Primavera, 1047

El copista ha perdido la cuenta del tiempo que lleva dedicado a iluminar el códice miniado que tiene entre sus manos. Pero ahora, tras acabar de encuadernarlo, cree que está listo para ser entregado.

El *scriptorium* de la abadía es amplio y luminoso y, en esta época del año, gracias a los rayos del sol que desde primera hora de la mañana penetran por sus ventanas, está bien caldeado. Los monjes se distribuyen, de dos en dos, en mesas de madera muy gastada, colocadas en paralelo, en dos hileras que miran al hermano bibliotecario, cuya escribanía se sitúa a contramano, en el extremo sur de la sala.

No son muchos los copistas, pero sí muy hábiles en su trabajo, tanto que el *scriptorium* de la abadía se considera el más fecundo del reino por todos los que en León y en Castilla entienden algo de cánones y escrituras.

La mesa de Facundo es, de todas ellas, la mejor situada, lejos de las corrientes de aire y cerca de una ventana. La comparte con Primitivo, encargado de la llevanza del Libro Becerro, en el que causan asiento todas las operaciones contables que se realizan con las propiedades de la abadía: las compras, las donaciones, las herencias, las ventas, los foros, los censos, las rentas y, en fin, las entregas de las muy variadas fincas que integran su vasto patrimonio desde que se recuerda.

Facundo y Primitivo, además de hermanos de San Benito, son buenos amigos. Tienen la misma edad y comparten las paredes del monasterio desde niños, cuando fueron recogidos por la comunidad y bautizados con los nombres de los santos mártires del Cea, bajo cuya advocación y patrocinio se fundó la abadía, muchos años atrás, en tiempos de Alfonso el Magno. Por eso, con licencia de dom Ecta, el venerable abad, trabajan, desde un tiempo pasado que ya no recuerdan, en la misma mesa irregular que, cada día, todos los días del año, desde que sale el sol hasta el ocaso, da cobijo a la su creatividad y laboriosidad. Son ya mayores y sus sentidos no son lo que eran. Por eso, saben a ciencia cierta que su trabajo en el *scriptorium* tiene los días contados. Quizás para Facundo, más artista que su amigo, este sea el último códice que ilumine, aunque, sin duda, por la belleza del resultado, habrá merecido la pena tanto trabajo.

Se trata de un comentario sobre el *Apocalipsis* de San Juan, en trescientos doce pergaminos escritos en gótica por los dos lados e iluminados, en una amplia gama de colores, con noventa y ocho miniaturas. El monje está muy orgulloso de lo que sostiene entre sus manos, pero, sobre todo, de los dibujos que ha realizado. El texto lo ha copiado con esmero de varios originales, a su vez copiados de otros hasta Dios sabe cuándo. Ha tenido delante para hacer su trabajo un *Beato de San Julián de Samos*, otro de Valcabado y hasta uno de San Miguel de la Escalada. Pero los dibujos son auténticamente suyos, no copiados. «He puesto lo mejor de mi ser en ellos —piensa ahora entristecido, al contemplar en el libro el paso de los años— y toda la experiencia de una vida entera iluminando. Por eso son tan diferentes de los más antiguos. Elegantes, estilizados, brillantes de policromía y dibujados con trazo firme y preciso, tanto que hasta se diría que se preparan para dejar pronto el becerro donde inevitablemente les pasarán los años».

«Mañana llega el rey Fernando —continúa pensando—. Dicen los monjes más enterados que Sahagún ha sustituido en su corazón a Arlanza, y la realidad es que viene aquí con frecuencia, *causa orationis*, a pasar temporadas de retiro con nosotros, pobres monjes de San Benito que tan pocos merecimientos tenemos. Yo nunca me he atrevido a dirigirle siquiera una palabra. ¡Dios me libre de ser tan osado! Ni tampoco él ha querido mirar el códice antes de que esté terminado, a pesar de que me consta su impaciencia por las prisas con que el abad me atribula a diario. Mañana será el día en que tenga que separarme de mi Beato. No me preocupa si le gustará o no al rey, porque sé que lo hará, ni tampoco el uso, mucho o poco, que quiera hacer de él. Me preocupa más el vacío que en mi alma deja y cómo, a mis años, voy a llenarlo. Han sido tantos, que ya me había acostumbrado a posar cada día mis ojos sobre sus hojas y a disfrutar todos ellos con el roce de mis dedos sobre los tenues surcos que ha dejado en el pergamino la tinta seca. Pero todo llega en la vida. También la muerte que, como el Señor enseña, siempre a la vuelta de cada esquina a todos acecha».

Castillo de Guimarães, Reino de León. Primavera, 1049

—Sangre y fuego dijo el rey, y a fe mía que así ha sido. ¡No queda piedra sobre piedra!

Aún siguen humeando rescoldos entre las ruinas de la antaño orgullosa fortaleza del Monte Largo. Han sido unos días complicados y la caída de la ciudadela se ha producido después de mucha brega. Esta iba a ser una de las incontables rebeliones que en los últimos diez años ha tenido que sofocar el rey, pero le ha tocado, en realidad, ser la gota que ha colmado el vaso de la paciencia de Fernando.

Mientras Diego Laínez y Pedro Peláez pasean por el perímetro de lo que fue la fortaleza, todo es muerte y desolación a su lado. Ni una sola persona ha salido con vida tras el asalto final de la Guardia: nobles y villanos, seglares y eclesiásticos, hombres, mujeres y niños, todos yacen despanzurrados entre las humeantes ruinas. Y la peor parte se la han llevado los cabecillas. Sus cuerpos abiertos en canal, sus entrañas esparcidas por el suelo y sus cabezas clavadas en picas en lo que fue la muralla, son buena prueba de que la templanza del rey se ha agotado. Todo el que ose levantarse de nuevo sabrá desde hoy a ciencia cierta a lo que se está enfrentando.

—Mañana regresamos a León a dar al rey buena cuenta —contesta Peláez—. Aquí todo quedará como está. Ni una sola piedra debe moverse. Toda esta carnicería será un buen testimonio de lo que espera a nuestros enemigos si osan provocar de nuevo la cólera de Fernando.

Castro Iudaeorum, León. Otoño, 1052

El paso de los años, veintitrés ya desde que, siendo mozo, entró al servicio de Fernando, y una vida de constante dedicación y trabajo han dejado profunda huella en el cuerpo de Schlomo Xaia. Bordeando los cuarenta, camina encorvado, tiene el pelo trufado de blanco y unas profundas arrugas que marcan su rostro por todos lados, sin que su aseada barba gris logre apenas ocultarlo.

También el paso de los años, catorce ya desde la coronación, han transformado el aspecto de la loma donde se asienta el castro. Se ha construido una nueva sinagoga y, en torno a ella, casas de madera para acoger trescientas almas, que quieren pero no pueden hacer olvidar que, hasta hace muy poco tiempo, solo quedaban allí las escasas ruinas que sobrevivieron a la gran matanza que para siempre será recordada en todas las juderías de las Hispanias.

En una de esas casas, en el mismo lugar que ocupaba el solar de sus antepasados, se alza ahora la nueva morada de Schlomo Xaia, mayordomo del rey. Una pequeña vivienda adosada, más o

menos como las demás, y sin ningún signo aparente de la grandeza que debiera presidir el lugar donde reside persona de su calidad.

Entre sus cuatro paredes, apenas una criada mantiene en orden las escasas pertenencias que necesitan para vivir, sencillamente y en soledad, Trebalio y Xaia. Ninguno de los dos se ha casado, porque ambos han consagrado su vida a la mayor gloria del rey y a la mejor salvaguarda de su pueblo.

La situación ha cambiado mucho desde los primeros tiempos, cuando el judío llegó a Burgos apaleado. Ahora el rey Fernando se ha consolidado. Ha mantenido durante años, desde Tamarón, un ejército levantado en armas para sofocar las continuas revueltas, y eso le otorga ahora gran ventaja.

Xaia se ha aplicado durante estos años a tener ojos y oídos por todos lados. Desde la Marca Hispánica a las taifas y, por supuesto, en Nájera, donde nada de lo que sucede se le escapa. Por eso le ha rogado a Fernando que no viaje a la consagración de Santa María la Real a finales de año. Se teme una conjura que pueda acabar con su vida o, peor aún, con sus huesos en una lóbrega mazmorra. Aun así, el rey irá porque, como sabe bien el hebreo, hay algo en Nájera que lo atrae irresistiblemente hacia donde la prudencia, sabia consejera, debiera aconsejar mayor cautela.

Son ya muchos los años de continuas refriegas entre caballeros castellanos y navarros. Son muchas también las rencillas y discusiones que ha habido entre los dos hermanos para fijar sus fronteras; muchas las suspicacias que ha levantado en León el intento de García, con la fundación del obispado de Nájera, de consolidar su posesión sobre tierras que siempre han sido castellanas; y muchos también los celos y las envidias que las alianzas con el moro, en Toledo y en Zaragoza, han despertado. Pero lo definitivo, lo que el rey nunca ha perdonado a su hermano, es la mala vida que le ha dado a la reina Estefanía. «García es violento, brutal, retorcido y taimado, y de natural furioso y poco reflexivo —piensa Xaia—. Por eso, y aunque el rey no lo haya dicho todavía, todos estamos preparados para la próxima acometida. Porque muy pronto es seguro que habrá un choque fratricida para disputar la supremacía, y es mi deber que el reino esté a punto cuando llegue ese día».

Mientras piensa, observa Xaia a Trebalio que, sentado en el escritorio a la vera del fuego, da los últimos retoques a la documentación que deberá presentar mañana. La habitación, única de la casa caldeada, no es muy grande. En ella pasan los escasos ratos que no están de viaje con el rey o en el alcázar. Piensa Xaia en la bendición que ha sido Trebalio. Recuerda perfectamente el día en que llegó a su puerta, como un perrillo asustado, tras la degollina del castro. Ha sido un gran servidor y compañero, trabajador infatigable dispuesto a asumir cualquier riesgo.

—En pocos días —dice Xaia, pensando en voz baja—, partirá el rey con su séquito hacia Burgos, para seguir luego camino a Nájera a fin de asistir con sus hermanos a la consagración de Santa María.

—Todo está preparado, mi señor.

—Vos, Moshe, deberéis ir en el cortejo. Cuando lleguéis a Burgos, lo abandonaréis y seguiréis vuestro camino en solitario para entrar en tratos con los descontentos. Visitaréis sin que se os reconozca las fortalezas de Peraleda, Rodilla y las Vesgas. Llevaréis parte del oro que hemos traído de la campaña contra el moro y lo usaréis pródigamente para ganar voluntades. Es preciso que en los próximos tiempos García este ocupado con las revueltas y que a los traidores tema. Ha sembrado el terror durante sus años de gobierno y ahora recogerá la correspondiente cosecha de deslealtad y desasosiego. Tras tratar con Aznar, con García y con Fortún, los hijos del conde Sancho os reuniréis con el rey y su séquito en Nájera. Allí os entrevistareis con los que conspiran

contra García: con Lope y Galindo Bellaco, y con Sarracino Mauréllez, el pincerna del alcázar que tanto odia a su señor. Mención especial merece Sancho Fortúñez. Averiguad hasta dónde está dispuesto a llegar con su venganza. El rey ha llevado la vergüenza y el escarnio a su casa, y no parece caballero inclinado a vivir con el deshonor.

—Se hará como decís, mi señor. Seguiré vuestras instrucciones al pie de la letra y pronto volveré a rendiros cuenta.

—Administrad bien, Moshe, la deslealtad. Escuchad con atención y no lo olvidéis: ni el templo de Herodes se construyó en un día, ni tampoco en un día seremos capaces de acabar para siempre con García.

Alcázar de Nájera, Reino de Pamplona. Adviento, 1052

Es jueves, día de mercado y víspera de la consagración de Santa María. Ha sido una jornada ajetreada y, con las sombras de la noche, todos se han retirado a sus casas. Un frío intenso impregna en el exterior la claridad de una noche estrellada y, mientras la escarcha deposita su fino manto sobre la tierra yerma, un buen fuego crepita todavía frente al lecho del rey Fernando.

Aún no se ha abandonado al sueño, pero una ligera modorra, producto del buen vino de Nájera que ha ingerido en abundancia, comienza a adormecer poco a poco su cuerpo. Lleva dos días en la ciudad y los dos los ha pasado rabiado por causa del bellaco de su hermano. Pero ahora no quiere pensar en ello. Quizás mañana encuentre el momento. Prefiere que sea Estefanía la que le acompañe como en un sueño en el tránsito que termina al alba.

Un leve ruido en la puerta, sin embargo, lo devuelve de pronto a la consciencia. Siente en la oscuridad de la noche que alguien entra. Se apresta sigilosamente a coger la daga que descansa al lado de la cama, sobre la mesa, para vender cara su vida. Con los músculos tensos, intenta escrutar entre las sombras por dónde diantres quiere venirle por fin la muerte.

El movimiento que se aprecia en el lecho advierte al visitante, empero, de que Fernando está despierto, por lo que, sin acercarse demasiado, por si acaso, se disculpa de inmediato:

—Mi señor, siento molestaros tan a deshora, pero se trata de un asunto de máxima urgencia.

Fernando, al oír la voz de su amigo, pierde el miedo, se incorpora sobre el lecho y, todavía con la daga en la mano, le increpa agitado:

—¡Buen susto me habéis dado, Nuño! Espero que haya valido la pena.

—Una dueña de la reina ha venido a mi aposento con un billete y el encargo de que a vos, señor, debía sin demora entregároslo.

—Dádmelo pues y veremos qué quiere la reina que no pueda esperar a que amanezca.

Fernando coge el billete y rompe el lacre que lo sella, mientras Nuño Álvarez enciende una vela con las brasas que todavía restan candentes en la chimenea. A la luz de la candela, Fernando lee pausadamente las líneas de la reina. Cuando termina, frunce el ceño y su mirada se pierde un instante en dirección a la tronera, por la que asoma un trozo de cielo cuajado de estrellas. Confía plenamente en ella. La ama desde que recuerda, y, aunque hace años que no han tenido trato íntimo, pondría gustosamente en sus manos su vida entera. Por eso, tras un momento de reflexión, confía a su amigo en voz baja y con mucha reserva:

—Nuño, corremos grave peligro. Se ha puesto en marcha una conjura que puede arrebatarnos la vida y dejar el reino huérfano. Eso asegura la reina y yo la creo a ciegas. Que mañana tarde, tras la consagración, todos seremos presos, yo el primero.

—Tenía razón, entonces, vuestro mayordomo. Las voces que le llegaban de Nájera eran, en

verdad, ciertas.

—Y yo fui, una vez más, un iluso confiando en la bonhomía de mi hermano. Es grandísimo cobarde y mayor embustero. Lo sé desde que me alcanza el recuerdo. Pero nunca pensé que su villanía podría llegar a tal extremo.

—¿Qué disponéis que hagamos, pues?

—Preparadlo todo —contesta el rey, determinado—. Mañana, al rayar el alba, al poco tiempo de su apertura, saldremos de aquí a escape por la puerta Lóbrega y no pararemos de galopar hasta que entremos, sanos y salvos, en Castilla. Cuando García descubra la escapada, será demasiado tarde para montar la celada.

—Avisaré entonces a Láinez para que alerte a la Guardia. Demos gracias a Dios de que no estén con nosotros ni los infantes ni la reina. Si os hubiesen acompañado, como reclamaba García, el desastre podría haber sido completo.

—Demos gracias también a la reina. Mucho me gustaría despedirme de ella...

Fernando calla unos instantes y pronto exclama, como en un arrebato:

—¡Marchad, Nuño! ¡Id a ver a esa dueña! Decidle que el rey de León quiere ver a la reina. Que encuentre la forma de hacerlo sin que se sepa, ahora que las sombras de la noche todavía nos acechan.

—Mi señor —le reconviene, pausado, su amigo—, faltan pocas horas para el alba y el tiempo, en verdad, apremia. No es momento este para visitas. Ni siquiera a la reina. Pensad en el reino y en las horas amargas que nos esperan. Pamplona es fuerte y vuestro hermano, un titán temible en la guerra. Aprestémonos a partir ahora. Debemos aunar fuerzas contra Pamplona y Estefanía es su reina.

—¡Marchad entonces de una vez, Nuño! —contesta el rey, maldiciendo y señalándole la puerta—. Disponedlo todo para partir al alba. La próxima vez que veamos al perro de mi hermano, no lo dudéis, será a campo abierto.

Monasterio de San Juan y San Pelayo, Oviedo, Reino de León. Noviembre, 1053

El rey Fernando y su familia se han reunido en Oviedo con una cohorte de obispos, magnates y abades mitrados para presidir los santos oficios, que culminan la traslación a León de los restos de san Pelayo. Dispuestos en torno a un sarcófago de piedra, justo detrás de los canteros, que se afanan en mover la pesada losa que los cubre, se sitúan el rey, la reina y sus cinco hijos, los infantes de León y de Castilla: Urraca, Sancho, Elvira, Alfonso y García.

«San Pelayo —recuerda ahora el pequeño infante García que le contó su preceptor Cresconio, antes de salir de Compostela— era un muchacho de vuestra edad, sobrino de Ermogio, obispo de Tuy. Tras la derrota del rey Ordoño en Valdejunquera, hace ya más de doscientos años, fue llevado como rehén a Córdoba, donde fue decapitado por rechazar la conversión al islam y el trato carnal contra natura que con él pretendía el emir Abd-al-Rahman. Sepultado en tierra infiel, sus restos fueron trasladados a León mucho tiempo después. Allí el rey Sancho, al que llamaban el Gordo, mandó construir una gran iglesia y un monasterio para albergarlos. Años más tarde, al terminar el milenio, cuando las aceifas de Almanzor pusieron en peligro la capital, sus reliquias fueron trasladadas temporalmente a Oviedo y guardadas en un túmulo, donde ahora —piensa el niño— se afanan los canteros».

El infante Alfonso, solo un par de años mayor que García, mira a su hermana Urraca mientras retiran la pesada losa de piedra. Considera que es la dama más bella. «No deberían obligarla a

ver esto —piensa—. A fin de cuentas, sea o no santo, se trata de desenterrar un muerto para volver a sepultarlo de nuevo».

El infante Sancho, el mayor de los hijos varones del rey, es apuesto y garrido. A sus quince años, tiene planta de guerrero e incipiente barba. Sueña desde niño con suceder a su padre y extender sus dominios por tierras musulmanas. Es brillante con el caballo y fuerte con la espada. Inteligente y temerario, es sobre todo amigo de sus amigos, con los que ha forjado, en tan poco tiempo, unos lazos mutuos de lealtad que perdurarán con los años.

A su lado, Rodrigo Díaz, hijo del *sphatario* del rey y paje del infante, observa con atención el instante en que los operarios retiran del cofre funerario los restos del santo.

El rey, mientras colocan los huesos en la urna dorada dentro de la que viajarán a su nuevo y definitivo destino, mira uno a uno a sus hijos y piensa, convencido: «En verdad me estoy haciendo viejo. Tengo dolores por todo el cuerpo. Pronto tendré que pensar en qué voy a hacer con el reino».

Alcázar de Nájera, Reino de Pamplona. Primavera, 1054

Nubes negras que presagian los desastres de la guerra surcan el cielo de Nájera cuando los dos legados del rey de León cruzan la puerta que da acceso al salón del trono, donde los espera sentado el rey García. Las principales dignidades eclesiásticas y los magnates del reino acompañan a su soberano en momento tan decisivo.

Íñigo, abad de Oña, es alto y espigado. Tan frágil parece que el rey no lo considera enemigo de altura en la contienda dialéctica que se avecina. Sus escasos cabellos tonsurados son de un color pajizo, casi blanco, y viste un hábito oscuro y desgastado, más propio del cocinero del monasterio que de un abad mitrado.

Avanza hacia el rey sin mirarlo, porque sus pensamientos se dirigen en esta hora al pequeño Sancho, el infante de Pamplona, que observa la escena puesto en pie a la derecha del trono. Como si pudiera contemplar el futuro que le espera, Íñigo traslada lentamente su mirada del rey al muchacho y, como legado que es de otro soberano, hace una leve reverencia en lugar de mostrar a García su mano, para que ante ella, como representante que es de la Santa Madre Iglesia, se humille en señal de respeto.

Domingo, abad de Silos, del que el rey no guarda buen recuerdo por un incidente pasado en San Millán de la Cogolla, sigue a su hermano en la fe a pocos pasos. A diferencia de él, tiene todavía una buena cabellera, también tonsurada, y un rostro rollizo y rubicundo, reflejo de la buena salud que conserva a pesar de sus muchos años. No obstante el peso que desplaza, se mueve por el salón del trono con facilidad y, mirando desde el primer momento a los ojos del rey, se dispone sin más demora a parlamentar:

—Señor, venimos con un mensaje de paz de vuestro hermano.

—Hablad, pues. Dispuesto estoy a escucharos.

—Como sabréis —dice Íñigo—, el rey Fernando ha levantado en armas un grande ejército, más grande aún que el que reunisteis con él en Tamarón, y no desea emplearlo contra vos, sino con vos y contra el sarraceno.

—Conozco bien, reverendo padre, lo que en verdad desea mi hermano. Lo conozco desde nuestra más tierna edad. Él no ha cambiado desde entonces. Poco a poco, sin hacer ruido, pretende quedarse con todo. Pues sabed que yo tampoco he cambiado y que estoy todavía más dispuesto que él.

—El rey Fernando —insiste Domingo, humildemente—, es soberano paciente y ecuánime. Está determinado a olvidar todas las rencillas y ofensas del pasado para que los dos reinos puedan vivir en paz como buenos cristianos.

—La única cuestión en la que el rey no está dispuesto a transigir —dice, Íñigo, adelantando una mano hacia el rey— es en la devolución de las fortalezas que por la fuerza habéis ocupado en la frontera: en Ubierna, en la Piedra y en Urbel. Sobre todo lo demás, es posible llegar a un acuerdo.

—Así —continúa diciendo Domingo al tiempo que García esboza una ligera sonrisa—, el rey Fernando convendría en olvidar la celada que le habíais preparado aquí mismo hace dos años. Y también vuestras continuas incursiones y rapiñas en territorio de Castilla, y vuestros intentos de hacer definitivo lo que es solo provisional, como el obispado que, con jurisdicción en parte del antiguo condado, en esta noble ciudad de Nájera habéis fundado.

—En definitiva —termina Íñigo—, vuestro hermano desea la concordia y la paz. Demasiadas guerras fratricidas ha habido ya durante estos años.

Terminado que es el parlamento, los monjes esperan pacientes una respuesta y García se hace de rogar con plena conciencia. Todos permanecen expectantes en la pieza y él, a sabiendas, se regodea en la explosión que se acerca. Nota cómo una furia interior le asciende por dentro y hace grandes esfuerzos por contenerla, pues no quiere mostrar debilidad. Por eso, cuando nota que se serena, comienza, sin prisas, a hablar.

—Reverendísimos señores, escuchad bien lo que voy a deciros. Grabadlo bien en vuestra memoria, tal cual. Recordadlo, pues deseo que así se lo comunicéis a mi augusto hermano: no solo no me retiraré de fortaleza alguna, sino que llevaré mis ejércitos hacia el oeste como hace no tantos años hizo mi padre, el rey Sancho.

El tono de García se endurece a cada instante y su voz, ronca y potente, se convierte en rugido por momentos.

—Pero no repetiré los errores de antaño. Esta vez no habrá clemencia, y arrasaré a todo el que se me enfrente hasta que las pezuñas de mi caballo se mojen en la mar oceánica, allí donde se acaba la Tierra. Decidle a mi hermano, el ladino, el deshonesto, que habrá guerra, y advertidle que no me detendrá la sangre de nuestro linaje si se opone a mis fuerzas.

García nota la estupefacción en los ojos de los legados y, despectivo, se dispone a concluir con ellos:

—Ahora, no os pido que salgáis de mi reino, os exijo que sin demora lo hagáis. Y andad con mucho cuidado. Legados sois del infame Fernando, y legados seréis cuando mis mesnadas os encuentren. A Pamplona os traeré a todos como ovejas para que aprendáis de una vez por todas quién es el verdadero dueño de esta tierra.

Valle de Atapuerca, Reino de Castilla. Calendas de septiembre, 1054

—Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Las primeras sombras de la noche caen como losas sobre el campo de batalla. Un calor pegajoso impregna el aire. Un calor apestoso que, con el declinar de la tarde, se ha detenido por encima de las ánimas, que a esta hora se preparan para abandonar los cuerpos de los muchos guerreros caídos.

Hace unos instantes que, con una fúnebre letanía, el dedo pulgar de Íñigo impuso en la frente del rey los santos óleos, al tiempo que su alma se prepara con el crepúsculo para partir rauda hacia el

otro mundo. Su cuerpo destrozado yace exangüe y cerúleo en los brazos del que, no hace tanto tiempo, había hecho con su mirada y en su presencia una profecía siniestra.

El rey Fernando y sus caballeros rodean impasibles el cuerpo inerte, mientras esperan respetuosamente su último suspiro. Un enorme boquete en la espalda, por el que se le ha ido escapando la vida, es testigo fiel del desenlace del sangriento combate que a lo largo de toda la jornada se ha desarrollado en la llanura, a escasas tres leguas al este de las murallas de Burgos.

Yacen ahora en campo abierto, a simple vista, miles de cuerpos destrozados de moros y de cristianos, puesto que las huestes de Pamplona acudieron al combate reforzadas por muchos infieles zaragozanos que, en la derrota, han sido perseguidos con saña por los guerreros castellanos hasta los mismísimos confines del reino.

Se escuchan ahora por doquier, entre la mezcla de barro, sangre y vísceras en que se ha convertido el campo, quejidos de dolor y aullidos de miedo de los soldados moribundos que, sin nadie que los valga y mire por ellos, purgan anticipadamente en este mundo las penas que les esperan en el otro.

La batalla comenzó ayer tarde, de anochecida, cuando, ante la pasividad de las huestes de García, un buen número de caballeros castellanos, tras vadear el cauce del San Juan, tomó la colina situada en la cara norte del valle. Con la superioridad estratégica del que domina desde la altura el campamento rival, se advertía ya en el campo castellano, desde las primeras horas del día, el predominio de las fuerzas del rey Fernando sobre las de su hermano García.

Pero el momento decisivo, alrededor de la hora nona, tras muchas de brega de peones y una enorme sarracina, se inició con la gran carga de caballería que, viniendo desde el norte, al amparo de la colina, se abatió con brutal fuerza sobre las mesnadas de Pamplona, que poco o nada pudieron hacer para detener la severa degollina.

Pero no fueron los caballeros leoneses ni tampoco los castellanos los que decidieron la suerte de la batalla, sino algunos de los navarros que, en medio de la lucha, tornaron sus lanzas para cambiar de bando, enfrentándose contra el rey que durante tantos años los había amparado. Volcán de soberbia por su prestancia corporal, no consiguió el rey de Pamplona mantener la lealtad dentro de sus mesnadas en el momento crucial. El oro de Fernando, que había circulado con prodigalidad durante el verano, y el odio sembrado por García durante su reinado, habían hecho, antes de ese momento, la parte principal.

Tampoco fueron los caballeros de Fernando los que dieron la puntilla a su hermano. En el momento resolutivo, cuando la balanza ya se inclinaba, Sancho Fortúñez, caballero deshonorado, con el fragor de la lucha, clavó a fondo su lanza en la espalda de García, en el momento mismo en que este se aprestaba para dar su batalla definitiva.

Víctima de su propia iniquidad, fueron de traición sus últimas palabras, justo antes de que Fortúñez, al caer bajo el hierro de la Guardia, consiguiera en un estertor gritar: «¡Antes la muerte del tirano que el deshonor de un vasallo!».

Con mucho cuidado, deposita ahora Íñigo el cuerpo cadáver del rey sobre el suelo embarrado, coloca sus extremidades en posición de respeto, cruza las manos del muerto sobre un crucifijo, se levanta y, rezando un miserere, se aparta.

Ya se acerca con su hijo Sancho la carreta en la que los restos mortales abandonarán con la noche el campo de batalla rumbo a Nájera, para que sea enterrado en la Gruta Santa, tal y como Nuestra Señora de la Jarra dejó ordenado. Nadie, excepto Ella y su pequeño, derramará esta noche una mísera lágrima por su alma.

PARTE SEXTA

CAPÍTULO XXI

Abadía de Domnos Sanctos, Sahagún, Reino de León. Idus de septiembre, 1054

El rey, sentido tras la muerte de su hermano, se ha retirado con su duelo al monasterio. Camino de regreso, y todavía agotado por el esfuerzo, se ha detenido un par de semanas en Sahagún para encontrar algo de consuelo. Apenas habla con nadie dentro. Solo dom Alvito, el nuevo abad, que no ha mucho sucedió a Cipriano cuando este fue llamado por Fernando al episcopado, es capaz de penetrar la coraza en que el rey ha convertido su hábito. Fernando aparece apenado, y también castigado por el trascurso de los años. Treinta y seis ha cumplido y, aunque todavía no es un anciano, los mejores años de su vida ya han pasado. No le queda más rival en la Hispania cristiana, y reflexiona estos días entre los muros de piedra de San Facundo y San Primitivo sobre la dirección que debe tomar el reino, ahora que las luchas entre cristianos parecen haber quedado atrás.

Sentado en un banco, contempla un imponente álamo que, en una esquina de la huerta, comienza a perder sus hojas preparándose para el crudo invierno. Aguarda a esta hora al abad con el que, todos los días antes de vísperas, a la caída de la tarde, le gusta conversar. El viento se ha parado por completo y una temperatura agradable conforta al rey mientras espera.

Dom Alvito, que ya se acerca, es hombre serio, santo y cultivado. Un siervo de Dios, reservado y algo mayor que el rey, con el que ha conseguido una gran sintonía durante estos años. Con el hábito de San Benito desgastado, Alvito no es mucho más que un montón de huesos que camina encorvado. Apenas le queda pelo y lleva una luenga barba blanca que le oculta todo el cuello. Es afectuoso con el rey, cosa rara porque nadie lo es. Por eso le inspira gran confianza.

—Dios os guarde, mi señor, en este bello atardecer.

—A la paz de Dios, reverendo padre.

Dom Alvito se sienta en el banco de madera basta a la vera de Fernando, y permanece callado durante un buen rato contemplando, como él, el álamo.

—Mañana parto —dice el rey—. Antes de laudes, justo al amanecer. Quisiera llegar pronto a León. Son muchas las cosas que aún debo hacer.

—En verdad que lo son todavía, aunque hayáis terminado una buena parte de la enorme tarea que Dios os encomendó.

—Son tantos los trabajos pendientes, abad —se queja el rey— que me cuesta decidir por dónde empezar. Si al menos tuviera paz de espíritu... Pero, con todo el daño que he causado, ¿de qué otra forma podría ser?

Fernando calla unos instantes, primero, y reflexiona en voz alta, después:

—Debo preocuparme por Pamplona para que el rencor y el ansia de venganza no se hagan fuertes en el corazón de Sancho, el hijo de mi difunto hermano. También de Ramiro, el único hermano vivo que me queda, y que ha demostrado ser un gran traidor. Y del moro. Porque me siento con fuerzas para recuperar, a mayor gloria de Dios, al menos una parte de lo que por derecho me corresponde y que por la fuerza fue arrebatado a mis antepasados. No ignoro, además, que son muchas las necesidades del reino. Tampoco puedo permitir que los magnates conserven el mismo poder de antaño, el que les llevó a revelarse contra quien por disposición divina es su

verdadero señor. Y la Santa Madre Iglesia, abad, ¿qué puedo deciros de Ella? La única duda que tengo es si causa mayor escándalo la situación del clero regular o la del secular.

—Si anheláis como decís esa tranquilidad de espíritu, no lo dudéis, mi señor, comenzad por la Iglesia, que tan necesitada está de vuestra atención. Es la religión la que cohesiona al reino y la que os dará la estabilidad necesaria para acometer mayores empresas. En ella debéis apoyaros para hacer todo lo demás.

—Reconozco —continúa el rey— que en esa materia poco se ha hecho hasta la fecha, más allá de restaurar una parte de lo que iglesias y monasterios perdieron durante los años pasados a causa de fechorías y trapisondas. Además de revertir este expolio que ofende a Dios, ninguna otra cosa se ha hecho hasta ahora.

—Y no es cosa pequeña, mi señor, pero seguro que podréis hacer mucho más a poco que os lo propongáis. Sin embargo, el tiempo apremia. Nadie conoce el trecho del camino donde la muerte nos acecha.

Un silencio espeso interrumpe de nuevo la conversación. El rey espera a Alvito y el abad espera la inspiración de Dios.

—Sé, mi señor, que sois conocedor de los muchos males que aquejan a nuestra Iglesia, y sé también que nadie mejor que vos para ponerles solución. La inobservancia de las reglas, la relajación de las costumbres del clero, el descuido en los deberes pastorales, la desaparición del celibato y la incontinencia de los clérigos ofenden gravemente a Dios. Es cierto que muchos viven entregados a sus pasiones como los clérigos concubinarios. El orgullo, la soberbia, la ambición, la avaricia, la rapacidad y las malas costumbres cunden por doquier entre sacerdotes, presbíteros, diáconos, canónigos y hasta prelados. ¡Y la simonía, mi señor! —Un color bermejo, de excitación, asciende por las mejillas del monje—. ¡Gran pecado contra Dios! Los cargos y honores eclesiásticos, los sacramentos, las cosas sagradas y aun las bendiciones se compran y se venden como vulgar mercadería al alcance de cualquier mano.

—Es tanto lo que queda por hacer, abad —contesta Fernando, pensando todavía en el camino que le queda y en el lugar donde la muerte le acecha— y tan torcido lo que debemos enderezar que será difícil que los años que nos queden se estiren de esa manera. Pero atenderé en lo que pueda a lo que me decís. Comenzaré, en efecto, por nuestra Santa Madre Iglesia, porque mucha es la faena que por ahí nos queda.

El monje piensa una vez más en la idea que madura desde hace tiempo y, creyendo que la ocasión es buena, añade, confiando en la Divina Providencia:

—Hace ya cuarenta años, mi señor, desde los tiempos del rey Alfonso, que en estos reinos no se convoca un concilio para mejor servir a Dios. Es posible que el momento haya llegado. Vacante como está la sede de Roma, nada ni nadie osará importunarnos. Llamad a todos los prelados y abades mitrados. De Galicia, de Asturias, de Portugal, de León, de Castilla, de Pamplona, de Aragón y aún de la Marca Hispánica. Una gran reunión que sirva para reformar todo aquello a lo que debáis echar mano.

—Pensaremos en ello, abad —contesta el rey con los ojos cerrados, cansado ya de tanto hablar—. Veremos lo que en el futuro conviene más al reino. Pero, disfrutemos por el momento en silencio de este plácido atardecer otoñal. Pronto llamarán a vísperas. Es preciso, en verdad, que oremos, abad. Quizás así Jesucristo nos perdone por todo el mal que hemos hecho y nos muestre el camino del bien que todavía podamos hacer. Porque pronto llegará el día en que nuestra alma podrá agradecerlo.

—Que así sea, mi señor, que así sea. Oremos, pues, en silencio.

Campamento a orillas del Esla, Coyanza, Reino de León. Primavera, 1055

La pequeña villa propiedad de la reina, amurallada en forma triangular, está situada a poco más de diez leguas al sur de la capital. En sus estrechas y sinuosas callejas bulle la gente esta tarde igual que el primer día, hace ahora ocho semanas, cuando las delegaciones de todos los obispados y monasterios de la Hispania cristiana, con sus abades y ordinarios, llegaron a orillas del Esla para asentar sus reales en iglesias, conventos, casas, chozas y hasta campamentos. Por eso, la línea del río, quinientas varas aguas arriba y abajo de la muralla, está cuajada de tiendas de lona en las que viven y trabajan una miríada de criados, menestrales, mercachifles, trapisondistas y barraganas. Un torbellino de gente llegado a este pequeño rincón del reino al calor de los buenos sueldos que acompañan siempre a la Iglesia en sus movimientos ecuménicos.

El concilio al que todos fueron llamados casi ha terminado. Los principales del reino parecen haber llegado a un acuerdo, y en el campamento la mayoría comienza a hacer planes para desmontarlo y coger viento fresco. La orilla del Esla ha quedado, en fin, hecha un asco, y así permanecerá, llena de inmundos desperdicios de humanidad, cuando la vida en Coyanza vuelva a la oscura normalidad.

En una de esas desordenadas e insalubres tiendas, Brunilda y Aldonza, ya entradas en años, aunque todavía bellas, empaquetan sus pocas pertenencias y hacen cuentas entre ellas. Ero Salídiz, el otro vértice del triángulo, las observa con una media sonrisa, sentado a la puerta. Piensa en los años que llevan juntos cruzando los caminos de media Hispania para ganarse el sustento. Recuerda la primera vez que se vieron, debajo de un puente, a orillas del Torío, en un día de perros tras la muerte del pobre Canedo. Fue durante los disturbios que siguieron a la salida a escape del rey Sancho, tras el asesinato del conde García. Calcula, aunque no podría decirlo con certeza, que han pasado más de veinte años. Él era un apuesto muchacho con el pelo rojo y un laúd en bandolera, y ellas todavía unas niñas, aunque bien despiertas. Veintitantos años recorriendo ferias y mercados por los reinos cristianos, ellas fornicando a destajo con unos y otros para ganarse unos sueldos y él entreteniéndolas mientras tanto al paisanaje con juglarías y malabares, y protegiéndolas, al tiempo, de matacanes y mastuerzos. Porque Ero es poeta errante, músico y alcahuete, y no tiene otro oficio que el de ir de aquí para allá, entre juglarías y declamaciones, con su música, su sátira, su lírica, su lúbrica y su épica.

—¿Cómo ha acabado entonces la feria? —pregunta el juglar a sus hembras, mostrando en su sonrisa los muchos estragos que la mala vida y el paso del tiempo han causado en ella.

—Para variar, en lo que respecta a la subsistencia, mucho mejor aquí dentro que ahí fuera.

Las dos barraganas están exhaustas tras muchas jornadas de gran trasiego, todas ellas pasadas bajo la lona, metidas en su tienda. Ero, sin embargo, luce más descansado. Como es costumbre en él, ha gastado los días bebiendo y haraganeando por los alrededores de la jodienda. Solo en algunas ocasiones, cuando consigue reunir a su alrededor a un grupo nutrido que lo escuche, obtiene algunos sueldos con sus recitados y poemas. Vive, por tanto, en lo fundamental, del trabajo de sus hembras. Por eso contempla el futuro inquieto. Él mejor que nadie sabe que el buen género que eran por días se estropea y que quedan ya muy pocas jornadas buenas.

—Os ayudaré a recoger las cosas —contesta—. Mañana mismo por la mañana podemos partir si así lo deseáis. Debemos pensar bien a dónde ir. No disfrutaremos en mucho tiempo de una oportunidad como esta. ¡Tantos clérigos con las bolsas bien llenas! Os habéis hartado de trabajar.

—¡Bien doloridas hemos quedado! —contesta Aldonza, al tiempo que Brunilda continúa con la

faena—. Y lo de marchar mañana, veremos. Tengo escocida la entrepierna, tanto que no recuerdo haberla tenido nunca de esta manera. Pero lo doy por bien empleado. Con los sueldos que hemos sacado podremos vivir bien hasta el invierno y recuperarnos algo de tanto meneo. ¡Harta voy de borrachos y de gentuza, que estos de la Iglesia son, de entre todos ellos, los más marrulleros!

—Mi señora —le reconviene Ero, con coña marinera—, no menospreciamos a nuestra clientela. Ojalá pudiéramos estar siempre así, al albur de los clérigos. En temas de jodienda, no los hay más serios.

Brunilda se incorpora a la conversación:

—En eso lleváis razón. No porque vayan más limpios, sino por nuestra salvación. Siempre he creído que para algo servirá en la otra vida haber tenido, dentro y en movimiento, a tanto clerical miembro erecto.

Ero ríe con ganas la ocurrencia y, dando la espalda a la abertura de la lona que sirve de entrada a la tienda, coge su desvencijado laúd del suelo para continuar trabajando en la cantiga que está preparando sobre los últimos destrozos del rey Fernando. «Esta vez, y no será la última, contra su propio hermano», piensa el juglar. Es de nuevo una cantiga de escarnio, por lo que deberá elaborarla con mucho cuidado. En este caso, la ironía y el doble sentido son la única defensa que le queda al juglar frente a los abusos de la Guardia, que no va a consentir ni crítica alguna ni menosprecio. «¡Acordaos del pobre Canedo!», piensa.

Pero justo es que Ero cuente con palabras llanas, como lleva haciendo toda la vida, cuáles han sido en realidad las hazañas de este rey Fernando: cómo se benefició primero de un asesinato; cómo mató después a su cuñado y, más tarde, no se sabe bien si a uno o a dos de sus hermanos; y cómo, a resultas de todo ello, es ahora el gran señor que dice ser.

Vivar, Reino de Castilla. Idus de septiembre, 1057

El *pallatia* de piedra, propiedad del que durante años fue fiel *spathario* del rey Fernando, tiene unas dimensiones modestas, aunque es enorme comparado con las pequeñas chozas de adobe con techo de paja que lo rodean. Los años han ido pasando rápido, y hace ya un buen tiempo que Diego Laínez vive retirado, lleno de achaques, en la casa de sus antepasados. Porque su cuerpo está lleno de sietes de los muchos tajos recibidos y sus huesos, tantas veces quebrados y recompuestos, aparecen ahora deformados.

Ya ha terminado con el rezo del ángelus. El día es plácido, el calor aprieta y, sentado a la sombra de un chopo que crece en el patio, espera ensimismado a que su hijo Rodrigo baje con toda su impedimenta. Una legua y media de camino debe hacer el muchacho antes del anochecer, puesto que a la cena le espera en Burgos el infante Sancho, el hijo mayor del rey.

Recuerda, mientras espera, el día en que él abandonó esta misma casa para servir a Fernando. Era un muchacho valeroso que noche y día soñaba con la caballería. Pasan rápidamente por su retina las imágenes de mil batallas y escaramuzas bien combatidas, que le dejan en la boca un sabor amargo y salado, el de la lágrima que hace un instante sola se ha derramado y que, cuidadosamente, bordeando las muchas arrugas de su rostro, ha llegado hasta sus labios.

Cree que ha hecho un buen trabajo con Rodrigo. «Ha crecido fuerte y cauto —piensa—. Es hábil con la espada y también con el caballo. Hará un gran guerrero y espero que viva muchos años para contarlos. Desde muy joven ha sido el ojo derecho de Sancho, por lo que su destino estará siempre unido al del que en el futuro será un gran rey».

El ruido del acero chocando contra las torcidas escaleras que dan acceso a la planta baja

anuncia al viejo *spathario* que Rodrigo está preparado. Se seca, escondido, las lágrimas, y a duras penas se levanta del banco de madera en que está sentado. Su hijo deja toda la impedimenta en el zaguán y se acerca. Rodrigo es alto y fuerte como en su día lo fue su padre. Sus rasgos son nobles y sus ojos claros. Su mirada límpida transmite confianza. Su pelo oscuro, largo y sedoso, cae liso sobre sus hombros y en su boca, entre una ligera sotabarba, asoma una franca sonrisa cuando se dirige a su progenitor.

—Preparado estoy, mi señor, para la marcha.

—En buena hora sea, Rodrigo.

—Lo será, padre. Mañana partimos para la guerra. Ansioso estoy de hacer algo grande en ella.

—Haced mucho y bien lo que tengáis que hacer, pero recordad, hijo mío, que prefiero veros cadáver que teneros aquí de vuelta manchado con el deshonor.

—Descuidad, padre, que no habrá lugar, me conocéis bien.

—Poned, además de fe, mucha atención en la refriega, Rodrigo. La lucha con el moro difiere en gran medida de la pelea entre cristianos. El moro es traicionero y, cuando menos os lo esperéis, os acometerá artero por el revés.

—Preparado estoy, padre, gracias a vos, y tranquila llevo el alma gracias a Nuestro Señor. Antes de que termine la estación estaremos de vuelta de Lamego con las alforjas llenas del buen botín que conseguiremos.

—Recuerdo bien el camino de la Beira, pegado al Duero, pues hace años lo hicimos en una incursión menor. Nada que ver con la invasión del rey Alfonso, en el año 28, cuando regresó en angarillas, cadáver, camino de León. Es una ruta bien peligrosa, cuajada de fortalezas desde las que os hostigarán sin cuartel hasta que montéis el asedio.

—No os preocupéis, padre, que se tomarán todas las disposiciones al efecto. Además, el ejército que se reunirá en Toro a la llamada del rey será numeroso y aguerrido. Esta vez no habrá sorpresas. No hay duda sobre el cuál será el resultado final de la expedición.

—Que así sea, Rodrigo. Ahora debéis partir sin demora si queréis llegar a tiempo a vuestra cita. Cuando regreséis, aquí estaré esperándoos con vuestra madre, si el Señor lo tiene a bien. Y si no lo quiere, no lo olvidéis: Rodrigo, ante todo, el honor. Os deseo que tengáis una larga vida en la que sirváis al rey, a Dios y a nuestra divisa.

Padre e hijo se funden en un abrazo sincero. Cuando Rodrigo se da la vuelta y se aleja, el padre, decrepito, se sienta de nuevo en el banco mientras espera, otra vez con una lágrima asomando a sus pupilas, a que su hijo tome el camino del sur.

Cripta de la iglesia de San Salvador, Leyre, a orillas del río Aragón. Octubre, 1057

Los dos reyes han entrado en la cripta por el túnel que, como vía de escape, comunica el monasterio con el tupido bosque cercano. Desean estar a solas pues han de tratar una cuestión seria y, de todos los lugares donde podrían hacerlo, este es el más discreto y reservado.

La cripta sobre la que se levanta la nueva iglesia que ayer mismo consagraron es hermosa y oscura. Con planta cuadrada, tiene la misma forma que aquella en su cabecera, con tres ábsides circulares, los dos de los lados más estrechos, y cuatro naves, exactamente iguales y cubiertas con bóvedas de cañón. Todas ellas desembocan además en una puerta, la única que da acceso a la calle, construida con tres arcos de medio punto, superpuestos y escalonados, que apoyan directamente sobre las impostas. Dentro, la cripta es un mar de pequeñas pero gruesas columnas doradas, por el color natural de la piedra empleada, que soportan el peso de unos enormes capiteles adornados con motivos geométricos y animales.

En este entorno magnífico, en medio de un silencio sepulcral, conversan, desde hace un buen

rato, tío y sobrino: el rey de Aragón, Ramiro, ya viejo y decrepito, y el de Pamplona, Sancho, que, transcurridos tres años desde Atapuerca, a sus diecisiete recién cumplidos, es ya un hombre crecido, alto y fuerte como toda la estirpe real navarra.

—Os digo, tío, que en el mismo campo de batalla, a los pies de mi padre difunto, el rey me hizo jurar lealtad. —Las palabras de Sancho resuenan amargas contra el techo de piedra—. Si no lo hubiese hecho, dudo mucho que hubiera salido con bien de todo aquello. Imaginaos el desorden y la desolación que reinaba en el campo tras una jornada entera de lucha. Todos los sarracenos habían huido y, de nuestros caballeros, los que se quedaron a velar el cadáver del rey, habían arrojado sus espadas. No es justo que ahora me recriminéis por aquello. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Qué hubierais hecho vos?

—No me malinterpretéis, Sancho. Sé que poco más podríais haber hecho y que en buena hora os reconoció en aquel mismo instante como rey de Pamplona y de Nájera a cambio de vuestro juramento. Solo os pido que penséis ahora en las consecuencias de todo aquello. Sois vasallo de Fernando, por lo que yo también lo soy, como vasallo que soy vuestro. No en vano lo juré por Nuestro Señor, rodilla en tierra, en vida de vuestro padre.

—Pues ahora ya está hecho. No puedo desdecirme de lo que juré sin comprometer mi salvación. No importan, por tanto, las consecuencias que aquel juramento vaya a tener luego.

—Graves consecuencias, querido sobrino, no lo olvidéis. Habéis perdido los territorios que con tanto esfuerzo y sangre derramada ganaron vuestro padre y vuestro abuelo. El reino que os legaron ha quedado reducido a Pamplona, Nájera, Álava y Pancorbo. Poca cosa, comparado con lo que había llegado a ser.

—Nada más puedo hacer. Atado estoy de pies y manos. En estas condiciones, de ninguna manera podría levantar mi espada contra Fernando.

—Seguro que no podríais y a fe mía que tampoco deberíais. Al menos... por el momento. Pero sabed que las cosas cambian. No tardará en llegar el día en que, consecuencia de alguna afrenta, podáis veros libre de lo que jurasteis defender. Solo quiero que sepáis que, cuando tal día llegue, podéis contar conmigo. No dudéis de que mi espada, como la de todos vuestros vasallos, estará siempre al lado de la vuestra si la desenvaináis contra Fernando.

Aunque el invierno todavía no ha llegado, hace frío en la cripta. Sancho lleva puesta una suave pelliza de piel de conejo sobre el brial y, aun así, en la penumbra, siente helor en los huesos. Desde el primer instante, tras la derrota de Atapuerca, grandes ansias de venganza anidaron en su corazón, no obstante las palabras de perdón que escuchó, día tras día, de la reina Estefanía. La visión de su padre exangüe; sin una sola gota de sangre restante, no lo abandonará mientras viva. Por eso, la sola idea de castigar al causante de todo aquello le produce vértigo y un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

—Os agradezco, tío, vuestros sabios consejos. Esperemos, pues, a lo que nos depare el futuro. Pero, aun sin poder conocerlo, desde hoy mismo os agradezco vuestro compromiso como muestra de lealtad renovada a la Corona que represento.

—Podéis estar bien seguro de ello —concluye Ramiro, que hinca con mucho esfuerzo su rodilla en tierra y besa la mano de su sobrino.

—Levantaos, tío, levantaos, y salgamos de aquí pronto por el mismo camino que nos trajo. Nadie debe conocer los asuntos sobre los que hoy hemos tratado. No conviene que nuestra ausencia se note en demasía. Hasta los venerables muros de piedra de Leyre podrían escucharnos.

Los dos reyes se acercan a la disimulada puerta que conduce a la salida.

—No os molestéis, tío, que yo mismo llevaré la tea.

Tras recorrer en silencio los mil pasos del camino de vuelta, llegan a la salida del pasadizo, que yace disimulada entre unos arbustos dentro de la espesura del bosque que rodea al monasterio. Hace ya tiempo que pasó la hora nona, y es mucho momento de recogerse para vísperas. Desde la puerta, mientras sus ojos se acostumbran a la luz declinante del día que a esta hora atraviesa oblicua las copas de las hayas, robles y encinas centenarias que ocultan en parte la mole de piedra, Sancho escucha a lo lejos el sonido de las campanas que llaman a los monjes a la oración, mientras no puede dejar de pensar, turbado, en el verdadero significado de la palabra traición.

Campamento cristiano, Lamego, Taifa de Badajoz, a orillas del Duero. Festividad de San Saturnino. Noviembre, 1057

Tras casi un mes de asedio, la fortaleza sarracena ha caído de madrugada. El asalto final, por la brecha que se abrió en el lado oeste de la muralla, se inició bien avanzada la noche, la primera con luna nueva desde que comenzaron las hostilidades.

El ataque a la taifa se planificó en Toro, durante los días en que los alféreces aguardaron con paciencia la reunión de las mesnadas. A comienzos de octubre, el gran ejército comenzó a moverse hacia poniente por la margen derecha del Duero, hasta llegar a la gran calzada romana que une Astorga con Mérida. Tras poner rumbo al sur, la retaguardia cristiana fue hostigada continuamente por pequeños destacamentos venidos de las muchas fortalezas mahometanas que jalonan el camino que penetra, desde el norte, en el territorio de la taifa. A pesar de ello, el ejército consiguió llegar con pocas bajas a las inmediaciones de Lamego, donde, tras plantar el campamento a los pies de la fortaleza, del lado del gran tajo, los peones se aprestaron a construir la mina que, al fin y a la postre, ha llevado a la guarnición sarracena a la muerte o a los grilletes camino del norte, donde le espera una dura vida de esclavitud.

Los trabajos de excavación se prolongaron durante veinticinco días con sus noches y el fuego devastador hizo el resto hasta derribar, al tercer día, parte de un lienzo. Después, con un buen trozo de la muralla en tierra, poco pudieron hacer los sarracenos. Las huestes de Fernando entraron a saco en Lamego, donde hicieron gran degollina entre sus defensores. Incluso ahora, después de la rendición, los soldados del rey, satisfechos, continúan enviando moros descabezados camino de *al-Yanna* para que puedan, si quieren, reunirse allí con sus huríes, pero no verlas, desde luego, ni mucho menos gozarlas.

Terminada, pues, la campaña, a Dios gracias, con muy pocas bajas cristianas, los reyes se aprestan para el viaje de regreso a casa. Desean estar de vuelta en el alcázar antes de que llegue el Adviento, a fin de prepararse en silencio, lejos del fragor de los soldados, para el nacimiento del Señor.

Mientras se hacen los preparativos para la marcha y Fernando da las últimas instrucciones a su hijo Sancho, que permanecerá en la Beira todavía unas jornadas, un gemido sordo se extiende inextinguible por todo el campo, incluso más allá del río. Es la suma del dolor de los cientos de infieles que yacen heridos dentro de la fortaleza y de los que marchan, ya a esta hora, bien atados en reatas, camino del gran norte, donde el frío intenso consume hasta los huesos el calor de las almas mahometanas.

Alcázar de Badajoz. Invierno, 1058

—Hemos recibido buena información sobre las verdaderas intenciones de los cristianos —dice el *kuttab*.

Las últimas luces del día caen oblicuas sobre el Guadiana, desde cuya superficie se reflejan en la pequeña ventana abierta al río en la cara oeste de los muros de la alcazaba. Hace frío fuera, el viento del norte pega con fuerza contra las murallas y un buen fuego calienta el hogar en la pequeña estancia decorada con motivos geométricos, en rojo y ocre, que sirve de gabinete al *hayib* de la taifa.

Abu Bakr Muhammad al-Muzaffar no es un hombre corriente. Hace doce años que heredó el trono de su padre, tiempo que ha vivido intensamente dedicado no solo a guerrear con sus vecinos sevillanos, sino, sobre todo, a escribir incansable con su secretario. Entre los dos elaboran, en la soledad del gabinete que ahora ocupan, un trabajo recopilador de todos los saberes de la Humanidad en diez partes, de las que solo les faltan tres por terminar. Treinta volúmenes en buen becerro que hasta ahora han conseguido finalizar con la ayuda de los escribas y sabios que, huyendo de la anarquía que llevó a la destrucción del califato, encontraron un remanso de paz a orillas del Guadiana, en esta esquina de al-Ándalus. Treinta volúmenes sobre elocuencia, retórica, gramática, dialéctica, historia, filosofía, geografía, matemática, geometría y alquimia. Un trabajo portentoso que están a punto de acabar.

Piensa el *hayib* en el enorme riesgo que corre el producto del esfuerzo de tantos años por la pujanza de los reinos cristianos. Un trabajo que está determinado a finalizar. Piensa que los acontecimientos del pasado otoño en Lamego no son más que un primer aviso y que la potencia demostrada por las huestes de Fernando hace bien imaginable y creíble la hipótesis del final abrupto de su reinado. Piensa también que no puede permitirlo y que hará todo lo posible para evitarlo.

—Decidme, Said, ¿de dónde la habéis sacado?

—Ayer llegó a Badajoz un grupo de mercaderes hebreos, mi señor. Vienen del norte y, además de buenos dinares de oro para adquirir sedas y paños, ponen también en almoneda la información que manejan.

—¿Y son de fiar, Said? No olvidéis que es un judío el que mueve los hilos en el alcázar cristiano.

—Lo son, mi señor. Es sabido que la raza hebrea tiene dos patrias, y a las dos sirve con la misma devoción innata: el oro y la religión. No entienden los judíos de otra lealtad que la de su propia preservación.

El *hayib* calla, se levanta de su asiento y se dirige a la ventana, desde la que contempla el anochecer sobre el río. Languidece el día y también parece declinar el reino que, con capital en Badajoz, fundaron los amiríes, aprovechando las revueltas que en la Córdoba declinante de los omeyas siguieron a la muerte de Almanzor. En poco más de cincuenta años se han sucedido ya dos dinastías: la primera, eslava, fundada por Samur al-Amiri, y la segunda, bereber, fundada por el padre del *hayib*, Abd Allah ibn Muslama ibn al-Aftas, que fue visir primero y se hizo con todo el poder en el año 22, a la muerte de aquel. «Desde entonces —piensa el *hayib*— nosotros, los aftasíes, bereberes de la tribu Miknasa, que cruzamos el Estrecho hace ya 300 años con Tariq ibn Ziyab, somos los dueños y señores de esta tierra, y tendremos que hacer algo pronto para que siga siendo así, si es la voluntad de Dios».

—Decidme entonces, Said —pregunta, dándose la vuelta y dirigiéndose de nuevo a la mesa—, ¿qué información nueva me traéis hoy?

—Los cristianos se afanan en León para preparar una nueva razia, incluso mayor que la del verano anterior. No sabemos a dónde dirigirán sus esfuerzos, pero, por la facilidad con que

conquistaron Lamego y por lo bien pertrechados que están allí, todo parece indicar que seremos nosotros de nuevo.

—Y si lo fuéramos, ¿qué deberíamos hacer? Ningún poder hay en la Península que pueda hacer frente a Fernando.

—Precisamente eso. Deberíamos dejarles hacer. Me malicio que la vista del rey está puesta desde hace años en Viseo. La reina Sancha no olvida ni perdona lo que allí pasó en su niñez. Dicen que sus ojos se nublan todavía cuando piensa en ello.

—Era muy niña cuando murió su padre al pie de sus muros de piedra, pero el rey entenderá como yo que fue él, el propio Alfonso, el que vino a buscar la muerte a nuestro reino.

—¿Podríamos, entonces, mi señor, ofrecer al rey una cierta compensación para evitar en el futuro males mayores? Así lo han hecho en Toledo y a la vista está que no les ha ido mal.

—Tendremos que pensar en ello, aunque no nos quede demasiado tiempo. Creo, sin embargo, que de momento no servirán de mucho nuestras riquezas, porque es otra cosa lo que ahora busca el rey. La reina quiere venganza y Fernando está dispuesto a ofrecérsela como pago por su reino.

Said ibn Jayra, el *kuttab* de la taifa, comprende que la conversación ha terminado. Levantándose de su escritorio, hace una profunda reverencia y, sin dar la espalda a su señor, abandona la estancia donde la absoluta penumbra solo se ve perturbada por el reflejo que los rescoldos del hogar, todavía encendido, irradian.

CAPÍTULO XXII

Campamento cristiano, Viseo, Beira Baja, Taifa de Badajoz Festividad de San Cucufate. Julio, 1058

Sancho y Rodrigo fueron los primeros en acceder por las escalas a la torre albarrana. Desde allí, un nutrido grupo de infantes se abrió camino a mandobles y cuchilladas hasta la entrada, donde, tras quitar las trancas y bajar el puente, consiguieron levantar el rastrillo, con mucha muerte. En ese mismo instante, la suerte de los sarracenos estaba echada. El grueso del contingente cristiano penetró en el patio de armas como un torbellino, sin dar la menor oportunidad a los defensores que, en número extrañamente exiguo, protegían la plaza. La matanza fue extraordinaria. Las instrucciones del rey eran claras, porque Fernando quería tomarse buena venganza. «¡Alfonso y cierra!», gritaban las huestes cristianas mientras perseguían y degollaban.

Apenas encontraron, sin embargo, mujeres y niños dentro de las casas. Como si, conociendo de antemano el resultado de la refriega, todos hubieran huido antes del asedio para no formar parte luego de las reatas.

Hoy, a los pocos días del asalto, cuando las ansias de sangre y de venganza ya se han calmado, una embajada de Badajoz se aproxima a la tienda que, en medio del campo cristiano, ocupa el rey Fernando. Todavía no ha dado ni tiempo a acondicionar la plaza. Todo es destrucción en Viseo, dentro de las murallas.

Al lado del rey, que aguarda sentado con su cetro, espera en pie Sancho, el infante que un día heredará el reino, Nuño Álvarez, su fiel consejero y Pedro Peláez, *armiger* de sus tropas. En torno a ellos, la guardia, bien avisada por si se tratara de una celada.

Sabe bien Fernando a qué viene a verle el reyezuelo: a pedir clemencia y a comprar su supervivencia. Pues bien, se la pondrá bien cara. Ya que todavía no tiene fuerzas para exterminarlo, procurará debilitarlo, año tras año, hasta que pueda finalizar el trabajo. «Cinco mil dinares de oro al año parecen un buen precio —piensa— y no quitaré de ahí ni un sólido. Si quieren soñar con la paz, tendrán que pagarla».

Ya se acerca a la entrada del campamento Abu Bakr Muhammad al-Muzaffar con su séquito. Con él viene su círculo cortesano: el *kuttab* y los *cadíes*, y los *alfaquíes* que redactarán el acuerdo. Le acompaña también la Guardia, una *liwa* de quinientos jinetes bien armados con sus azagayas y sus espadas cortas y largas, que esperan cerca, a tiro de flecha de la embajada.

Desciende el *hayib* de su caballo frente a la tienda y, con el *kuttab* a su lado, se introduce por la puerta. A la vista de Fernando, hace, orgulloso, una ligera reverencia:

—*Assalamu Alaikun* —dice, muy serio.

—Que la paz sea también con vos —contesta rudamente Fernando—. Alzaos y hablad presto, pues tenemos prisa por levantar el campamento.

Fortaleza de al-Hándega, cinco leguas al sur de Osma, Taifa de Zaragoza. Agosto, 1060

El castillo se eleva sobre una gran peña, al pie del imponente cañón que ha labrado en la piedra caliza el cauce del Adante, tras muchos años de esfuerzo. Por la hoz así excavada, avanzaron ayer de anochecida las tropas del rey Fernando, entre carrascas, chaparros y retamas, para hacerse con

el control de este enclave estratégico, cruce de los caminos que unen el norte cristiano con el sur mahometano.

Sin que se diera la voz de alarma, poco antes de la medianoche, los infantes tomaron por sorpresa a los escasos sarracenos que estaban de guardia, haciéndose con el control de la construcción defensiva que había fortificado Almanzor, hace ya sesenta y tantos años.

Tras la inevitable sarracina, descansa ahora la tropa durante todo el día antes de tomar el camino del sur, mañana.

Inició el rey la campaña militar de este año en el alto Duero, para asegurar su retaguardia antes de dirigirse contra Toledo. Una a una, fueron cayendo durante el verano todas las fortalezas que jalonan el cauce del río para proteger la frontera: Gormaz, Vadorey, Berlanga, Aguilera, Santiuste, Santamera y las torres que se elevan sobre el monte Parrantagón constituyeron buena presa. No es que el rey tenga intención de atacar Zaragoza, a cuya taifa pertenecen las plazas fuertes tomadas. Por nada del mundo quisiera importunar a su sobrino Sancho de quien al-Muqtadir, el *hayib* de la Medina Albaida, es hasta el momento fiel vasallo. Sus anhelos se dirigen en realidad a la Marca Media, a la antigua capital de las Hispanias, aunque duda en este instante, tras tres meses de dura brega, si sus fuerzas son suficientes para tomar la ciudad del Tajo. «Pero al menos —piensa, insatisfecho—, antes de que lleguen los fríos del invierno haré el suficiente destrozo en esta tierra infiel para que al-Mamun, cuando llegue el momento, se lo piense dos veces antes de hacernos frente».

El rey Fernando, solo en el patio de armas, vestido sin loriga y con un brial blanco de lino que le llega a los pies ceñido a la cintura con un cordón de cuero, se acerca al brocal de mampostería construido en una esquina. El sol cae a plomo a esta hora del día, cerca ya del ángelus, y le han hablado del frescor del agua del pozo recién sacada. Por sí mismo, baja el cubo que se balancea en el cigüeño y, tras tirar con fuerza de la cuerda, apoya el agua fresca en el pretil y sumerge su cabeza en ella. Quiere tener las ideas claras, pues le ronda un mal presentimiento. Desde la torre del homenaje, hace un momento, ha visto en la lejanía un jinete que, a galope tendido, se acerca a toda prisa a la fortaleza, y parece ser un mensajero.



Sudoroso y polvoriento, tras dejar con prisa su caballo a la entrada, se aproxima el jinete al brocal y, rodilla en tierra, le tiende a su señor un pequeño pergamino lacrado. El jinete se retira y el rey, a solas junto al pozo, lee el billete con pausa. Tras terminar de leerlo, se queda por un instante ausente. Rememora el día no lejano en el que tuvo el cadáver de su hermano García muerto a sus pies. Se acuerda también del triste camino a Nájera por el que lo acompañó a su última morada, dentro de la gruta de la Virgen de la Jarra, anexa a Santa María la Real. Sufre todavía cuando piensa en las lágrimas sentidas de Estefanía, ya viuda, velando el cadáver del gran rey con la mirada perdida, y esboza una ligera sonrisa de resignación cuando recuerda a Sancho, heredero del trono, todavía un niño y rodilla en tierra ante él, prestando juramento vasallático a la Corona que representa. «Tenía que suceder. Lo temía y ha sucedido —piensa, compungido—. No podía haber sido de otra manera teniendo al pérfido de Ramiro intrigando junto a él». Se imagina al detalle la escena con solo pensar en ella. Su hermano persuadiendo a su sobrino de las grandes ventajas que obtendrían los dos aliándose contra él. Convenciéndole de la enorme injusticia cometida con Pamplona tras la muerte del rey. Ramiro, en fin, metiendo la mano hasta el codo en la herida del niño que supura todavía, esa herida profunda por donde se le escapó la vida a su hermano García. Pero nada puede hacer él para cambiar el destino ni para remediar lo que tenga

que suceder. Sancho y Ramiro han atacado su reino, penetrado en Castilla con sus caballeros y sembrado los campos de sangre y miedo. «Y lo han hecho muy bellacamente —piensa—, aprovechando que no estoy en Castilla, sino batiéndome gallardamente contra el infiel. Pues bien, si así lo quieren, ¡sea! Me encargaré de ellos y haré que bien se arrepientan de todo el daño que han hecho».

El rey vuelve a la realidad desde sus pensamientos y se dirige presto al cuerpo de guardia, donde Nuño Álvarez le espera.

—Nuño —dice, con voz seria, en cuanto llega—, se acabó por este año la campaña. Mañana salimos hacia Burgos. Graves asuntos nos esperan. Pero no abandonaremos la plaza. Elegid una guarnición, pues el próximo año volveremos. El resto, al alba, partirá con nosotros a marchas forzadas.

Palacio de la Zuda, Zaragoza. Octubre, 1061

El *hammám* está enclavado entre el gineceo y el salón dorado, al este del complejo amurallado. De las tres partes que lo componen, el *bayt al-sajun* es una estancia cuadrada y abovedada, con muros verticales que terminan en arcos de herradura apoyados en columnas de mármol, de unos veinte pies de lado. Sus paredes están ricamente decoradas con motivos geométricos coloreados y su bóveda de medio cañón, cuajada de óculos en forma de estrella de ocho puntas, permite que la luz tamizada del día penetre en haces, que rasgan las sombras creadas en su interior por el efecto turbador del vapor de agua. En esta atmósfera acogedora y sosegada, tendido desnudo sobre las losas de mármol blanco que forman el suelo de la estancia, reflexiona a solas el *hayib* de la taifa.

Han transcurrido dieciséis años desde la muerte de su padre y Abu Yafar Ahmad ibn Sulayman al Muqtadir no se siente satisfecho. Todos sus esfuerzos durante este tiempo se han ido en recuperar para su cetro los territorios de la taifa que un día gobernó su padre y, hasta el momento, ha tenido poco éxito. Consiguió, con la ayuda de Pamplona, derrotar a sus hermanos Lubb y Mundir, para recuperar Huesca y Tudela, pero nada ha podido, aunque bien que lo ha intentado, contra Muhammad y Yusuf, en Calatayud y Lérida.

La taifa que dejó su padre se ha ido además debilitando, año tras año, por causa de estas luchas intestinas que la desangran, y no es hoy ni una sombra de lo que era en un día no muy lejano. Tampoco le ha ido bien a Ahmad en sus alianzas con los cristianos. Optó por Pamplona tras la experiencia de Tafalla, y la derrota de Atapuerca, con la muerte de García, puso de manifiesto su grave error de cálculo. Después, la subida al trono de Sancho en Nájera, a fin de cuentas un muchacho de catorce años, no ha hecho más que empeorarlo.

Ahora, transcurridos ya siete del nuevo reinado y aprovechando que Sancho y Ramiro han atacado a Fernando, ve llegada la hora de cambiar de aliados. Sabe que le costará cara la traición, pero todavía conserva oro suficiente en el alcázar. Tras mucho insistir durante el año pasado con un constante trasiego de citas clandestinas, por fin han consentido los enviados de Fernando en negociar los términos de la sumisión, y para esa importante cita se prepara hoy. El encuentro será en Medinaceli, a donde han llevado la frontera las tropas de Fernando, y hacia allí partirá mañana.

El intenso calor y una nube densa de vapor envuelven los pensamientos del *hayib*. Reflexiona Ahmad sobre el oro del que dispone para satisfacer a los cristianos. Piensa que, tras la conquista de Tortosa y su incorporación a la taifa, el comercio discurre hacia el mar con la misma facilidad con que lo hace el río. Curtidos de pieles, sedas, linos, lozas, cotas y armas permiten que el oro que necesita para sobrevivir continúe entrando a buen ritmo en el alcázar. Aunque su comercio máspreciado, el que le reporta más beneficio, es el de seres humanos. Haría cualquier cosa por mantener el trasiego de esclavos río abajo. Su sangre, sean infieles o mahometanos, fluye por las

venas de la taifa y ahora, en tiempos revueltos, rodeada como está de vecinos hostiles, le suministra el aire que necesita para sobrevivir. «Podré pagarle hasta diez mil dinares —piensa—. Al menos durante dos años. Tiempo suficiente para hacerme fuerte y derrotar a mis hermanos. Pasado que sea ese día, *Alláh*, el Clemente, el Misericordioso, Bendito sea su nombre, proveerá».

La luz tamizada que penetra en la estancia va declinando como el día. Ahmad piensa que ya ha estado demasiado tiempo en la sala. Se siente embotado y con el cuerpo entumecido. Su sangre circula ahora lentamente, por lo que le invade una deliciosa somnolencia. «Mucha hora es de retirarse a descansar —piensa, resignado—. Mañana volverá a amanecer un nuevo día en el que Él será el que decida lo que ha de suceder con nuestras vidas».

Cueva de Nuestra Señora, Nájera, Reino de Pamplona. Mayo, 1062

Dos años ha costado a Fernando terminar con la resistencia de su sobrino, el rey Sancho. Dos largos años de frecuentes escaramuzas, destrucción y mucha muerte. Tras unos comienzos dubitativos, pronto el resultado de la lucha fue propicio a las armas de León y de Castilla. No ha habido ni una sola batalla campal, pero los constantes encuentros armados a lo largo de la frontera entre caballeros de ambos bandos han devastado campos y diezmado muchas familias de buenos cristianos. A pesar de las ofertas de sus vasallos moros, Fernando ha querido llevar adelante la lucha por sí solo, porque nunca ha olvidado que la pelea es en familia, contra su sobrino y contra su hermano. En su fuero interno está convencido de que el responsable de la revuelta es Ramiro, el bastardo, del que es mero instrumento Sancho. De acuerdo con este pensamiento, se dispone a actuar ahora, cuando se aproxima el final de la lucha. Ramiro hace ya meses que abandonó a su aliado, al ver el cariz que iban tomando los acontecimientos, y se refugió en Aragón a esperar mejores tiempos.

Con tropas suficientes para forzar la entrada en la ciudadela, Fernando y los suyos acampan ahora a poco más de una legua de Nájera.

Esta mañana, al despuntar el día, ha llegado un mensajero con bandera de parlamento. Traía recado de Nájera, de la reina Estefanía. El rey lo ha leído circunspecto y, sin meditar mucho su respuesta, cosa inhabitual, por cierto, ha tomado una decisión, a pesar de la opinión contraria del Consejo.

—¿Qué vais a ganar yendo? —le dijo Nuño Álvarez, el primero—. En nada y menos podremos tomar la plaza. Cumplida y merecida venganza haremos por todo el destrozo que han hecho.

—Sabéis, mi señor, que no nos vendrán mal las riquezas que guardan —añadió Sancho—. Poco botín han hecho las tropas en estos dos años y a fe mía que lo tienen bien merecido, pues se lo han ganado con su arrojo, día tras día, en el campo de batalla.

Inflexible se mostró el rey, sin embargo, cuando dijo su última palabra.

—Disponed una escolta armada. A la hora sexta debemos estar en la Santa Cueva con la reina viuda, al lado de Nuestra Señora.



La cueva está en penumbra y la reina, tocada con un manto negro y arrodillada, reza recogida frente al túmulo de su esposo, el rey García: un sarcófago de piedra blanca tapado con una pesada losa sobre la que los canteros han labrado los contornos yacentes de su recia figura. El rey nota lo primero el cambio temperatura. Hace calor fuera y, nada más entrar, el frescor natural de la cueva lo alivia. Permanece después unos instantes acostumbrando su vista a la penumbra y contemplando

con estupor a Estefanía. «El paso del tiempo ha sido inclemente con su belleza —piensa—. Es ya una anciana llena de arrugas».

Aunque no reconoce en ella a la joven que amó, y a pesar de todo el tiempo transcurrido, el rey advierte, sin embargo, mientras espera, que todavía brilla en su interior un rescoldo de la pasión que por ella sintió.

Tras unos instantes en silencio, la reina se acerca con paso fatigado y le tiende unas manos que Fernando agarra con fuerza para, inmediatamente, soltarlas, abrasado.

—Os agradezco, mi señor, que hayáis venido, aunque no os oculto que lo esperaba. Siempre habéis tenido un noble corazón. Por eso, sabía que no me hurtarías esta última ocasión.

—Y yo me alegro de haberlo hecho. Siempre me place veros, señora. Pero, decidme, ¿qué puedo hacer por vos?

La reina duda. Fernando siempre ha sido considerado, pero sabe que es implacable con todos aquellos, muchos, que con él han utilizado el desafío y la traición.

—Vengo a pedir os humildemente perdón, mi señor, y a suplicaros por mi hijo y por su reino. Pensad que solo era un niño cuando todo esto empezó, y que Ramiro, vuestro hermano, lo convenció con malas artes para atacaros, haciéndole ver como realidad lo que solo era una ilusión. Tened piedad de él, os lo ruego. Está ahora en Nájera, solo y abandonado por todos, mientras que Ramiro respira tranquilo en Jaca, muy lejos de sucumbir ante vos.

Fernando escucha con atención y tiene sentimientos encontrados. Lleva en su conciencia mucha sangre derramada, pero el destino parece abocarlo siempre a derramar un poco más, en un camino que parece no tener final.

—Es cierto, señora, que Ramiro es artero —contesta, contrariado—. Siempre lo ha sido porque nunca se ha conformado. Ni con la bastardía ni con lo que en el reparto de los reinos tuvo a bien ofrecerle mi padre, nuestro señor. Pero también lo es que Sancho no era un niño, ni tampoco lo es ahora cuando se apresta a defender Nájera para añadir más sufrimiento todavía al que hasta ahora ha provocado. Lo siento mucho, señora. De una manera o de otra tomaré Nájera e incorporaré a mi corona el reino que fue un día de mi padre y de mi hermano y del que, a partir de ahora, seré su legítimo señor.

—Os ruego que no lo hagáis, Fernando. Pensad que pronto tendréis que rendir cuentas ante Dios por vuestra ambición, y por tanta sangre cristiana derramada.

—Ese es, señora, el destino de los poderosos de este mundo, y también será el mío: someterme al juicio de Jesucristo Nuestro Señor.

—Sed, al menos, clemente con Sancho —implora la reina—. No tiene ninguna oportunidad ante vos.

—No existe, señora, clemencia para el traidor. No al menos en Castilla, y tampoco en León. Se levantó contra mí muy bellacamente y tendrá que pagar un alto precio por su felonía.

—¡Por Dios, os lo ruego! —repite la reina, echándose de rodillas.

—Debo regresar ya, Estefanía —concluye el rey, alejándose de ella—. Nada debéis temer de mí. Pase lo que pase, estaréis a salvo entre los míos cuando todo esto termine.

Fernando da la espalda a la reina y, en la penumbra, se dirige a la entrada de la cueva. Solo la luz de algunas velas puestas en torno a Nuestra Señora ilumina la escena.

—¡Fernando, por Dios os lo pido, es carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre! —exclama desesperada la reina—. ¡Tened piedad de mí!

El rey se detiene justo en la puerta. Vacila y se da la vuelta. Ve a pocos pasos a Estefanía

implorante, de rodillas e inundada de lágrimas. La mira durante unos instantes y, al poco, dirige su mirada a la imagen expuesta. Después, reflexiona y dice muy serio, enarcando las cejas:

—Lo es, señora, porque mi hermano también lo fue, pues ambos somos hijos del mismo padre.

—Es algo más que eso, Fernando —dice la reina, desgarrada—, tenedlo en cuenta. Es carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre. No lo olvidéis cuando alcéis vuestra espada contra él para, como hicisteis como vuestro hermano, matarlo también.

Turbado, y sin poder mirar ni un instante más a la reina, el rey se da la vuelta y, sin mediar palabra, sale de la cueva. Nuño, impaciente, lo espera fuera. Camino de sus monturas, Fernando musita en voz baja:

—Id de inmediato a Nájera con bandera de parlamento. Hablad con el rey. Decidle que le regalo su reino, pero que nada más quiero saber de él. Advertidle bien —continúa diciendo, al tiempo que su tono de voz se va elevando— que ¡si vuelve a cruzar la frontera, por Cristo, que no habrá peña en toda la Hispania cristiana y mahometana que le sirva de protección! ¡Por Judas Tadeo que lo encontraré y acabaré con él, cueste lo que cueste, aunque en ello me vaya una condena eterna!

Alcázar de Toledo. Verano, 1062

Un calor húmedo y espeso sube por las murallas desde el río, al fondo del barranco. No corre ni una brizna de viento y un sentimiento opresivo de miedo impregna las estrechas y tortuosas callejas, desde los adarves de la judería a Zocodover.

Hace pocos días que llegaron a Toledo noticias del rey Fernando. Parece que a su primer ataque cayó Talamanca, a orillas del Jarama, y que, tras pocos días de asedio, la guarnición de Compludo se apresuró a pedir clemencia a los pies del infame cristiano. No queda ahora ninguna duda en la ciudad. Todos saben cuál es el objetivo final de su campaña estival. Fernando se siente fuerte y rabioso tras someter a Sancho. Cree que es posible hacerse con el control de toda la taifa. Toledo, antigua capital de las Hispanias, se muestra ahora y por primera vez indefensa ante sus vanguardias.

Abu Bakr ibn al-Hadidi, gran visir de la taifa, se mesa con fruición su lengua barba blanca mientras sopesa, caminando arriba y abajo por el salón noble del alcázar, si existe alguna posibilidad de convencer al rey Fernando para que desista en su avance sobre la capital. Suma y cuenta mentalmente el oro de que dispone el Tesoro, y pronto llega a la conclusión de que con esa cantidad ni siquiera merece la pena probar. No quiere de ningún modo, además, empeñar su propia cabeza en el intento. Le han llegado noticias de que los notables de la ciudad comienzan a empaquetar y a preparar sus reatas de mulas para poner tierra de por medio, llevando a buen recaudo sus riquezas con ellos. Se pregunta si no les sería mejor sumar las suyas a las del Tesoro para así, con las de todos, convencer al rey cristiano. Sabe perfectamente que es comer hoy para pasar hambre mañana. Sopesa, sin embargo, la conveniencia de ganar tiempo. «Siempre cabe la posibilidad de reclamar el auxilio de los almohades africanos —piensa— o, incluso, esperar a que *Alláh*, el Todopoderoso, el Misericordioso, Bendito sea su nombre, haga su trabajo y nos libre del rey cristiano».

Mientras camina atribulado, oye unos pasos que se acercan. Se detiene y advierte que es el *hayib*, al que espera desde hace un buen rato. Abu Hassan Yahya al-Mamun está igual de preocupado que él, pero bastante más determinado.

—Hadidi —ordena, apresurado—, disponed lo necesario para que nadie salga de la ciudad. Haced saber que el que lo intente saldrá, desde luego, pero su cabeza rebanada por el cuello entre

nosotros quedará de recuerdo. Dad orden de que todas las riquezas de la ciudad se traigan al alcázar para llevar al rey cristiano: oro, plata, tejidos preciosos, especias..., lo que sea. Todo lo que haya de valor y pueda complacer a ese perro. Mejor será llevarle cuanto quiera que perder la ciudad.

—Así se hará sin tardar.

—Disponed además un jinete que se allegue al campamento cristiano para pedir parlamento. Llevará con él una misiva escrita de mi puño y letra. Llamad al alfaquí para que venga con recado de escribir. Tan luego como Fernando lo permita, iremos al campo cristiano a rendirle homenaje. Quizás así la vanidad le nuble el juicio y podamos salvar la ciudad..., si es la voluntad de Dios.

—*Insha'Allah* —responde Hadidi, murmurando mientras se retira hacia atrás, encorvado.

—*Insha'Allah* —repite también el *hayib* en voz baja, al tiempo que dirige sus pasos hacia el *mihrab*—. Tal y como están las cosas, poco podemos hacer más que rezar.

Graus, Taifa de Zaragoza, diecinueve leguas al este de Huesca. Mayo, 1063

«Según Sancho —piensa Rodrigo Díaz, entusiasmado—, las instrucciones del rey fueron muy precisas: “Saldréis de inmediato de Burgos y, a marchas forzadas, manteniéndoos siempre al norte del Ebro, llegaréis a Huesca al sexto día. Allí se os unirán las fuerzas moras que comanda Lubb ibn Hud, el hermano del *hayib*. Continuaréis hacia el este sin demora para llegar lo antes posible al Ésera, a fin de remontarlo, río arriba, hasta que diviséis Graus en la distancia. Sea como fuere, levantaréis el cerco que desde hace un mes mantiene Ramiro para domeñar la plaza, y una vez que lo hayáis logrado, regresaréis a casa sin causar ningún daño a la taifa. Tanto los defensores moros de Graus como el *alam* musulmán que os acompañe, con sus mil jinetes con azagayas, serán buenos aliados para derrotar a mi hermano. En cuanto a él —dijo expresamente el rey— debe sufrir el castigo que merece. Ni una lágrima me veréis derramar por su alma”».

Rodrigo piensa en las palabras del rey Fernando mientras observa a lo lejos a Ramiro, decrepito, y rodeado por sus caballeros, a unos quinientos pasos de distancia. El día es claro, aunque fresco a esta primera hora de la mañana. Una ligera brisa del norte se ha despertado pronto, al poco de levantar el campo. Al fondo del valle, detrás de los caballeros aragoneses, se divisa la fortaleza de Graus. Un movimiento frenético se observa en sus almenas, protegidas un poco más lejos por el meandro del Ésera que le sirve de defensa.

En la línea de caballos moros y castellanos que se ha formado a todo lo ancho del valle, frente a Graus, apenas si se oye un ruido. Solo el rumor sordo de las letanías de los frailes y los cantos de los ulemas rompe el tenso silencio que reina.

Los caballos aguardan inquietos. Piafan, peleando inútilmente con sus bocados llenos de espuma blanca, y caracolean nerviosos, chocando unos contra otros para salirse de una línea que solo el esfuerzo y la pericia de los jinetes logra mantener unida.

«La suerte de Ramiro —piensa Rodrigo— está echada. Nosotros, a su vanguardia, y la fortaleza y el río cortándole a retaguardia toda posible escapada. Solo le queda luchar y morir. ¡Y bien sabe Dios que somos muchos los que velaremos hoy para que el muy bellaco no vuelva a ver la luz del sol!».

Rodrigo, curioso y determinado, no puede dejar de observar a Sancho, a su lado, pero un poco más adelantado. «En verdad que el infante hará en el futuro un gran rey —piensa—. Es tan valeroso como temerario y tan carismático como osado. Todos tenemos una fe ciega en él».

Al toque de los clarines que señalan el momento previo a la carga, los músculos de Rodrigo se

tensan, aferran con fuerza las riendas de su caballo con una mano mientras que con la otra aseguran la lanza, aprietan las piernas contra la silla, y preparan las espuelas para dar en los ijares del bruto el golpe brusco que lo impulse por la llanura contra las lanzas contrarias.

—¡¡Castilla y cierra!! —exclama Rodrigo con fuerza, tras oír el grito de guerra de Sancho llamando a los hombres a la carga.

—¡¡Castilla y cierra!! —le contesta con un grito salvaje Sancho, ya al galope tendido acoplado por la llanura con su caballo.

CAPÍTULO XXIII

Abadía de Domnos Sanctos, Sahagún, Reino de León. Junio 1063

Las nuevas sobre la muerte de su hermano bastardo encontraron al rey orando, reclinado frente al altar mayor. Hasta allí se llegó el mensajero con la luctuosa noticia que no afectó, por lo demás, a la tranquilidad espiritual de Fernando, que la esperaba como el que espera a que llueva en un atardecer encapotado. Por eso, tras unos días de duelo por aquello de guardar las formas, el rey ha retomado su vida ordinaria, esa de la que tanto disfruta cuando se recoge para orar y meditar en silencio entre los muros de piedra.

Esta mañana, tras rubricar el becerro que contiene el Fuero de Zamora, ciudad que se ha empeñado en repoblar para su hija Urraca, pasea Fernando alrededor del claustro, acompañado por un monje recién llegado.

Dom Galindo es bastante más joven que él, y más bien bajo y rechoncho, al menos, si lo comparamos con Fernando. Tiene una barriga agradecida, pies planos, causa de su extraño bamboleo, y una gran tonsura natural que abarca la totalidad de una cabeza sobre la que, no obstante, se advierten cada tanto tres o cuatro pelos negros que, todavía rebeldes, se resisten a sucumbir a los estragos del tiempo.

Dom Galindo es borgoñón y ha realizado un largo camino desde Cluny como legado de Hugo de Semur, abad del más grande monasterio de la Cristiandad y superior de la *Ordo Clunyacensi*, orden monacal fundada allí hace ya más de ciento cincuenta años y que, a pesar de ser la más potente del orbe cristiano, con más de mil establecimientos extendidos por todo el continente, apenas ha conseguido arraigo en tierras hispanas.

Ayer noche llegó al monasterio cansado y polvoriento, después de haber hecho desde Borgoña el Camino de Compostela y, tras un buen sueño, está deseando compartir con el poderoso rey Fernando la buena nueva de la que es portador. No es que el rey le haya mandado venir a Sahagún. Más bien al contrario. Fernando conoce bien a los monjes de Cluny, puesto que su padre mantuvo buenas relaciones con Odilón, el anterior abad, y por ello desconfía de sus intenciones. Dom Galindo ha venido por encargo de Roma, porque, habiendo tomado la Curia conocimiento de lo acordado en Coyanza, Su Santidad el papa Alejandro ha dispuesto que envíen un legado a León para meter en cintura a Fernando. «Mucha hora es ya —piensa el Papa— de que la Iglesia peninsular se incorpore a la tendencia unificadora que, en materia eclesiástica, se extiende, desde hace años, por toda la Cristiandad».

El rey aparece esta mañana de sábado, viejo, decrepito y cansado. Ha cumplido cuarenta y cinco años, y su salud es precaria. Apenas le quedan dientes con que masticar, su vista no es lo aguda que solía y oye solo regular. Nada anormal, por lo demás, ya que, a su alrededor, casi nadie ha llegado a alcanzar su edad.

Fernando, a pesar de todo, prepara estos días una nueva expedición militar. Tras domeñar al moro toledano, ha puesto ahora su mirada en la Taifa de Híspalis, en el valle del Guadalquivir. En pocos días tomará de nuevo el camino del sur para extender sus dominios un poco más allá y agrandar su fortuna todavía más. Se siente razonablemente satisfecho con todo lo que ha

conseguido, cuando se acerca irremisiblemente el final. Solo le pesa en su alma inmortal la mucha sangre derramada. Sobre todo la cristiana, y especialmente la más allegada.

—Como os decía, mi señor —continúa hablando el monje viajero—, arduo ha sido el camino que hemos recorrido en pocas semanas. A pesar de haber traído conmigo algunos siervos, que me lo han hecho más llevadero, he llegado aquí agotado, y tardaré aún muchas jornadas en recuperarme para acometer el camino de regreso, que me lleve con el mensaje que deseáis entregarme a presencia de mi señor, Hugo, el abad.

—Y mi reino, y yo con él, os agradecemos mucho el esfuerzo, aunque solo pueda compartir con vos unas horas. Sabréis que mañana parto de nuevo con mis mesnadas a la batalla y que, si Dios es propicio a mis armas, no regresaré al norte hasta bien entrado el otoño, cuando vos ya estéis lejos, de vuelta en Cluny con vuestros hermanos.

—Y espero que retornéis sano y salvo con una nueva victoria que os haga todavía más querido a los ojos de Dios y de vuestro pueblo. Pero debéis saber que no tengo prisa alguna por volver. Me gustaría permanecer aquí, si eso os place y me dais licencia, el tiempo suficiente para dar a conocer la buena nueva a mis hermanos de San Benito que habitan este gran monasterio: la reforma que en Cluny y en otros muchos lugares ha tenido ya lugar con gran aprovechamiento.

—Gracias, vuestra paternidad, por tan buenos deseos —contesta Fernando, con una media sonrisa en los labios—. Podéis permanecer en mi reino todo el tiempo que deseáis, aunque en las horas que restan del día habrá tiempo suficiente para que me contéis el motivo de vuestro largo viaje.

—Ningún motivo hay en especial, mi señor —dice el monje, ladino—. Sabéis que en Cluny no tenemos otro objetivo que el de potenciar los ideales benedictinos: la castidad, la obediencia, la estabilidad, la liturgia y, sobre todo, el rezo. Solo en la oración constante y continua puede el hombre encontrar el camino que le lleva hasta Dios.

—Loables objetivos son esos, dom Galindo, y a fe mía que todos quedarán aquí muy contentos tras conocerlos. Pero nada dice vuestra paternidad de todo lo demás: de la independencia que anhelaís frente al poder real y eclesiástico, de la dependencia directa de Roma que intentáis, y de vuestra búsqueda incesante de una unidad orgánica que convierta a Cluny en un reino más, no del cielo, sino más bien terrenal.

—Únicamente para mejor servir a Dios, mi señor. Para ello debe recuperar la Iglesia su libertad. Y la recupera con una vida ejemplar, con la oración, y con nuestros monasterios, iglesias y hospitales, tan grandiosos que evocan ante el común de los mortales la omnipotencia de Nuestro Señor.

—Y la de Cluny, también, vuestra paternidad. Tenedlo en cuenta como yo lo hago. Y la de Cluny también —concluye, sabio, el rey.

Fernando, que se había detenido en medio del claustro, se siente cansado después de estar tan largo rato en pie y parado. Por eso propone al monje continuar la conversación sentados, en el banco que, en medio del patio, comienza a recibir entre las hojas del álamo los primeros rayos del sol.

Dom Galindo avanza gustoso detrás de él. Piensa que, como le advirtieron sus superiores jerárquicos antes de salir, será ardua la tarea de convencer al castellano: «Duros son los hispanos, y celosos y orgullosos de sus costumbres y tradiciones. Pero, si perseveráis, al final habrán de ceder y renunciar al rito mozárabe. Lo de someter los monasterios a Roma será punto y aparte. Pero de lo primero no les quedará más remedio».

Con este pensamiento que eleva su espíritu combativo, el monje se concentra exclusivamente en

lo importante que es el viaje que ha hecho a mayor gloria de Dios y, por eso, se dispone con el mejor talante a sentarse en el banco justo a la vera del rey para seguir platicando con él.

Pórtico de la iglesia de San Juan Bautista, León. Otoño, 1063

Tras la conquista de Lamego, y con las riquezas que allí obtuvieron, dispusieron Fernando y Sancha la construcción de una nueva iglesia de San Juan Bautista en el solar que ocupaba la antigua, realizada en tapial y ladrillo y anexa al monasterio de San Juan y San Pelayo por el difunto rey Alfonso, no ha tantos años. La nueva edificación, construida en sillería con piedra caliza, se ha terminado en muy poco tiempo, por la profusa utilización de la mano de obra esclava traída por el belicoso rey Fernando de sus muchas correrías por el sur.

La iglesia, ya terminada, es esbelta y de extraordinaria altura. Tiene tres naves, las de los lados iguales y la del medio más ancha, rematadas con tres ábsides cuadrados y cubiertas por tres espléndidas bóvedas de cañón, que se sustentan en dos gruesos muros intermedios además de en los de los lados.

A los pies del templo, en un pórtico abierto sobre el que descansa la tribuna real, se ha levantado por deseo expreso de los reyes el panteón en el que deberá darse descanso eterno a sus cuerpos. Un pórtico construido también con tres naves, rematadas con bóvedas de arista apoyadas en arcos de medio punto sostenidos en cuatro robustos pilares. Todo ello con impostas, capiteles y tímpanos bien historiados con bellas escenas del Evangelio. Una iglesia, en fin, como nunca se había visto otra igual en el reino.

A esta hora, cuando declina el día, los últimos carpinteros retiran del ábside los andamios de madera que restan para despejar la nave central. El rey medita, mientras tanto, sentado en el panteón real, a la sombra de la bóveda de arista de la nave del Evangelio. Justo enfrente del lugar que pronto habrá de acoger su cuerpo. Una luz tenue penetra todavía por los pocos huecos abiertos en los muros del templo, por lo que, por momentos, la penumbra es casi total.

Ayer mismo llegó un mensajero con noticias de la comitiva que hace un par de meses salió de León con una importante embajada y que, a esta hora, hace el largo camino de regreso a la capital.

Todo comenzó a mediados del verano, cuando una nutrida representación de notables sevillanos salió en Mérida al paso de las mesnadas del rey Fernando que, en razia inmisericorde por territorio mahometano, cumplían en ese momento su penúltima etapa camino de Híspalis. Cargado de valiosos presentes, pretendía Abbad ibn Muhammad al-Mutadid, pues así se llama el reyezuelo de la taifa, negociar, como tantos otros régulos moros hicieron antes, las condiciones del vasallaje que Sevilla, como se denomina Híspalis en la moraima, estaba dispuesta a rendir al rey.

Tras un día entero de desacuerdos, accedió finalmente Fernando a las súplicas de los sevillanos, y fijó en diez mil dinares de oro anuales la paría que el régulo al-Mutadid debía satisfacer.

Conforme con el estipendio pactado, exigió todavía una condición más el rey cristiano. Deseando promocionar su nueva iglesia, a punto de ser consagrada, intimó al rey moro para que le entregara el cuerpo de las santas mártires de Híspalis, las hermanas Justa y Rufina, que como reliquia sagrada deberían viajar sin tardanza a León para encontrar definitivo reposo allí, en tierra cristiana.

Accedió a ello con recelo el moro, porque no le quedaba otro remedio, pensando, como todos, que los cuerpos estarían enterrados en algún lugar de la iglesia mozárabe que, bajo la advocación de las santas, existe en la capital del Guadalquivir.

Terminada que fue la campaña, y tras el regreso de las fuerzas militares a casa, salió a tal efecto

de León la comitiva que debería dar cumplimiento a lo pactado. Para allí partieron de este modo los legados de Fernando: Alvito y Ordoño, ordinarios de las sedes legionense y asturicense, acompañados por doscientos caballeros bien armados que, comandados por el conde Munionis, asumieron la responsabilidad de custodiar por tierra extraña a los dos santos varones.

Llegados a Híspalis tras el largo viaje, los condenados moros pusieron todas las trabas posibles a los afanes de los cristianos, por lo que resultó imposible encontrar el emplazamiento exacto donde habían sido enterrados los cuerpos de las santas, casi ochocientos años atrás.

Se preparaba ya la comitiva para regresar a León con las manos vacías, y se frotaban las suyas los moros principales por su fracaso, cuando una noche de profundo sueño vino sobre el venerable Alvito una revelación.

Isidoro, doctor egregio y arzobispo de Híspalis, muerto y enterrado hace más de cuatrocientos años, le transmitió, indubitado, un encargo divino: regresar a León con sus propios restos en el lugar de los de las santas que, por voluntad de Dios, deberían permanecer donde estaban. A tal fin, mostró la aparición a Alvito el lugar exacto de su enterramiento, en Itálica, a poco más de una legua de distancia, en una pequeña ermita abandonada. Transmitió también Isidoro a Alvito que él sería el pagano del descubrimiento, pues irremisiblemente habría de morir en el intento, al cabo del séptimo día.

Alvito tuvo, por último, como ejemplo de santidad, una visión de Isidoro en sus postreros momentos: desprendiéndose de todos sus bienes terrenales, entregando sus riquezas a los pobres, haciendo pública penitencia, cubriendo de ceniza su cuerpo y recostado en el suelo de la iglesia de San Vicente, pidiendo perdón por sus pecados.

Tras seguir las instrucciones recibidas y dar con el túmulo funerario, que se encontraba muy disimulado desde los tiempos de la conquista para que no pudiera ser profanado por los infieles mahometanos, fue rápidamente excavado y dentro de él encontraron un sarcófago de enebro con los restos enterrados.

Con Alvito enfermo, salió a toda prisa la comitiva de Sevilla por miedo a que el reyezuelo revocara su consentimiento e impidiera el traslado, con unas andas de madera que portaban los huesos santos metidos en un féretro recubierto de ricos brocados, y está ahora, mientras que el rey medita en su iglesia sobre la muerte que a todos iguala, a pocas jornadas de León, donde se afanan los canteros en preparar desde ayer dos sepulcros: uno en Santa María para su obispo y otro en San Juan Bautista para el doctor egregio, autor de las *Etimologías* y unificador de la Liturgia Hispana.

Alcázar de León. Natividad del Señor, tres días antes de las calendas de enero, 1063

Descansa Fernando en su cámara sin otra compañía que la de sus podencos, que permanecen tumbados a los pies de la cama. Un buen fuego arde en el hogar de leña y fuera, desde la ventana, se advierte la franca belleza de una fría noche de invierno, límpida y estrellada.

Ha sido un día extraño, lleno de júbilo por la consagración de la nueva iglesia y preñado de preocupaciones por el destino del reino. El rey nota que su última hora se acerca. Es cierto que su salud tiene altibajos, pero en el fondo siente que, poco a poco, su cuerpo se va agotando como una vela de cera. Mañana ha convocado a la Curia Regia, aprovechando que todos los próceres del reino han venido a la consagración de su iglesia. Quiere que conozcan antes del tránsito, que en cualquier momento espera, cómo va a ser la sucesión en el reino. Todos están al cabo de ello, y los más se consumen y conspiran por conocer el arreglo. Estarán allí mañana todos reunidos:

obispos, abades y magnates. Y también sus hijos, los cinco: Urraca, Sancho, Elvira, Alfonso y García.

Durante estos años, no ha parado de discutir sobre la cuestión con Sancha y no le resulta fácil tomar una decisión que, al final, no le plazca. «A fin de cuentas —piensa—, aunque Castilla es mía por derecho de sangre, León lo es por la de una estirpe, la suya, que ha durado casi cuatrocientos años».

El rey se retrepa en el lecho. Ningún ruido turba sus pensamientos.

«Ella siempre ha visto a Alfonso como mi natural heredero. Está convencida, además, de que es el que reúne mejores condiciones para el gobierno. Pero —continúa cavilando— ¿cómo puede pedirme que desherede a mi hijo primogénito? Además, hacerlo no traería más que calamidades y comprometería la misma subsistencia del reino. Conozco bien la madera de que está hecho. La misma con la que estaba forjado mi padre, dura como el acero, y no aceptará esa solución ni de buen ni de mal grado. Señor, ayudadme en este difícil trance. ¿Qué debo hacer? Debo velar por el reino que me habéis dado, pero también por mis hijos y por la reina, a la que tengo el mayor de los respetos».

Piensa el rey en Sancho, su hijo mayor. «Es esforzado y magnánimo, pero violento, iracundo y fanfarrón. Dudo ahora si fue correcta la decisión de mandarlo a Burgos de niño cuando su madre me lo pidió. Allí creció ambicioso y feroz como digno sucesor de Fernán González. Por eso, y porque ha demostrado ser hombre de grandes vínculos y lealtades, todos en Castilla lo tienen en mucha estima. En definitiva, un perfecto caballero de frontera, aguerrido en el combate y poco reflexivo en el gobierno».

La sonrisa diáfana que se dibuja en los labios del rey cuando piensa en su hijo mayor se apaga de inmediato cuando viene a su mente la imagen de Alfonso. «Es tenaz, discreto y sabe muy bien lo que quiere —piensa—. Se ha criado con nosotros, y su madre y sus hermanas le dispensan gran afecto. Yo mismo tengo un gran concepto de él. No es un líder carismático, pero seguro que haría un buen rey».

La mala conciencia lo invade, por último, cuando piensa en García. «Mi hijo abandonado —murmura entre dientes, cuando lo ve en su mente—. Se fue muy niño a Compostela como quiso su madre, y apenas hemos sabido más de él. Habla poco, lo que no facilita las cosas, aunque es gallardo y parece hombre de bien».

Piensa por último en su padre y en lo que hizo con sus últimas voluntades. Recuerda perfectamente aquella aciaga jornada en Oña con su madre y con los notables. Rememora vívidamente ahora el dolor de todos los años de sufrimiento, guerra y muerte que trajo la partición de los reinos. Y no le gustaría cometer el mismo error.

Tumbado en el lecho, mira ensimismado al fuego, mientras continúa con estos graves pensamientos. Cavila y escucha el dulce crepitar de los leños. Una sensación de plácido acomodo lo envuelve, al poco. «Ya ha estado bien por hoy —piensa—. Mañana tomaré la mejor decisión —se dice, antes de que lo invada el sueño—. Dios no me abandonará en este momento. En Él confío y seguro proveerá lo que para beneficio de nuestra fe sea mejor».

Alcázar de León. Dos días antes de las calendas de enero, 1063

Bastante antes del amanecer, el rey ya estaba despierto. Ha pasado la noche inquieto, porque le rondan malos presentimientos sobre lo que pueda acontecer. Antes de sus abluciones y de sus rezos, pasó un buen rato en la ventana, mirando al cielo. «El tiempo está cambiando» —se dijo—

y, aunque todavía no ha empezado, el cielo gris perlado, con las nubes tocando el suelo, anuncia que este año de venturas va a terminar con ventisca y, quizás, hasta con una gran tormenta de nieve. Pensó el rey que, si es mucha la que cae, tal y como espera, todos los notables tendrán que permanecer holgando en la ciudad unos días, lo que servirá para que, una vez conocida la noticia, se multipliquen las conspiraciones al calor del fuego.

Vio también el rey a Sancho salir al patio con Rodrigo para su cabalgada diaria de amanecida y se quedó absorto un buen rato observando su porte gallardo mientras se alejaba, al paso, hacia el horizonte. Pensó el rey: «¡Por los clavos de Cristo, cómo es posible que esté a punto de cometer tamaña injusticia!».



Hace frío esta mañana de invierno y el rudo viento del norte que viene de las montañas azota con saña el rostro de ambos jinetes. Quizás no sea el mejor día para salir al campo, pero ni a Sancho ni a Rodrigo le arredran las inclemencias del tiempo. Cabalgarán durante un buen rato para entrar en calor y pronto estarán de vuelta para asistir a la Curia Regia.

Para Sancho se acerca el gran momento. Aunque algunos dudan de la voluntad del rey, él tiene la certeza de que dentro de unas horas será designado heredero. «El trono —piensa— no puede tener otro dueño».

—Grandes aventuras nos esperan, Rodrigo, a poco que sepamos hacerlo —dice, Sancho, poniendo su cabalgadura al paso—. Fijaos que mi padre, el rey, nos deja el terreno bien abonado.

—Así es, mi señor. Con las taifas principales pagando tributo, pronto tendremos reservas para emprender grandes empresas. Toledo, sin ir más lejos, podría ser la primera.

Sancho mira al horizonte, donde se divisa un pequeño otero con algunos árboles pelados azotados por el viento. Le gusta Rodrigo. Es noble, honorable, leal y esforzado caballero. Vive a su lado desde niño y piensa con criterio que difícilmente podría desenvolverse sin él. En Graus, en el fragor de la batalla, se mostró extraordinariamente fiero, como nadie antes que él. Será un gran caudillo a su lado, su confidente y mejor consejero.

—Quiero que sepáis, Rodrigo, en esta hora que se acerca, que siempre os tendré a mi lado, no como vasallo, sino como un hermano, tan diferente a los que, en realidad, tengo.

—Y vos, mi señor, tened la seguridad de que el juramento que os hice de niño como paje, y que renové de adulto como caballero, lo presté a conciencia y sin ninguna reserva. Podréis contar conmigo en el futuro para lo que sea. Sabéis que para mí no hay mayor dicha que la de servir a vuestro lado.

La ansiedad por el momento que se acerca hace que Sancho no pueda ni quiera ir más lejos, por lo que, sin decir nada, espolea con fuerza a su bello alazán y se lanza al galope en dirección al otero. Quedan todavía unas horas para la nona en que se ha fijado la cita, y tienen tiempo suficiente para volver. Le pide el cuerpo algo de esfuerzo para acudir templado a la Curia, y a ello se va aplicar bien, cuando los primeros copos de la gran nevada que anuncia el cielo comienzan en este momento a caer.



En San Juan Bautista, la reina, reclinada frente al sagrario en una de las capillas, ora concentrada elevando al Altísimo sus plegarias por Alfonso que, a su lado, reza también arrodillado. Ha preferido no ver esta mañana a Fernando. Muchas deben ser sus tribulaciones a medida que se acerca la hora. Ella mantiene la esperanza. Ha sido buena esposa y digna reina. Ha soportado con entereza el asesinato de su gran amor que no olvida y la muerte de su único hermano, el rey. No

cree que se le pueda pedir más lealtad a una reina. Por eso, está convencida de que finalmente Fernando transigirá, y el reino será para el mejor de sus hijos: Alfonso, cuya respiración, algo alterada, siente a su lado. Escucha fuera el ulular de la ventisca que intenta introducirse por las rendijas con un estruendo que acentúa el silencio absoluto que reina dentro. Le cuesta concentrarse en el rezo, por más que lo intenta. «¿Es esta intranquilidad que siento —piensa— un mal augurio para mis deseos? Por favor, Señor, os lo pido, influid en el ánimo del rey para que acierte en su decisión. Por el bien del reino y de nuestra religión, necesariamente ha de ser Alfonso el elegido».



Cuando llega la hora nona, las calles están completamente cubiertas. Un tupido velo blanco envuelve León que, intramuros, parece a esta hora una ciudad desierta. Como si los súbditos del rey intuyeran que, tras años de tranquilidad, hoy comenzarán de nuevo los problemas. En el alcázar, la cámara del trono, engalanada para la ocasión, está llena. Lo más granado del reino se acomoda de pie, a la espera de que entren el rey y la reina. Los obispos a la derecha: Cresconio de Compostela, Gómez de Calahorra, Vistrario de Lugo, Suario de Mondoñedo, Bernardo de Palencia, Ordoño de Astorga, Jimeno de León y Pedro de Burgos. Los abades a la izquierda: Iñigo de Oña, Auriolo de Arlanza, Sisebuto de Cardeña, Domingo de Silos, Aldereto de Sahagún, Fagildo de Antealtares y Brandilla de Samos. Los magnates, en fin, en el centro. Y a la vera del trono, los cinco infantes que, cuando se acerca la hora, contienen la respiración.

Todos guardan silencio pues el heraldo del rey abre la puerta. Fernando, con la reina a un lado, aparece ataviado con todos los atributos de su poder: el manto real, la áurea diadema, el cetro y la corona de oro y gemas. Ciñe asimismo a un lado la pesada espada de dos filos con la que tantas veces ha combatido y vencido.

El obispo Jimeno, recién nombrado para la sede de León tras la muerte de Alvito, da inicio a la ceremonia invocando la protección de Dios Nuestro Señor, para que ilumine el juicio del rey en tan determinante decisión. A continuación, tras las preces y la letanía de acción de gracias rezada a coro por obispos y abades, llega el turno del rey:

—Hace veintiséis años —comienza a decir Fernando, abatido y circunspecto— que, por la Gracia de Dios, se fundieron en mi persona las dos coronas. Ha sido un largo reinado que no corresponde valorar a los hombres en sus éxitos y en sus fracasos, sino a Dios Nuestro Señor, el Supremo Juzgador, cuando tenga a bien llevarme a su seno. Sé bien que ese día se acerca y, por eso, he decidido dejar bien resuelta la sucesión.

Fernando se detiene un momento y dirige una mirada fugaz a cada uno de sus hijos. Solo Sancho se la devuelve, confiado.

—Tras años de rezo y reflexión —continúa diciendo—, esta mañana, al alba, he redactado y rubricado mi testamento, que vais a conocer a continuación en lo que concierne a la sucesión de los reinos. Y a todos os ruego, os pido y os ordeno estar y pasar por él. Y si alguno no lo hiciere, que pague por su pecado de soberbia tanto aquí en la tierra como en el Cielo cuando le llegue la hora de rendir cuentas.

Un silencio denso se respira en el salón del trono cuando el rey se dispone a designar heredero ante la Curia Regia.

—Sancho, mi hijo primogénito, será rey de Castilla a partir del río Pisuerga. Serán también de su reino las Asturias de Santillana, Nájera, Pamplona y todas las realezas que me pertenecen en

los montes Pirineos, hasta Tolosa. Su corona incluirá las parias que anualmente paga el régulo de Zaragoza.

»Alfonso, mi hijo segundogénito, será rey de León, de los Campos Góticos y de las Asturias de Transmiera hasta el río Cue, de Astorga, del Campo de Zamora, del Campo de Toro y del Bierzo hasta la villa de Ux en el monte Cebrero. Su corona incluirá las parias que anualmente paga el régulo de Toledo.

García, mi hijo terciogénito, será rey de Galicia y de Portugal. Su corona incluirá las parias que anualmente pagan los régulos de Híspalis y de Badajoz.

Para mis hijas Urraca y Elvira serán, respectivamente, la ciudad de Zamora y de Toro con todos sus términos y, para cada una de ellas, además, la mitad del Infantazgo del reino.

Estas disposiciones entrarán en vigor el mismo día de mi fallecimiento y yo, el rey, aquí ante vosotros, la Curia Regia del reino, juro, por Dios y ante Él, que no cambiaré ni una coma de esta irrevocable decisión mientras me quede un hálito de aliento.

Tras finalizar su parlamento y turbado por el esfuerzo, el rey hace ademán de retirarse, al tiempo que un murmullo de estupefacción recorre el salón del trono.

Fernando desciende, trabajoso, del estrado y se encamina lentamente hacia la puerta cuando su hijo Sancho le corta el paso y, furibundo, le increpa irreflexivo:

—¡Señor, aquí mismo, ante toda esta digna presencia, os intimo solemnemente! ¡No tenéis ningún poder ni derecho para desmembrar el reino, pues ya los reyes godos se comprometieron a que nunca fuera partido nuestro imperio! ¡No podríais hacerlo además, aunque quisierais, puesto que ha sido Dios y no vos el que para siempre nuestra unión ha dispuesto!

El rey, agotado tras la noche en vela, se tambalea. Siente que el suelo se abre a sus pies y ve con pesar a los Cuatro Jinetes cabalgando de nuevo sobre el solar del reino. Hace ademán de ignorar a Sancho mientras que Alfonso se apresta a sostenerlo. Muy a su pesar, no logra poner fin a su parlamento:

—Y si en verdad lo hacéis —continúa Sancho, amenazante—, ¡por Cristo que yo no lo otorgaré, que me tendréis a partir de este día enfrente y que nunca más me volveréis a ver!

Sancho echa mano al pomo de su espada y un silencio sepulcral se instala en la cámara. Mira a su alrededor y tiene un fugaz instante de lucidez cuando la guardia se apresta a dar cumplida respuesta a su desmesura. Se da la vuelta, mira por última vez a su padre, que se muestra ante sus ojos como el anciano decrepito que es y, sin licencia, sale del salón del trono antes de que lo haga el rey.

—¡Rodrigo —exclama con el corazón herido henchido de bíblica soberbia—, nos vamos. Cumplido testimonio queda de que no somos aquí bienvenidos!



Una nube negra, negra como la boca de un lobo, cubre ahora la ciudad entera, y a todos los cristianos que viven en ella, al punto de que sobre sus murallas, con un tenebroso trueno, cae de repente la noche cuando aún nadie la espera. Una nube negra, negra de oprobio y de vergüenza, que anticipa las calamidades que el odio, la muerte, el hambre y la guerra traerán en los próximos años a estas desgraciadas tierras.

CAPÍTULO XXIV

Monasterio de San Pedro de Antealtares, Compostela. Primavera, 1064

Tres días ha permanecido el viejo rey orando postrado ante el Arca Marmórica, tantos que su empeño penitente hizo temer a los más allegados por su vida.

Tres meses llevan las mesnadas del viejo rey estancadas en el asedio a Coímbra, tantos que han llevado a la Curia Regia a pensar que su buena estrella, como su vida, por momentos se apaga.

Y eso que el viejo rey no reza, como todos piensan, por un éxito más en la que podría ser su última empresa militar. En realidad, Fernando suplica al Apóstol para que mantenga el reino en paz, porque, desde el primer día, continúa hesitando sobre su decisión de partirlo y, ahora, cuando vislumbra como inevitable la guerra entre hermanos, no ve la manera de remediarlo sin causar mayores daños.

«¿O es que hubiera sido mejor dejarle todo el reino a Sancho? —piensa, mientras duda compungido—. Quizás es que el Señor, como castigo por mis muchos pecados, se ha complacido en ponerme ante esta tesitura, sabedor en su omnipotencia de que ninguna de las soluciones posibles era la buena; de que no importa lo que hiciera, cualquier decisión que tomara terminaría al final con el esfuerzo de mi vida entera».

Hace un día lluvioso en Compostela, aunque las tupidas nubes que cubren su cielo gris no impiden que la temperatura sea buena. Uno de esos días tan frecuentes en estas tierras en los que, sin llover, llueve y, sin hacer frío, la humedad te destempla.

Fernando espera paciente al calor del *armarium*, cuando la hora tercia se acerca. Sisnando Davídiz, a quien ha encomendado doblegar a los moros a orillas del Mondego, acaba de llegar a Compostela. Recuerda bien aquel día, no ha tanto, en Mérida, cuando, vestido todavía con sus ropas sarracenas, se postró ante él pidiendo licencia. Recuerda también cómo le contó que, siendo mozo, fue hecho esclavo tras una aceifa que, a comienzos de verano, hicieron los moros en Tentúgal, su tierra; que, a pesar de todas las penalidades en tierra extraña, nunca renegó de su fe cristiana; que, por su capacidad y aptitudes, hizo méritos a los ojos del *hayib* de la taifa para progresar entre los alfaquíes hasta llegar a ser el primer visir mozárabe de la corte de al-Mutadid; que, tras años de servir al reyezuelo, mucha hora era ya de recuperar la libertad perdida; y que, como oriundo que es de aquellas tierras y por su profundo conocimiento de ellas, llegado era el momento, a su juicio, de que Fernando asestara un golpe definitivo a los moros en el valle del Mondego.

El rey, a pesar de su sordera, oye levemente pasos que se aproximan para la audiencia. También el ruido del acero templado que anuncia que es el caudillo mozárabe el que se acerca y el chirrido de los herrajes cuando la guardia abre la puerta.

—Mi señor —dice Sisnando, posando su rodilla en tierra—, recién llegado soy de Coímbra y sin demora he venido a postrarme ante vos para rendiros cuenta.

El alferez de las tropas de asedio, hombre enorme y de mirada franca y severa, se presenta ante el rey empapado de agua y de tierra. Viste una guasapa oscura de color pardo, que cubre por completo el brial que lleva debajo sobre una espléndida loriga de hierro trabajado. Porta el yelmo

sucio en la mano izquierda, y de su cintura cuelga a un lado una daga y al otro una larga y afilada cimitarra.

El rey, pensativo, contempla por un instante ensimismado las gotas de agua que, una tras otra, caen insistentemente desde la capa del guerrero y que, en tan corto espacio de tiempo, han formado ya un pequeño charco en el suelo.

—Os doy la bienvenida —contesta el rey, finalmente, embebido como está en sus pensamientos—, aunque no son muy buenas las nuevas que con vos traéis.

—A fe mía que no lo son, mi señor, y gran pesar traigo por ello. Es cierto que no hemos podido avanzar ni cien pasos desde que se montó el asedio. Han sido, en verdad, tres meses perdidos en los que, además, no ha parado de llover.

—Ya he sabido por vuestros mensajeros que son recias las defensas a que os enfrentáis, que el río baja crecido en Coímbra, lo que no facilita las cosas, y que, hasta ahora, no ha aflojado el ánimo de los sarracenos. Pero... ¿qué más me podéis contar que yo no sepa?

—La ciudad, mi señor —contesta el alférez, circunspecto—, está muy bien protegida por un castillo levantado sobre la cima de una colina a orillas del río. De allí parte una socorrida muralla que rodea un buen perímetro, y que es más alta y gruesa en los tramos en los que el río no está cerca.

—Imponente construcción parece entonces y difícil realmente de someter.

—Imponente sí, mi señor, pero no más que otras que finalmente cayeron rendidas a vuestros pies. Hemos intentado también aproximarnos con malas artes al *caíd* que defiende la ciudadela, quien no ha visto con malos ojos nuestros intentos, aunque por debajo, entre las fuerzas subalternas, hay algunos que reportan directamente al *hayib*, en Badajoz, y que son partidarios de resistir como sea.

Fernando mueve la cabeza y, dubitativo, levanta una mano para pedir a su interlocutor que se acerque.

—Escuchad bien y disponedlo todo a vuestra manera. Volveré con vos al campo de batalla. Así lo quiere Dios, y también el apóstol Santiago, ante cuyos restos he estado estos días orando. Si las pocas fuerzas que me quedan lo permiten, allí estaré a vuestro lado hasta que el enemigo por fin desfallezca.

«Quizás sea esta la última vez —piensa el rey con tristeza— y, aunque me vaya la vida en ello, ¡qué mejor forma hay de acabar con este terrible tormento que me corroe por dentro!».

Pórtico de la catedral de Santa María, León. Estío, 1064

Sentados en el borde de la escalera que flanquea la entrada, los dos mendigos esperan aburridos la hora del rezo. Hasta el momento, no se ha dado muy bien la faena, por lo que, o mucho cambia la cosa, o nada podrán llevarse al gazonate esta noche antes de arrimarse al catre miserable que les espera en una choza, extramuros, a orilla del río.

—Sabéis bien, maese Juan, que, aunque no siempre lo he alabado, soy muy partidario del rey, nuestro señor.

Ero Salídiz, antaño trovador y hogaño mendigo, es ya un viejo decrepito y desdentado. Después de tantos años de recorrer el reino, y aún más allá, las Marcas, e incluso Gascuña, Tolosa, la Bigorra y el Bearn, allende los Pirineos, ha venido a dar con sus huesos a la capital, de la que espera no salir más, al menos, hasta que no lo haga con los pies por delante, camino del más allá.

A la luz declinante de una plácida tarde de estío, y aprovechando los últimos rayos del sol que

caen oblicuos sobre el pórtico de la iglesia, Ero, que siempre ha sido un gran charlatán, comenta las nuevas que a lo largo del día han llegado con un jinete del valle del Mondego.

—A fe mía —continúa diciendo— que no por esperadas han sido menos jubilosas las nuevas de la gran victoria del rey. Seis meses se han tomado las fuerzas de asedio para abrir brecha con arietes en la muralla de Coímbra, cerca de una puerta que, al parecer, llaman de la Almedina; pero lo cierto es que parecen haberlo hecho a conciencia, porque cinco mil moritos viajan en este momento prisioneros al norte para echar una mano, o las dos si fuere menester, en la magna tarea constructora en que se ha empeñado el rey.

—Aunque, a juzgar por las nuevas que trae el jinete, no servirá de gran cosa esa mano de obra infiel, pues, tras tanto tiempo de privaciones, vendrán de camino bien hambrientos y necesitados. Incluso más que vos y que yo.

—El caso y lo que en verdad cuenta —continúa diciendo Salídiz, sin hacer caso a su amigo— es que el rey ha expulsado a toda la moraima al sur del Mondego, que ha nombrado conde al visir sevillano, y que ahora reza devoto en Compostela en acción de gracias por su nueva victoria.

—Espero que cuando se dignen regresar a casa nos encuentre todavía en el campo de los vivos, para así poder disfrutar un poco, nosotros también, de las migajas que se escurran entre las manos de los poderosos, que vendrán de la campaña bien cargadas de oro.

—¡Por los clavos de Cristo que en eso lleváis también mucha razón, maese Juan! Porque, si el rey se demora un poco —contesta riendo, Salídiz—, ¡vive Dios que nos encontrará en el camposanto a su vuelta! ¡Por mucho que me palpo las tripas, no encuentro por aquí abajo más que costillas!

—¡Escuchad, escuchad! —intima el mendigo—. Se oyen pasos que se acercan... Parece que son multitud.

—En verdad son muchos los que han decidido venir hoy a la iglesia. Será para rezar y, de camino, para ver de trincar algo con ocasión de las buenas nuevas. Prepárese, en cualquier caso, vuesa merced. Pongamos cara de mucho padecimiento. Entre eso y la acción de gracias, es posible que hasta podamos volver hoy a la choza con la andorga llena.

Palacio de la Zuda, Zaragoza. Estío, 1064

Un baño de sangre se ha cebado durante todo el día en los cristianos del barrio mozárabe, a orillas del río, en la esquina noroccidental de la ciudad. Hasta tal punto que el Ebro, aguas abajo, comienza a apuntar al bermejo.

Los quejidos de los moribundos, los lamentos de los heridos y los sollozos de los supervivientes atraviesan la ciudad de punta a punta, y llegan nítidos a las ventanas del palacio, donde al-Muqtadir los escucha resignado. «Aunque no es que me importe demasiado la suerte de los cristianos, no ha estado en mi mano poder evitarlo».

Porque una turbamulta de fieles al Profeta, enfurecidos por las noticias llegadas desde Barbastro, y enardecidos por lo que han escuchado al almuédano, ha provocado que desde palacio se haya perdido durante toda la jornada el control de la ciudad, que ahora, cuando las sombras de la noche comienzan a abrirse paso entre sus estrechas y tortuosas callejas, se prepara para recuperar la normalidad, con los fieles recogidos al resguardo de sus casas y la puerta de la judería cerrada a cal y canto.

Mientras el *hayib* escucha los lamentos, piensa en las graves consecuencias que la matanza

traerá tan pronto como Fernando tome conocimiento de ella. Porque no será fácil convencerle de que en la infame sarracina nada ha tenido que ver al-Muqtadir, su fiel vasallo.

Hace dos meses que un nutrido contingente militar puso sitio a Barbastro, respondiendo a la llamada que para la Santa Cruzada había hecho en Roma el papa Alejandro, el año pasado. Para ello, cientos de caballeros franceses, borgoñones, normandos y aquitanos cruzaron en primavera con sus mesnadas el paso de Somport bajo el mando de Thomas de Chalon, quien, tras el feroz sitio y la inclemente victoria, puso la ciudadela a saco. El resultado de la conquista en muerte y destrucción ha sido estremecedor: miles de personas, hombres, mujeres y niños, pasados a cuchillo y arrojados desde lo más alto de la muralla, y un gran montón de cadáveres, muchos descabezados, amontonados a esta hora al pie de la fortaleza, cerca del río. Solo se han salvado los principales, cuyas vidas han sido puestas a rescate, y las doncellas que ahora, en la más abyecta de las esclavitudes, sirven de entretenimiento a la brutalidad de los caballeros.

Piensa el *hayib* que el escaso oro de que dispone la ciudad deberá circular en los próximos meses, no hacia el León en cumplimiento de la paria acordada, sino hacia Barbastro para satisfacer la codicia de los caballeros cruzados. Piensa también en lo poco que eso va a gustar a Fernando, que no necesitará ni de la justificación de la sangre derramada en las calles de la Medina Albaida para, la próxima primavera, atacar, inclemente, la taifa. Piensa, en definitiva, que si quiere conservar su crédito como hasta ahora, deberá además armar un gran ejército que pueda recuperar Barbastro, y así devolverles la misma medicina de sangre y fuego a los caballeros venidos de tan lejos.

Y de tanto pensar llega el *hayib*, con el tiempo, a la conclusión de su pensamiento: «Mejor será retirarse a descansar. Alia, con sus muchos encantos, me espera dulce en el lecho. Al final, es inevitable que Fernando tome sobre nosotros gran venganza con la única intención de recuperar la perdida paria. Y es también inexcusable que mañana salgan mis mensajeros para convocar a todas las taifas, pues de ninguna manera puede quedar impune la degollina perpetrada en Barbastro por los caballeros cruzados».

Con lo que Abu Yafar Ahmad ibn Sulayman al-Muqtadir, el *hayib* de la Medina Albaida y de la taifa zaragozana, se levanta, se acerca a las ventanas para cerrarlas y se dispone a salir de la cámara a fin de dormir una noche más en dulce compañía, mientras fuera, a la luz de una inmensa luna llena, cientos de cristianos, sin ninguna esperanza, penan con los ecos de la venganza.

Monasterio de San Pedro de Cardeña, Reino de Castilla. Diciembre, 1065

El rey desciende trabajosamente de la carreta a la vera mismo de la puerta. Aunque su estado ha mejorado algo en Arlanza, está muy débil y, sin ayuda, apenas se puede mover. Apoyado en su fiel amigo, se adentra renqueante en el monasterio. Auriolo, que sostiene con dificultad a Fernando, siente un fuerte escalofrío cuando penetra en el zaguán. «Hace un frío tremendo», piensa, afligido.

Los copos de nieve no han dejado de caer desde que iniciaron la marcha esta mañana temprano. Fernando ha pedido ir directamente a su celda. No quiere comer nada después del traqueteo. Mañana descansarán todo el día, y al otro partirán hacia León. El rey desea hacer noche también en Sahagún y reposar allí una jornada. De esta manera, se unirán por un hilo invisible en la despedida los dos lugares en la Tierra en los que ha sido más feliz.



El día ha amanecido gris y el rey, apenas dormido, no ha encontrado fuerzas para dejar el lecho.

Le han traído a primera hora unas gachas que no ha querido comer. Espera ahora con la mirada perdida la ansiada visita de Estefanía.

La reina viuda se acerca despacio por el corredor. Sus pasos livianos apenas resuenan en el pavimento de piedra. Antes de entrar, hace un esfuerzo que le ayude a sostener el ánimo, porque le han advertido del estado de postración en que se encuentra Fernando. Viste Estefanía un hábito negro que apenas deja al descubierto sus arrugadas manos, y un rostro que fue bello y que ahora se muestra ajado y castigado por el paso de los años. La guardia, apostada a la entrada de la celda, le franquea el paso.

Es una habitación pequeña de piedra con un ventanuco por el que, en un día oscuro como el que ha amanecido, apenas penetra la luz del día. Un catre, una mesa baja de madera basta y una silla de enea son el único mobiliario que ve la reina. En una esquina arde un fuego que calienta la celda, pero que no es suficiente, como ninguno lo sería, para templar el alma del viejo rey.

Estefanía se sienta cerca del camastro y contempla en silencio el cuerpo consumido de Fernando que, absorto como está en sus pensamientos y con la mirada perdida en el techo, parece no advertir su presencia. Pasa un buen rato antes de que Fernando mueva la cabeza. Cuando lo hace, la mira y las lágrimas se arremolinan en sus ojos glaucos antes de caer por sus mejillas. Le cuesta articular palabra y siente que, por momentos, se le escapa la vida. «¿Será este el instante, Señor, con Estefanía a mi lado? —se pregunta en silencio—. No habría para mí mayor dicha».

Consciente de su estado, Estefanía le sujeta la mano.

—Recemos juntos, mi señor —le dice.

—Estefanía —articula a saludar Fernando—, cómo me alegra veros. Dios siempre ha sido misericordioso conmigo.

—También yo me alegro, Fernando. El paso del tiempo nos ha ido despojando de las necesidades de este mundo y, por primera vez en muchos años, podremos, en verdad, estar juntos.

Fernando calla, mueve la cabeza hacia un lado y vuelve a mirar al techo, ensimismado. Al cabo de un buen rato, se dirige de nuevo a la reina.

—He causado mucho daño, pero de todas las cosas de las que ahora me arrepiento, ninguna como vos, mi señora. No me arrepiento de haberos amado, entendedme bien. En realidad, no he querido a nadie más que a vos en todos los días de mi vida. Pero me pesa en lo más hondo cómo os he tratado. Por eso, he venido hoy a Cardeña, a buscar consuelo y a suplicar vuestro perdón.

Una lágrima clandestina asoma a los ojos de Estefanía y, libre, corre hacia sus labios atravesando sus mejillas. Un nudo grande le cierra la garganta.

—Mi señor —balbucea, con voz entrecortada—, nada más debemos decirnos hoy. Recemos juntos y pidamos perdón a Nuestro Señor. Él, que es todo amor, sabrá entender mejor que nadie nuestras cuitas y nos dará la paz que tanto ansiamos en estos nuestros últimos días.

Fernando esboza lo que quiere que sea una sonrisa. Mira dulcemente a su amada, le aprieta la mano con todas las fuerzas que le van quedando y, sin poder incorporarse, le contesta reconfortado:

—Recemos, pues, mi señora. Si vos me perdonáis por todo el mal que os he causado, no pierdo la esperanza de que Nuestro Salvador, en el día que se acerca, también me perdone por mis muchos pecados.

Estefanía se levanta de la silla, se arrodilla frente al lecho del moribundo y comienza a rezar en silencio una vieja letanía, mientras que, con dulzura, acaricia la mano arrugada de Fernando, el viejo rey, su siempre amado.

Iglesia de San Juan Bautista, León. Diciembre, 1065

Al alba, sintiéndose el rey muy indispuerto, pidió recibir de manos de los obispos la penitencia pública *in cinere et cilicio*. Ordenó a los suyos que lo vistieran con sus mejores ropajes y que lo cubrieran con el manto regio. Les intimó a que le pusieran su áurea diadema y la corona alhajada, símbolo de su magistratura, y les rogó que le entregaran el cetro y la espada.

Con todos los atributos del poder puestos sobre un cuerpo del que no quedan más que huesos, se hizo trasladar a San Juan Bautista entre rezos.

Fuera, en la plaza, con un frío intenso, esperaba un enorme gentío desde la noche anterior para acompañar a su rey en el camino postrero. La comitiva, iluminada con antorchas, atravesó el breve trecho que separa el alcázar de la iglesia y depositó al monarca ante el altar, tumbado frente a las reliquias de Vicente, mártir, y de Isidoro, bienaventurado.

Echado en el frío suelo de piedra, invocó a Dios, mientras los presbíteros lo despojaban de todos sus atributos y riquezas: «Tuyo es el poder —dijo—, tuyo es el reino, Señor. Tú te yergues sobre todos los reyes de la Tierra. Todo reino, celeste y terrestre, está sujeto a tu imperio. El que de tu mano recibí como don goberné tanto tiempo como plugo a tu libérrima voluntad. Ahora te lo devuelvo. Solamente te pido que concedas la paz a mi alma y que la liberes del torbellino de este mundo».

Con voz cansina y entrecortada, solicitó a continuación a sus obispos que lo admitieran a la penitencia y así, entre lágrimas de dolor, confesó públicamente sus pecados y pidió perdón por ellos, mientras Froilán, el abad de San Pelayo, le afeitaba la cabeza, se la cubría con ceniza y lo vestía con un vasto cilicio de arpillera.

Con el canto del salmo miserere, recibió Fernando los santos óleos y, así ungido, escuchó su despedida fúnebre: «Tal y como has pedido, Fernando, se te concede la penitencia. Te amonesto para que, mientras te dure la vida, te guardes del pecado y, por los de la vida pasada, no dejes de temer, llorar y gemir. Apártate de todo negocio mundano y nada temporal apetezcas. Considérate, pues, ahora y para siempre, perdido y muerto para este mundo».

Tumbado desde entonces en el altar de Dios, ha permanecido el rey decalvado un día entero con su noche en las gélidas losas del suelo al tiempo que su pueblo, al frío cortante de la intemperie, soporta fuera la espera, mientras reza por su alma y por la suerte que correrá León en el nuevo reinado que se acerca.

Cuando se aproxima la hora sexta, Fernando, todavía consciente, siente que, por fin, abandona su cuerpo. Piensa en el arca de piedra sembrada de sal que a su lado espera y, entre sollozos, murmura:

—Ha sido muy dura la penitencia, Señor, pero también fue mucha la sangre derramada y tantos y tan graves los pecados cometidos.

Por fin, cierra los ojos, se disipan todas las cargas que arrastra como cadenas, y, pensando en Dios Nuestro Señor y en el divino perdón de todas sus culpas, expira.



A la misma hora, unos perros hambrientos deambulan por las afueras de la ciudad en busca de sustento. Cuando se aproximan a la orilla del Torío, divisan a lo lejos un cuerpo, debajo del puente, medio fuera del agua y medio dentro. Acuden presurosos en tropel a la llamada de la carne muerta y, cuando llegan, dispuestos a darse un gran festín, algo los detiene de pronto. Advierten la figura de un hombre entre las sombras, y ante el reflejo metálico de algo que lleva en la mano, huyen desconfiados.

El hombre, lentamente, se aproxima al cuerpo, lo saca del agua con respeto y, por fin, con mucho esfuerzo, le da la vuelta:

—Ero, amigo mío —le dice, sentido—, no permitiré que os devoren los perros.

EPÍLOGO

Iglesia de San Juan Bautista, León. Diciembre, 1067

La reina ha tomado por costumbre pasar los días con sus horas arrodillada frente al sarcófago de piedra blanca. Así ha sido, día tras día, durante estos dos años de larga agonía. Desde la muerte de su esposo nada ha mejorado. Ni el discurrir del reino ni el deterioro de su cuerpo. Sus tres hijos varones no se han dirigido la palabra desde el entierro. Solo Urraca y Alfonso han hecho piña contra el resto. Cada uno vive aislado en su reino, afilando las armas y preparando las huestes para el día después de su muerte. «La realidad es que no me importa gran cosa lo que pase —piensa resignada—. Lo que había de hacerse, se ha hecho».

Siente que sus días se acaban porque nota su cuerpo gastado. Ha vivido una larga vida y lo nota viejo y desvencijado. Casi está deseando acostarse en el arca de piedra que por ella espera vacía, pegada a la de Fernando.

Cuando está a punto de levantarse, pues las luces del día se acaban y un frío atroz la inunda por dentro, contempla una vez más, y ya son muchos cientos, la inscripción que ha mandado hacer en el sarcófago de Fernando. Piensa, no sabe muy bien por qué, mientras camina lentamente hacia la puerta, que a él le hubiera gustado verla, tanto al menos como a ella le gusta leerla, una y otra vez:

Aquí está sepultado Fernando el Grande, rey de toda España, hijo de Sancho, rey de los Pirineos y Tolosa. Fue él quien trasladó los cuerpos santos a León: el del bienaventurado Isidoro, arzobispo de Sevilla y el de Vicente mártir desde Ávila. Hizo esta iglesia de piedra, que antes era de barro. Guerreando, hizo tributarios suyos a todos los sarracenos de España. Conquistó Coímbra, Lamego, Viseo y otras plazas. Tomó por las armas los reinos de García y de Bermudo. Murió el 27 de diciembre de 1065.

El Puerto de Santa María. Julio, 2017

- * Esta novela no es un libro de Historia, sino una obra de ficción. Aun así, los principales acontecimientos que en ella se relatan, hasta donde sabemos, sucedieron tal y como se han contado. Respecto de los acontecimientos privados, a falta de mejores fuentes, bien pudieron ocurrir de esa manera, congruente, en todo caso, con el resultado. Todos los personajes históricamente relevantes que intervienen en la novela son reales: reyes, nobles, caballeros, obispos y abades. Algunos, sin embargo, aunque sus nombres se corresponden con los de personas que vivieron entonces, son ficticios. De entre los más destacados lo son Schlomo Xaia y Moshe Trebalio; Adulfo Egilón y Vellido Tructesíndiz; Gundulfo, el buen párroco de San Cosme y San Damián, y Ero Salídiz, trovador sin par.
- * La legua castellana, unidad de medida tradicional, es equivalente a 4,2 kilómetros.
- * Las fuentes de conocimiento de la época en la que se desarrolla la acción que narra esta novela, época difícil y oscura donde las haya, son fundamentalmente documentales y narrativas. De entre las primeras, destacan las colecciones diplomáticas de ambos reinados procedentes de fondos monásticos y catedralicios, y de entre las segundas, algunos textos cronísticos recogidos en códices que han llegado a nuestros días. Son, en cualquier caso, textos escritos muchos años después de que sucedieran los hechos narrados, generalmente por encargo de reyes o prelados y, por tanto, con el comprensible sesgo de veracidad. Destacan, entre ellos, no obstante, la *Crónica silense*, el *Cronicón compostelano*, la *Crónica najerense* y el *Cronicón mundi* de Lucas de Tuy, escritas aproximadamente 60, 75, 100 y 200 años después de la muerte de Fernando.

Table of Content

[Estirpes de los personajes](#)

[ESCENARIO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[PREFACIO](#)

[LIBRO PRIMERO «SANCHO»](#)

[PARTE PRIMERA](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[PARTE SEGUNDA](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[PARTE TERCERA](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[LIBRO SEGUNDO «FERNANDO»](#)

[PARTE CUARTA](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[PARTE QUINTA](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPITULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[PARTE SEXTA](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[EPÍLOGO](#)